



# ALGECIRAS

(1950 - 1970)

*Recuerdos  
de  
infancia y juventud*

Antonio Torremocha Silva

A mis padres Manuel y Juana  
y a mi esposa Encarni.  
*In memoriam.*



**ALGECIRAS**  
**(1950 - 1970)**

*Recuerdos de infancia*  
*y*  
*juventud*

**ANTONIO TORREMOCHA SILVA**

© Prohibida la reproducción total o parcial sin expreso consentimiento del autor.

Imprime: Incografic, S.A.L.

I.S.B.N.: 978-84-608-3530-1

Depósito legal.....

Impreso en España / Printed in Spain

## I

### **LA CALLE CARTEYA, LA TAHONA Y EL ABUELO CÁNDIDO “EL PORTUGUÉS”**

Carlos Mejías da Silva, el nieto de “El Portugués”, nació en la madrugada del día 14 de mayo del año 1950 en el número 43 de la calle Carteya de Algeciras, en una casa de dos plantas que había sido, antes de 1942, una tahona y que hacía esquina con el llamado popularmente callejón de la Vieja, cuyo nombre oficial era, y sigue siendo, calle Aníbal, no en recuerdo del famoso general cartaginés que había jurado odio eterno a los romanos como algunos piensan, sino en memoria del buque de guerra inglés “Hannibal” que en el año 1801, en el transcurso de la conocida como batalla naval de Algeciras, encalló en un arrecife cerca de la Isla Verde abatido por los disparos de las baterías del Fuerte de San Antonio y de la citada isla, siendo apresado por los españoles y franceses coaligados en aquella ocasión contra la “Pérdida Albión”. Con el paso del tiempo, a finales del siglo XX, se denominó “muelle del Navío” —en recuerdo de dicho acontecimiento histórico y de la piedra donde encalló el buque— a uno de los muelles de contenedores del pujante puerto de Algeciras.

La casa donde vio la luz por primera vez Carlitos disponía, como se ha dicho, de dos plantas, aunque la familia sólo utilizaba el piso inferior, pues el superior estaba alquilado a un señor de nombre Juan Sevilla con su familia

formada por su mujer, un hijo y una hija llamada Francisca que siempre mostró un gran afecto por el niño de Juana la Portuguesa. Paqui Sevilla era una de las muchachas más atractivas de la Villa Vieja, con una belleza clásica que tenía fascinada a la mayoría de los zagalones de la barriada. Cuando el niño tuvo uso de razón, su madre le contó que su abuela materna había tenido que recurrir al arriendo de la parte alta de la vivienda para poder disponer de una pequeña fuente de ingresos adicional con la que completar lo producido con la tahona.

También le contó que Cândido da Silva Martins, su abuelo, nacido en Palmeira, distrito de Braga (Portugal), el 9 de febrero de 1899, que llegó a Algeciras cuando contaba tan sólo catorce años de edad huyendo de los reclutamientos forzosos de jóvenes que realizaba el Gobierno del país vecino para enviarlos al matadero que eran las guerras coloniales, y su suegra, Juana Herrera Gutiérrez, se vieron obligados a clausurar la tahona, en la que la gente iba a amasar su pan y cocerlo en el horno, en los años de la postguerra, hacia mediados de 1942. El motivo de la clausura fue doble: por un lado, la escasez el trigo que, al margen del controlado por las autoridades, provenía del contrabando o estraperlo y, por otro, la amenaza de sanción de la Junta Local de Abastos que acusaba a los propietarios de la tahona, que fue de Esteban Díaz de los Santos



La calle Carteya en 1930. A la derecha de la imagen, fuera de campo, la casa donde nació el protagonista de este relato (Fotografía de A. Pasaporte. Archivo Loty).

y Juana Herrera, de regentar un negocio ilegal.

En la misma calle, pasado el callejón de la Vieja, se localizaba el bar-tienda de Miguel Gil y Milagros Manso, matrimonio que tenía tres hijos: Pepe Luis, Miguelito —que acompañó en numerosas ocasiones a la familia Mejías-da Silva en sus excursiones a la costa de San García o el faro de Punta Carnero— y Rosi. Unas casas más arriba de la vivienda de Carlitos residía la familia García-Ruiz, uno de cuyos hijos, once años más joven que Juana da Silva, Francisco, se ordenó sacerdote y fue párroco de la iglesia de Castellar de la Frontera y, luego, capellán del Hospital

Punta Europa. En la acera de enfrente se hallaba la chatarrería de “El Malagueño” y, a unos cincuenta metros del hogar de los Mejías-da Silva, en el callejón de la Vieja, el taller de los Hermanos Rodríguez.

Cándido da Silva era fornido y de elevada estatura, abundante bello corporal, ojos y cabello negros, mirada penetrante y rostro agraciado, con un espeso mostacho que le cubría el labio superior. Meses después de arribar a Algeciras encontró trabajo como aprendiz en una empresa de canteros demostrando, a poco de iniciarse en la labor de la talla de la piedra, una gran pericia en ese oficio en el que llegó a ser oficial y, luego, maestro de talla. Como trabajador de la empresa “Hispano-Holandesa de Construcciones, S. A.”, participó en la construcción del puerto de Tarifa labrando, con otros compañeros, la efigie del Sagrado Corazón de Jesús que aún adorna el morro del dique tarifeño. En Algeciras talló y esculpió, a mediados de los años treinta, la fachada de piedra de la casa número 5 en la céntrica calle Regino Martínez por encargo de su propietario,



Cándido da Silva Martins y su esposa, Francisca Díaz Herrera, recién casados, hacia 1926.



Fachada de la finca nº 5 de la calle Ancha de Algeciras labrada por el cantero Cándido da Silva entre 1932 y 1936.

don Pedro Liñana Domínguez, a la sazón Director de la Emisora EAJ-55 Radio Algeciras.

A mediados de los años veinte contrajo matrimonio con Francisca Díaz Herrera con la que tuvo tres hijas, Juana, la mayor, nacida en 1927, madre del protagonista de este libro, Francisca —casada con Rafael Matoso, “Eta” para el niño Carlitos— y la menor, Isabel que se unió en matrimonio con el funcionario municipal Antonio Portilla Gómez. Cándido quedó viudo a poco de haber nacido su tercera hija Isabel en el año 1931 cuando su esposa, Francisca, falleció a causa de unas mortales fiebres tifoideas.

Sus tres hijas quedaron bajo la tutela de su padre y al cuidado de su abuela materna Juana y de su tía carnal Josefa. El portugués murió en 1946, a la edad de cuarenta y siete años, sin haber renunciado a su nacionalidad.

El padre de Carlitos, Manuel Mejías González, natural de Tarifa y nacido en 1909, había trabajado en diversos oficios en su ciudad natal y en Algeciras. En su temprana juventud fue pastor de cabras y ovejas. Cuando las cosas comenzaron a irle mejor, a principios de los sesenta, aseguraba que por aquellos años en que fue pastor sólo disponía de un par de alpargatas de esparto para todo uso. Debido a la hemiplegia que sufría su padre recayó sobre sus hombros el mantenimiento de toda la familia.

En los años veinte y treinta, hasta el estallido de la Guerra Civil, desempeñó los oficios de carpintero en la empresa del conocido como “Tío de las Barbas”, transportista de leña para las tahonas de la ciudad, labor en la que conoció en 1931 a Juana da Silva, la que pasado el tiempo sería su esposa y que por esos días sólo tenía cuatro años de edad, aunque ni él mismo ni la familia de la niña podían imaginar que, pasados dieciocho años, ambos se unirían en matrimonio. En 1929 fue llamado a

filas realizando el servicio militar en Algeciras en el arma de la Marina de Guerra.

Manolo Mejías, que nunca ocultó su inclinación por el régimen republicano —militó como sindicalista en UGT hasta el 18 de julio de 1936—, siempre catalogó la Dictadura de Miguel Primo de Rivera como una etapa de progreso para España y la Guerra Civil y la Dictadura del General Franco como una gran desgracia, aunque cuando aconteció el levantamiento militar del 1936 y Algeciras quedó en el bando llamado nacional, se vio obligado a formar parte del ejército rebelde como cocinero en el 5º Batallón del Regimiento Argel n.º 27 con destino en Extremadura.

Antes, entre 1924 y 1936, fue cocinero de los hoteles algecireños Marina Victoria y Sevilla hasta recalar, acabada la guerra, en Gibraltar, ciudad en la que fue contratado por el propietario de la “Casa Bland” —en la que sufrió un grave accidente que le ocasionó la pérdida de un ojo, como más adelante se dirá— luego trabajó en el Arsenal de la ciudad y, por último, hasta que abandonó la colonia inglesa en 1958, como cocinero en el hotel Bristol, propiedad de un bondadoso caballero inglés llamado mister Piccone. Estando en este trabajo, Manuel dio muestras de clarividencia, una facultad que lo acompañó toda su vida. Una tarde, mientras dormía la siesta en una habitación que tenía asignada en el hotel, vio con toda claridad como un toro empitonaba a un torero y lo dejaba malherido. Despertó sobresaltado y se dirigió a la cocina para comunicar a sus compañeros la visión que había tenido: “Un toro acaba de matar a un torero” —les dijo—. Corría la tarde del día 28 de agosto del año 1947. En la plaza de toros de Linares el toro Islero, a esa misma hora, hería de muerte al torero Manolete.



El padre del protagonista de este relato con uniforme militar en 1929.

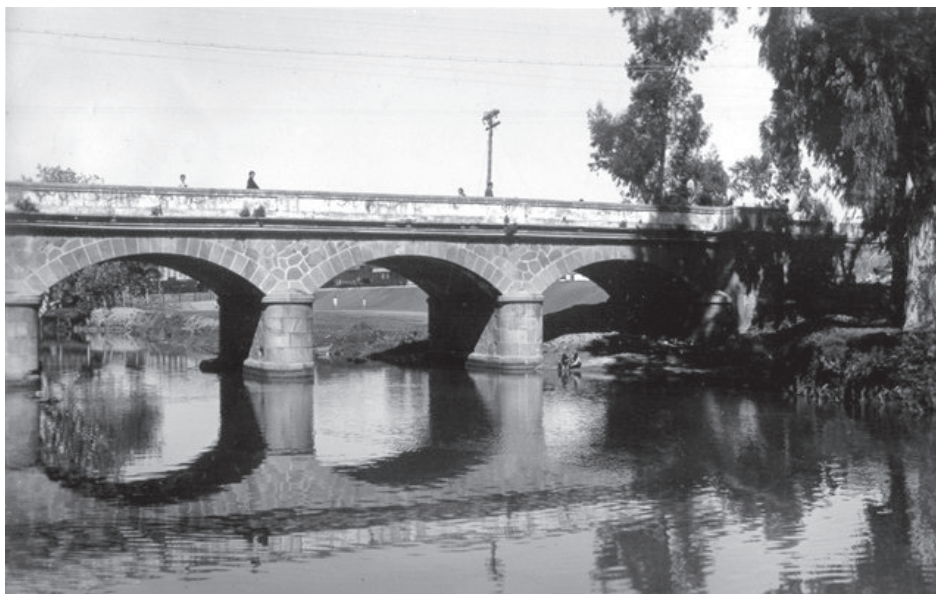
Después de dejar de el oficio de cocinero en Gibraltar, trabajó durante un año en la “Corchera Española, S, A.” con sede en Algeciras, antes de dedicarse como autónomo a la compra-venta de carne de aves de corral y de huevos y abrir un pequeño negocio en esta actividad a la que se dedicaría hasta su jubilación.

Como se ha referido, durante la Guerra Civil su regimiento estuvo en campaña en la zona de Extremadura, aunque su participación en la contienda fue poco arriesgada al desempeñar el trabajo de cocinero en uno de los batallones. Sin embargo, no quedó al margen de los avatares y desgracias de la guerra, pues cuando, recién acabado el conflicto armado, viajaba en un camión militar con destino a Algeciras, el vehículo se topó con una mina anticarro muriendo varios de sus ocupantes y quedando Manuel Mejías malherido. Ingresado en un hospital de Toledo logró salvarse y volver sin mucha laceración a la ciudad donde residía.

En el mes de agosto del año 1949, cuando Manuel Mejías González tenía treinta y nueve años y Juana da Silva Díaz “La Portuguesa” veintidós, se casaron, no sin provocar un cierto escándalo entre los conocidos de ambos y los vecinos de la Villa Vieja a causa de la gran diferencia de edad existente entre los dos contrayentes, lo que no fue óbice para que el matrimonio fuera muy feliz el resto de sus vidas. De la unión de Manuel y Juana nació, en mayo de 1950, Carlos, el protagonista de esta historia y, cinco años después, una niña llamada Francisca.

Los cuatro primeros años de su vida los pasó Carlitos en la vivienda familiar de la calle Carteya. Esta ancha vía de la Villa Vieja, que discurría en suave pendiente desde la explanada donde se hallaba el antiguo Matadero Municipal y la ribera derecha del río de la Miel hasta las calles Coronel Figueroa y Rayos X, fue el espacio vital del hijo de Manuel y de Juana y su conexión con el mundo exterior hasta que, en 1955, la familia trasladó su residencia a la barriada conocida como el Río Ancho, como luego se dirá.

En los años centrales del siglo XX era una arteria muy concurrida, puesto que comunicaba la parte baja y comercial de la ciudad, al otro lado del puente del Matadero (calles Tarifa, Las Huertas, Castelar, Santacana, Prim y el Mercado de Abastos), con la Villa Vieja y la Barriada de Pescadores, construida en 1947 para acoger a trabajadores de la mar, sobre todo a familias procedentes del levante español. Constaba de una calzada en su lado oeste, lindando con el enorme edificio, erigido a principios de siglo,



El puente del Matadero que, salvando el cauce bajo del río de la Miel, servía de conexión entre el centro comercial de Algeciras y los extrarradios constituidos por la Villa Vieja y el Barrio de Pescadores (Fotografía tomada por A. Pasaporte en 1930. Archivo Loty).

conocido como “Patio de Soto” y de un acceso en forma de escalinata en su flanco este. Un ancho pretil de mampostería maciza, que en las tardes de verano servía de asiento a los vecinos más jóvenes, separaba la calzada dedicada al tránsito de vehículos de la citada escalinata. Ésta acababa en el arranque del callejón de la Vieja, frente a la tienda-bar llamada “Casa Miguel” y delante de la puerta de la vivienda número 43 en la que residía la familia de Carlos Mejías da Silva, como se ha referido. Esta breve, ancha y muy transitada vía urbana quedó desfigurada cuando se construyó bajo ella el túnel del ferrocarril que sirvió para enlazar la Estación de la Avenida Agustín Bálamo con el muelle de la Isla Verde atravesando por el subsuelo la colina sobre la que se levanta el barrio de la Villa Vieja. Hoy día la nueva calzada —que ha sustituido también al viejo puente del Matadero— discurre a varios metros por encima del nivel de la antigua, ocultando las fachadas de las viviendas que se hallan situadas en el flanco este de la calle. Pero en 1950 esa obra, que tanto daño ha causado a los vecinos de la calle Carteya, aún no se había acometido y esta vía era un lugar apacible y diáfano, con muy escaso tráfico de vehículos, aunque muy usada por los peatones, en cuya escalinata la gente tomaba el fresco en las calurosas noches de verano y los rapazuelos, entre ellos el pequeño Carli-

tos, jugaban sin correr peligro alguno... A excepción de dos accidentes que sufrió a los tres y cuatro años de edad de los que más adelante se tratará.

A mediados del mes de febrero del 1952 llegaron malas noticias desde Gibraltar: El trabajador Manuel Mejías González, cuando aserraba un madero en la máquina aserradora, la sierra de acero se rompió, con tan mala suerte que una esquirla de metal fue a incrustarse en el ojo izquierdo del operario español. Según relató el accidentado cuando estuvo de vuelta en Algeciras, fue la mala praxis de un médico del hospital gibraltareño que se encontraba bajo los efectos del alcohol cuando lo intervino quirúrgicamente, la que provocó la pérdida de la visión del ojo de manera permanente al seccionarle el nervio óptico. Fuera por una causa u otra, lo cierto es que Manuel Mejías sólo pudo ver con un ojo hasta el final de sus días, lo que no le impidió desempeñar nuevos trabajos y renovar, en 1963, el carnet de conducir que había obtenido el 6 de julio de 1936. En compensación por la pérdida del ojo recibió una indemnización que empleó, tres años más tarde, en adquirir una nueva vivienda, puesto que la que ocupaban en la calle Carteya pertenecía a los herederos de Esteban Díaz de los Santos y Juana Herrera Gutiérrez, entre ellos su mujer Juana y sus dos hermanas Francisca e Isabel, hijas de Francisca Díaz Herrera y Cándido de Silva, además de a sus tíos.

Juana da Silva, la esposa del accidentado Manuel Mejías, obtuvo un permiso especial, tanto de la Guardia Civil como de las autoridades gibraltareñas, para poder viajar a la Roca diariamente con el fin de visitar a su marido durante el tiempo que permaneció hospitalizado. Las autoridades del Peñón eran muy estrictas con el control de los españoles que visitaban la colonia para impedir que pudieran establecerse, adquirir propiedades o residir de manera indefinida en la ciudad. Acertada política del Reino Unido que no tenía otro fin que perpetuar su dominio sobre la estratégica colonia manteniendo en la Roca una población afecta a sus intereses.

A pesar de la carencia de visión del ojo izquierdo, Manuel Mejías González encontró pronto un nuevo trabajo en la colonia inglesa, aunque poco tiempo después tuvo que cambiar de actividad recuperando su antiguo oficio de cocinero al ser contratado por el propietario del hotel Bristol como encargado de la cocina de su establecimiento hotelero. Una década más tarde, una vez abandonado el trabajo en Gibraltar y cuando su hijo Carlos Mejías contaba doce años de edad, su padre le regaló una lujosa

caña de pescar de madera noble barnizada con refuerzos de bronce y un carrete de aluminio esmaltado en azul celeste. Se trataba de una de las cañas que se usaban en los yates de lujo y que presentaba un orificio en su extremo inferior metálico para fijarla a la estructura del barco e impedir que un gran pez pudiera arrastrarla y arrojarla al mar.

—Carlitos —le dijo una tarde que el ex-trabajador de Gibraltar estaba ordenando los objetos que guardaba en un viejo baúl—: Esta caña perteneció a mister Piccone, un buen hombre, dueño del hotel Bristol. Me la regaló cuando dejé el trabajo de cocinero en su establecimiento en agradecimiento por los años que le había servido sin una sola queja de la clientela. Era la caña que él utilizaba para pescar atunes en el Estrecho cuando embarcaba en su yate.

Durante varias décadas, Carlos Mejías da Silva usó la caña, regalo de mister Piccone a su padre, para pescar en los arrecifes de Punta Carnero o el Tolmo y en el Rompeolas de la Isla Verde, hasta que el paso de los años corrompió la madera, enmoheció las partes metálicas de la caña y arruinó el mecanismo interior del carrete.



## II

### **MANUEL MEJÍAS GONZÁLEZ, GIBRALTAR Y EL CONTRABANDO DE HORMIGAS**

Entre 1952 y 1954, cuando Carlitos tenía entre dos y cuatro años de edad, todas las tardes, en los días laborables, su madre Juana lo tomaba en brazos y, fuera invierno o verano, se desplazaban, desde su casa de la Villa Vieja, a través de la calle Aníbal, hasta el muelle de la Galera donde atracaba en su pretil meridional, a eso de las seis, una de las motonaves de la Compañía de Vapores “Punta de Europa” que enlazaban el puerto de Algeciras con el de Gibraltar, en la que arribaban los trabajadores españoles de la colonia inglesa. Éstos habían embarcado antes del amanecer en el puerto algecireño para incorporarse a sus puestos de trabajo en el Arsenal gibraltareño, las líneas navieras, los hoteles de la ciudad, las tiendas de la Calle Real o las casas particulares. Hacia el año 1952 el número de españoles residentes en Algeciras, San Roque, La Línea y Los Barrios que trabajaban a otro lado de la Verja ascendía a unos cinco mil, de los cuales algo menos de ochocientos vivían en Algeciras y debían utilizar diariamente algunos de los barcos de la compañía de vapores para desplazarse hasta la colonia inglesa.

El “Punta Europa” y el “Aline” eran las dos motonaves que realizaban las ocho rotaciones diarias entre los puertos de Algeciras y de

Gibraltar en aquellos años para transportar a los viajeros, algunos de ellos llegados en el Expreso de Madrid, otros matuteros y matuteras que se desplazaban cada día a la colonia con la finalidad de adquirir artículos de contrabando y, la mayor parte de ellos, trabajadores españoles que ejercían su labor en alguna de las empresas gibraltareñas o en el servicio doméstico de la Roca y, de paso, sacaban del Peñón algunos artículos prohibidos como tabaco, café, jabón, leche en polvo, carne en conserva, queso “de bola”, medias de seda o margarina. El “Aline” había sido adquirido por la empresa naviera en 1934 y reformado en 1952. El “Punta Europa” se construyó en los Astilleros de Matagorda, en Cádiz, entre 1950 y 1952, haciendo el viaje inaugural el 11 de septiembre del segundo de los años citados.

En torno a las seis de la tarde, Juana y el pequeño Carlos, esperando tras la verja que separaba la zona pública de la restringida portuaria, veían aparecer por encima del espaldón del rompeolas las antenas y el mástil del “Punta Europa” o del “Aline” en su acercamiento al puerto. Al cabo de unos minutos surgía la esbelta proa de la embarcación por detrás del morro del dique de abrigo. La motonave, que poseía una extensa toldilla a popa, además de un amplio salón bajo cubierta, se acercaba al pretil del muelle para proceder a efectuar las maniobras de atraque, no lejos del lugar donde desembocaba el río de la Miel, ante los asombrados ojos de Carlitos. El niño escudriñaba la cubierta de la embarcación para poder localizar la figura de su padre. Vano intento, pues la aglomeración de trabajadores apostados sobre la borda de estribor a la espera de que se colocara la pasarela y el que la mayor parte de ellos portaran chapeos o gorras — Manuel Mejías se calaba una boina negra— hacían imposible identificar a las personas que arribaban al puerto algecireño desde la distancia a la que se encontraban Juana y su hijo.

Al fin, los portuarios acercaban la pasarela al barco y la izaban para permitir a los ansiosos trabajadores desembarcar. Como una exhalación saltaban al muelle pavimentado de adoquines e iniciaban una frenética carrera para ver quien llegaba antes a la Aduana y así poder someterse los primeros a la revisión del breve equipaje que portaban —generalmente un bolso de hule gris o negro con doble asa que había contenido el costo— y de los gabanes y abrigos que los cubrían en los que, en bolsillos secretos y dobles forros, llevaban cuarterones de tabaco de picadura, paquetes de cigarrillos y de café, margarina y otros artículos de consumo que escasea-



Trabajadores españoles de Gibraltar desembarcando, al atardecer, de una de las motonaves que cubrían el trayecto entre el puerto de Algeciras y el de la colonia inglesa dirigiéndose a la Aduana para declarar.

ban o no se comercializaban en la comarca y con cuya venta obtenían un pequeño, pero necesario, sobresueldo.

Es necesario señalar que el contrabando que realizaban los obreros españoles que viajaban cada día a Gibraltar para trabajar, era un contrabando de subsistencia al que algunos viajeros ingleses de principios del siglo XX denominaron “contrabando de hormigas” (*ant-smuggling*) por tratarse de un comercio ilícito llevado a cabo por gente humilde —clase trabajadora— en pequeñas cantidades y de manera repetitiva todo los días del año. En 1912 el misionero escocés A. Stewart, que llegó a Algeciras en uno de los vapores que hacían la travesía desde Gibraltar el 7 de agosto, escribió lo que sigue sobre lo que sucedía en la embarcación en el transcurso del viaje: *La mayoría de esos pasajeros son obreros españoles, empleados principalmente en los departamentos de la base naval inglesa. Otros son contrabandistas, generalmente mujeres (matuteras) enroladas para transportar contrabando, en su mayor parte tabaco, que esconden entre sus vestidos. Para tal fin son situados estratégicamente bolsillos secretos de todos los tamaños, tanto en la chaqueta como en las faldas. Durante los treinta y cinco minutos que tarda la travesía, se podía con-*

*templar a estos hombres y mujeres afanosamente ocupados en repartir, escondiéndolos en todo el cuerpo, artículos y paquetes de tabaco, usando para ello, además de los bolsillos secretos, los lugares más inverosímiles, tales como las botas, los gorros, los sombreros; y la mujeres, incluso las medias, los pañuelos y las mantillas. En el momento de tocar el puerto de Algeciras, algunas mujeres, con sus cuerpos más voluminosos de lo presumible, se notaban tan pesadas que muy dificultosamente podían descender por las escalerillas del vapor... Esperando la llegada del barco había en el muelle un grupo de oficiales, policías, carabineros, así como otros funcionarios cuyo especial deber era el de prevenir el contrabando. Tan pronto como el barco tocó el malecón y apenas los de segunda clase se disponían a desembarcar, cuando a bordo, unos suboficiales de aduanas, los cuales vestían uniformes de marino con paramento rojo y sables colgados de sus costados, rápidamente descendieron al departamento de proa, donde ya los contrabandistas estaban esperándolos con varios de sus artículos preparados como obsequio... Cuando se hubieron cargado de todo cuanto podían llevar disimuladamente, dejaron a los matuteros bajar con el resto del contrabando.*

En los años cincuenta, la connivencia de las autoridades con los obreros contrabandistas no era tan descarada como la que expone el misionero escocés en su libro, pero aún existía una cierta complicidad o pacto tácito entre algunos aduaneros, miembros de la Guardia Civil, y los esforzados trabajadores españoles de Gibraltar. La mayoría de aquéllos hacía la “vista gorda” y dejaba pasar cierta cantidad de artículos sin mirar los bolsos ni registrar los abrigos y gabanes que portaban los operarios en su viaje de vuelta preñados de bolsillos secretos y dobles forros. No era de extrañar la existencia de ese *modus vivendi* tan propio de esta zona cuya finalidad no era otra que hacer más llevadera la vida de las clases más humildes de la zona, y de camino, abastecer a la sociedad campogibaltareña de unos productos que eran inexistentes o muy escasos y caros en la red del comercio legal.

El Campo de Gibraltar, a principios de los años cincuenta, era una de las comarcas más pobres y subdesarrolladas de España, con escasas y anquilosadas industrias (corcheras y conserveras la mayor parte artesanales), una fuerte presencia militar, un puerto aún en ciernes y bajísimos índices de escolarización, desatendidos medios de comunicación terrestres —a excepción del ferrocarril— y carencia alarmante de

instituciones docentes, hospitales y centros de salud. Tan extendida y perniciosa era la falta de puestos escolares en ciudades como Algeciras y La Línea que en 1952, el cura de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen del barrio linense de La Atunara, Justo Martínez de Serdio, que había participado en la Guerra Civil como alférez, envió una carta al general Franco denunciando los problemas educativos de su ciudad, lo que pudo favorecer la creación del Consejo de Protección Escolar en La Línea de la Concepción con la finalidad de buscar soluciones a tan acuciante problema. Este Consejo se ampliaría, después, a todo el Campo de Gibraltar y sería el órgano que posibilitó la construcción de grupos escolares en ambas ciudades. Pero para que llegara ese momento aún habría que esperar más de un lustro.

En este caldo de cultivo la picaresca —azuzada por la necesidad— brotaba como la mala hierba en un campo de trigo. La permisividad de las autoridades, que eran conscientes de la penuria que sufrían las poblaciones de la comarca, aparecía como una manera de paliar el estado de dejación y pobreza en la que estaban sumidas las clases populares. Algunos



Paquete de cigarrillos “Povedano” que eran traídos mediante el contrabando por los trabajadores españoles de Gibraltar.

Guardias Civiles dejaban hacer y miraban para otro lado cuando el padre de Carlos y los demás trabajadores de Gibraltar cruzaban la Aduana del Puerto con los cuarterones de tabaco “Montecristo”, “Montecarlo” o “El Povedano”, los paquetes de cigarrillos “Colón”, el café “La Negrita” o la manteca del “Pato” escondidos en el doble fondo del bolso del costo o en los falsos forros de las gabardinas. Sin embargo, era muy temida la pareja de guardias civiles-inspectores, que actuaba de paisano, conocida como “la brigadilla”. Estos guardias civiles rondaban por calles y plazas de las ciudades y pueblos para reprimir cualquier actividad delictiva relacionada con el contrabando. Podían abordar a una persona en plena calle o presentarse en la vivienda de un ciudadano sin previo aviso para inspeccionarla, mirar en las habitaciones o examinar los muebles buscando dobles fondos

o receptáculos ocultos donde se pudieran guardar los artículos del comercio ilícito; aunque, como el lector podrá comprobar más adelante, también aquellos funcionarios daban muestras, en ocasiones, de generosidad y permitían, también, un cierto nivel de comercio ilegal al por menor. Lo cierto era que si las autoridades encargadas de reprimir el contrabando hubieran ejercido su labor de manera inflexible, la situación social de los pueblos de la comarca probablemente hubiera sido explosiva a causa de la miseria generalizada y el desabastecimiento.

De ordinario, Manuel Mejías y sus compañeros, lograban cruzar la Aduana sin otro contratiempo que haber tenido que dejar en la cesta que había sobre el mostrador, delante del Guardia Civil de turno, un par de cuarterones y un paquete de café, como muestra de buena voluntad, de contribución al *statu quo* imperante y de abono voluntario a la Hacienda Pública, pues hubiera resultado sospechoso —en las altas instancias— que los funcionarios de la aduana algecireña elevaran a la superioridad informes raquíticos sobre los artículos requisados. No obstante, una vez cada quince o veinte días, la tradicional permisividad de algunos guardias civiles dejaba paso a un severo registro a fondo de bolsos, gabanes y chaquetas, perdiendo, ese día, los trabajadores todos los artículos que portaban. Era una manera de que las autoridades demostraran lo que podían hacer pero que, de ordinario, no hacían.

Manuel Mejías poseía un bolso de hule gris con doble fondo en el que transportaba, en el viaje de ida, el costo del día, generalmente en una fiambra de aluminio con cierre hermético y, a la vuelta de la colonia inglesa, algunos cuarterones de picadura, paquetes de café o tacos de jabón; un abrigo —para los días de invierno— y una gabardina fina —para los de primavera y otoño—. En verano era más complicado camuflar los artículos de contrabando, aunque algunos trabajadores avispados aseguraban ser “muy frioleros” y se cubrían con un gabán ancho o una chaqueta veraniega aún en pleno mes de agosto.

Los métodos para pasar los artículos furtivamente a cubierto de las miradas de los aduaneros eran múltiples y a cual más ingenioso. Además de los bolsos con doble fondo, los bolsillos secretos y los forros extras en chaqueta y abrigos, se sabe que algunos llevaban “cananas” debajo de la camisa con compartimentos para contener una docena de cuarterones, cañas huecas para transportar estilográficas en su interior, sombreros con

falsos forros, cajas de herramientas con departamentos trucados y anchas fajas capaces de contener diez o doce cuarterones de tabaco. Manuel Mejías contaba que uno de sus compañeros de viaje más osados preparó una damajuana, garrafas que iban forradas con un entramado vegetal con asas, alegando ante las autoridades españolas que se trataba de un medio para transportar agua potable, puesto que la de Gibraltar era de muy mala calidad. En el viaje de retorno llenaba la damajuana con productos ilícitos y colocaba un tubo de aluminio desde la boca hasta el fondo que colmaba con agua. Cuando el Guardia Civil de la Aduana introducía una baqueta metálica para comprobar si, en efecto, era agua lo que contenía la garrafa, ésta salía mojada sin delatar que el resto de la garrafa estaba repleta de estilográficas, relojes o mecheros. Aquella invención acabó bruscamente cuando, en una de las carreras por acceder a la Aduana desde el barco, al avisado contrabandista se le escapó de las manos la damajuana quebrándose y esparciendo las estilográficas “Parker” por el adoquinado pavimento del muelle de la Galera.

Existía en la zona un contrabando que se podría denominar “profesional”, más lucrativo, pero también más peligroso, pues se corría el riesgo de recibir un balazo de algunos de los Guardias Civiles que patrullaban por la comarca. Era el realizado a pie por los “mochileros” o a caballo por los caminos rurales con destino a los pueblos de la serranía de Ronda. Estos contrabandistas que utilizaban la caballería para transportar fardos con grandes cantidades de mercancías ilícitas, diversificaban los artículos procedentes de la colonia inglesa, añadiendo a los tradicionales productos antes mencionados, los vestidos, perfumes de marca, sacarina, medicamentos (sobre todo la penicilina en los años cuarenta y, más tarde, el “Roter” para las úlceras de estómago), azúcar, chocolate, carne de vacuno en conserva: la famosa “carne combí” (*Corned Beef*) procedente de Argentina, etc.

Una manera que tenían los traficantes de mercancías ilícitas de burlar a la Guardia Civil era usando los llamados “perros contrabandistas”. Se llegaron a emplear un centenar de perros adiestrado para portar contrabando. Muchos de ellos acabaron abatidos por los disparos de los guardias en las playas o campos de La Línea y de San Roque. Para adiestrar a estos cánidos en la peligrosa labor que iban a realizar, sus dueños se vestían con un uniforme de la Benemérita y, así vestidos, procedían a golpear

despiadadamente a los perros para que éstos huyeran como del diablo de los hombres uniformados. Luego le ataban una especie de alforja que colmaban de cuarterones de tabaco. Para que los canes se dirigieran a los lugares establecidos donde les esperaban sus amos, los entrenaban colocándoles, en vez de tabaco, trozos de pita. Los tenían dos días sin probar bocado y luego los soltaban a un kilómetro de distancia de sus destinos para que el animal, muerto de hambre, regresara a la casa de su amo donde éste le daba de comer abundantemente. Otro día lo dejaban a dos o tres kilómetros, hasta que, al final del entrenamiento, los soltaban en las playas de la Línea. Entonces estaban preparados para realizar el trabajo de pequeños “mochileros”, si la Guardia Civil no los sorprendía y los abatía a tiro limpio.

Pero ése era un contrabando que nada tenía que ver con el contrabando de subsistencia que llevaban a cabo Manuel Mejías González y sus esforzados compañeros trabajadores españoles de Gibraltar.

Un asunto que requiere unas líneas en esta parte del libro, aunque sean breves, es el relativo a las cantidades que cobraban los trabajadores españoles de Gibraltar en concepto de salario que, al tratarse de una colonia británica, lo recibían en libras y siempre en inferior cuantía que los ingleses o “llanitos”. Las autoridades españolas obligaban a estos trabajadores a cambiar las libras por pesetas en España con la finalidad de obtener divisas, de las que tan escasas estaba la Hacienda Española, pero los operarios procuraban burlar esta exigencia y hacer el cambio de moneda en los bancos y comercios gibraltareños, pues obtenían más pesetas por cada libra entregada. Para impedir este “fraude”, las autoridades de este lado de la Verja controlaban lo que ganaban los trabajadores y las cantidades que cambiaban en Algeciras o La Línea, sancionando con elevadas multas o retirándoles el pase a los que reincidían en la práctica de cambiar las libras ganadas con su trabajo en la Roca.

Una vez salvado el trámite de la Aduana, Manuel Mejías se reunía con su mujer y su hijo Carlitos y, juntos, desandaban el camino que, pasando entre la Marina y el río de la Miel, siguiendo la calle Segismundo Moret, cruzando el río por el nuevo puente de la Conferencia edificado en 1926 —el primitivo, construido en 1905, se había arruinado en 1922 a causa de una de las frecuentes riadas que sufría la ciudad— y ascendiendo por la calle Aníbal conducía hasta su hogar en la calle Carteya número 43.

Los sábados, domingos y días festivos eran los únicos momentos que Manuel Mejías podía gozar plenamente de la vida familiar. Los días laborables se levantaba a las cinco de la mañana para embarcar en el “Aline” o el “Punta Europa” a la seis, permanecer en el lugar de trabajo hasta las cinco de la tarde, cuando daban de mano en Gibraltar, y volver a embarcar en el muelle de piedra de la colonia. Como ya se ha referido era en torno a las seis de la tarde cuando los obreros españoles pisaban el muelle de la Galera del puerto algecireño. Ya había empezado a anochecer en los días invernales.

Los sábados por la mañana, a eso de la doce, Manuel y Juana, con Carlitos de la mano, vestidos de domingo, cruzaban el puente del Matadero, donde se topaban con algunos hombres que se afanaban en la labor de afilar sus navajas, cuchillos de cocina y otras herramientas en los sillares de piedra arenisca que formaban el grueso pretil del puente. De tanto usarlo como piedra de amolar, el pretil, en varias zonas, aparecía rehundido y deformado. A continuación deambulaban por la calle Tarifa, en aquellos tiempos verdadero pulmón comercial de la ciudad repleta de comercios diversos, bares, tiendas de ropa y de ultramarinos y una cordelería, y por el mercado; ascendían, luego, por la calle Prim y hacían una parada en el Bar Quito, en el arranque de la calle Bailén, para tomar una cerveza, un vino dulce de Jerez —que era el preferido de Juana— y degustar una ración de “pescaíto” frito antes de retornar a su hogar.

Otras veces, Manuel, acompañado del pequeño Carlos, se dirigía al puerto para que el niño contemplara la descarga y subasta de pescado en la lonja, una edificación construida entre 1941 y 1944 de planta rectangular de 50 metros de longitud por 14 de anchura con una triple cubierta curva de chapa acanalada que se localizaba en la parte oeste del llamado muelle pesquero. En esas ocasiones se levantaban temprano, se dirigían al puerto siguiendo la orilla izquierda del río por la calle Segismundo Moret, hacían un alto en la Marina para desayunar en el bar Miramar, antes de continuar la marcha hasta llegar al muelle pesquero y penetrar en el ajetreado mundo de la subasta de pescado que a esa hora se hallaba en las postrimerías, pero que aún era un sorprendente espectáculo a los ojos del pequeño Carlos. El niño observaba con expectación los grandes escualos de piel oscura y brillante, las “agujas palá” de enormes apéndices a modo de espadones y las cajas rebosantes de boquerones, sardinas o jureles que eran arrastradas desde el



Acumulación de barcos de pesca junto al muelle donde se hallaba la Lonja para la subasta de las capturas. Hacia los años 1959-1960 (Fotografía cedida por la A.P.B.A.).

pretil del muelle, donde las habían depositado los pescadores de las vacas y parejas atracadas, hasta la sala de subasta. Fuera de la lonja, el tren pescadero, arrastrado por una locomotora Cockerill, esperaba que se completara la carga de cajas de pescado en los vagones para partir con dirección a Madrid.

Por aquellos días, mediados de los años cincuenta, el puerto de Algeciras era el primero del sur de España en toneladas de pescado fresco desembarcadas, ocupando el tercer puesto entre los puertos españoles a continuación de los de Vigo, Pasajes y La Coruña. La principal empresa pesquera establecida en Algeciras desde el año 1920, bajo el nombre de Sociedad Pesquera Viguesa “Hijos de J. Barreras”, era “Pesquerías Viguesas” —cuyas oficinas y almacenes se hallaban situadas en el arranque del muelle de la Galera— que contaba con 116 embarcaciones de pesca y 1.049 trabajadores contratados, tanto en tierra como embarcados.

Las embarcaciones de pesca matriculadas en el puerto de Algeciras, en el año 1955, eran 1.190, aunque el número total de barcos, de éste y de otros puertos de 30 toneladas para arriba que hicieron escala en el muelle pesquero algecireño ese año para desembarcar sus capturas, fue de 9.347.

El año en que se desembarcó y subastó mas pescado fue 1959 con 58.000 toneladas, con un valor de venta en lonja de 350 millones de pesetas. A partir de 1960 las toneladas de pescado fresco desembarcadas comenzaron a disminuir hasta representar, pasada una década, una actividad residual entre los diversos sectores económicos del puerto de Algeciras.

La principal causa de este descenso fue la independencia de Marruecos en 1956, que privó a la flota pesquera española del control y el monopolio que había tenido hasta entonces del importante caladero del Protectorado. Es necesario añadir que la mala praxis y los tradicionales abusos y derroches de la industria pesquera española fue, también, uno de los motivos de la pérdida de esta importante actividad económica en los puertos del mediodía: en los meses de bonanza eran tan abundantes las capturas de sardinas, boquerones y jureles que se destinaba, buena parte del pescado desembarcado, a surtir una fábrica de guano o abono que se había instalado en la barriada del Cobre.

Pasada una media hora, después de contemplar las últimas subasta del día de las cajas de boquerones y de los atunes —cerdos del mar los llamaba el geógrafo del siglo I antes de Cristo Estrabón— y los escualos, Manuel Mejías y su hijo, que no dejaba de admirar boquiabierto las terribles y dentadas fauces de las tintoreras y los marrajos tendidos sobre el encharcado suelo de cemento de la lonja, abandonaban la instalación pesquera y, dejando atrás el puesto de control que se hallaba a la entrada del muelle de la Galera, se dirigían a la acera de la Marina donde, en el bar Miramar o el Delicias —deleitados con la música de “Los Chocleros”— tomaban un refrigerio antes de regresar a la casa de la Villa Vieja donde les esperaba Juana y sus hermanas Francisca e Isabel pues, desde que contrajeron matrimonio Manuel y Juana en 1949, vivían con ellos en su condición de huérfanas y solteras, situación que se prolongó hasta que ambas se casaron, Francisca con Rafael Matoso en 1954 e Isabel con Antonio Portilla Gómez en 1959.

El asunto del pequeño contrabando que, como complemento salarial, realizaban Manuel y los demás trabajadores españoles de Gibraltar y las numerosas matuteras, conocidas algunas por sus mote, como “La Coneja”, “La Viuda” y “La Peluca”, que, sin ser trabajadoras en la Roca, viajaban cada día a la colonia inglesa para traer artículos de contrabando, actividad de la que vivían ellas y sus familia, no acababa con el paso

precipitado de los obreros por la Aduana y la “vista gorda” de algunos aduaneros en los registros, sino que se prolongaba en las calles de las ciudades del Campo de Gibraltar, como ya se ha referido, perseguido por las temidas y escurridizas parejas de inspectores de paisano conocidas como “la brigadilla”.

Al número 43 de la calle Carteya acudían, varias veces a la semana, clientes de los entornos, pero, sobre todo, de las zonas rurales como Pelayo, el Bujeo e, incluso, de Tarifa, para adquirir algunos cuarterones de picadura, paquetes de café, manteca del “Pato” —así llamada popularmente porque en su caratula aparecía la figura de una cigüeña, aunque su nombre comercial era margarina *Stork*—, jabón o cigarrillos rubios ingleses que eran muy demandados por su excelente calidad. Manuel Mejías guardaba los “mandados” para vender en una caja que tenía oculta debajo de la cama de matrimonio. Cuando alguien demandaba alguno de los artículos, él o su mujer extraían de la caja el cuarterón de tabaco, el paquete de café o la lata de carne en conserva que había solicitado y se los entregaba al cliente que aguardaba en el salón de la vivienda.

Una tarde de invierno, corría el año 1954. Era sábado y Manuel se encontraba en la cocina-comedor con su mujer, su hijo Carlos y sus cuñadas Francisca e Isabel, cuando golpearon el llamador de bronce de la puerta. Todos creían que era alguien que venía a comprar alguna mercancía de Gibraltar. Juana fue a abrir y cuál sería su sorpresa al encontrarse delante de ella a dos hombres vestidos con sendas gabardinas beige claro, uno de ellos cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro gris.

—Buena tardes —dijeron casi al unísono a modo de saludo.

—Buenas tardes —respondió Juana visiblemente nerviosa, pues sabía a ciencia cierta quiénes eran los dos personajes que se hallaban en el umbral de la puerta.

—¿Podemos pasar?

—Sí; pasen ustedes... ¡Manolo!... —exclamó para llamar la atención de su marido.

Al momento apareció Manuel Mejías en el salón que precedía a la cocina-comedor donde ya se encontraban los dos recién llegados. De la mano traía a su hijo Carlos.

—Somos de la brigada de represión del contrabando —dijo uno de los inspectores—. Queremos hacerles algunas preguntas.

—Digan ustedes.

El matrimonio quería ocultar la desazón que les embargaba mostrando una forzada indiferencia y una actitud falsamente sosegada.

—Nos han informado que tienen ustedes género de contrabando en esta casa y que lo venden a clientes. ¿Es cierto?

Manuel no sabía lo que decir porque, como trabajador de la colonia inglesa, era cosa sabida que realizaba comercio, aunque de poca monta, con artículos provenientes de Gibraltar.

—Tengo algún tabaco, café y jabón. Dos o tres piezas de cada artículo. Pero es para uso de la familia.

—¿Sólo dos o tres piezas? ¿No tienen a la venta cuarterones de tabaco?

—No. No al margen de los que le he dicho para uso personal.

En ese instante, Carlitos, que estaba atento a la conversación que mantenían sus progenitores con los dos miembros de paisano de la Guardia Civil y que no perdía puntada de lo que se decía, exclamó:

—Papá. Sí hay tabaco. Está debajo de la cama en una caja de cartón, ¿Acaso no te acuerdas?

Manuel y Juana se quedaron como petrificados, sin poder emitir palabra. Sus rostros, lívidos, expresaban la angustia y la desazón que sentían. Durante unos segundos —que les parecieron horas— nadie se atrevió a manifestar lo que en ese momento pasaba por sus mentes. Hasta que, al cabo, los dos miembros de la “brigadilla”, repuestos de la sorpresa, lanzaron una sonora carcajada y mirando con expresión clemente al pobre Carlitos, que no podía imaginar el grave aprieto en el que había puesto a sus progenitores, dijeron de manera muy distendida:

—La sinceridad de la infancia... don Manuel. Hoy dejaremos pasar el asunto, pero reprenda usted a esta criatura para que, en su inocencia, no les vuelva a delatar. Nos veremos en otra ocasión. Queden ustedes con Dios.

Y dicho aquello, que fue como un bálsamo para los dos padres, salieron de la casa comentando entre sonrisas y chanzas lo que acababan de presenciar en el número 43 de la calle Carteya.

Aquella noche, mientras cenaban en compañía de las hermanas Francisca e Isabel en la amplia mesa existente en la cocina-comedor, no lejos de la gran artesa de barro vidriado recuerdo de cuando aquel lugar era una tahona, Manuel Mejías tomó en brazos a su hijo Carlos y lo sentó sobre sus piernas. Sacó un cuarterón de picadura de la marca “Montecris-

to”, lo depositó sobre la mesa, cerca del plato en el que iba a cenar el niño, y con voz dulce pero no exenta de firmeza, le dijo:

—Carlitos, hijo mío, esto que ves sobre la mesa no es tabaco, sino un pimiento. De ahora en adelante, cuando alguien pregunte si tenemos pimientos para vender, puedes decirle que tu papa los guarda debajo de la cama para que la luz no los deteriore.

—Sí, papá. Esto es un pimiento, aunque no se parece en nada a los que guarda mamá en la alacena.

—Pero es un pimiento —recalcaba el paciente padre.

Y así, felizmente, acabó el asunto de los cuarterones de tabaco transmutados en pimientos por fuerza de necesidad y para evitar que el indiscreto e inocente Carlitos se fuera de la lengua en otra ocasión.

### III

#### LA PLAYA DE EL CHORRUELO Y LA FERIA DE 1954

Los dos años que antecedieron al cambio de residencia de la familia Mejías-da Silva desde la calle Carteya número 43 a la, por entonces, in-nominada calle número 33 del Río Ancho, fueron de gran felicidad para el pequeño Carlitos, sobre todo en los meses de verano, cuando, cogido de la mano de su madre y acompañado de sus tías Francisca e Isabel, se dirigían, siguiendo el Paseo de la Conferencia —por detrás de las instalaciones del Hotel Reina Cristina— hasta la cercana playa de “El Chorruelo”, principal lugar de asueto y de baños de mar para los algecireños, por ser la más próxima a la ciudad. Ciertamente es que el niño sólo podía gozar de aquellos reconfortantes baños a partir de mediados del mes de julio porque, como era tradición en la puritana sociedad de entonces, Juana y sus hermanas no empezaban la temporada de baños hasta que el 16 de ese mes, día de la Virgen del Carmen, la sagrada imagen que presidía el altar mayor de su parroquia —todavía ubicada en la Capilla de la Caridad o Iglesia de San Antón— no era embarcada en el puerto en la cubierta de un barco de pesca y paseada por la bahía, quedando desde ese día, en el sentir de aquellos piadosos cristianos, bendecidas las aguas del mar y, por tanto, aptas para el baño. Con esa costumbre, Carlitos y muchos algecireños devotos de la Virgen marinera, no podían disfrutar de los baños de mar hasta pasada esa

relevante fecha del calendario religioso. Es necesario señalar que a partir el año 1955, cuando la Junta de Obras del Puerto adquirió en Sevilla a la “Empresa Nacional Elcano” la barcaza “Caracola” —antigua lancha de desembarco americana— como embarcación auxiliar y de aguada, la imagen de la Virgen del Carmen navegaba por las aguas de la bahía el día de su festividad a bordo de la citada barcaza.

Manuel Mejías González sólo podía acompañar a su mujer, su hijo y sus cuñadas a la playa los sábados y domingos; aunque, como se relatará más adelante, esos días de descanso los dedicaba preferentemente, el esforzado trabajador de Gibraltar, a ir de “gira” o excursión con su familia a los arrecifes de Punta Carnero, a la Cañada del Peral, al Tolmo o al Boquete de los Bodiones.

Cuando, cerca ya del barranco en el que los propietarios del hotel Reina Cristina habían construido una escalera para que sus clientes —la mayor parte de ellos turistas ingleses— pudieran descender hasta la playa, Carlitos le pedía a su madre que lo subiera a una de las extrañas construcciones de piedra trabada con argamasa que, en número de tres, flanqueaban el paseo por su parte derecha. Desde lo alto del viejo muñón de mampostería que estaba más próximo al acantilado podía contemplar las evoluciones de los tenistas que se dedicaban a ese deporte tan inglés, por entonces, en la pista de tenis del hotel que se hallaba —y aún se halla— situada en sus jardines, separada del Paseo de la Conferencia por un alto muro. Lo que Carlitos no sabía era que con sus infantiles pies estaba hollando una de las ruinas más nobles y antiguas de Algeciras: los restos de la muralla que el sultán de Marruecos, Abu Yusuf Yaqub, mandó edificar, entre los años 1279 y 1286, en torno a la meseta donde siglos más tarde se estableció el barrio conocido como Villa Vieja, para tener acantonada las tropas norteafricanas que guerreaban contra los castellanos. Potente construcción defensiva que el paso inexorable del tiempo y la incuria de los hombres habían convertido en unos restos expoliados, tristes e irreconocibles; un pálido reflejo de lo que antaño fueron.

Desde aquel torreón desgastado por los fenómenos de la naturaleza y la acción predatoria de los hombres y cubierto en parte por algunas matas raquíticas, se tardaba un par de minutos en llegar a la citada escalera que permitía acceder a una terraza que antecedió a la playa, construida en 1926 para tender sobre ella las vías del ferrocarril de la Cantera que llegaba hasta la Isla Verde. “El Chorruelo”, así llamada aquella playa por



La playa de “El Chorruelo” en 1957. En el centro de la imagen se pueden apreciar los dos “chozos” que se instalaban cada verano sobre los restos de la Torre del Espolón.

un breve chorro de agua o pequeño manantial que en mitad del barranco manaba, sobre todo en invierno y primavera, presentaba una extensión muy reducida que no sobrepasaba los ciento cincuenta metros de longitud. En las primeras décadas del siglo XX, una vez inaugurado el Hotel Reina Cristina en 1901, funcionaba como balneario o playa privada de dicho hotel, por aquellos días uno de los más lujosos y exclusivos de España, cuya dirección había mandado instalar una serie de casetas de madera cerca de la arena para que sirvieran de vestuario a sus huéspedes.

En 1953 la recoleta playa había empezado su inexorable deterioro que la llevaría a desaparecer a finales de los años sesenta. La causa de su paulatina decadencia fue que el hotel había instalado un emisor de aguas fecales a unos cincuenta metros mar adentro, cuyos efectos contaminantes sobre la playa eran, en un principio, casi imperceptibles debido a las favorables corrientes marinas y al flujo y reflujo de las mareas; pero cuando en 1954 se construyó la carretera de la Isla Verde en sustitución del puente para el tren de vía estrecha erigido en 1926, las aguas se estancaron y la playa se fue contaminando al perder el beneficioso flujo de las corrientes que el puente permitía. Sin embargo, cuando en el verano de 1953, Carlitos Mejías y su familia accedieron a la arena de la playa de “El Chorruelo”, ésta aún se hallaba en buenas condiciones para el baño.

Pero, en el verano siguiente, las obras de relleno de la carretera de la Isla Verde, que sustituyó al viejo puente, habían concluido y el estancamiento de las aguas de la dársena del Saladillo fue un hecho irreversible y mortal de necesidad a medio plazo para la playa de “El Chorruelo”.

Juana, Francisca e Isabel, con el pequeño Carlos, se establecieron en la parte derecha y meridional de la playa, cerca del “chozo” construido con tablazonas sobre una base de postes de madera hincados en la arena y con tejados de helechos que se ubicaba sobre una escollera que había en ese lugar. Pocos sabían, en aquella época, que se trataba de los restos de la llamada Torre del Espolón, edificada, como las otras torres del Paseo de la Conferencia, entre 1279 y 1286, que acabó derrumbándose a causa del embate de las olas producidas por un terrible temporal del sudeste que azotó el litoral algecirense el día 25 de noviembre de 1901.

Acabado el reconfortante baño, con la frescura proporcionada por la sombra del talud y el declinar del día, se dirigían al “chozo” donde los bañistas acostumbraban a tomar unas gaseosas, a comer los huevos cocidos duros que traían de casa y a degustar las patatas fritas que se vendían en un puesto situado a pocos metros del bar y que el vendedor ofrecía en envoltorios hechos con papel de estraza.

Más al sur, al otro lado de la zona arenosa, después de cruzar un pequeño arroyo, no lejos del cual aún se veían las ruinas del balneario que los alemanes comenzaron a construir en 1913 y que el estallido de la Primera Guerra Mundial obligó a abandonar, se divisaba la rampa de acceso para las embarcaciones al varadero propiedad de Pascual Cervera Abreu y, pasada esta instalación dedicada a la reparación de barcos de pesca, se llegaba al río Saladillo, en cuya orilla izquierda aún se mantenía en pie el sistema de contrapesos de cemento que había servido para mover el puente levadizo que, entre 1920 y 1926, hubo en ese sitio con el fin de que las vagonetas de obras de la Cantera embarcaran en las barcazas que debían conducir las a la Isla Verde. Las dificultades de ese traslado por mar fue lo que obligó a la Junta de Obras del Puerto a construir el puente para el tren de vía estrecha en 1926.

Al otro lado de la playa, en su extremo norte, se hallaba el arranque del citado puente, muy deteriorado desde que en 1933 se acabó la construcción del Rompeolas de la Isla Verde o Dique Norte y dejaron de llegar a la isla las vagonetas cargadas con piedras de la Cantera de los Guijos.



En primer término los jardines del Hotel Reina Cristina; detrás la playa de “El Chorruelo”; en el centro de la imagen el puente para el tren de obras y la Isla Verde y, a la izquierda, el Rompeolas con las grúas “Goliat” y “Titán” inactivas desde el año 1933. Fotografía tomada en 1948.

Por su estrechez y poca consistencia no era de utilidad, a mediados del siglo, para atender las necesidades de las dependencias y servicios existentes en la isla como el varadero, la central eléctrica, el muelle del Dique Norte, los talleres de la Junta de Obras de mecánica y carpintería de ribera y el faro, lo que avocó a la Junta a sustituirlo por una carretera. No obstante, como ya se ha referido, el puente no desaparecería por completo hasta el verano del año en 1954.

En los meses de julio y agosto de 1953 Carlitos disfrutaba plenamente de su estancia en la playa, sobre todo, en las ocasiones que lo acompañaba Rafael Matoso, el novio de su tía Francisca. El niño lo llamaba en su lenguaje incipiente “Eta”, que era la contracción de la palabra “bicicleta”, el vehículo en el que cada tarde acudía Rafael a la vivienda de la calle Carteya para ver a su prometida. Cuando “Eta” iba con ellos a la playa de “El Chorruelo” no dejaban pasar la ocasión de dar un paseo en las barcas de remo que alquilaba un tal Pelayo y que se hallaban varadas en la orilla a no mucha distancia del arranque del puente. Los cuatro adultos y el niño se solazaban con el suave balanceo de la embarcación,

la fresca brisa marina que les daba en el rostro y el fuerte olor a marisma que desprendían, en la bajamar, las pilas circulares del puente cuando navegaban por debajo de él.

El puente de la Isla Verde estaba formado por una estructura de hormigón armado de 425 metros de longitud constituido por 33 tramos independientes con una luz de 12,50 metros apoyados sobre pilas fabricadas con anillos cilíndricos de hormigón armado que descansaban sobre macizos de hormigón sumergido. Un quitamiedos o barandilla metálica completaba el conjunto permitiendo su uso peatonal, no sin enormes riesgos, pues si en el momento de cruzar el puente aparecía un tren de obras, la única salida del osado peatón era lanzarse al agua.

El bañador de Carlitos se componía de un pantalón corto de punto de color rojo con de un peto de tonalidad azul marino y sendos tirantes verdes que se cruzaban en la espalda. Los bañadores de las mujeres se distinguían por cubrir buena parte de sus cuerpos. Eran enterizos y presentaban dos anchos tirantes con flecos que sujetaban los cascos del sujetador y la tela que envolvía el torso, y una faldita plisada que les tapaba la zona genital y la parte superior de los muslos. En los días de asueto en la playa, el niño se debatía entre el justificado deseo de que su padre lo acompañara y el temor a que su progenitor se desplazara con ellos a tomar los baños, pues Manuel Mejías acostumbraba a dar una ahogadilla a Carlitos antes de salir del agua “para que se acostumbre al medio marino” —decía—, acción paternal que el niño temía como a una vara verde. Es probable que en esas ahogadillas no deseadas radicara el repudio a sumergirse en el agua del mar que acompañó a Carlos Mejías toda su vida.

No se ha hecho aún referencia a unos tocones de madera que emergían del terreno, entre arbustos de ricino, pitas y una higuera bravía que crecían al norte de la playa, lindando con el Paseo de la Conferencia. Se trataba de los escasos restos que quedaban de lo que fue el lujoso palafito de madera y cristal, bar-restaurante y sala de fiestas conocido como “El Kursaal”, construido en el año 1910 por iniciativa de Jorge Croisé d’Ancourt, dedicado a Instituto de Segunda Enseñanza en 1934 y que ardió por los cuatro costados el 16 de octubre de 1942.

Al caer la tarde, la familia Mejías-da Silva abandonaba la playa de “El Chorruelo” y regresaba a su hogar en la calle Carteya. Pero, al pasar por delante de una mansión existente al final del Paseo, cerca ya de

la confluencia entre las calles Alexander Henderson y Rayos X, Carlitos indefectiblemente preguntaba, señalando la figura inmóvil de un águila pintado de verde en actitud de iniciar el vuelo que los escrutaba desde el arco de mampostería que remataba la puerta de entrada a la finca:

—Mamá, ¿por qué hay un gran pájaro posado sobre la puerta de esa casa?

—Es un pájaro muy especial, Carlitos. Y no está posado sobre la puerta de la casa, sino colocado sobre una peana de piedra porque es una escultura —respondió Juana que, como vecina de la “Casa del Águila”, conocía la historia de la vivienda y quién había sido su extravagante y erudito propietario—. En esta mansión vivió un inglés muy famoso que se dedicaba a estudiar los pájaros, motivo por el que puso el nombre de “El Águila” a la villa y adornó su entrada con una escultura de ese ave.



Fachada de la “Casa del Águila”, en la que residió el ornitólogo inglés Cole Verner a principios del siglo XX.

—La “Casa del Águila” la llamamos —añadió su tía Francisca.

En efecto, no se equivocaba la madre de Carlitos al decir que aquella mansión había sido habitada por un inglés muy famoso que se dedicaba al estudio de las aves, es decir, que era ornitólogo. Se llamaba William Willoughby Cole Verner. Había sido coronel del ejército expedicionario inglés y participado en la guerra del Sudan entre 1884 y 1885. Se retiró de la milicia en 1904 trasladándose a vivir, primero a Gibraltar y, después, a Algeciras para poder observar de cerca y estudiar los pájaros de la Laguna de la Janda y las marismas del río Palmones. En aquella casa —que había sido edificada por el arquitecto Guillermo Thompson en estilo inglés, el mismo que construyó el Hotel Reina Cristina— vivió hasta el día de su muerte. En ella residieron largas temporadas, entre los años 1912 y 1914, el famoso prehistoriador francés Henri Breuil, el español Juan Cabré y el hispano-alemán Hugo Obermaier que acudían a “El Águila” para visitar

la Cueva de la Pileta en compañía de Cole Verner que había sido su descubridor científico en 1907. Aquel inglés polifacético, de vida aventurera y amante de las aves y de Andalucía murió en Algeciras el 25 de enero de 1922 recibiendo sepultura en Gibraltar.

Sin dejar de mirar la figura inmóvil, pero desafiante, del águila de alas desplegadas que remataba la entrada de la mansión que perteneció a Cole Verner, Carlitos, de la mano de su madre y de su tía Francisca, llegó a la casa donde vivía con sus padres y las dos hermanas de Juana da Silva.

Pero antes de que cambiara de residencia en la primavera de 1955, el travieso hijo de Manuel y de Juana sufrió dos accidentes mientras jugaba en la escalinata que discurría entre la puerta de su casa y la explanada que precedía al viejo matadero, en la orilla derecha del río. El primero de ellos, el más grave, acontecido en el otoño de 1953, estuvo cerca de acabar con la vida del niño, pues mientras jugaba con un palo astillado metido en la boca resbaló y se lo clavó en la garganta quedando la úvula casi cercenada. Era sábado y, por suerte, su padre se hallaba de descanso en la vivienda. Careciendo por aquellos años de automóvil propio tanto Manuel como sus vecinos, tomó al niño, que arrojaba abundante sangre por la boca, en brazos y corrió en dirección al Hospital Civil que se hallaba a unos quinientos metros, entre la plaza de la Caridad y la calle Teniente Miranda. Los médicos que intervinieron de urgencia a Carlitos lograron parar la hemorragia, restañar la herida de la garganta y salvar la úvula, quedando todo en un susto que no sirvió para que el muchacho cambiara de actitud y se atemperara en sus juegos.

El segundo accidente aconteció uno año más tarde, en el verano de 1954, mientras jugaba en el mismo lugar donde sufrió el anterior percance con una botella de refresco en la mano. Una nueva y desgraciada caída y la botella se rompió en varios trozos casi amputando el pulpejo del dedo pulgar de la mano derecha. Aunque la herida era muy aparatosa, por la abundante sangre que manaba de ella, lo cierto es que media docena de puntos fueron suficientes para cerrarla y cortar la hemorragia, aunque Carlos Mejías da Silva recordaría toda su vida el accidente con sólo mirarse el dedo pulgar en el que conservaba una cicatriz que le rodeaba el pulpejo a modo de una semicircunferencia.

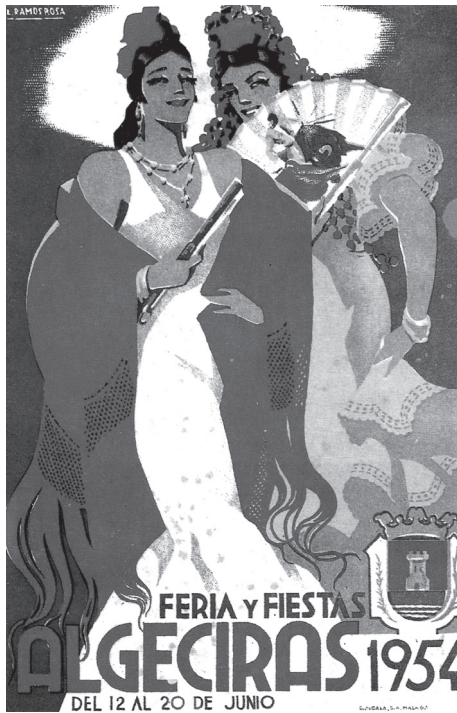
Una de las festividades que se esperaba cada año con más entusiasmo, en una sociedad con escasos medios de diversión, al menos para las

clases humildes, era la celebración de la Feria Real que, con algunas diferencias de fechas en su larga historia, se conmemoraba cada año en el mes de junio. Había sido autorizada en el año 1850 por Real Decreto de 28 de febrero para que se celebrara los días 1, 2 y 3 de junio. Poco después se trasladó al primer domingo de junio y al lunes y martes siguientes. Años más tarde, aunque se mantuvieron de manera oficial tres días de feria — los del mercado de ganado— los festejos se prolongaron por espacio de una semana. En 1907 se trasladó al segundo domingo de junio, no se sabe por qué razones. Sin embargo, al año siguiente se volvió a celebrar a partir del primer domingo de dicho mes.

En el año 1954 la feria de Algeciras se celebró entre los días 12 y 20 de junio, lo que representaba un incremento de tres días con respecto a las ferias de principios de siglo. Fue en esa ocasión cuando Carlitos asistió por primera vez a la fiesta más popular y destacada de cuantas se celebraban en la ciudad, al menos es la fecha que, en su madurez, recordaba como la iniciática en el disfrute de la Feria Real.

Por aquellos años de penuria económica, las familias menos pudientes asistían a la feria dos o tres días, generalmente a la cabalgata del sábado, en la noche del primer domingo y en la noche de los fuegos artificiales. No era una excepción la familia formada por Manuel Mejías, su esposa Juana y su hijo Carlitos. El sábado de feria acudían a la calle Convento para asistir al desfile de la cabalgata —que partía de la puerta del Ayuntamiento—, una sucesión de carrozas, hermosamente engalanadas, algunas elaboradas por instituciones oficiales y otras por empresas particulares y asociaciones. El desfile iba precedido por los gigantes y cabezudos, una banda de música que interpretaba pasodobles y marchas y un escuadrón de la policía municipal a caballo.

El primer domingo, a eso de las ocho de la tarde, cuando el inclemente sol de final de primavera comenzaba a declinar, la pareja, llevando de la mano a su pequeño y vistiendo sus mejores galas: Manuel un pantalón oscuro, una impoluta chaqueta blanca, una camisa del mismo color y una corbata de nailon azul de la marca Du Pont adquirida en Gibraltar; Juana un elegante vestido verde botella enterizo de media manga ceñido por un cinturón negro de doble hebilla y calzando zapatos bicolors de charol y Carlitos un pantalón corto y chamarreta con manga corta de color beige y cubriéndose la cabeza con una gorrita blanca, cruzaban el río por



Cartel oficial de la Feria Real de Algeciras celebrada en el año 1954.

el puente del Matadero, caminaban por la calle Castelar y ascendían por las concurridas arterias Juan Morrison, General Castaños y Cristóbal Colón para acceder a la calle Ancha —a esa hora colmada de gente que se dirigía al ferial—. En esa época, la calle Regino Martínez o Ancha se engalanaba como antesala del real de la feria con artísticas guiraldas de luces de colores y farolillos.

La feria algecireña, antes de 1945, daba comienzo el domingo por la mañana con una diana que recorría las calles más céntricas de la ciudad. En ese año empezó a desfilarse la cabalgata el sábado por la tarde, declarándose también festivo ese día. Años más tarde se organizó el acto de la coronación

de la reina, que se celebraba el viernes por la noche, con lo que la fiesta se alargó por espacio de diez días. A la feria algecireña acudía gente de los pueblos comarcanos, así como vecinos de Ceuta, Tánger, Gibraltar e, incluso, visitantes de Cádiz, Jerez, Málaga y el Puerto de Santa María que venían a Algeciras, sobre todo, para asistir a las corridas de toros en las que lidiaban los diestros más sobresalientes del momento.

El paseo de la feria había estado ubicado, a mediados del siglo XIX, en la parte cercana al Paseo de Cristina, entre este espacio verde, el cuartel del Calvario y el arranque de la calle Ancha. Allí se instalaban las casetas y las atracciones. En la parte alta del paseo se colocaban los chozos y se celebraba la feria de ganado. Pero, a partir de 1869, después de haberse edificado la plaza de toros “La Perseverancia” y la escalinata que la precedía, el paseo se trasladó a la parte alta de la avenida, en las inmediaciones del coso taurino, desplazándose el mercado de ganado al llamado “Cerro del Mercado”, donde luego se construyó la Biblioteca Municipal. En

1880 el Casino inauguró la caseta donde se celebraban los bailes durante los días de feria y, en 1915, esta sociedad estrenó una nueva instalación fija de mampostería y armazón de hierro con cubierta de uralita que, con el paso del tiempo se dedicó a sala de cinematógrafo y teatro con el nombre de “Casino Cinema”.

Cuando, en 1929, el Ayuntamiento expropió las parcelas que tenían en usufructo algunos particulares en el Paseo de Cristina y se creó el Parque construyendo un muro perimetral que lo aislaba de las calles circundantes, se hubo que modificar la entrada a la feria instalándose una amplia escalinata frente a la calle Ancha que se componía de siete

escalones de mármol flanqueada por dos artísticas balaustradas de la misma piedra coronadas con sendos macetones de tipo etrusco. En ese lugar, situado frente a la transitada y céntrica calle Ancha o Regino Martínez, se colocaba la portada de la feria, generalmente, una estructura de madera iluminada por numerosas bombillas de colores que representaba un elemento muy vinculado a la feria algecireña o a la historia de la ciudad.

Cuando el domingo 13 de junio del año 1954 Manuel Mejías y su familia acabaron de recorrer la calle Ancha y, dejando en el lado derecho el café Piñero con su enorme marquesina acristalada, en el que no cabía un alfiler a aquellas horas de la tarde, accedieron al real de la feria que, todavía, ocupaba la parte alta de la denominada desde 1912 Avenida Canaleja y durante la Dictadura del Miguel Primo de Rivera Avenida General Sanjurjo, se sumergieron en un mar de gente que subía o bajaba por el ancho paseo. Al cabo de un rato llegaron a las inmediaciones de la plaza de toros caminando en medio de aquel gentío variopinto de personas de



La familia Mejías-da Silva en el puente del Madero camino la Feria del año 1954.

diferentes clases sociales y edades, algunas muchachas vestidas con trajes de flamenca luciendo peinetas y claveles en la cabeza y otras con llamativas faldas y blusas de vivos colores que denotaban su origen gibraltareño. Gente que parloteaba o reía y se afanaba por acercarse a las casetas de tiro al blanco, a los puestos de turrón, a las “vistas” y a la primera tómbola que, por aquellos años, se instalaba en el Real. Algunas parejas muy encoquetadas y otras con uniformes militares los hombres, se dirigían a la caseta del Casino o a la de “Los Juncuales” en las que unas orquestas interpretaban los pasodobles de moda ese año: “Algeciras” y “Rincón Andaluz”.

Mientras transitaban rodeados por la multitud, se acercaban al niño, ofreciéndole descaradamente sus mercancías, vendedores de globos, de bastones de caramelos de múltiples colores y de juguetes a cual más original. Manuel Mejías le compró a su hijo un extraño juguete que consistía en un ratón de cartón piedra pintado de color gris que contenía en su interior un carrito de barro cocido unido a la carcasa zoomorfa mediante dos gomas del que surgía un hilo que estaba enrollado en el citado carrito y que era asido por la mano del niño. Carlitos jalaba del hilo y, a continuación, lo dejaba destensar, con lo que el ratoncito comenzaba a corretear alocadamente por el pavimento ferial para diversión del muchacho hasta que el carrito dejaba de girar y el animal de cartón piedra se paraba. Aquel juguete hizo las delicias de Carlitos durante varios días hasta que las gomas de rompieron y el mecanismo dejó de funcionar.

Antes de iniciar el regreso, a eso de las once de la noche, Carlitos y su madre se montaban en los caballitos de la reina y, con su padre, en la ola y los coches de choque. También se subía el niño en las cunitas “Tatachín”, en las que al movimiento circular de las cunas, logrado por el empuje de uno de sus propietarios, se unía el gracejo del segundo de ellos que, en mitad del viaje, detenía la atracción y preguntaba a los pasajeros:

—¿Queréis máaaas?

A lo que los divertidos viajeros respondían:

—¡Síiii!

Y las cunitas volvían a girar mientras el mozo golpeaba con fuerza y acompasadamente un bombo y unos platillos, cuyo sonido onomatopéyico daba nombre a las cunitas.

Carlitos solicitaba a su padre que lo dejara subir en el “carro de las patás”, pero en todas las ocasiones recibía la misma respuesta de su progenitor:

—Aún eres muy pequeño para montar en esa peligrosa atracción, Carlitos.

A eso de las once de la noche, la familia Mejías-da Silva emprendía el regreso a su hogar, pero no sin hacer un alto en la calle Sevilla para sentarse en la estrecha terraza del bar “Calderón” y tomar una cerveza marca “África Star”, el padre, un vino dulce de Jerez, la madre, y un refresco, el niño, y degustar una ración de caracoles guisados con poleo. Aquel año Manuel Mejías, ante la insistencia de su vástago, le dejó probar un sorbo de su cerveza, a lo que el niño, después de ingerir un trago, rechazó la bebida con energía diciendo que aquello estaba muy amargo y que nunca, aunque fuera mayor, volvería a probar una cosa tan mala.

Pasada la media noche los tres miembros de la familia, cansados pero satisfechos por haber podido disfrutar de unas horas de asueto en la Feria Real de su ciudad, llegaron a la vivienda que compartían en la calle Carteya número 43.



## IV

### **LA ALGECIRAS PERDIDA. LOS TRABAJOS DE “ETA” EN EL RÍO DE LA MIEL. DE PESCA EN EL ROMPEOLAS DE LA ISLA VERDE**

A principios de los años cincuenta Algeciras era una ciudad que aún no había comenzado a sufrir la devastación provocada, desde mediados de aquella década, por un desarrollismo incontrolado y la voraz especulación urbanística que, en treinta años, transformó el centro de la ciudad, elogiada por viajeros y escritores de la primera mitad del siglo XX, en una población con escasas zonas verdes, con un urbanismo ramplón, poco original y alejado de la manera y técnicas de construir tradicionales, edificaciones descompensadas en alturas y con volúmenes edificatorios excesivos —autorizados por los sucesivos Ayuntamientos que la han gobernado sin prever las nefastas consecuencias de tales medidas—.

Pero lo más nocivo para el bienestar de los algecireños, no fue tanto el ansiado, lógico y necesario desarrollo urbano, indefectiblemente unido al desarrollo económico y a la mejora de la existencia de los moradores de la ciudad, sino que ese desarrollo urbanístico se hizo a cambio de la paulatina destrucción del casco histórico y en detrimento del conjunto de edificios con destacados valores histórico-artísticos. Mientras que en

otras poblaciones como San Roque, Los Barrios, Medina Sidonia o Arcos la expansión urbana y los necesarios ensanches se lograron dirigir hacia los extrarradios, fuera de los cascos históricos, en Algeciras se sacrificó el secular equilibrio del conjunto urbano del centro de la ciudad, arrasándolo, para construir sobre sus ruinas la urbe moderna carente del anterior equilibrio arquitectónico, de la belleza armoniosa y la funcionalidad de las viejas edificaciones de una, dos o tres plantas, fachadas blancas de cal y tejados de tejas árabes sobre armazón de madera. También las calles, anchas, luminosas y bien adoquinadas y, con frecuencia, adornadas con árboles, macetones y arriates sufrieron un evidente deterioro.

Valgan a modo de descorazonadores ejemplos las calles Ancha, Convento, Sevilla, San Antonio, Colón, General Castaños, Cánovas del Castillo, Prim, Tarifa, Castelar o la Plaza Alta que en nada se parecen a las que conocieron las generaciones anteriores a la de 1950. Y de ese desaguisado es el principal culpable el Ayuntamiento que nunca fue capaz de aprobar una normativa en defensa del casco histórico de la ciudad. La redacción del cacareado e inoperante “Catálogo de Edificios a Conservar” y de sus sucesivas modificaciones no han sido sino papel mojado: las edificaciones catalogadas eran demolidas impunemente una tras otras sin que las autoridades encargadas de velar por su cumplimiento movieran un solo dedo y aprobaran sanciones para castigar a los propietarios transgresores de la normativa.

Para mayor desatino, el ensanche la ciudad hacia el norte no previó el enorme desarrollo que alcanzaría Algeciras en las siguientes décadas y no se diseñó un plan bien razonado y con perspectiva de futuro que habilitara amplias avenidas, plazas que sirvieran de desahogo a las nuevas barriadas, zonas comerciales y espacios verdes con jardines y parques.

Javier Betegón, periodista del diario “La Época”, que acudió a Algeciras en el año 1906 para asistir a la Conferencia Internacional sobre Marruecos, describe con estas palabras la ciudad que él conoció: *Algeciras es una ciudad sencilla, bien cuidada, alegre y risueña. Población típica andaluza, sus casas tienen el sello especial de blancura y alegría que es peculiar en esta tierra. El piso, adoquinado y limpio, lo quisiéramos para muchas calles de Madrid. Las casas, encaladas, blancas como la nieve, tienen grandes rejas, detrás de cuyos barrotes de hierro os contemplan con curiosidad burlona ojos hermosos de mujeres de un tipo árabe*



Cierros y balcones con artísticas rejas que, hasta mediados del siglo XX, jalonaban la calle General Castaños de Algeciras.

*pronunciado. Un alumbrado eléctrico bastante bueno da á la población la claridad necesaria por las noches.*

Y el arquitecto alemán Oskar Jürgens, en su libro “Spanische Städte”, publicado en Hamburgo en 1926, aunque sobre observaciones realizadas unos años antes, dice de la ciudad: *Algeciras ofrece el aspecto de una próspera ciudad andaluza. Sus calles, bastante anchas, presentan una edificación de dos o, como mucho, tres alturas, cuyas sencillas fachadas quedan magníficamente rematadas por cubiertas de tejas de amplio vuelo. En las plantas bajas de muchas casas existían hasta hace poco unos salientes, a modo de balcones, cuyas ventanas cerraban unas tupidas rejas, con frecuencia de artística forja que enriquecían las imágenes de las calles, confiriéndoles un aire muy español y que desgraciadamente ya han sido eliminados en la mayoría de los casos, en exagerada atención a un tráfico que apenas puede considerarse como tal.*

Ambos visitantes coinciden en el carácter andaluz de la ciudad y en la existencia de variadas y artísticas rejerías en los balcones y cierros con

tramos volados o empotrados en poyos que ocupaban parte de la acera y que estaban rematados con capialzados de forma piramidal también muy salientes. Estos cierros podían estar a pie de calle o en las plantas superiores de los edificios. Casi todas las casas de la acera situada entre la Plaza Alta y el Convento de la Merced presentaban, en las primeras décadas del siglo XX, estos magníficos cierros, tanto a pie de calle, sobre poyetes en la acera, como en la segunda planta. Lo mismo sucedía en la calle Ancha y en la calle General Castaños, aunque en esta vía eran escasos los situados a pie de acera. Sin embargo, abundaban los ubicados en las plantas superiores. Otras calles con estos típicos cierros eran Cristóbal Colón, Joaquín Costa y Cánovas del Castillo.

Oskar Jürgens asegura que, cuando él visitó la ciudad muchos de estos cierros situados en la planta baja de las casas habían sido eliminados para permitir el paso de los primeros automóviles que circulaban por la ciudad. Eso debió suceder en pocos casos y allí donde la estrechez de la vía impedía, con sus salientes rejas y cierros, el paso de los coches. Lo cierto es que la mayor parte de estos elegantes elementos arquitectónicos perduraron hasta los años cincuenta y, algunos, aún se conservan en las calles Ancha y Colón.

Un aspecto en el que hacen hincapié los dos viajeros es la proliferación de rejas artísticas que adornaban muchas de las casas en cierros, ventanas y balcones de las plantas superiores, éstos sostenidos, frecuentemente, con jabalcones o tornapuntas de hierro lisas, trenzadas o decoradas con roleos. Algunas de las rejas con barrotes lisos y otras con elementos retorcidos de estilo salomónico. En todos los casos se trataba de rejas de forja, en ocasiones con doble pletina o con paños centrales muy historiadados realizados mediante roleos o caracolillos que le daban un aire muy andaluz. Similares trabajos de forja se localizan en San Roque, Medina Sidonia, Arcos de la Frontera y otras poblaciones de la provincia de Cádiz.

Cuando Manuel Mejías, acompañado de su mujer y de su hijo Carlos, recorrían las calles General Castaños, Colón o Prim, o ascendían hacia la Plaza Alta desde el Mercado Ingeniero Torroja por la calle Cánovas del Castillo, podían aún contemplar las artísticas rejas y los cierros que tanto llamaron la atención de Betegon y Jürgens, aunque no estaba lejano el día en que comenzaran a desaparecer del paisaje urbano algecireño devoradas por la especulación urbanística y la falta de respeto a la arquitectura

tradicional y a la obra artística de sus antepasados. Rejas con elegantes espirales muy simples, formas romboidales y angulosas de profunda raíz neoclásica, elementos vegetales como hojas, ramas retorcidas y flores, así como representaciones zoomorfas, de estilo modernista, como pájaros y reptiles, se iban sucediendo, de casa en casa, de fachada en fachada, hasta llegar al final de las calles Convento y Ancha, donde la ciudad acababa a principios de los años cincuenta.

Rafael Matoso, “Eta” para el niño Carlitos, el prometido de su tía Francisca, acudía cada tarde, como se ha referido, a la casa de la calle Carteya para ver y hablar con su novia al tiempo que tomaba un café negro marca “La Negrita” invitado por Juana da Silva, su futura cuñada. Carlitos Mejías mostraba una gran devoción por el que aún no era su tío, pero con el que le unía una especial y casi paternal relación debida, sin duda, a las atenciones que “Eta” brindaba al inquieto mozalbete al que nunca le negaba nada de lo que le solicitaba.

Como el oficio de Rafael Matoso era el de carpintero, Carlitos le pedía con insistencia que le hiciera un camión de madera, petición que “Eta” no tardó en concederle. No habían pasado dos semanas cuando el prometido de su tía le trajo un pesado camión, de casi un metro de largo, todo él construido con madera de nogal perfectamente lijado y pintada de beige la batea móvil, de azul la cabina y los parachoques y de negro las ruedas, que hizo las delicias del niño. No era raro que los domingos, al amanecer, apareciera “Eta” en la casa portando un macuto militar de

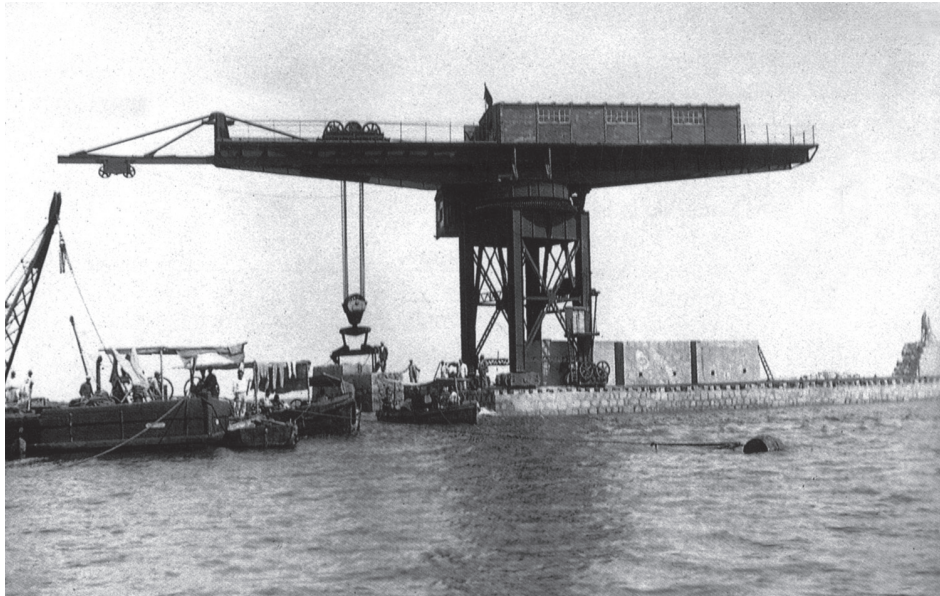


Rafael Matoso “Eta” con su novia Francisca da Silva y el sobrino de ambos a principios del año 1953.

color verde oliva que contenía dos o tres chambeles, anzuelos de varios tamaños y plomadas, para llevar a Carlitos a pescar. El niño no cabía en sí de gozo porque aquella proposición representaba embarcarse en una verdadera aventura, como más adelante se podrá comprobar, aunque su precavida madre oponía siempre alguna resistencia alegando que Carlitos, a sus cuatro años, no era aún consciente del peligro y podría caerse al agua y ahogarse o sufrir cualquier otra clase de accidente. Pero como el niño insistía lloriqueando y se aferraba al pantalón de “Eta” para que éste lo tomara en brazos, Juana, sin mucho convencimiento, le dejaba ir.

El lugar elegido por Rafael Matoso para lanzar sus chambeles era el Rompeolas de la Isla Verde, al pie de la inmensa grúa-polipasto que se usó, entre 1922 y 1933, para construir el dique norte y que había sido traída del puerto de Larache por la Junta de Obras del Puerto de Algeciras. Desde que finalizaron los trabajos de construcción del rompeolas y después de que el “Titán” —que ése era el nombre de la poderosa máquina que podía elevar y transportar bloques de hasta 100 toneladas de peso— hubiera caído al mar en 1931 y restaurado por la empresa barcelonesa “Maquinista Terrestre y Marítima”, se hallaba colocado, como un testigo silente y enmohecido de lo que en el pasado fue, en el rompeolas que había ayudado a erigir. Según “Eta” era aquel el mejor lugar para pescar, puesto que, al margen de lograrse buenas piezas: bodiones, sargos, pargos, besugos y rascacios, tenían la ventaja, los pescadores, de pescar a la sombra que les proporcionaba la vieja grúa.

De la mano de Rafael Matoso, o en sus brazos, recorrían la distancia de varios kilómetros que existía entre la calle Carteya y el Rompeolas, siguiendo por el callejón de la Vieja —no se ha referido aún que ese popular nombre se debía a que en el siglo XIX apareció asesinada una anciana en una de las viviendas de dicha calle—, continuaban después por la calle Juan de la Cierva hasta alcanzar uno de los bares de la empresa “La Bahía” que se hallaba situado al final de la citada vía donde “Eta” tomaba un café bien cargado. Desde allí se desplazaban, por el Paseo de la Conferencia, hasta el arranque del puente de la Isla Verde, en el extremo norte de la playa de “El Chorruelo”. En ese lugar comenzaba la verdadera aventura que era el obligado paso por el puente para poder cruzar el brazo de mar que los separaba de la isla. Rafael Matoso se colocaba a Carlitos sobre sus hombros y, portando en la mano derecha el macuto con los arreos de pescar, se adentraba en el inseguro puente que es necesario decir que se ha-



La grúa “Titán” colocando bloques en las obras del Rompeolas de la Isla Verde. Luego quedó varada en mitad del dique que había contribuido a construir a cuya sombra pescaba Rafael Matoso en 1954.

llaba en total abandono desde que acabaron las obras de construcción del rompeolas en 1933. A la estrechez del paso peatonal habilitado hay que añadir que buena parte de la barandilla quitamiedos había desaparecido a causa de la herrumbre o los golpes de mar y que las losas que formaban el pavimento del puente también habían sido pasto del oleaje, de la corrupción o de la humedad marina y faltaban en varios tramos.

Cuando ambos atrevidos pescadores, uno de ellos inconsciente del peligro que corrían, llegaban a uno de los tramos donde faltaba parte del piso o la barandilla, “Eta”, haciendo gala de sus cualidades de funambulista, cruzaba el otro lado caminando sobre uno de los estrechos raíles de la vieja vía del ferrocarril que aun se mantenía en su lugar. No hay que decir cuál hubiera sido el final de la historia si el osado y ágil pescador hubiera perdido pie. Pero, lo cierto era que de aquella arriesgada manera cruzaban el peligroso y medio arruinado puente sin sufrir ningún percance. Pasada media hora se hallaban ambos pescadores al pie del “Titán” preparando los aparejos, en el caso de Rafael Matoso, que no en el del niño que no hacía otra cosa que observar y tomar en sus manos los relucientes peces que su tío sacaba de la dársena o enredar el sedal de un chambel para disgusto de “Eta” que debía abandonar la pesca para desen-

redar la madeja ocasionada de mala manera. Aquella aventura de cruzar el inestable puente llevada a cabo en la primavera del año 1954, fue la última que acometieron en esas precarias condiciones los dos valientes excursionistas. Meses más tarde la carretera construida con escolleras y rellenos de tierra sustituyó al puente de la Isla Verde y los dos pescadores pudieron acceder, a partir de entonces, al “Titán” por tierra firme sin correr ningún peligro.

Deambulando de acá para allá o sentado sobre el sistema de gigantescas ruedas metálicas del “Titán”, Carlitos paseaba la mirada por el muelle de la Galera, que se hallaba como a trescientos metros, o atendía a los dos chambeles que “Eta” tenía lanzados para ver si la tranza se movía lo que sería señal inequívoca de que un pez había picado y estaba atrapado en el anzuelo. El cebo o carnada que Rafael Matoso utilizaba para cebar los anzuelos eran lombrices de mar que había cogido, el día anterior, en la pedregosa playa de “El Chinarral”. Aprovechando la bajamar, con un amocafre removía las piedras y se apoderaba de las lombrices que aparecían debajo de ellas para, a continuación, depositarlas en una boina vuelta al revés que previamente había mojado con agua marina y en la que había depositado un manojo de algas de las llamadas “lechugas de mar”. De esa manera se mantenían húmedas y vivías hasta que eran utilizadas como carnada al día siguiente.

Carlitos miraba con expectación y curiosidad la salida del puerto o las maniobras de atraque en el muelle de la Galera de alguno de los dos transbordadores, el “Virgen de África” o el “Victoria”, que hacían la travesía del Estrecho uniendo Algeciras con los puertos de Ceuta y Tánger. Ambas embarcaciones habían sido botadas en 1951 y 1952 respectivamente, aunque aún no habían pasado a propiedad de la “Compañía Trasmediterránea” presentando la parte inferior de sus cascos pintada de negro. También contemplaba el niño las maniobras de las lanchas, dragas y buzos de la compañía que preparaban el fondo marino para la constucción del fracasado e inconcluso muelle de pasajeros y automóviles, obras que serían abandonadas, por graves defectos náuticos —como había vaticinado el Comandante de Marina antes de que comenzaran— diez años más tarde.

Al caer la tarde el pescador y su futuro sobrino, llevando en un morral los peces capturados que habían sido, en aquella ocasión, tres bo-

diones loro de llamativos colores azul, verde, rojo y amarillo; tres sargos soldados de mediano tamaño y un gran rascacio, emprendieron el retorno a la casa de Carlitos, no sin antes haber tenido que acometer de nuevo el peligroso tránsito por el viejo y ruinoso puente de la Isla Verde.

En el mes de abril de 1954 Rafael Matoso recibió un encargo que, aunque no se adaptaba estrictamente a su profesión de carpintero, no desdén porque en aquellos años el trabajo no era algo que abundara en la deprimida comarca del Campo de Gibraltar. Consistía la labor solicitada en fabricar cuatro ruedas de carro para una pequeña empresa familiar que todavía se dedicaba al transporte de mercancías utilizando ese medio tan antiguo, pero, al mismo tiempo, tan barato si se contaba con un par de mulos sanos y fuertes.

Para llevar a cabo el trabajo, Rafael buscó la colaboración de un mecánico-herrero apellidado Hidalgo que vivía en la calle Aníbal, unas casas más abajo del hogar de Manuel Mejías —que también daba a esa vía urbana— en cuya parte trasera tenía una fragua. A orillas del río de la Miel, que en esas fechas bajaba con un abundante caudal, no lejos del estribo sur del puente del Matadero, Rafael y el mencionado Hidalgo encendieron una gran fogata mientras que el carpintero y su ayudante ensamblaban los rayos de la rueda a fabricar —que habían sido elaborados por “Eta” en un taller cercano— al cubo o parte central de la rueda. A continuación colocaban a su alrededor una circunferencia de madera formada por varias piezas curvas que se denominaban pinas. Una vez compuesta de ese modo la rueda, el herrero calentaba en el fuego un aro de hierro o llanta que luego encajaba en torno a las pinas. Acabada esta operación, Rafael, su ayudante y el herrero tomaban la rueda y la arrojaban al río para que la llanta metálica se enfriara bruscamente al contacto con el agua y, al contraerse, aprisionara con fuerza las pinas formando un solo cuerpo. Por último, una vez enfriada la llanta, se sacaba la rueda del río y se entregaba al carretero.

Carlitos asistía a todas estas operaciones porque su tía Francisca lo llevaba de la mano a la orilla del río donde trabajaba su novio. El niño quedaba impresionado por la poderosa fogata que ardía junto al puente, el crepitar de las llamas y las nubes de vapor que surgían de las aguas cuando los trabajadores introducían la rueda en la corriente.

En el mes de septiembre de 1953, habiendo cumplido los tres años en el pasado mes de mayo, Carlitos Mejías da Silva pisó por primera vez

una escuela. Manuel Mejías lo matriculó en la escuela que regentaba Isabel Vázquez en el número 53 de la misma calle Carteya, a menos de cincuenta metros de la vivienda de los Mejías-da Silva. Se trataba de una unitaria de carácter privado cuya maestra fue la que inició al niño en el reconocimiento de las primeras letras y números y adaptarse a unas actividades regladas, dado su natural revoltoso y su actitud inquieta proclive a la desobediencia. Un curso estuvo Carlitos en el colegio de Isabel Vázquez del que conservó un recuerdo imperecedero: una fotografía escolar con crucifijo en primer plano, un mapa de España en el fondo y hojeando un libro. El retrato fue realizado por los laboratorios E. Utrilla de Valencia.

Pasado un año, en septiembre de 1954, su progenitor pensó que sería beneficioso para el niño matricularlo en una escuela del centro de Algeciras y lo hizo en la academia que el joven Ricardo Silva Vázquez había fundado en la segunda planta del número 5 de la calle Tarifa, encima de la barbería de su padre. Manuel Mejías se cortaba el pelo en dicha barbería y, como deseaba que su hijo asistiera a esa escuela, aunque no hubiera cumplido aún los cinco años, logró que Ricardo admitiera a Carlitos mediante la intervención de su padre el peluquero.



Fotografía escolar realizada, durante el curso 1953-1954, en la escuela de la señorita Isabel Vázquez ubicada en la casa nº 53 de la calle Carteya.

Era una escuela todavía incipiente y poco conocida, pero que pronto adquiriría un cierto renombre como “Academia Silva”. Disponía de un estrecho corredor en la parte trasera en el que había un grifo para que los alumnos pudieran aprovisionarse de agua. Carlitos llevaba en su pequeña maletita de falso cuero un vaso de plástico de color amarillo anaranjado formado por cilindros que se engastaban unos en otros para que ocupara poco espacio y cupiera en la maleta. Se lo había traído su padre de Gibraltar, adquirido en la “Casa Colorada”, y era la sensación de todos sus compañeros, pues los objetos de plásticos eran muy raros aún en España, diríase que inexistentes.

En la festividad de los Reyes Magos de aquel año, Manuel Mejías le había regalado un carro de combate, también de plástico de color verde oliva, comprado en “El Emporio”, otra famosa tienda ubicada en la Calle Real de Gibraltar. Cuando se golpeaba con fuerza la torreta del tanque, por el cañón salía disparada una bola de goma. Como sucedía con el vaso de anillas engastadas, el tanque era admirado por los demás niños de la calle cuyos escasos regalos de reyes consistían en coches, aviones o barcos de hojalata o muñecas de cartón.

Cuando transcurridos treinta años, en diciembre de 1982, Carlos Mejías da Silva, un vez que se hubo abierto la Verja, pudo visitar “El Emporio”, su decepción fue enorme, pues en su mente se había forjado la idea de que aquella tienda, en la que su padre le compraba tan exóticos juguetes, era un gran establecimiento dedicado a la venta de artículos lúdicos y lo que se encontró fue con una tiendecita decadente y escasamente surtida sin posibilidad de comparación con los grandes centros comerciales y las atractivas jugueterías que comenzaban a proliferar en la mayoría de las ciudades españolas.

No se puede dejar de mencionar la colección de “meblis”, del inglés *marbles* (canicas) —anglicismo usado en exclusiva en el Campo de Gibraltar para denominar a las pequeñas bolas de cristal que procedían de la colonia inglesa—. Carlitos logró reunir un centenar de estos “meblis” de los más diversos colores y filigranas que se volverán a mencionar en otro capítulo cuando se trate de los juegos infantiles de la época.

En la primavera del año 1955 la vida de Carlos Mejías da Silva y de sus padres iba a experimentar un importante cambio. Después de que su tía Francisca se casara con Rafael Matoso “Eta” en noviembre de 1954,

decidieron vender la vivienda de la calle Carteya número 43 que pertenecía, por herencia, a Juana da Silva, a sus hermanas Francisca e Isabel, pero también a sus parientes hermanos y hermanas de su difunta madre. Con el dinero obtenido de la venta de la casa y con la cantidad de libras que le habían dado en compensación por la pérdida del ojo derecho en accidente laboral, Manuel Mejías adquirió una casa de una sola planta con marquesina delantera separada de la calle por una rústica balaustrada de ladrillos y reducido patio trasero, en el conocido como Río Ancho, no lejos del viejo acueducto del siglo XVIII que aún se hallaba en pie para salvar la vaguada del río de la Miel.

Sin embargo, Carlos Mejías da Silva continuó asistiendo a la escuela de Ricardo Silva, desplazándose todos los días de la mano de su madre hasta la concurrida calle Tarifa donde se hallaba la incipiente academia hasta que, cumplido los seis años, fue matriculado en una escuela pública localizada a unos doscientos metros de su nueva residencia.

## V

### **LA CASA DE LA CALLE Nº 33 DEL RÍO ANCHO Y LAS “GIRAS” A PUNTA CARNERO, LA CHORRERA Y LA FUENTE DE LA NEGRA**

En la postguerra la vida de los españoles se vio marcada por la carestía, la pobreza, la escasez de productos de primera necesidad y la implantación de las cartillas de racionamiento. Aunque el Campo de Gibraltar era una de las comarcas más atrasadas y miserables de España, paradójicamente fue una en las que el racionamiento dejó pronto de ser un problema gracias a la presencia de la colonia inglesa que, por medio del contrabando, ya citado, abastecía de numerosos productos alimenticios, vestidos, medicinas y otros artículos menos necesarios como tabaco, plumas estilográficas, mecheros o relojes a la sociedad campogibraltareña y, de paso, a los habitantes de muchos pueblos de Andalucía, llegando, incluso, algunas de estas mercancías a Madrid a través del ferrocarril.

Una de las carencias más onerosas era la falta de viviendas dignas. El régimen de Franco, con la intención de paliar esta dramática deficiencia, creó en 1939 el Instituto Nacional de la Vivienda que, con algún retraso, iba a proporcionar un cierto alivio a los españoles más necesitados como luego se verá. En Algeciras existían varias barriadas o poblados



Barracas en el conocido como “Campo Chico”, a las espaldas del Cuartel de Infantería. Fotografía tomada hacia 1950.

chabolistas construidos sobre el terreno sin asfaltar ni adoquinar, carentes de alcantarillas y madronas para el desalojo de aguas residuales, sin red para abastecimiento de agua potable y con deficiente alumbrado público —cuando lo había—, en los que la gente malvivía en chozas y barracas edificadas con tableros y cajas de madera recicladas o cartones, con tejados de uralita reaprovechada o latas recortadas. “El Balneario”, ubicado entre el Paseo de la Conferencia y la casa-palacio de la marquesa de Marzales; el llamado “Campo Chico” situado a espaldas del cuartel de Infantería; la Barriada de San José, en la carretera del Cobre; el poblado del “Llano de la Junquera”, erigido en un meandro del río de la Miel pasada la barriada de La Perlita, de triste recuerdo porque cada invierno las riadas lo inundaban completamente obligando a la autoridades a evacuar por vía férrea a sus desdichados habitantes que eran alojados provisionalmente en el Colegio Juan Sebastián Elcano ubicado en la barriada de Pescadores. Eran aquellos poblados claros ejemplos de que amplios sectores de la sociedad algecireña no habían superado el umbral de la pobreza y que carecían de los más elementales servicios públicos de los que disfrutaban otros sectores privilegiados residente en el centro de la ciudad. Los poblados de chabolas citados consistían en aglomeraciones de barracas sin calles definidas en las que la existencia de sus moradores no podía ser más

infeliz y en las que a la miseria física se unía la falta de trabajo, la imposibilidad de acceder a la educación y la degradación moral.

Otras zonas en las que abundaban las chozas y barracas erigidas en espacios sin urbanizar en la década de los años cincuenta, aunque sin llegar al grado de penuria y miseria de esos poblados chabolistas, eran la Bajadilla, El Rinconcillo, La Juliana, Los Pastores, El Tiro y la carretera vieja de Los Barrios. En esos lugares las familias humildes vivían en severas condiciones de pobreza y falta de servicios públicos como asfaltado de calles, madronas para el desalojo de aguas negras, alcantarillado para la recogida del agua de la lluvia y red de tuberías para el abastecimiento de agua potable. En una visita que Manuel Mejías realizó, en el mes de marzo de 1955, acompañado de su mujer y de su hijo Carlitos a un trabajador de Gibraltar que vivía en una casita de autoconstrucción situada en la parte alta de la calle que luego se llamaría Gerona y que arrancaba en la aún no formada Plaza de España (por aquel entonces conocida como Plaza de la Fuente), la familia Mejías-da Silva pudo comprobar que el estado en el que se encontraba aquella zona de Algeciras no distaba mucho del que soportaban en el Río Ancho: la plaza no era más que un lodazal con



Plaza de la Fuente (actualmente Plaza de España) en la Bajadilla. En el centro de la imagen puede verse la fuente pública y la farola que la sustentaba. Al fondo aparece la calle Gerona. Fotografía tomada hacia 1952.

una fuente de varios caños en el centro, punto de agua en el que venían a abastecerse todos los vecinos de la naciente barriada, rematada por una farola con tulipa de forma ovoide para una sola bombilla de incandescencia; la empinada calle en la que vivía el amigo de Manuel presentaba el mismo deprimente aspecto, sin aceras ni sistema de desalojo de aguas negras, flanqueada de solares vacíos y de algunas casas de autoconstrucción que los más pudientes —si es que se puede utilizar ese término en aquel lugar y en aquella época— estaban edificando siguiendo una alineación en cuadrícula que había sido propuesta y aprobada por el Ayuntamiento, pero que carecía aún de un alumbrado decente y de los demás servicios públicos que posibilitaran una vida mínimamente confortable a los habitantes del barrio. En más de una ocasión estuvieron los osados visitantes cerca de rodar por el enfangado y pendiente terreno antes de poder acceder al hogar de José Gutiérrez Hinojosa, que era el nombre del trabajador que iban a visitar.

Para paliar el grave problema de la falta de viviendas, en los años de postguerra y ante la falta de iniciativas oficiales, numerosas familias humildes fueron ocupando terrenos en las cañadas reales que existían en los entornos de la mayoría de las ciudades españolas para construir sus casas. Se trataba de sendas o caminos pecuarios de aproximadamente ochenta metros de anchura que, desde la Edad Media, recorrían toda España para posibilitar el desplazamiento de la cabaña ganadera en época de trashumancia. Esa función, regulada por la Mesta desde 1273, comenzó a decaer con la llegada del liberalismo a principios del siglo XIX, quedando como una actividad residual en el siglo XX, aunque las cañadas o vías pecuarias continuaron existiendo como terrenos de uso público que habían pertenecido al rey y que los sucesivos gobiernos de la Nación procuraban mantener legislando para evitar su privatización. Aunque no se podían ocupar por particulares, en momentos de gran necesidad social, como lo fue la postguerra, se hacía la vista gorda y se dejaba que la gente humilde ocupara parcelas en las cañadas reales cercanas a las ciudades para edificar sus casas. La proliferación de viviendas edificadas en estas vías pecuarias ha provocado, en algunas zonas de España, la aparición de las denominadas por la geografía humana “ciudades pulpo”, así llamadas por las ramificaciones radiales que presentan y las dificultades para dotar a los barrios surgidos en las antiguas cañadas de servicios públicos esenciales como la luz eléctrica, el alcantarillado, el asfaltado, zonas verdes, escuelas y centros de salud.

En Algeciras son muchas las barriadas que tienen su origen en la ocupación de cañadas reales. Baste citar la carretera del Cobre, Pelayo, el Río Ancho con las calles Andalucía, Los Arcos, Extremadura, Galicia y Navarra, la Bajadilla con la calle denominada —como no podía ser de otro modo— la “Cañá” (cañada), el Polígono del Tiro y La Juliana.

Cuando Manuel Mejía y su familia, en la primavera de 1955, se trasladaron a vivir a la casa que había comprado el cabeza de familia en el número 4 de la calle número 33 del Río Ancho, pasaron a residir a una vía que, como se ha referido, había sido cañada real y aún continuaba siéndolo, aunque en esa fecha fuera una calle flanqueada por casas de autoconstrucción de una o dos plantas. De su carácter de vía pecuaria daba fe el paso, dos veces por semana, de una manada de toros que sembraba el pánico entre las mujeres y los niños camino del matadero que se hallaba situado en la avenida Victoria Eugenia, junto a la barriada de Pescadores.

La prueba de que el barrio al que se había mudado la familia Mejías-da Silva estaba aún en formación, al margen de carecer de todo tipo de servicios públicos, excepto un deficiente alumbrado, era que las calles no tenían nombre, identificándose la mayor parte de ellas con números. Así sucedía con la calle número 32 —luego calle Galicia—, la número 31 —después calle Extremadura— y la número 33 —luego calle Navarra— que, sólo a partir del año 1962 o 63, cuando se procedió a su urbanización y asfaltado, aparecieron en el nomenclátor con los nombres actuales. No obstante, algunas calles conservaron sus antiguos nombres por ubicarse en ellas un elemento de reconocida importancia histórica o monumental, como la calle Los Arcos o la calle Noria.

La humilde vivienda adquirida por la familia Mejías-da Silva en el número 4 de la calle número 33 del Río Ancho, años más tarde calle Navarra, cercana a la confluencia con la calle Andalucía y paralela a la calle Los Arcos, tenía una sola planta y estaba cubierta con un tejado de tejas árabes a dos aguas. Constaba de cuatro estancias. Una vez superado el breve patio exterior con rústica balaustrada de ladrillos ornamentado con varias macetas de claveles y geranios, se accedía a la vivienda a través de una puerta de madera pintada de verde con postigos provistos de rejas que daba a un corto pasillo. Este corredor comunicaba directamente con el patio trasero en el que se localizaba un retrete que, a falta de madronas, vertía en un pozo negro que se había excavado en el subsuelo de dicho pa-

tio y la cocina. La cocina donde se preparaban, cocían, asaban o freían los alimentos consistía en un poyete de aproximadamente un metro cuadrado de superficie adosado a la pared cuya superficie estaba enlosada con losas rojas cuadradas. Un hueco o anafre horadado en su frente servía para contener el carbón vegetal usado como combustible y calentar, hervir o freír los alimentos. La candela se avivaba con un soplillo de palma trenzada que colgaba de la pared, junto al platero de madera y la alacena donde se guardaban las ollas, las cacerolas y las sartenes, que Juana da Silva adquiría al “Pajarito del Agua” que era el artesano que con gran destreza los elaboraba y vendía. Sobre el muro frontero al poyete había una nevera de madera barnizada con bisagras y sistema de cierre de latón pulimentado. El frío se obtenía alimentándola con barras de hielo que Manuel Mejías compraba, una vez a la semana, en la fábrica de hielo del puerto o que proporcionaba en una camioneta una empresa distribuidora. A la derecha del pasillo se encontraba un habitáculo que hacía las funciones de salita de estar comunicada con la citada cocina que tenía, también, una puerta abierta hacia el patio. En la parte izquierda de la casa de hallaba la alcoba del matrimonio iluminada por una ventana que daba a la calle y, en el fondo, un cuarto pequeño y alargado que se convirtió en el dormitorio de Carlitos y de la niña Francisca, su hermana, que nacería en el mes de agosto de aquel año. Las puertas, de gran tamaño, que comunicaban el pasillo con la salita y con el dormitorio de matrimonio, con paneles de vidrios de colores en su parte superior, las había recogido Manuel Mejías de la remodelación del hotel Marina Victoria con cuyo propietario mantenía una vieja amistad. El pavimento de la vivienda estaba constituido por pequeñas losetas cuadradas rojas y blancas que se alternaban, a modo de damero o tablero de ajedrez. El suelo del patio era de cemento. La casa tenía una superficie total, incluyendo el patio exterior, de aproximadamente cien metros cuadrados.

Ése sería el hogar, aunque con importantes remodelaciones futuras como luego se verá, de la familia Mejías-da Silva en los siguientes treinta y cinco años.

La calle número 33 o Navarra, como las demás calles de la incipiente barriada, era terriza, o dicho con mayor precisión, arcillosa, pues cuando llegaba el invierno y llovía se convertía en un extenso y pegajoso lodazal. El alumbrado público consistía en unas mortecinas lámparas de incandescencia que colgaban de unos “palos de la luz” o de las fachadas de algunas viviendas cada veinticinco o treinta metros, que emitían una

luz amarillenta y triste. A unos cien metros de la vivienda de Carlitos, en la calle Andalucía, se localizaba el bar “El Tropezón”, en la fachada lateral de una pequeña plazuela triangular —uno de cuyos lados lo ocupaba el cauce del arroyo del Tiro— donde ese hallaba situada la fuente pública, con un único grifo, que era el que abastecía de agua potable a los vecinos de la zona, puesto que todavía no se había instalado la red de tuberías que llevaría tan preciado líquido a todos los hogares de la barriada. El agua proporcionada por esta fuente se completaba con la que se recogía en la llamada fuente de “La Perlita”, de mejor calidad, pero que se hallaba casi a medio kilómetro de la casa de Carlitos. En un rincón de la cocina de la vivienda había una tinaja de casi un metro de altura, cubierta con una tapadera de madera, que se llenaba cada día con el agua traída de la fuente. Juana da Silva, acompañada del niño que portaba un cubo de zinc mientras que su madre llevaba un cántaro de barro en el cuadril, acarrearba el agua hasta colmar la tinaja. El agua almacenada en este gran recipiente se usaba para elaborar la comida, fregar el suelo, lavar la vajilla, beber —extrayéndola de la tinaja con un jarrito de aluminio— o bañarse calentándola en una olla y depositándola a una palangana o en un gran baño de zinc. Dos o tres veces por semana Juana calentaba agua en una olla de aluminio colocada sobre la cocina económica, que Manuel Mejías había instalado en 1958 en sustitución del poyete con el anafre que se abastecía de carbón vegetal. En el centro de la cocina se situaba un baño grande de zinc en el que vertía el agua de la olla cuando ésta comenzaba a hervir añadiéndole agua fría de la tinaja hasta que adquiría la temperatura idónea para el baño. Primero se bañaba a la niña y, a continuación, a Carlitos.

Antes de llegar a “El Tropezón”, había otro bar —la Bodega la llamaba la gente del lugar— que pertenecía a la red de establecimientos vinícolas que poseía en la ciudad la empresa “La Bahía” y que estaba regentada por Esteban Berlanga. Esta bodega era el reducto donde se recogían los aficionados al mollate —que eran muy numerosos— para libar un “ligado” (mezcla de vino dulce y blanco), una copa de anís del “Mono” acompañada de un café portorriqueño de “La Negrita” o un botellín de cerveza “El Alcázar” o la ceutí “África Star”.

A principios de los años sesenta frecuentaba esta bodega un borracho que todo el mundo conocía como “El Político”, porque cuando estaba bajo los efectos del alcohol —que era a todas horas— se desahogaba lanzando improperios e insultando a la Falange, a Franco y a su Régimen. Se

pasaba el día haciendo peregrinación por los lugares de culto al dios Baco de la ciudad: la Bahía, La Ballena, el Túnel... Nunca fue detenido por la policía, sin duda porque se le consideraba un beodo enajenado y sin capacidad volitiva. Presentaba, en la parte derecha del rostro, una gran mancha formada por una retícula de venillas rojizas a causa de su dependencia etílica. Por ese motivo la gente decía con sorna:

—“El Político” lleva el mapa de La Rioja grabado en la cara.

La vecina calle Andalucía, que terminaba en el sitio denominado “El Tiro”, estaba flanqueada de casas similares a la de Manuel Mejías en toda su longitud, algunas con jardín delantero y todas con patios traseros que iban a dar, las de la acera sureste, al llamado arroyo del Tiro (el “regajillo” en la terminología de la época) y a los cañaverales que crecían en sus dos orillas. Este arroyo, de infausta memoria por las devastadoras riadas y anegamientos que provocaba cada invierno, no era, la mayor parte del año, más que un famélico regato en el que Carlitos y sus amigos iban a coger gusarapos o crías de anguilas, a veces hollando una ciénaga pestilente, pues las casas de esa parte de la calle, a falta de un sistema público de desalojo de aguas negras, vertían las inmundicias al citado riachuelo. El temido —en invierno— arroyo del Tiro cruzaba la calle por delante del bar “El Tropezón”, seguía por detrás y en paralelo la calle Asturias e iba a desembocar en el río de la Miel no lejos del puente de hierro por el que circulaban los trenes en dirección a la estación de la avenida Agustín Bálamo.

Desde el bar “El Tropezón”, en dirección al Tiro, en la acera meridional, se localizaban, en primer lugar dos casas de una sola planta con tejados de tejas árabes a dos aguas. En la segunda de ellas residía una mujer viuda de unos sesenta años de edad, con el pelo encanecido —probablemente debido a los sufrimientos que le proporcionaba el tarambana de su hijo con sus frecuentes borracheras—. Se llamaba Rosario y, cuando tenía ocasión, no paraba de lamentarse de su mala suerte y de los disgustos que le daba su malcriado vástago desde que enviudó. A continuación había un obrador en el que se elaboraban pasteles que, en parte, se vendían en la misma casa en la que se había habilitado un local con mostrador y vitrina de cristal para exponer los dulces. Sus propietarios eran Manolo y Angelita, él apodado “Manolo el de las Tortas”.

Le seguía un patio de vecinos cuya parte trasera daba a los cañaverales del arroyo antes citado. La gente lo conocía como el “Patio de

Andrea”. En él residían varias familias de alquiler, entre ellas la de un señor que se llamaba Gregorio Martínez, que vivía con su mujer y sus dos hijos, Francisco y Joaquín. En el fondo del patio crecía un peral de peras enanas. Más adelante se localizaba un callejón que daba a un patio donde residía la familia Fernández-de la Rosa que tenía cuatro hijos: Fernando, el mayor, Ana Mari, Tomás y Francisco —al que le decían “Paquillo”—, de la misma edad que Carlitos, con el que el hijo de Manuel Mejías hacía buenas migas, al menos hasta que ingresó en el Colegio Salesiano María Auxiliadora en septiembre de 1961.

A continuación venía un pequeño local en el que estaba establecido un zapatero llamado Manolo que vivía de remendar y reparar los zapatos y recomponer las correas de cuero y los bolsos de los vecinos del barrio y, después, la casa de Luisa Ortiz y su marido, Juan Palacios, al que apodaban “El Tato”, que tenían seis hijos, Pepe Luis Palacios Ortiz, Joaquín, algo mayor que Carlitos, Nati, Herminia, Andrés y Jacinta. Siguiendo la calle se encontraba la tienda de Teresa Ortiz Calvente y de su marido Salvador Carrasco, conocido por “El Boga”, y más adelante otras viviendas con cuyos moradores Carlitos no llegó a intimar.

Al este del arroyo y de la calle Andalucía se localizaba una serie de cerros despoblados todavía (unos años más tarde serían el solar en el que se construirían las diversas fases de viviendas sociales de “La Piñera”), en los que se sembraba trigo. En un llano que había delante de la casa que luego ocuparía la farmacia de Fluxá se establecía cada verano la era en la que se trillaba el grano recolectado. Cuando Carlitos cumplió los ocho años, acompañado de Joaquín Palacios Ortiz y a espaldas de su cautelosa madre, se dirigía a la era. Allí, el operario o propietario del trigal, un tal Serranito, que arreaba el mulo que tiraba del trillo les dejaba montar en la tabla con lascas de pedernal que separaba el grano de la paja. Subidos en aquel improvisado carrusel daban vueltas mientras el animal cumplía con su misión de trillar la escasa cosecha que producían aquellos cerros malos para la siembra de cereales, pero que en unos años de autarquía y escasez de granos panificables en España y de aislamiento internacional de la Nación, había que aprovechar aunque fueran terrenos poco aptos para la sembradura.

El 26 de agosto de 1955 Juana da Silva cumplió los nueve meses de su segundo embarazo y dio a luz una preciosa niña de cara redonda,

mofletuda y de ojos vivos y negros. Se le puso por nombre Francisca en recuerdo de su abuela materna. Dormía en el dormitorio de Carlitos en un moisés que le compraron hasta que, transcurrido un año, se cambió la cuna trenzada con fibras de mimbre por una cama infantil.

La calle Navarra era y es de corto recorrido. Se iniciaba en la confluencia con la calle Andalucía y acababa allí donde enlazaba con la calle Los Arcos. En el inicio de la vía, en la esquina con la calle Andalucía vivía una señora que se pasaba el día asomada a la ventana del segundo piso de la vivienda. La llamaban los vecinos María Viento, que no debía ser su apellido verdadero, sino uno de los apodos con que la gente denomina a algunos miembros de la comunidad de manera cariñosa para identificarlos y evitar que se pudieran confundir con otros vecinos de igual nombre como Catalina y Encarna “La Venena” (por el apodo de su padre “Currito Veneno”), María “la Huérfana”, Micaela “la Sorda” o Pepa “la Mijita”. En la misma acera, frente a la casa de Carlitos, había una tienda de comestibles que llamaban la “Venta de los Gatos”, probablemente porque en el pasado hubiera en ese mismo lugar una venta donde se dispensaban comidas y bebidas. En los años cincuenta la tienda estaba regentada por una viuda que se llamaba María Lumbreras y que tenía a su cargo dos hijos, Alfonso y María. Era una mujer muy trabajadora, seria y enérgica que infundía mucho respeto, tanto a sus propios hijos como a los niños que frecuentaban su establecimiento.

A continuación, en la misma acera, se localizaba la panadería de Carlos Castro y de su mujer Pepita Puerto que tenían cinco hijos: José, Pilar, Carlos, Francisca y Mariano. Carlitos trabó pronto amistad con el hijo mayor de esta familia, Pepe. Al paso de cinco años, cuando el hijo de Manuel Mejías hubo cumplido los diez, subía, acompañado de Pepe Castro, a la azotea de la panadería donde Carlos Castro mantenía y cuidaba, encerrados en jaulas de madera cubiertas con tela metálica, una caterva de gallos de pelea, actividad deportiva, todavía permitida en España, a la que era gran aficionado el panadero de Martos, población de la que procedía. A Carlitos le llamaba poderosamente la atención los cuidados que Carlos dispensaba a sus gallos, sobre todo cuando afilaba y le daba un ungüento a los espolones para endurecerlos, recortaba las plumas sobrantes de cada animal que presentaban un llamativo color dorado o un negro reluciente o los ponía uno frente al otro para que se excitaran e intentaran agredirse.

—Éste es un excelente ejemplar, aunque ya es viejo para seguir peleando —comentaba Carlos Castro al ver el interés que Carlitos mostraba por los gallos—. Ha ganado ocho peleas gracias a la fuerza de sus embestidas y a la agudeza de sus espolones.

—En el reñidero de San Fernando mató, hace tres años, a un gallo famoso por no haber perdido ninguna pelea —añadió muy orgulloso Pepe Castro, cuyo nombre verdadero era Gonzalo.

Más arriba, siguiendo la misma acera, había una casa que debía ser de las primeras que se edificaron en la cañada, porque sus muros eran de piedras trabadas con barro y su tejado de uralita a dos aguas. Estaba precedida por un patinillo, en el que crecía un limonero, enlosado con lajas de piedras jabalunas de las que se utilizaban en la pavimentación de las casas de campo. En aquella rústica vivienda residía una familia apellidada Guerrero, con tres hijos: una niña, la mayor, llamada Isabel, y dos varones, Francisco y Antonio. El abuelo de éstos, un hombre pequeño, enjuto y reseco que se cubría siempre la cabeza, fuera invierno o verano, con un sombrero de fieltro gris y portaba con enorme dignidad un bastón, se pasaba las horas asomado al pretil o sentado en una silla con asiento de aneas debajo del limonero. Le llamaban el “Pajarito del Agua” porque, mirando al cielo y observando la dirección y la humedad del viento, pronosticaba el tiempo atmosférico que iba a hacer en los siguientes días con una aproximación asombrosa, según contaba la gente.

En la misma acera donde tenía su hogar Carlitos, en el número 6, vivía la familia Pizarro y en el número 10, se hallaba la casa de Manuel Lara Arjona. Este pintor, trabajador de la R.E.N.F.E. natural de Archidona, en la provincia de Málaga, residía en Algeciras desde el año 1956. Había engendrado, con su mujer Encarna, dos hijos. Una niña, la mayor, llamada Adela, y un varón, unos meses menor que Carlitos Mejías, de nombre Manolo, que tendrá, en adelante un especial protagonismo en este relato por la amistad que ambos niños entablaron desde niño y que les llevó a emprender juntos numerosas aventuras infantiles, tempranas acciones militares (“guerrillas” con pandillas de niños de otros barrios), actividades deportivas, excursiones arriesgadas y, en los años de juventud, escauceos amorosos que no pasaban de ser, la mayor parte de las veces, superficiales y pasajeros episodios de enamoramiento propios de la inocente, pero fogosa, pubertad. Manuel Lara Delgado era terco en sus convicciones y

de aguda inteligencia, lo que provocaba, a menudo, que discutieran sobre diferentes asuntos aunque nunca llegó la sangre al río y la amistad establecida entre ambos, cimentada en una relación diaria y continua, se sobrepuso siempre a las diferencias que pudieran surgir.

Dos casas más arriba del hogar de Manolo Lara, al otro lado de un enorme portalón (la “Corchera” la llamaban los vecinos) por donde accedían a un depósito de corcho los camiones, cargados irresponsablemente hasta los topes de planchas de ese producto suberoso preparado para ser comercializado, siempre amenazando con zozobrar al tomar la curva de la calle Navarra, se hallaba la tienda de Anita García y de su marido Antonio González, operario de una autoescuela. Ambos tenían dos hijos, un niño llamado Mario y una niña de nombre Antonia que los vecinos denominaban cariñosamente “Antoñili”.

Era una tienda de ultramarinos, si no resultara excesivo y pretencioso llamar “tienda de ultramarinos” a un reducido establecimiento comercial con una superficie de unos tres metros de frente por dos y medio de fondo. Disponía de un viejo mostrador de madera desgastado por el uso y la excesiva limpieza, unos estantes que ocupaban las tres paredes donde estaban expuestos los diversos productos —café, margarina, tabletas de chocolate, paquetes de fideos, botes de especias o cajitas de té—, unos cajones con el azúcar, el arroz y la sal, varios sacos con garbanzos, judías, lentejas y patatas y una bomba manual situada en uno de los extremos del mostrador para servir, a golpe de brazo, aceite de oliva a granel que presentaba siempre un grado de acidez muy elevado. También había una orza con manteca “colorá”, otra con lomo en manteca, ristras de chorizos y salchichones colgados de una barra de la que también pendía una cinta pegajosa atrapamoscas, de ordinario con decenas de negros insectos pegados a ella que habían pasado a mejor vida y estaban allí expuestos al público para ejemplo de la inflexibilidad de la dueña de la tienda con tan molestos visitantes.

La madre de Carlitos lo enviaba, con cierta frecuencia, a comprar un litro de aceite que vertía la tendera en un recipiente de aluminio o una botella de vidrio que portaba el niño, cien gramos de mortadela o salchichón de Vich —de carne de burro decía la gente que era— que lo servía Anita en papel de estraza, una onza de chocolate —de textura arenosa— o doscientos gramos de sal gorda. La tienda era en verdad minúscula, aunque

bien surtida, y gozaba de gran predicamento entre el vecindario pues, a pesar de la severidad de trato de su marido, agradecía la amabilidad y las buenas maneras de Anita.

El muro trasero de la casa de Manuel Mejías lindaba con una finca de gran extensión ocupada por un almacén de carbón vegetal, mitad al aire libre y mitad bajo tinglados cubiertos con tejas inglesas, que pertenecía a un señor que la gente conocía con el apodo de “El Sordo Macho” y cuyo nombre verdadero era Jerónimo Sánchez Ricardony. A la espalda de la vivienda de Manolo Lara se localizaba una parcela de más de una hectárea que llegaba hasta el río de la Miel, ya mencionada, que se usaba como almacén de corcho. A continuación se extendían los terrenos de R.E.N.F.E. con las vías de acceso a la estación, los talleres, la plataforma circular para cambiar el sentido de marcha de las locomotoras y las pilas de carbón mineral en briquetas para las calderas de las locomotoras. En una de las vivienda de la calle Los Arcos, cuyo muro trasero daba a estos terrenos ferroviarios, vivía un individuo que se ganaba un ilícito sobresuelo sacando sacos de briquetas de la R.E.N.F.E. durante la noche para venderlos a precios muy competitivos —como no podía ser de otra manera— a algunos restaurantes, hoteles y particulares poco escrupulosos para utilizarlas como combustible en sus hornillas económicas.

Tres casas más arriba de la tienda de Anita se encontraba la papelería-librería de Curra Castro donde los zagales del barrio se surtían de cuadernos para la escritura, lápices de colores de la marca Alpino, papel de seda (para la escuela y para confeccionar cometas con tiras de cañas sacadas del arroyo del Tiro y pegadas con engrudo de harina) y gomas de borrar Milán, aunque Carlitos, como el resto de sus compañeros de clase, recurría frecuentemente a las tradicionales migas de pan para borrar los trazos del lápiz errados cuando se carecía de goma. Esta librería, que era atendida por las hijas y los hijos de Curra, Manuela, Ana, Cristóbal, Josefa y Paco, desempeñó una importante función educativa promocionando la lectura y estimulando la imaginación de los muchachos del Río Ancho y la vecina Piñera en los años sesenta, pues era el lugar donde, por tres peras gordas, se podían intercambiar cuentos o tebeos del Jabato, el Capitán Trueno, Roberto Alcázar y Pedrín, El Espíritu de la Selva o el Guerrero del Antifaz. También vendían en esta papelería cromos de princesas, flores o vestidos para las niñas y las denominadas por la chiquillería “estampas”

para pegar en álbumes dedicados a la historia de los automóviles (“Auto al día”), “Banderas y Uniformes”, al reino animal o a futbolistas y equipos de la liga de la época.

Más arriba, cerca de la confluencia con la calle Los Arcos, vivían Carmen Moya, la familia Vargas y María Llaves y su hija Maruja.

Para terminar con la breve descripción del incipiente y aún desordenado barrio donde había trasladado su residencia Manuel Mejías González y su familia, se ha de añadir que la tía Francisca, después de su casamiento con Rafael Matoso Turrillo, se trasladó a vivir, de alquiler, a una casa que se hallaba situada en la cercana calle Los Arcos, no lejos del acueducto que cruzaba el valle del río de la Miel y la vía del ferrocarril Bobadilla-Algeciras. Delante de la vivienda había un falso jardín acotado por setos de transparentes o siempreverdes que tenía un pozo en su centro que debió servir para abastecer de agua potable a anteriores inquilinos, aunque cuando residía en la casa el matrimonio formado por Rafael Matoso y Francisca da Silva no podía ser utilizado con ese fin al hallarse su agua contaminada por la presencia de varios pozos negros en su entorno. Francisca da Silva dio a luz, en el mes de julio de 1955, dos niños mellizos sietemesinos, primos de Carlitos, un varón y una hembra, a los que pusieron por nombre Francisca —como su madre— y Antonio. Rafael Matoso “Eta” trabajaba, por entonces, en el arsenal militar de Gibraltar. Frente a la casa de los Matoso-da Silva vivía una familia que tenía tres hijos, dos varones: José y Juan Antonio Herrera Armenta, y una niña: Anita, uno de ellos de la misma edad que Carlitos, y, más abajo, en una casa con jardín delantero, residía otra familia con varios miembros, uno de ellos una señora apodada Pepa “la Mijita” que tenía un sobrino que asistió al Colegio Salesiano con Carlitos que se llamaba Juan Yáñez Ruiz. En la misma acera vivían Juan Durán Manso y su esposa Josefa Armengol. Él trabajaba en Gibraltar. Tenían seis hijos: Salvador, el mayor, “las mellizas” Luli y Lale, dos niñas de pelo negro como el azabache y ojos de profunda mirada agarena, Juan, al que todos conocían por el apodo de “El Mani” y los dos más pequeños, Ángel y Pepi. La vivienda de los Durán-Armengol era una buena casa de una sola planta con un huertecito familiar en la parte trasera que daba al “cerro” y un jardín con pretil delante en el que crecía un limonero que daba limones y naranjas washintonas gracias a un sorprendente injerto. A un lado crecía una gran palmera africana. Unas viviendas más abajo residía Pepe “el de las Gambas”, así llamado porque, ataviado con una impoluta chaqueta

blanca y con un cesto de mimbre bajo el brazo, se dedicaba a vender camarones, gambas y “cañailas” en la acera de la Marina.

Resta por describir un elemento que simbolizó y possibilitó durante décadas la comunicación de la barriada del Río Ancho con la Avenida Agustín Bálamo y el activo centro comercial de Algeciras a través del paso a nivel situado cerca de la actual calle Velázquez. Se trata de las famosas “Pasaderas” que Manolo, “el de las Pasaderas”, había colocado con enorme esfuerzo sobre un vado del río a la altura de la calle Asturias y que se encargaba de recomponer cuando las violentas avenidas invernales dislocaban las losas y cantos que él, pacientemente, había dispuesto y los arrastraban río abajo impidiendo el paso de los peatones. Manolo, un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, pequeño, pero de complexión fuerte, y renegrido, se sentaba en uno de los extremos del provisional e inestable pasaje pétreo esperando de la generosidad de los que lo utilizaban un pequeño óbolo consistente en dos reales o una peseta. Hasta que se construyó el puente peatonal por el señor Rosendo, dueño del bar Las Vegas, que vino a sustituir las inseguras pasaderas, éstas eran el paso obligado para la gente que quería acceder al centro de la ciudad desde el Río Ancho, el Polígono del Tiro o



Las Pasaderas que servían para cruzar el río de la Miel desde el Río Ancho hasta la Avenida Agustín Bálamo. A la derecha de la imagen aparece Manolo el de las Pasaderas esperando un donativo de los transeúntes que la utilizaban. Fotografía tomada en torno al año 1962.



Puente de mampostería que Rosendo, el propietario del bar Las Vegas, construyó para facilitar el paso entre una y otra orilla del río cuando las crecidas del caudal inutilizaban las inseguras pasaderas. Fotografía tomada en torno al año 1963.

la Piñera sin tener que dar un largo rodeo por la cuesta de Patillitas (calle Andalucía), la Carretera Nacional y el puente del Matadero.

El cambio de residencia no impidió que los Mejías-da Silva, acompañados de otros miembros colaterales de la familia, continuara con la sana costumbre de realizar excursiones o “giras” —como se decía por aquellos años— a lugares de la costa o a las espesuras del Cobre casi todos los domingos. Algunas de aquellas “giras”, ante la carencia de automóviles privados, obligaba a los esforzados excursionistas a emprender largas caminatas de cuatro o cinco horas con el agravante de tener que transportar una pesada garrafa para llevar el agua potable, toldos para construir improvisados “sombrajitos”, la comida para todo el grupo y los aparejos de pesca, además de tres niños pequeños —a partir del verano de 1955— a los que había que llevar en brazos o en cochecitos de bebés. Quizás aquellas largas andanzas domingueras expliquen por qué ningún miembro de la familia sufría obesidad.

Generalmente, en primavera se desplazaban a los arrecifes de Punta Carnero, al Tolmo, a la Cañada del Peral o al Boquete de los Bodiones y en verano a “La Chorrera” o a la Fuente de la Negra. Un día señalado del

año que muy pocos dejaban pasar sin dedicarlo a disfrutar de una jornada en el campo o en la playa era el Viernes Santo.

Las excursiones a la costa —cuando el destino final eran la Cañada del Peral o el Tolmo— se iniciaban a las cinco de la mañana para llegar al lugar de acampada a poco de salir el sol y poder gozar de todo un día de actividad recreativa. El retorno se hacía al caer la tarde, cuando el sol dejaba de martirizar a los caminantes, arribando a sus hogares bien entrada la noche. No era extraño que al llegar a la playa de Getares, todavía en plena oscuridad, la Guardia Civil les prohibiera continuar la marcha hasta que no amaneciera por el peligro de que fueran confundidos con algunos de los contrabandistas que desembarcaban, con harta frecuencia, en el litoral algecireño.

Cuando, camino del Boquete de los Bodiones (en el litoral de lo que fue más tarde la barriada de San García) o del Chinarral, cruzaban el paseo Victoria Eugenia y pasaban por delante de la casa-palacio de la marquesa de Marzales, noble edificio construido entre 1929 y 1930, a cuya entrada, al llegar el verano, se instalaba un puesto de venta de sandías y melones, la familia excursionista hacía un alto para adquirir una voluminosa sandía que, más tarde, envuelta en un trozo de red, se dejaba sumergida junto a un arrecife para que permaneciera fresca hasta la hora de tomarla como postre. Juana da Silva aprovechaba ese momento de descanso para referirse a la marquesa y a su espíritu filantrópico.

—Doña María Josefa Fernández de Villavicencio, la marquesa de Marzales —relataba Juana con la seguridad de quien ha sido privilegiado testigo del acontecimiento que describía— era una mujer generosa que intentó siempre ayudar a la gente humilde de la Villa Vieja. Cuando alguna niña pobre de la barriada hacía la primera comunión, ella le agenciaba un trajecito blanco y unos zapatos para la ocasión y, además, daba a sus padres una pequeña cantidad de dinero para que pudiera, ese día, invitar a los familiares y amigos a un refrigerio.

—¿Conociste tú a la señora marquesa, Juana? —demandó “Eta” sin poder ocultar cierto desdén en sus palabras que denotaba sus convicciones izquierdistas y antimonárquicas.

—Tuve esa suerte, Rafael —respondió su cuñada—. En 1935, cuando yo tenía ocho años, me regaló un par de zapatitos de charol con los que hice la primera comunión. Pero no la pude conocer en persona hasta que, tres años después, cuando, con motivo de la muerte de su marido don

Pablo Larios, mi tía Josefa, que había cosido ropa para ella, me llevo al entierro que se celebró en esta mansión.

Y hecha esta aclaración, Juana tomaba de la mano al pequeño Carlitos y, con los demás miembros de la familia, continuaba la andadura que los llevaría hasta el lugar de acampada en la costa de San García.

El padre o el tío de Carlitos le habían confeccionado una caña de pescar con un sedal corto, una boya de corcho y un anzuelo pequeño que, en un principio cebaba Manuel o Rafael Matoso con una lombriz o un



El protagonista de este relato, a los seis años de edad, pescando sentado sobre un arrecife en la Cañada del Peral.

trozo de sardina, pero que pronto aprendió a encarnar el niño con soltura. Sentado sobre uno de los arrecifes, cerca de una de la pozas que formaba la pleamar cerca de la orilla, Carlos Mejías da Silva esperaba pacientemente que picaran unos escurridizos peces de pequeño tamaño y cabezas y bocas grandes que acostumbraban a merodear por aquellas charcas de aguas remansadas conocidos con el nombre de cabozos.

Al niño le llamaba la atención unas grandes placas oscuras, como las suelas de los zapatos, que aparecían sólidamente pegadas en algunas rocas en la zona intermareal.

—¿Qué son esa manchas negras que hay sobre las piedras de la

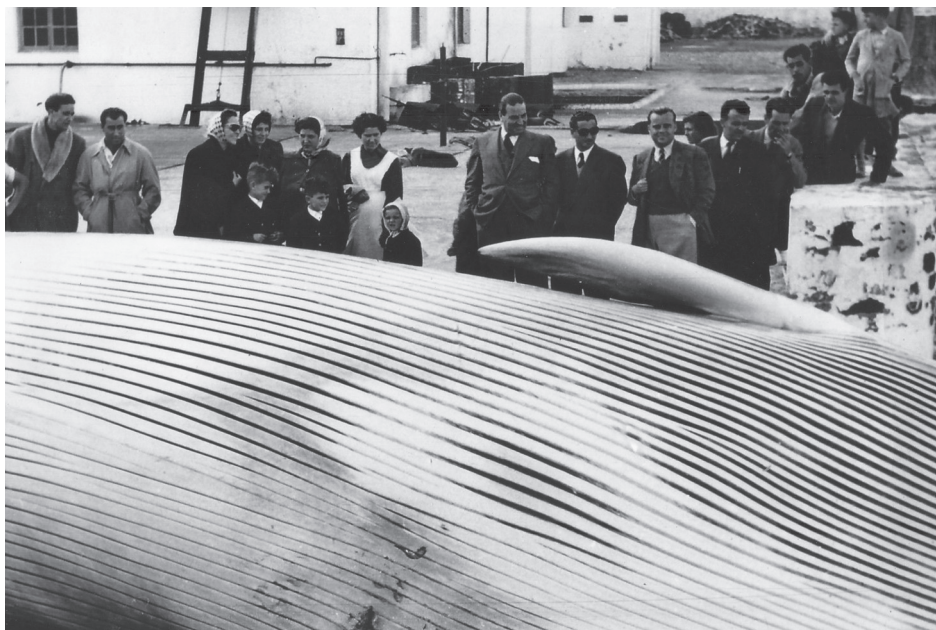
playa, papá? —preguntó el niño con la curiosidad y el deseo de saber tan propios de la infancia.

—Son placas de alquitrán, Carlitos —le respondió su padre mientras empataba un anzuelo en la caña de pescar del niño—. Las sacó el mar hace unos quince años cuando, en el transcurso de una guerra, se hundieron varios barcos en el puerto de Gibraltar y vertieron en la bahía todo el combustible que llevaban en sus tanques. El petróleo que la marea envió a esta costa se solidificó con el paso de los años y se convirtió en las placas negras que ves.

No se equivocaba Manuel Mejías. Aquellas negras y contaminantes placas esparcidas por el litoral de San García, La Ballenera y el faro de Punta Carnero —medio siglos después la gente llamaría a estas masas oleosas “chapapote”— eran el producto indeseado que la Segunda Guerra Mundial dejó en las costas de Algeciras. El 20 de septiembre de 1941 llegaba a la bahía el submarino italiano “Sciré” del que, aquella noche, partieron los “maiale” o torpedos humanos del capitán de corbeta Junio Valerio Borghese contra el puerto de Gibraltar donde se hallaban fondeados varios buques de guerra británicos. Los italianos, aprovechando la oscuridad de la noche y el que los ingleses estaban desprevenidos, lograron volar el buque cisterna “Fiona Shell”, el mercante armado “Durham” y el buque de guerra “Denbydale” hundiéndolos o haciéndoles encallar. Parte del combustible vertido en aquella trágica noche fue a parar al litoral español. La desgraciada consecuencia para los algecireños de la batalla naval del 20 de septiembre de 1941 fue la contaminación de sus playas y la presencia sobre los arrecifes, durante décadas, de las placas de alquitrán que despertó la curiosidad de Carlitos entretanto pescaba cabozos.

Una excursión que gustaba realizar a los hombres, por las abundantes capturas que lograban, pero no a las mujeres por el motivo que a continuación se va a exponer, era la que, de vez en cuando, emprendían a los arrecifes situados al otro lado de la factoría ballenera. Se trataba de una instalación industrial dedicada a procesar la carne y la grasa de los cetáceos que eran capturados en aguas del Estrecho y del golfo de Cádiz. Estuvo activa desde el año 1921 clausurándose en 1927 para reabrirse en 1950 como “Ballenera del Estrecho” con la participación de dos buques con casco de acero, el “Antoñito Vera” y el “Pepe Luis López”.

Las ballenas, rorcuales y cachalotes capturados —que entre 1950 y 1955 ascendieron a un total de 341 animales— se cortaban en trozos en la



Un grupo de curiosos observa a una enorme ballena depositada en la explanada de la factoría ballenera situada en la ensenada de Getares. Fotografía tomada en torno al año 1952.

explanada que había delante de la factoría, a pie de playa, y a continuación se introducían los fragmentos de carne y grasa en grandes calderas para cocerlas y extraer el preciado aceite. En ese proceso la factoría desprendía un penetrante y desagradable olor que provocaba náuseas a las mujeres que iban en el grupo familiar de los Mejías-da Silva. Juana da Silva y sus hermanas Francisca e Isabel tenían que arrancar ramas de matagallo para ponérselas, a modo de mascarillas, debajo de la nariz y así poder atravesar el tramo de carretera que pasaba por delante de “La Ballenera” sin verse obligadas a vomitar.

Los días que se dirigían a la Fuente de la Negra, un manantial de aguas ferruginosas situado en la falda de la sierra de las Esclarecidas, en el Cobre, lo aprovechaban los excursionistas para llenar cantimploras o botellas con aquel agua que, decían, era casi milagrosa y un remedio eficaz contra la anemia y la falta de apetito de los niños. La fuente consistía en un receptáculo hecho con piedras que contenía un pequeño pozo que se llenaba con el agua que brotaba del manantial. En la superficie líquida se formaba una delgada capa de color rojizo y de aspecto metálico —es el hierro, aseguraba Manuel Mejías— que se apartaba con la mano para col-

mar los recipientes. A Carlitos le impresionaba la gran cantidad de cruces, algunas grabadas en los troncos de los chaparros acompañadas de letras o estampas religiosas, otras confeccionadas con ramitas secas y colocadas en torno a la fuente, que se podía contemplar en el lugar.

—Son exvotos o recuerdos que deja la gente en agradecimiento por haber logrado, tomando este agua, sanar de alguna dolencia o haber recuperado algún niño el apetito perdido —le relataba su padre.

Una “gira” que podía haber terminado fatalmente, fue la que emprendieron los incansables caminantes a principios del mes de junio del año 1955 a “La Chorrera”. En aquella ocasión el grupo de excursionistas estuvo formado por Manuel Mejías, su mujer Juana da Silva —embarazada de seis meses de su segundo retoño— Carlitos, su tía Francisca —también en avanzado estado de gestación—, “Eta”, la tía abuela del niño, Josefa Díaz Herrera, su marido José Huidobro Blanco y su hijo de veintitrés años, José Huidobro Díaz, que con el paso del tiempo ocuparía un puesto de responsabilidad en el Ayuntamiento de la ciudad, como era el de Secretario de Actas.

“La Chorrera” era —y lo sigue siendo— uno de los parajes más hermosos y agrestes de todo el término municipal de Algeciras. Se trata de una cascada formada por el caudal del río de la Miel en su cauce alto, en una angostura habilitada por dos grandes lajas de piedra, rodeada de abundante vegetación arbórea. Se localiza a unos dos kilómetros de la barriada del Cobre. Para llegar a ese recóndito y refrescante lugar había que ascender por un estrecho sendero rodeado de alcornoques y alisos hasta el molino de la familia Escalona cuyo rodezno era movido con la fuerza producida por el agua traída desde los entornos de la cascada por una acequia, cruzar el puente de un solo ojo que se construyó, probablemente en el siglo XVIII, para posibilitar el paso de las caballerías que cruzaban la sierra acortando el camino que conducía por la costa a Tarifa y Facinas. Luego se continuaba la marcha por una abrupta y pedregosa vereda que bordeaba el río por su margen izquierda, en esas fechas con abundante y ruidoso caudal; se dejaban atrás las ruinas del molino de “El Águila”, abandonado desde hacía décadas y, unos trescientos metros más arriba, se llegaba a la poza de límpidas aguas, oscuras pero transparentes, rodeada de alisos, ojaranzos, adelfas, zarzas y helechos que había excavado durante siglos la cascada en su continuo batir sobre el fondo del cauce.

Es necesario decir que en el entorno del río de la Miel —*wadi al-Asal* para los musulmanes— hubo molinos harineros como el de la familia Escalona, movidos por la fuerza hidráulica desde, al menos, el siglo XIV, cuando se sabe de la existencia, en 1325, de tres molinos, uno propiedad de un tal Ben Jalifa, otro de al-Ayasi y, un tercero, del que era dueño el visir ‘Abd Allah ben Rida. No se sabe si continuaron en funcionamiento después de la conquista cristiana. En los siglos XVIII y XIX se llegaron a contar doce molinos harineros que aprovechaban la fuerza del agua del río de la Miel, entre ellos los del Águila, Escalona, el Cachorro, los Tomates, el Trueno, San Bernardo, San José, San Martín, de la Abundancia y la Molinilla. De todos ellos sólo se mantenía —y se sigue manteniendo— en activo el de la familia Escalona.

Pero volviendo al relato de la accidentada “gira” que condujo a “La Chorrera”, en aquel principio del verano del año 1955, a la familia de Manuel Mejías, es obligado hacer hincapié en el extraño y, al mismo tiempo, desafortunado suceso en que se vieron involucrados dos de los miembros varones del grupo de entusiastas excursionistas.

Hallábase Manuel Mejías, a eso de la una de la tarde, azuzando con una vara de adelfa la fogata que habían encendido en una isleta en medio del río —para evitar el riesgo de incendio—, cuando hizo su aparición una pareja de la Guardia Civil por la vereda que ascendía desde el molino de “El Águila”. Se cubrían la cabeza con el reglamentario tricornio que brillaba con reflejos acharolados a la luz de los escasos rayos de sol que penetraban a través de la tupida vegetación. Al hombro portaba, cada uno, un fusil Mauser y el que parecía más joven llevaba en la mano derecha un cuaderno y un lápiz.

—Buenas tardes —manifestaron dirigiéndose a los hombres, pues las mujeres se hallaban a cierta distancia aposentadas sobre unas rocas, con los pies descalzos dentro del agua, vigilando a Carlitos que se estaba bañando en medio de la corriente.

—Buenas tardes —respondieron los excursionistas sorprendidos por la inusual presencia de miembros de la Benemérita en aquel apartado y tranquilo lugar.

—¿Cuándo han llegado ustedes a “La Chorrera”? —demandó el más viejo de los guardias.

—Esta mañana, a eso de las diez —dijo Rafael Matoso que se había erigido en improvisado portavoz del grupo.



La Chorrera, situada a unos dos kilómetros río arriba de la barriada del Cobre, lugar frecuentado por la familia Mejías-da Silva para pasar jornadas de asueto en plena naturaleza.

Las mujeres, al observar el interrogatorio a que estaban siendo sometidos los hombres, abandonaron los asientos pétreos donde se hallaban instaladas y se unieron al resto de excursionistas.

—¿No han visto pasar a alguna persona que les haya resultado sospechosa? —inquirió el guardia joven.

Rafael, José Huidobro, que había dejado de aderezar los filetes que iban a ingerir una vez que el fuego avivado por Manuel Mejías se hallara en sazón, y el trabajador de Gibraltar que perdiera el ojo derecho en el accidente laboral, intercambiaron miradas de preocupación y de alarma. ¿Qué podría estar pasando? —parecía que se preguntaban aunque de sus bocas no se escapara ni una palabra por el reverencial respeto que, por aquellos años, inspiraba la Guardia Civil.

—Desde que accedimos a este lugar nadie ha hecho acto de presencia, ni bajando desde la sierra ni subiendo desde los molinos —contestó Rafael Matoso sin poder ocultar la extrañeza que le producía aquel inesperado interrogatorio.

—¿Acaso a sucedido algo grave? —se interesó Pepe Huidobro.

—Hace media hora que se ha originado un fuego en la ladera norte del cerro de Las Esclarecidas, a un kilómetro y medio de donde están

ustedes acampados —dijo el Guardia Civil veterano—. Creemos que ha sido provocado de manera intencionada. Quizás por algún bandolero comunistas que todavía anda de partida por estas sierras.

—¿Un incendio forestal? —exclamó Pepe Huidobro al tiempo que se aproximaba a su madre con actitud protectora.

—Un fuego que está adquiriendo grandes dimensiones. Estamos esperando la llegada de un destacamento militar desde Algeciras. Pero necesitamos toda la ayuda posible, señores —señaló el viejo guardia con tono autoritario—. Deben ustedes venir con nosotros. Las mujeres y el niño que regresen cuanto antes a sitio poblado. Los demás que cojan unas cantimploras con agua y nos sigan.

Entretanto que el Guardia Civil veterano exponía el motivo de su visita, el que portaba el cuaderno y el lápiz se aposentó en una roca a la vera de la corriente dispuesto a escribir en la libreta los nombres de aquellos improvisados bomberos que iban a acompañarlos hasta el foco del incendio. Los excursionistas volvieron a intercambiar miradas de temor y, al mismo tiempo, de complicidad con el objetivo de urdir un plan urgente y creíble que les librase de seguir a aquellos miembros de la autoridad que estaban dispuestos a conducirlos al mismo infierno.

—Señores guardias, este hombre no puede acompañarles porque es ciego —exclamó Rafael Matoso señalando al padre de Carlitos que, al oír las palabras de su concuñado, tomó la vara de adelfa que tenía a mano para azuzar el fuego, empezó a usarla como bastón cerrando exageradamente el único ojo sano que le quedaba y agarrándose al brazo de Rafael Matoso a modo de un lazarillo, al tiempo que daba algunos trompicones como si en verdad hubiera perdido totalmente la vista.

—¿Y a ése qué le pasa? —vociferó el guardia viejo señalando al joven y delgado Pepe Huidobro que se hallaba al lado de su asustada madre.

—Mi hijo no pude venir con nosotros, señor guardia —adujo José Huidobro—. Ha padecido hace poco una grave enfermedad pulmonar y su vida corre serio peligro si aspira un aire viciado y, no dudo que cerca del incendio el humo debe hacer la atmósfera asfixiante.

Para dar credibilidad a las palabras de su padre, Pepe Huidobro comenzó a toser ostensiblemente y a dar señales de ahogo.

—Vea, señor guardia, como es cierto lo que digo. Ya empieza a afectarle el olor a chamusquina que está llegando a “La Chorrera”.

—Bien —bramó el guardia veterano que, aunque era posible que no se hubiera tragado las simulaciones de Manuel Mejías y Pepe Huidobro, deseaba partir cuanto antes hacia el lugar del incendio para intentar sofocarlo—. Ustedes dos —ordenó imperativamente señalando a Rafael Matoso y a José Huidobro— cojan las cantimploras y marchando.

Y de esa manera fue como Rafael Matoso y José Huidobro partieron, en contra de su voluntad pero acuciados por la autoridad, en compañía de los dos guardias civiles, para ayudar en las tareas de extinción de aquel inoportuno incendio forestal que, según decían los miembros de la Benemérita, podía haber sido provocado por algún partisano republicano que aún andaba por la sierra, aunque era sabido que hacía más de tres años que los últimos guerrilleros antifranquistas que venían actuando en las sierras de Tarifa y Los Barrios habían sido abatidos por la Guardia Civil.

Cuando hubieron desaparecido por el camino de la sierra los guardias seguidos de Rafael Matoso y José Huidobro, Manuel Mejías y el joven Pepe Huidobro, acompañados de la mujeres, que no dejaban de llorar y lamentarse, sobre todo Josefa Díaz, que era la de más edad y que creía que cualquier acontecimiento que se saliera de lo normal era la señal evidente del estallido de una nueva contienda civil, y del pequeño Carlitos emprendieron el regreso a sus hogares.

La mermada familia llegó al número 6 de la calle Coronel Figueroa, donde se hallaba la casa de José Huidobro y la tía abuela del hijo de Manuel Mejías. Allí esperarían sus angustiados miembros la vuelta de los dos hombres que habían sido reclutados a la fuerza por la Guardia Civil para ayudar a apagar el incendio de Las Esclarecidas.

El reloj de cuco que tenía Josefa en su salón marcaba la una de la madrugada cuando se abrió la puerta de la calle y entraron, como dos almas acabadas de salir del mismísimo Averno, abatidos, hambrientos, destrozadas las camisas, ajados los pantalones, chamuscado el cabello y negras como un tizón la cara y las manos por efecto del humo provocado por el incendio, Rafael Matoso y José Huidobro.

Un abrazo, nuevas lágrimas de sus esposas y el saludo fraternal de Manuel y de Pepe fueron la calurosa acogida que recibieron los agotados y ocasionales bomberos de “La Chorrera”.



## VI

### **LAS ESCUELAS DE DON JULIO Y DE LA SEÑORITA ENCARNI. UN FUNERAL CON COCHE DE CABALLOS**

El cambio de residencia desde la calle Carteya a la calle número 33 del Río Ancho —luego calle Navarra como se ha dicho—, obligó a Manuel Mejías González a dar prematuro final a la estancia de su hijo en la Academia Silva y a su traslado a un nuevo centro de enseñanza, si es que la escuelita unitaria de don Julio, situada en una casa de la calle que luego se denominó Galicia, ubicada a unos doscientos metros del hogar de los Mejías-da Silva, podía ostentar tan pomposo nombre. Pero el traslado no se hizo precipitadamente, sino que aún transcurrió un año y cuatro meses hasta que Manuel matriculara a Carlitos en la escuela pública de don Julio.

Había cumplido Carlos Mejías da Silva los seis años y cuatro meses de edad cuando ingresó en la citada escuela, una unitaria que estaba regentada por un esforzado maestro recién llegado al barrio que había sido, durante la Guerra Civil, sargento provisional y al que se había concedido el título de maestro por el régimen de Franco ante la falta de profesores existentes en la España de la postguerra, pues la mayor parte de los funcionarios dedicados a la enseñanza había mostrado su fidelidad y su declarado apoyo al bando republicano, período en el que, por primera vez en

la historia de los sistemas educativos españoles, habían sido tratados los maestros de escuela con la dignidad que la relevante función social que desempeñaban se merecía. No en vano, antes de 1931, estaba muy extendido el dicho: “Pasa más hambre que un maestro de escuela”, para referirse a alguien que se hallaba en la indigencia y la penuria económica. Con el triunfo de los llamados “Nacionales” muchos maestros fueron depurados y apartados de sus puestos de trabajo en la enseñanza, otros tuvieron que salir de España y emigrar para salvar sus vidas. Algunos corrieron peor suerte, pues acabaron frente a un pelotón de fusilamiento como le ocurrió al maestro Cayo Salvadores Martínez, concejal de educación del Ayuntamiento de Algeciras durante la etapa republicana.

La escuela de don Julio había sido antes una vivienda particular. Se cubría con un tejado de tejas árabes a dos aguas. El edificio se adaptó a su nueva función habilitándose una amplia sala con ventanas a la calle en la que se localizaba una decena de viejos bancos de madera con capacidad para unos treinta alumnos, una ajada mesa del profesor, una pizarra y dos mapas de España, uno político y otro físico. En este local asistían a las clases los varones. Para las niñas existía otra escuela en la calle Los Arcos —en la que se hallaba el comedor social para los niños y niñas pobres, que eran todos—, unos metros más arriba de la vivienda en la que residían Francisca da Silva y Rafael Matoso.

Don Julio tenía distribuidos a los alumnos, de aquella mal dotada escuela unitaria, en tres grupos: los recién llegados que, como Carlitos tenían entre seis y siete años, y a los que había que enseñar a leer y escribir las primeras letras y el cálculo elemental; un segundo grupo constituido por los niños de ocho, nueve y diez años, que ya sabían leer y escribir y dominaban los rudimentos del cálculo, y un tercer grupo, formado por los alumnos de más edad —entre los once y catorce años—, que eran los “padres” de la escuela a los que don Julio utilizaba como ayudantes para que, una vez que habían acabado sus deberes, enseñaran a los compañeros más pequeños dándoles de leer o corrigiéndoles las sumas y las restas.

Es necesario decir que Carlitos, un niño despierto que daba muestra de una temprana inteligencia y que venía de la Academia Silva con algún conocimiento de lectura, de escritura y de cálculo, pronto fue ubicado en el segundo grupo, aunque todavía no hubiera cumplido los siete años. Fueron compañeros del hijo de Manuel Mejías en aquel año, entre otros,

Joaquín Palacios, Fernando Cabezón, Manuel del Can, Luis Trigo y Ramón García “Romi”.

En la maletita de cartón del niño, su madre le ponía un lapicero de madera con algunos lápices de colores que su padre le había traído de Gibraltar —más solicitados, más baratos y de mejor calidad que los de la marca Alpino—, aunque rara vez los podía utilizar porque en la escuela era muy escaso el papel disponible. También portaba una pizarra con marco de madera de la que pendía un pizarrín atado a ella con una cuerdecilla para que no se extraviara. Los niños escribían en aquellas pequeñas pizarras personales de negra y tersa superficie las letras formando palabras y los números de las cuentas de sumar y restar y, luego, los borraban con un trapo húmedo para poder volver a escribir en ellas. Aún no existía el sentimiento ecologista que, pasadas algunas décadas, imbuiría todas las acciones humanas ante el temor de que, con la sobreexplotación de los recursos y el derroche de las materias primas, se pudiera acabar con el planeta. Lo que no cabía duda era que, a mediados de los años cincuenta, en la escuela unitaria de don Julio se reciclaba por necesidad y se colaboraba, sin saberlo, en la conservación de los bosques economizando el preciado papel.

La jornada escolar se dividía en dos sesiones, una matinal, entre las nueve y media y las doce y media, y otra impartida por la tarde, entre las dos y media y las cuatro y media. Al acabar la sesión de la mañana los alumnos que lo necesitaran o lo desearan se desplazaban hasta la escuela de las niñas situada, como se ha dicho, en la calle Los Arcos, para comer en el comedor escolar. La madre de Carlitos se oponía a que su hijo acudiera a este comedor argumentando que a él no le hacía falta, porque comida de sobra tenía en su hogar, pero al niño le entusiasmaba ir con sus compañeros de clase al comedor e ingerir con delectación los espesos guisados de lentejas —que en su casa no las quería ni ver—, el cocido viudo escaso en carne o el arroz amarillo con algunos trozos de pollo que la cocinera, una amable mujer de mediana edad, muy delgada y dicharachera, que se recogía el cabello en un moño alto y llevaba siempre puesto un impoluto delantal blanco, les servía de una enorme olla de aluminio o de una paellera renegrada.

Al terminar la sesión de la tarde, don Julio entregaba a cada alumno un cucurucho de papel de estraza con una ración de leche en polvo y un trozo de queso que venía en grandes latas cilíndricas con el emblema de la

ayuda americana: dos manos estrechándose sobre un fondo con la bandera de las barras y las estrellas.

De ordinario, los niños no llevaban la leche en polvo a sus casas, que era el objetivo del maestro para que sus madres le añadieran agua, la calentaran y se las dieran a beber a sus hijos, porque en el camino los traviesos alumnos la ingerían lamiéndola directamente del cartucho al tiempo que daban buena cuenta del trozo de queso. Carlitos no se quedaba al margen de esta práctica, sobre todo porque su madre no quería que tomara aquella leche extranjera que “cualquiera sabe con qué está hecha” —decía—, sino la leche fresca que cada mañana adquiría al lechero que la traía en cántaros de hojalata a lomos de un asno que procedía de una lechería situada en la zona de Pajarete. Sin embargo, Manuel Mejías no debía confiar en exceso en la honestidad del lechero, porque se agenció en Gibraltar un densímetro consistente en un tubo hueco de vidrio con un contrapeso en su extremo inferior que servía para medir la densidad de la leche y comprobar si el lechero le había añadido agua y en qué cantidad.

La leche en polvo y el queso que cada día recibían Carlitos y sus compañeros procedía de la llamada “Ayuda Americana” que había comenzado a llegar a España a partir del mes de septiembre de 1953 cuando el general Franco firmó los Acuerdos con E.E.U.U. que posibilitaron el establecimiento de bases militares estadounidenses, la concesión de préstamos internacionales, la entrega de material militar al régimen y la ayuda económica (carbón y algodón) y alimentaria (leche en polvo y queso).

Desde que acabó la Guerra Civil y hasta el año 1957, los sucesivos gobiernos de Franco, con predominio de elementos falangistas, habían impuesto una autarquía económica en la falsa creencia de que los españoles podrían subsistir produciendo todo lo que necesitaban sin recurrir a las importaciones. Esta arriesgada política y el aislamiento internacional que sufrió la Nación al considerarse el Régimen por los estados vencedores en la Segunda Guerra Mundial aliado de la Alemania Nazi, provocaron un profundo estancamiento económico que vino a paliarse, en parte, en el año 1953 con la firma del Concordato con la Santa Sede en agosto de ese año y con los Acuerdos con los Estados Unidos rubricados en septiembre que atemperó el aislamiento internacional y abrió las puertas a una nueva etapa en las relaciones de España con el mundo. Sin embargo, la recesión no acabaría hasta que en el año 1959 se aprobó el Plan de Estabilización

Económica del que más adelante se tratará. ¿Pero qué había sucedido para que, sobre todo, Estados Unidos y el beligerante Reino Unido, hubieran cambiado de postura respecto al denostado régimen de Franco? La causa principal del giro de estas naciones hacía el franquismo fue, sin duda, el enfrentamiento latente entre Occidente y la Unión Soviética y la política expansiva de esta nación en Europa del Este. Las democracias occidentales, aunque reacias a dar cobertura de legalidad al régimen dictatorial de Franco, vieron las ventajas que tenía aliarse con el general que había sido el primero en vencer al comunismo en el campo de batalla. España pasó a ser un fiel aliado de Occidente en la llamada Guerra Fría.

Los acuerdos con los americanos de 1953 fueron los que permitieron la llegada masiva de productos alimenticios básicos —sobre todo leche en polvo y queso— a las zonas más deprimidas de España. Aunque la gente decía, no sin razón, que la entrega de material militar, el establecimiento de las bases y la ayuda económica se hacía a cambio de que los americanos de llevaran para su país el excelente aceite de oliva que producían los extensos olivares de la nación enviando ellos, en compensación, el aborrecido aceite de soja y saturando el débil mercado español con aquella grasa vegetal de inferior calidad.

Transcurrido un año, en septiembre de 1957, Carlos Mejías da Silva volvió a cambiar de colegio. El traslado fue a una escuela cercana de gestión privada que pertenecía a dos hermanas, las señoritas Encarnita y Conchita García Jiménez, que se hallaba ubicada en la calle número 31 —calle Extremadura desde que se renombraron las vías de comunicación de la barriada—. Era una casa de una sola planta, de las mejores de la barriada, que contaba con una amplia aula y un patio para el recreo en el que también realizaban los alumnos ejercicios gimnásticos. La sala donde se impartían las clases disponía de quince bancos muy largos capaces para contener seis escolares cada uno que se distribuían, como en la escuela de don Julio, por grupos de edades y conocimiento. Una diferencia importante con respecto a la escuela pública de don Julio era que en la de la señorita Encarnita los alumnos, al uso de las pizarras personales y el pizarrín, se añadía el empleo del papel mediante cuadernos en los que se escribía con lápices de grafito. También se utilizaban cuadernos especiales en los que se practicaba caligrafía. Las jóvenes maestras eran buenas profesionales, entusiasmadas con su profesión, se-



El aula donde impartían clases las maestras doña Encarnita y doña Conchita García Jiménez en torno al año 1960

veras en el mantenimiento de la disciplina, pero amables en el trato con sus alumnos y alumnas.

El horario de clase era similar al de la escuela pública. Los sábados también se asistía a la escuela, desde las nueve y media a las doce del medio día. Esa media jornada se dedicaba a impartir clases de religión que, a partir de 1958, eran dadas por don Manuel Flores Fernández, el “Padre Flores”, sacerdote muy querido en la ciudad que ejercía de párroco en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Este abnegado sacerdote sería el promotor, mediante la recogida de donativos, de los bloques de viviendas sociales situadas en la barriada de Los Pastores, conocidos como “Barriada del Padre Flores”, que fueron entregadas a familias necesitadas en 1960. Don Manuel Flores murió en un fatal accidente de tráfico en el año 1964. En mes de mayo del año 1959 Carlos Mejías da Silva hizo su primera comunión en compañía de otros veinte niños del colegio de las señoritas Encarnita y Conchita García Jiménez en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen. Al terminar el acto religioso, el párroco invitó a los comulgantes a un chocolate con pastas en el patio que la iglesia compartía con el Hospital de la Caridad, años más tarde Casa de la Cultura.

En el otoño del año 1957, cuando Carlitos contaba siete años y medio de edad, fue testigo una escena que dejó una profunda e imborrable huella en su alma. Era la primera vez que presenciaba un entierro todavía celebrado con el viejo y pomposo ceremonial decimonónico y clasista, con los curas vestidos con dalmáticas negras y bonetes sobre sus cabezas, la cruz procesional de plata portada por el sacristán, los largos ciriales y la carroza mortuoria o coche de caballos fúnebre para el traslado del féretro con el difunto en procesión hasta la iglesia parroquial y el camposanto.

El día anterior, al atardecer, había fallecido la anciana dueña de la casa situada en la calle Andalucía, dos viviendas más arriba —en dirección al Polígono del Tiro— de la tienda de Teresa Ortiz Calvente. Se trataba de un edificio de una sola planta con un amplio jardín en la parte delantera que lo separaba de la calle. Además de los setos de flores y un caminito flanqueado por losetas verticales verdes y rojas, llamaba la atención una enorme araucaria que crecía en uno de los parterres. Un pretil de obra rematado por una reja corrida pintada de verde permitía observar desde la calle cuanto acontecía en el jardín y en la casa. Y pegados a esa reja, Carlitos y otros niños del vecindario contemplaban la entrada y salida de hombres que cuchicheaban en voz baja cuando atravesaban el jardín y mujeres vestidas de negro con la cabeza cubierta con velos del mismo color que entraban en la casa cogidas del brazo. De vez en vez llegaban a oídos de los niños los desgarradores lamentos y los lloros de los familiares más allegados a la difunta y las frases entrecortadas que clamaban por qué Dios la había llamado a su vera o por qué la muerte se la había llevado siendo tan buena.

Pero lo que más sobrecogió al hijo de Manuel Mejías fue la llegada del cura y de sus acólitos y, sobre todo, del coche fúnebre precedido del sonido acompasado de los cascos de los dos caballos golpeando sobre la tierra reseca. Los corceles que tiraban del carruaje iban cubiertos con gualdrapas negras ribeteadas de flecos plateados. El recargado coche, todo él pintado de negro, y con los flancos constituidos por grandes cristales, grabados al ácido con roleos y grecas, de los que colgaban sendas coronas de flores hechas de tela —para poder reutilizarlas en otros entierros— estaba rematado en el techo por un florón en forma de llama. En las cuatro esquinas disponía de columnillas de madera bellamente torneadas y acabadas, en su extremo distal, en una especie de pináculo que hacía juego con el florón que portaba sobre el techo. Los dos caballos llevaban sobre

sus cabezas sendos penachos de plumas negras y brillantes que compaginarían con el azabachado color del carruaje y con las gualdrapas que cubrían sus ancas. En el pescante se sentaba el cochero, un hombre de unos cuarenta años de edad, vestido con un traje negro y cubierta la cabeza con una gorra de plato que, con expresión severa, portaba en una mano las riendas y en la otra una fusta larga para azuzar a los palafrenes. Detrás del coche marchaba el cura con dalmática y bonete negros acompañado del sacristán, que portaba la cruz parroquial, dos monaguillos con ciriales y el sochantre con el acetre y el hisopo para bendecir el féretro con el cuerpo de la fallecida. El cura, el sacristán, los dos monaguillos y el sochantre entraron en la casa de la muerta. Los quejidos y llantos se volvieron a reproducir al ver llegar a los oficiantes del funeral.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando la puerta de la casa de abrió de par en par para permitir el paso solemne del cura, el sacristán, el sochantre y los monaguillos por delante del ataúd que estaba siendo portado por seis familiares varones de la difunta. Los lamentos y el llanto se intensificaron en el interior de la vivienda, al mismo tiempo que el cortejo cruzaba el jardín y se acercaba al coche fúnebre. Las mujeres permanecieron en el interior de la casa entregadas a las lamentaciones y los lloros, pero los hombres la abandonaron en masa para formar la comitiva que iba a acompañar a la difunta, caminando detrás del carruaje mortuario, hasta la parroquia de Nuestra Señora del Carmen en la que el sacerdote celebraría las exequias antes de que el coche fúnebre, con el féretro, seguido del cortejo de familiares y amigos continuara su marcha hasta el cementerio de la ciudad.

Carlitos, aferrado a la reja, no se perdió detalle de todo lo que acontecía en torno a la casa de la muerta y en la calle en la que se había congregado casi un centenar de personas para dar su último adiós a la difunta y, de paso, satisfacer su curiosidad. El niño asistiría, en los siguientes años, a otros entierros de personas fallecidas en la calle Navarra o en la calle Los Arcos, pero carentes ya de la solemnidad y el barroquismo de aquel que contempló cuando tenía siete años, porque en los siguientes, los ataúdes serían trasladados hasta la iglesia parroquial y el camposanto en coches motorizados carentes de decoración y con la sola presencia de un cura y un monaguillo. Sin embargo, el hijo de Manuel Mejías, cuando se hubo marchado el cortejo fúnebre y caminaba en dirección a su hogar, pensó:

“El día en que yo me muera me gustaría que me llevaran en un coche de caballos como éste hasta el cementerio acompañado de curas y monaguillos con cirios y cruces”.

Es necesario decir que a mediados del siglo XX aún se seguían en España los rituales funerarios heredados del siglo anterior reverdecidos, en los primeros años del franquismo, por la intensificación del sentimiento religioso en una sociedad traumatizada por la pasada guerra y sometida a la presión de un régimen que se apoyaba en la connivencia con la Iglesia Católica para reforzar, justificar y legitimar su poder establecido como una Santa Cruzada contra el ateísmo, el comunismo y la anarquía.

La recurrida máxima: “La muerte a todos nos iguala”, no dejaba, en aquellos años, de ser una falacia. También, como en tantos otros detalles de la vida diaria, la complejidad del ritual de la muerte dependía del nivel económico del difunto y de la posición que ocupaba en la escala social. Había funerales de primera, segunda y tercera categoría y los denominados de “Amor de Dios”. El que contempló, como privilegiado espectador Carlos Mejías da Silva en el otoño de 1957, podría ser catalogado como un funeral de segunda categoría. En los de primera, al lado del sacerdote oficiante con sotana y sobrepelliz marchaban el sacristán con la cruz procesional, otro sacristán o colaborador de la parroquia con el incensario, los sochantres que cantaban la misa fúnebre, dos monaguillos con los ciriales y otro portando la naveta con el incienso y el acetre con el hisopo. Además, junto a la carroza fúnebre se situaban otros tres sacerdotes con dalmática, estola y pluvial negro, a veces de terciopelo. El coche fúnebre iba tirado por cuatro caballos cuidadosamente enjaezados.

En el otro extremo se hallaba el entierro de “Amor de Dios” que correspondía a los pobres de solemnidad, aquellos desdichados que fallecían sin poseer recursos económicos ni familiares que pudieran costear el funeral. El féretro para estos finados, costeados por el Ayuntamiento, estaba confeccionado con madera de mala calidad. Sólo le acompañaba un cura sin vestidos especiales ni monaguillo que portara la cruz procesional. El ataúd con sus restos era llevado a hombros por voluntarios de la parroquia directamente a la iglesia y, de allí, al cementerio, sin coche de caballos.

A los familiares y amigos creyentes les quedaba el consuelo que, si bien en la Tierra la injusta sociedad los discriminaba en vida e, incluso, en la hora de la muerte, en la otra Dios, en su infinita misericordia, los iba

a tratar a todos con el mismo rasero, hubieran sido poderosos y ricos o pobres de solemnidad.

Aquel mismo año en que Carlitos tuvo su primer encuentro con la muerte y sus rituales, en el Río Ancho aconteció un hecho que iba a tener gran trascendencia en el futuro de la barriada y el bienestar de sus habitantes. Se trataba de la llegada al barrio de una de las líneas de la empresa de autobuses urbanos que acababa de implantarse en Algeciras y La Línea de la Concepción en la primavera de 1957.

Entre los meses de marzo y abril de 1956 Marruecos logró su independencia respecto de Francia y de España. Un año más tarde, la Compañía de Transportes de Marruecos (CTM), fundada en Melilla en 1936 en régimen de cooperativa, conservando el mismo nombre se trasladó a la Península instalándose en las dos principales ciudades del Campo de Gibraltar. En Algeciras, que ya comenzaba a tener algunas barriadas bien pobladas y distantes del centro urbano, situaron su base en la Marina y establecieron una serie de líneas de autobuses con la periferia. Una de ellas tenía su término en la confluencia entre la calle Navarra y la calle Andalucía, a unos cincuenta metros de la casa de Carlos Mejías da Silva.



En 1957 la empresa de autobuses C.T.M. (Compañía de Transportes de Marruecos) se estableció en Algeciras y La Línea de la Concepción, situando su base o parada principal en la Marina (Fotografía de la Marina tomada en torno al año 1960).

El día de la inauguración, el autobús en el que viajaba un conductor y un cobrador que se situaba en la parte trasera para expender los billetes, ofrecía el viaje gratis hasta la Marina. Numerosos vecinos y los muchachos de más edad del Río Ancho y la Piñera Vieja montaron en el vehículo para beneficiarse de aquel corto viaje que todos estaban acostumbrados a hacer a pie a través de las Pasaderas y de la Avenida Agustín Bálamo. El billete costaba dos pesetas. Este nuevo medio de transporte tuvo un enorme éxito partiendo los autobuses casi al completo en determinadas horas del día. Una de las causas que posibilitaron el uso masivo de aquellos primeros autobuses urbanos era la inexistencia de un parque de automóviles privados y, en invierno, las dificultades de acceder al centro de la ciudad cruzando el río cuando venía crecido.

A principios de 1958 el padre de Carlitos, Manuel Mejías, había abandonado su trabajo de cocinero en Gibraltar y buscaba una nueva ocupación en Algeciras. No transcurrieron muchas semanas sin que lo encontrara en la “Corchera Española” donde estuvo contratado durante un año. En la primavera del año siguiente Manuel Mejías acometió una profunda reforma de su vivienda familiar con la intención de montar un negocio en una de las dependencias nuevas que pensaba construir en el viejo inmueble.

Algunas noches, después de cenar, el padre de Carlitos, mientras que Juana se dedicaba a recoger la mesa y apagar la hornilla de carbón, se sentaba en el borde de la cama de matrimonio, junto a la mesita de noche sobre la que se hallaba una radio de cretona de gran tamaño con un dial circular en el que podían leer los nombres de emisoras lejanas que, sin duda, nunca se lograrían sintonizar como Hamburgo, Nueva York, Amberes, Londres, Berlín o Moscú. Manuel acercaba la oreja al altavoz protegido con la tela de cretona del aparato y escuchaba con gran atención lo que una voz apagada, casi imperceptible, adornada de pitidos y chirridos producidos por molestas interferencias, decía a través de él. Antes de encender la radio, el padre de Carlitos se aseguraba de que la ventana que daba a la calle estuviera bien cerrada para que la voz del locutor no pudiera ser oída desde el exterior de la casa.

—Papa, ¿por qué escuchas la radio con tan poco volumen? No se oye casi nada de lo que dice el locutor —le recriminaba inocentemente Carlitos a su progenitor que se afanaba en mover el dial para poder captar sin interferencias las noticias.

—Es para no despertar a los vecinos, hijo mío —le respondía el padre con la intención de que Carlitos abandonara las pesquisas sobre el extraño modo que tenía él de oír la radio.

Lo cierto era que Manuel Mejías González sintonizaba Radio Pirenaica, la emisora del Partido Comunista de España en el exilio que, hasta el año 1955, emitía desde Moscú y, a partir de esa fecha, desde la capital de Rumanía, Bucarest. La emisora retransmitía cada noche un noticiero como “Radio Pirenaica Independiente”. Se denominaba de esa manera para no dar la sensación a los oyentes españoles de que le daban las noticias políticas desde un lugar tan lejano. Manuel, como tantos otros oyentes que la sintonizaban, pensaba que se hallaba situada en algún recóndito lugar de los Pirineos franceses. “Radio Pirenaica Independiente” y la BBC inglesa, en los años cincuenta, eran oídas por numerosos españoles que desconfiaban de la veracidad e imparcialidad de las noticias dadas por Radio Nacional de España, olvidando que tan manipuladas estaban las emitidas por las emisoras del Régimen, como las de la emisora comunista que, ni estaba ubicada en los Pirineos ni era verdaderamente independiente.

## VII

### **LA BELICOSA PANDILLA DEL RÍO ANCHO. JUEGOS INFANTILES DE LOS AÑOS CINCUENTA. LA PRIMERA VELADA DE LA BARRIADA**

Entre septiembre del año 1956 —cuando Carlitos ingresó en la escuela de don Julio— hasta que su padre lo matriculó en el Colegio Salesiano San Ramón para el curso 1959-1960, el hijo de Manuel Mejías se relacionó con chavales de su edad residentes en su calle y en el tramo más próximo a su vivienda de la calle que luego se denominó Andalucía, como Manuel Lara Delgado, Francisco Fernández de la Rosa “Paquillo”, los hermanos Joaquín y Andrés Palacios Ortiz, Pepito “el de Curra“, Pepe Castro Puerto, los hermanos Francisco y “Antoñín” Guerrero y Luis Pizarro que, aunque vivía en la parte alta del Polígono del Tiro, acudía cada día al llano de “El Tropezón” para unirse a la pandilla de Carlitos que, como jefe natural y el más beligerante, por ser de más edad, tenía al citado Joaquín Palacios.

Este grupo, cuyas edades, en el verano de 1959, oscilaban entre los nueve y los once años, no era muy compacto, porque, tanto Pepe Castro como Francisco y “Antoñín” Guerrero, participaban sólo esporádicamente en las andanzas y aventuras que emprendían casi a diario. Cierto es que la pandilla de Carlitos se disgregó o, al menos, perdió buena parte de sus

componentes cuando el hijo de Manuel y de Juana —después de dos años estudiando en los Salesianos Viejos o Colegio San Ramón— ingresó en el Colegio Salesiano María Auxiliadora en 1961 y Manolo Lara hizo otro tanto en septiembre de 1962.

Una de las diversiones del grupo consistía en construir un “campamento” formado con tiendas de indios o “tipis”, como las que se veían en las películas del Oeste, hechas con cañas cortadas en el cañaveral que bordeaba el arroyo del Tiro. El “campamento” se instalaba en un llano que había a las espaldas del bar “El Tropezón”, entre el arroyo y el pie de las colinas donde años después se edificó una de las fases de la barriada de la Piñera y que por entonces estaban sembradas, como se ha dicho, de trigo. Los niños, imbuidos por el espíritu belicista que se les transmitía a través de las películas, se adornaban con plumas, realizaban danzas en torno a una hoguera y fabricaban lanzas con cañas y ramas secas y eficaces hondas con empleita elaboradas por Pepito “el de Curra” —verdadero experto en la fabricación de hondas— e, incluso, declaraban la guerra a otras pandillas de los alrededores, de la Piñera Vieja o del Tiro.

Por lo general, el conflicto intertribal no llegaba a estallar violentamente, quedando reducido el enfrentamiento a acaloradas declaraciones de guerra y vanas amenazas, pero en ocasiones la aguerrida pandilla del Tiro —dirigida por un muchachote grande y fuerte llamado Pepe “El Gordo”— asaltaba de improviso el “campamento” de los del Río Ancho aprovechando que sus ocupantes se hallaban ausentes y lo destrozaban; entonces la guerra de “guerrillas” era inevitable y ambas pandillas se citaban en uno de los cerros cercanos para lanzarse improperios y arrojar piedras con las hondas hasta que uno de los dos bandos consideraba que llevaba las de perder y se retiraba, a veces con algún que otro miembro descalabrado. Otra pandilla, enemiga jurada de la del Río Ancho, era la de la Piñera Vieja que estaba comandada por un tal Juan Luis “El Pájaro”. Carlitos, que era de los más pequeños, siempre procuró que su madre, Juana de Silva, no se enterara de las “guerrillas” que la pandilla organizaba en defensa de su territorio. Una cicatriz en la zona frontal de la cabeza, consecuencia de uno de aquellos esporádicos enfrentamientos bélicos, acompañó toda su vida a Carlos Mejías da Silva.

En los años cincuenta las barriadas del Río Ancho y el Polígono del Tiro no contaba con un servicio municipal de recogida de basuras. Los

desperdicios de las cocinas u otros desechos producidos en las viviendas, la mayor parte de ellos materiales perecederos como restos de comidas, papeles de estraza o envolturas de cartón, mondas de frutas, latas vacías o telas viejas se depositaban en cubos de zinc u hojalata para ser arrojados en la ladera del cerro que se ubicaba a las espaldas de la calle Los Arcos, lugar al que se accedía a través de dos callejones que se localizaban a mitad de dicha calle, uno de ellos colindante con la vivienda de Rafael Matoso y Francisca da Silva. Estos desechos no eran muy perniciosos para el medio ambiente porque se descomponían a los pocos meses de haber sido abandonados convirtiéndose en una especie de inofensivo “compost”. El resto de objetos y materiales producidos en los hogares constituidos, principalmente, por envases de vidrio —aún no existían los contaminantes envases de plástico ni los cartones de *tetrabrik*— y que, pasadas varias décadas, llegarían a representar un grave problema medioambiental, en aquellos años no eran ninguna amenaza para la naturaleza al no formar parte de los residuos urbanos que acababan en el “cerro”: las botellas de vidrio se reservaban para poder ser entregadas en las tiendas y en los bares a cambio de cierta cantidad de dinero o para adquirir, con su devolución, otras nuevas conteniendo bebidas.

Carlitos, Manolo Lara y “Paquillo” se pateaban el “basurero del cerro” para recoger chapas de cerveza o cajas de cerillas vacías. A las chapas de cerveza les golpeaban los bordes para convertirlas en una especie de falsas monedas que servían para jugar. Habitualmente dos eran los juegos que podían acometer los chavales con estas chapas: uno de ellos consistía en hacer un hoyo en el suelo y, desde cierta distancia, lanzar las chapas que, en igual número, había apostado cada jugador. Uno de ellos lanzaba el conjunto de chapas. Las que lograba meter en el hoyo pasaban a su propiedad, las que quedaban fuera eran lanzadas por el otro jugador hasta que todas acababan metidas en el agujero. Cuando se terminaban las chapas apostadas, cada jugador ponía en juego otras para volver a empezar.

El segundo juego consistía en trazar una raya en el suelo. Colocados los jugadores a unos tres metros de distancia, lanzaban cada uno varias chapas. El que sobrepasaba la raya las perdía automáticamente y el que lograba acercarse más a la raya sin pasarla se quedaba con todas las chapas en juego.

Las cubiertas de las cajas de cerilla —*tickets* en el lenguaje de los niños de la época. Otro anglicismo procedente de Gibraltar— servían para hacer colecciones, pues las carátulas de dichas cajas llevaban impresas figuras de toreros, futbolistas, animales o automóviles. Carlitos logró reunir una buena cantidad de estos *tickets* que intercambiaba con otros niños cuando tenía alguno repetido.

Otros juegos a los que dedicaban parte de su tiempo libre los niños del Río Ancho eran el “palicache”, el “hincote” (propio de la estación invernal), el “trompo”, “salto pared”, “el pañuelo”, “los cromos”, los “meblis” y el fútbol.

En una sociedad carente aún de la televisión y de los juegos de ordenador y sin posibilidad de reunirse los muchachos de las barriadas en los patios de los colegios para usar sus instalaciones deportivas, no les quedaba otra salida que idear juegos colectivos usando su propio cuerpo (“salto pared”), empleando los medios que les proporcionaba la naturaleza (improvisados campos de fútbol ubicados en llanos o plazas en los que los postes de las porterías eran cuatro piedras o las propias maletas de los escolares) o los objetos que tenían más a mano o eran más fáciles de adquirir por su bajo precio (canicas, punzones o gavillas de hierro, tablas recicladas, pañuelos, cromos o balones de fútbol confeccionados con tiras de tela o papel y, raramente, pelotas de caucho).

Los chavales no permanecían mucho tiempo en sus casas después de abandonar el colegio. Hacían la vida al aire libre en plena calle, lo que potenciaba y desarrollaba sus hábitos sociales y el contacto con la naturaleza y les prevenía del pernicioso mal de la obesidad. Ni Carlitos ni sus ocho o nueve amigos de la pandilla del Río Ancho presentaban en sus infantiles cuerpos un gramo más de la grasa necesaria para poder llevar una vida sana. A la saludable costumbre de los niños de la época de permanecer muchas horas al aire libre, no cabe duda que contribuía decisivamente el que todas las casas de la barriada tuvieran las puertas de la calle abiertas a lo largo del día. Sólo se cerraban durante la noche, mientras las familias dormían. Una cortina de tela, pero más frecuentemente de canutillos cilíndricos de madera, era el único obstáculo que separaba el interior de la vivienda de la calle. Y no era la casa de Carlitos una excepción: una cortina de canutillos de colores hacía el oficio de permeable puerta cuya única misión era preservar la intimidad del hogar. Estando la cortina des-

plegada, ningún vecino se atrevía a atravesar el umbral de la puerta sin antes haber obtenido el permiso de sus moradores.

Cuando llegaba el invierno y las calles Navarra y Andalucía o el llano de “El Tropezón” se convertían en un lodazal, era la señal inequívoca de que había llegado la temporada del juego del “hincote”. Este artilugio se elaboraba con un trozo de unos cuarenta centímetros de una gavilla de hierro a la que se aguzaba uno de sus extremos. Sobre el pavimento arcilloso mojado por la lluvia se trazaba un rectángulo de unos siete metros de largo por dos de ancho. Su interior se compartimentaba dibujando siete casillas pareadas, menos la última que no tenía pareja. El jugador, situado delante del rectángulo, debía arrojar el “hincote” y clavarlo en la primera casilla. Si lo lograba pasaba a la segunda y así sucesivamente hasta llegar a la séptima, que por su lejanía era la más difícil de ganar. Si el “hincote” se caía y no se hincaba en el terreno, el turno pasaba al siguiente jugador. El que primero lograra completar las siete casillas era el ganador del juego. Es evidente que cuando se asfaltaron las calles de la barriada a principios de los años sesenta, este juego perdió vigencia por falta de un lugar idóneo donde practicarlo.

Otro de los juegos que gozaba de mucha reputación entre la chiquillería del Río Ancho era el “palicache”, un remedo del elitista juego del golf o del beisbol. Consistía en confeccionar una pieza de madera en forma en huso de unos doce centímetros de longitud con los extremos afilados y una palmeta de unos cincuenta centímetros de largo por diez de ancho elaborada con una tabla. Se colocaba la pieza fusiforme sobre una piedra y con la palmeta se golpeaba uno de sus extremos para hacerla saltar, instante que aprovechaba el jugador para golpearla en el aire y enviarla a una cierta distancia. En el lugar donde caía se volvía a golpear la pieza y a darle con la tabla-palmeta un nuevo impulso y así hasta tres veces. Se señalaba el lugar al que había llegado el trozo de madera ahusado con los tres golpes aplicados. La misma operación ejecutaban los demás jugadores. El que más lejos hubiera lanzado la pieza en el tercer intento era el ganador. Este juego tenía un serio inconveniente: podía herir a algún viandante o romper el cristal de alguna ventana. Quizás fuera ese plus de peligrosidad y de riesgo lo que lo hacía tan popular entre los chavales. Como estaba prohibido entretenerse con juegos “peligrosos” en la vía pública, cuando Carlitos o alguno de sus compañeros divisaba a un policía

municipal en lontananza ponían los pies en polvorosa gritando al mismo tiempo: ¡El “queu”! ¡Que viene el “queu”!

Cuando llegaba la estación estival y el terreno se endurecía por la falta de lluvia imposibilitando la práctica del “hincote”, los muchachos de la barriada se dedicaban a otros juegos como el lanzamiento del “trompo” o los “meblis”. El “trompo” era una peonza torneada en una pieza de madera que, en su parte inferior, más aguzada, tenía incrustado un trozo romo de hierro, pero que Carlitos y sus compañeros de juegos afilaban con una piedra de amolar o una lima para convertirlo en una amenazante punta metálica. Una cuerda enrollada alrededor del “trompo” servía para proporcionarle el movimiento giratorio que, una vez lanzado contra el suelo, la peonza experimentaba. Uno de los juegos más comunes en el que se empleaba el “trompo” era el siguiente: Se trazaba una circunferencia en el suelo de unos veinticinco centímetros de diámetro; cada jugador colocaba en su interior su “trompo”, menos el que iniciaba el juego que lo mantenía en la mano con la cuerda enrollada. A continuación lo lanzaba con todas sus fuerzas contra la circunferencia y los dos o tres “trompos” que estaban en su interior. El propósito del lanzamiento era sacar de la circunferencia alguno de los “trompos” de los contrincantes. En algunas ocasiones la violencia del lanzamiento y lo afilado de la punta metálica lograba romper alguno de los “trompos” que se hallaban dentro de la circunferencia: ese era un momento de gloria para el afortunado muchacho que conseguía la proeza.

El juego de los “meblis”, el “pañuelo”, el “salto pared” o el fútbol eran, también, entretenimientos propios de los meses en los que predominaba el buen tiempo, mientras que los “cromos”, el “parchís”, la “oca” o los soldaditos de plomo —que en aquellos años no eran de plomo sino de una pasta que se asemejaba al plástico— se ejecutaban en los tiempos invernales en el interior de las casas.

En la noche del 16 de diciembre de 1958, a eso de las nueve y media, aconteció un grave accidente en la vía férrea, en el paso a nivel situado al final de la calle Los Arcos, que sólo la fortuna impidió que se convirtiera en un trágico suceso. En los días 14, 15 y 16 un terrible temporal del sudeste se abatió sobre el litoral de Algeciras. Lluvias torrenciales y vientos huracanados azotaron durante esos tres días uno de los monumentos más relevantes de la ciudad: el acueducto construido entre 1777 y 1783 sobre la vaguada del río de la Miel, a la altura de la calle Los Arcos, entre esta

arteria urbana y la calle San Vicente de Paul, en la Bajadilla. Fue ideado por el arquitecto Pablo Casaus y erigido por el maestro alarife Pablo Díaz Becerra bajo la inspección del maestro arquitecto, examinado en albañilería, Antonio Ruiz Florindo, con el fin de abastecer a la ciudad del agua potable captada en una de las laderas de la sierra del Cobre. En 1892 se reforzó con varios contrafuertes porque se temía que el paso de los trenes por debajo del arco central podría provocar vibraciones y ocasionar la ruina del monumento. Setenta años después, el acueducto, aunque había dejado de cumplir su función a principios del siglo XX, continuaba intacto lo que daba fe del excelente diseño del proyecto redactado por Casaus y de la calidad técnica de la obra. Pero en la noche citada, fuera porque el paso continuo de las grandes locomotoras lo había debilitado, fuera porque el viento y la pertinaz lluvia le hicieron perder estabilidad, lo cierto es que un gran estruendo sacudió la zona aquella noche alarmando a todo el vecindario de la calle Los Arcos.

Rafael Matoso, que vivía a unos cien metros del lugar del suceso salió a la calle para ver lo que ocurría. Cuando miro hacia el lugar donde, hasta unos minutos antes, se hallaban los arcos centrales del acueducto,



En la noche del 16 de noviembre de 1958 un temporal de lluvia y viento destruyó los arcos centrales del acueducto construido en el siglo XVIII para abastecer de agua a la ciudad de Algeciras. La fotografía fue tomada unos días después de haber acontecido el suceso.

que ya no estaban en su sitio, se dirigió hacia la calle Navarra para avisar a su concañado Manuel Mejías de lo que parecía que había acontecido: Los Arcos se habían desplomado. Seguía lloviendo, aunque menos intensamente, y el viento se había tornado en una suave brisa. En el portalón de la “Corchera” Manuel y Rafael se encontraron con varios vecinos que habían salido también de sus casas al oír el alboroto producido por la presencia inusual de gente de la calle en aquella noche tan infernal, entre ellos María Lumbreras y Manuel Lara Arjona.

—¿Qué ha sucedido, Rafael? —le demandó Manuel Mejías a Rafael Matoso que se hallaba empapado en mitad de la enfangada calle número 33, pues con la precipitación había olvidado coger el paraguas.

—Los Arcos se han hundido.

En ese momento acudía al lugar el sereno que hacía la ronda por las calles del Río Ancho cada noche, que se llamaba Bartolo, y que, obligatoriamente, tenía que cruzar por el paso a nivel donde había ocurrido el suceso.

—¡Ha sido el acueducto, vecinos! ¡El acueducto que se ha venido abajo! —aseguró con voz entrecortada y visiblemente alarmado.

En efecto. Había sido el acueducto que la gente del lugar llamaba “Los Arcos”. Sin previo aviso las tres arcadas centrales, que eran las de más altura y una de ellas la de mayor rosca que actuaba como clave del conjunto, se derrumbaron cayendo sobre los raíles del ferrocarril. El guarda del paso a nivel de Los Arcos corrió como alma que lleva el diablo con un farol de luz roja vía adelante para avisar al maquinista del correo de Ronda que estaba al llegar y que de no estar avisado hubiera descarrilado al chocar con los escombros producidos por la inesperada demolición del acueducto. Por fortuna el maquinista del tren correo pudo ver la señal de peligro y el tren se detuvo a tiempo a la altura del paso a nivel de la Perlita evitándose una verdadera tragedia.

A la mañana siguiente había dejado de llover y el fuerte viento se había transformado una suave brisa. Carlitos, Manolo Lara y Pepe Castro se acercaron al lugar del accidente y pudieron comprobar los destrozos causados por la fuerza de los elementos. Grandes bloques de calicanto y algunos sillares de piedra arenisca, que una cuadrilla de operarios de R.E.N.F.E. se afanaba por apartar de las vías del tren para dejar expedito el paso a los convoyes, yacían esparcidos por el suelo, sobre los raíles y encima del balasto.

Si las autoridades municipales y el gerente de la empresa ferroviaria —indirectamente implicada en el incidente— hubieran actuado con mayor diligencia y no se hubieran contentado con retirar los cascotes de la vía, sino que hubieran acometido con rapidez la reparación de los tres arcos afectados, el acueducto habría conservado el equilibrio de fuerzas y la compensación de los empujes que lo habían mantenido en pie durante casi tres siglos. Los Arcos, uno de los pocos monumentos que se conservaban en la ciudad desde el siglo en que nació, no hubieran acabado desapareciendo del paisaje urbano de Algeciras. Con el paso de los años las arcadas fueron arruinándose una tras otra hasta quedar reducidas a las cinco que se mantienen en pie en la parte de la Bajadilla.

En el verano de 1958 se celebró por primera vez la “Velada del Río Ancho” que ocupó parte de las calles luego nombradas como Navarra, Andalucía, Asturias, Galicia y el llano que había al norte y al este del bar “El Tropezón”. Uno de sus promotores fue Antonio Ramírez, el practicante de la barriada, que a la sazón era alcalde pedáneo del Río Ancho y el Polígono del Tiro. Este popular personaje, temido como la peste por la chiquillería del barrio porque se asociaba, de manera ineludible, con sus visitas profesionales a los hogares, al hervor de la jeringuilla de cristal y las agujas en la cajita metálica para desinfectarlas, al acre olor a alcohol y al doloroso pinchazo en la nalga, a pesar de que el practicante enseñaba a los niños, antes de proceder a colocar la inyección, la jeringa sin la aguja incorporada diciéndoles:

—No llores, hombre. No ves que esta inyección se pone sin aguja.

Vano intento, porque el enfermito no cesaba de berrear hasta que Antonio Ramírez no abandonaba con sus aperos de practicante la vivienda.

A Carlitos, por aquellos años, el médico, para despertarle las ganas de comer, le recetó inyecciones de sangre que el practicante extraía cada día de una de las arterias de Juana da Silva para inyectársela al niño en la nalga. No se sabe si aquel extraño tratamiento resultaba eficaz, lo que Carlitos sí sabía era que las temidas inyecciones de sangre le producían un fuerte y persistente dolor.

Antonio Ramírez, Carlos Castro, Andrés Alcaraz, Francisco García “El Cristalero” y el policía local Guillén, con la colaboración de algunos jóvenes inquietos como Diego del Can, organizaron aquel año, como se

ha dicho, la Velada del barrio siguiendo el ejemplo de la más antigua y prestigiosa de Algeciras que era la “Velada del Chumbo” que se celebraba al final de cada verano en la Villa Vieja.

Como reina de la velada fue elegida la joven Antoñita González.

Las calles se engalanaron con luces de colores, farolillos de papel y banderitas. En el llano de “El Tropezón” se instalaron varias atracciones, entre ellas el carro de la “patás” y un tiovivo con caballos, jirafas, leones y tigres de madera, ollas giratorias y butacas pendulares. El “cacharrito”, como lo llamaba la gente, se movía impulsado por la fuerza de los brazos de su propietario. Éste solicitaba la colaboración de algunos muchachos para que empujaran el carrusel a cambio de dejarles montar en el pescante de la atracción mientras transcurría el viaje que costaba dos reales. Al principio de la calle Galicia se instaló una caseta de tiro al blanco. Costaban una peseta tres perdigones. La gente se quejaba porque raramente se atinaba en el blanco. Los afectados aseguraban que el punto de mira de las escopetas estaba trucado para que el disparo saliese desviado. Delante de la fuente y de la casa en la que vivía una mujer que se llamaba Luz que se peinaba —como la Dama de Elche— con dos trenzas-roetes, uno a cada lado de la cabeza, se situó un puesto de turrón y, más arriba en la calle Andalucía, cerca de la tienda de Teresa Ortiz Calvente, puso su tenderete el vendedor de algodón de azúcar que tuvo un notable éxito entre la chiquillería.

Aunque Carlitos intentó, en compañía de Joaquín Palacios y “Paquillo”, que le dejaran empujar el tiovivo para poder subir al pescante y hacer el viaje gratis, el dueño del “cacharrito” no se lo permitió. “No tienes aún edad para ello —le dijo—. Puedes caerte y sufrir un grave accidente”. En cambio a Joaquín, que tenía dos años más que Carlos Mejías, sí le dejaba empujar el carrusel y montar en el pescante del tiovivo para disgusto del hijo de Manuel Mejías que se dolía por no haber nacido uno o dos años antes.

En la calle Navarra, delante de la tienda de María Lumbreras, se organizó una multitudinaria carrera de sacos que se desarrolló en tres categorías de edades: la primera para los niños de seis y siete años; la segunda para los que tenían entre ocho y once y la tercera para los chavales cuyas edades estaban comprendidas entre los doce y los catorce años. Las niñas no participaban en ninguna de estas competiciones: aún no habían adqui-

rido el estatus de igualdad que décadas más tarde, en justicia, lograrían alcanzar. Carlitos, animado por su padre, participó en la segunda categoría y, a pesar del interés y las ganas que puso, no pasó de obtener un discreto quinto puesto. Los participantes en la citada categoría fueron doce.

En la calle Galicia, delante de la escuela de don Julio, tuvo lugar la carrera de cintas desde bicicletas y a caballo. Éstas eran competiciones para adultos o para muchachos de edades comprendidas entre los quince y los dieciocho años —la de bicicletas—. Carlitos, “Paquillo”, Manolo Lara, Luis Pizarro y los hermanos Joaquín y Andrés Palacios contemplaban tan apasionante competición desde la puerta de la escuela, aplaudiendo cuando un ciclista o un jinete lograba introducir la baqueta de madera por el aro de metal y llevarse una cinta —que podía ser de color blanco, rojo, verde o negro— o lanzando un grito de decepción cuando, estando la baqueta casi en el interior del aro, la cinta se resistía a desplegarse, perdiendo el participante la posibilidad de añadir un nuevo trofeo a su botín personal.

En la confluencia entre las calles Andalucía y Galicia, delante de la escuela de don Julio, se organizó una cucaña en la que participaron muchachos de varias edades. Al final de los tres días de festejos se lanzaron fuegos artificiales con lo que se ponía fin a la primera velada organizada en la barriada.

Como se ha referido en otro lugar, el padre de Carlitos había renunciado a su puesto de cocinero en el Hotel Bristol, retornado a Algeciras y hallado un nuevo trabajo en la “Corchera Española”, aunque por poco tiempo. Manuel Mejías González tenía en mente abrir un negocio en su vivienda, aunque para ello sería necesario reformar y ampliar su casa de la calle número 33 del Río Ancho, luego calle Navarra. Pero, entretanto que esa reforma se llevaba a cabo y el proyecto de tienda se consolidaba, dando muestra, una vez más, de su versatilidad como trabajador, su espíritu emprendedor y su capacidad de adaptación a nuevas situaciones, instaló un puesto de venta de patatas fritas en la confluencia de la calle Navarra con la calle Andalucía durante los tres días que duró la Velada del Río Ancho. Carlitos no quedó al margen de ese novedoso proyecto y permaneció al lado de su padre largas horas —hasta pasada la media noche—, preparando los cucuruchos de papel de estraza en los que su progenitor servía las patatas a los clientes.

No debió ser un fracaso la venta de patatas fritas, pues, a principios del mes de septiembre, Manuel Mejías, acompañado de su joven ayudante, viajaron a la Estación de Jimena de la Frontera donde estableció, en la velada que se celebraba los días 3, 4 y 5 en la citada barriada, el puesto de venta de patatas fritas. En esta ocasión, al niño, que había cumplido en mayo ocho años, le resultó agotadora la experiencia, pues además de pasar muchas horas al día de pie detrás del puesto confeccionando cucuruchos o transportando patatas sin pelar desde el almacén donde habían situado la base del humilde negocio, se unía el dormir sobre incómodos sacos de garbanzos las pocas horas que dedicaban al descanso.

## VIII

### **INGRESO DE CARLITOS EN EL COLEGIO SALESIANO SAN RAMÓN. SUS PRIMERAS LECCIONES CON LA ENCICLOPEDIA ÁLVAREZ Y LOS TRABAJOS CON LOS CUADERNOS RUBIO**

Manuel Mejías era consciente de que la idea que bullía en su cerebro de abrir un negocio en su vivienda, en el número 4 de la calle Navarra, necesitaba, previamente, llevar a cabo una profunda reforma en ella para poder habilitar un espacio destinado a la venta cara al público y una especie de almacén para guardar las mercancías que habrían de venderse. Como ya se ha referido, la casa de una sola planta que el ex-trabajador de Gibraltar había adquirido en el Río Ancho, contaba con dos dormitorios —uno para el matrimonio y otro, más pequeño en la parte trasera, para Carlitos y su hermana—, además de una pequeña salita, una cocina, un patio interior y otro delante de la vivienda separado de la calle por un antepecho de mampostería calada con vanos compuestos de rasillas.

La obra que acometió Manuel Mejías en 1959, llevada a cabo por su hermano Antonio, que era un excelente albañil residente en La Línea de la Concepción, consistió en ampliar la vivienda hacia la calle ocupando el patio delantero que se transformó en dos nuevas habitaciones: una situada a la izquierda que se convirtió en el dormitorio del matrimonio y otra a la

derecha que se transformaría en el local donde iba a instalarse, en un futuro inmediato, el negocio. El antiguo dormitorio de Carlitos y de su hermana se transformó en cocina con una puerta que daba al patio. Este espacio a cielo abierto se conservó con la misma superficie, aunque se le adosó al muro del fondo una escalera que se utilizaba para ascender a una pequeña habitación edificada sobre la cocina que se usaría como trastero y, más tarde, como gallinero. En el hueco de escalera se localizaba el retrete, un habitáculo pequeño y estrecho en el que sólo cabía el inodoro, un lavabo con grifo incluido de reducidas dimensiones y un espejito rectangular sin marco. Por esos días la vivienda contaba ya con una instalación de tuberías de plomo que la abastecía de agua potable, quedando en el recuerdo los diarios desplazamientos de Juana da Silva y Carlitos hasta la fuente pública que había junto al bar “El Tropezón” para acarrear el agua potable con la que llenar la tinaja ubicada en la cocina.

Con esta obra, la vivienda de los Mejías-da Silva mejoró notablemente, no sólo ampliando sus dependencias, sino con una nueva distribución de los espacios. A partir de 1959, con el local habilitado en el lado derecho de la fachada, en el que se había abierto una puerta que daba a la calle, la idea de Manuel Mejías de dedicarse, como autónomo, a un negocio relacionado, en principio, con la venta de carne de ave y de huevos se hallaba en trance de poder ser acometida. Dos meses después, una vez instalado un mostrador con encimera de mármol, una alacena, un tocón de madera para cortar las aves en piezas más pequeñas, una balanza marca “Mobba” y una vitrina para exponer el tocino —fresco y viejo—, las costillas curadas y los huesos de jamón, se abrió, por fin, al público la tienda de la familia Mejías-de Silva.

Dos veces a la semana, Manuel Mejías subía al tren correo que partía de la estación de Algeciras a las ocho de la mañana, descendía del convoy en Cortes de la Frontera, Atajate, Jimera o Arriate, recorría los cortijos y granjas de esas poblaciones adquiriendo pollos, gallinas o pavos, tocino y chorizos como recovo y regresaba al anochecer en el mismo tren correo que arribaba a la estación algecireña entre las nueve y las nueve y media de la noche, siempre que algún suceso inesperado no retrasara su llegada una, dos o tres horas. Al oficio de recovo, ampliado luego a la de tendero de ultramarinos, estuvo Manuel Mejías dedicado hasta el día de su jubilación, que fue muy tardía, porque el ex-trabajador de Gibraltar no logró demostrar que había cotizado el tiempo suficiente para percibir una

pensión de la Seguridad Social al cumplir los sesenta y cinco años. Pero de esta actividad viajera y mercantil como recupero se contarán algunos lances curiosos en otro lugar de este libro, cuando Carlos Mejías da Silva, cumplidos los doce años, acompañe a su padre en algunos de estos viajes por los pueblos de la serranía o se desplace con su madre a la estación algecireña para ayudar a su progenitor a transportar las aves y demás mercancías traídas desde los pueblos del interior.

Pero al finalizar el verano del año 1959 la existencia de Carlos Mejías da Silva estaba cerca de experimentar una profunda y decisiva transformación. Su padre lo matriculó en el Colegio Salesiano San Ramón, prestigiosa institución religiosa en la que permanecería hasta el año 1967 y a la que retornaría en 1973 como maestro una vez que hubo acabado de estudiar la carrera de magisterio.

La Pía Sociedad de San Francisco de Sales o Salesianos de don Bosco había sido fundada por San Juan Bosco en el Oratorio de San Francisco de Sales de la ciudad italiana de Turín en el mes de diciembre de 1859. Su fundador, cuando recorría las calles y plazas de Turín veía a decenas de niños pobres deambular por ellas malnutridos, explotados laboralmente en las fábricas y sin asistir a la escuela. Entendió que debía implicarse en la vida de aquellos muchachos desfavorecidos por la fortuna y marginados por la sociedad y que tenía que dedicar su vida a intentar salvar a aquella juventud en trance de perderse, educarla y guiarla por el camino del ideal católico. Así nació el Oratorio de don Bosco en el que recogió a muchachos pobres y abandonados de la calle. Aunque en un principio las autoridades lo veían con prevención pensando que aquel activo sacerdote pretendía organizar una revolución en la ciudad, con el paso de los meses fue consiguiendo el apoyo de importantes personalidades y ciudadanos potentados que aportaron limosnas al generoso proyecto de don Bosco. Así nació una institución que a principios del siglo XXI estaría presente en ciento treinta y dos países, con oratorios, colegios y escuelas profesionales atendidas por más de diez mil sacerdotes.

Don Bosco se adelantó a su tiempo ideando el llamado “sistema preventivo” que expuso en 1877 como oposición y respuesta cristiana al “sistema represivo” (“la letra con sangre entra”) tan extendido en las instituciones educativas en su época. Consistía, como su nombre indica, en prevenir las faltas de los jóvenes y ponerles remedio antes de que fueran

cometidas. Sobre los principios de Razón, Religión y Amor, el objetivo de don Bosco era formar buenos cristianos y honestos ciudadanos.

Los Padres Salesianos se instalaron en Algeciras en el año 1934 después de un período de hostigamiento hacia las instituciones religiosas por parte del gobierno republicano azañista y ante la necesidad de poner de nuevo en funcionamiento las tres parroquias algecireñas de Nuestra Señora de la Palma, San Isidro y Nuestra Señora del Carmen. El apoyo financiero vino de parte de Pascual Cervera. Para la ubicación del colegio se barajó la posibilidad de comprar un inmueble situado en el Paseo de la Conferencia que no llegó a materializarse. En su lugar se decidió adquirir una antigua fábrica de calzado y secadero de pieles ubicada en el arranque de la Avenida Agustín Bálsamo (en el solar que luego ocupó la nueva iglesia parroquial de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Carmen) por la cantidad de 40.000 pesetas. En pocos días se llevaron a cabo las obras de adaptación del edificio para habilitar varias aulas y poder empezar las clases en el colegio que se denominó San Ramón.

Cuando en el mes de septiembre del año 1959 Carlos Mejías da Silva cruzó por primera vez el gran portalón que, desde la Avenida Agustín Balsamo, permitía el acceso al patio del colegio en el que se podía contemplar un campo de baloncesto mal señalado con dos canastas en las que un grupo de alumnos de más edad se afanaba en encestar un viejo balón, no era consciente de que, a partir de ese día, su vida futura iba a estar íntimamente ligada a la Congregación Salesiana y a sus centros educativos de San Ramón y María Auxiliadora.

El Colegio San Ramón estaba constituido por un edificio de dos plantas y dos secciones que se adosaban en ángulo obtuso. Estaba situado en el flanco oeste del patio. Por delante de la planta baja discurría una amplia galería cubierta aterrazada sostenida por esbeltas columnillas de hierro colado. A esta terraza, con balaustrada de rejería que daba al patio, que permitía el acceso a las diversas dependencias del piso alto, se ascendía por una ancha escalera que se hallaba en la parte norte, junto a una habitación que ejercía la función de sala de reuniones y de sede de la Asociación de Antiguo Alumnos.

En la planta superior se localizaban tres aulas y el salón de actos en el que se celebraban representaciones teatrales, se cantaba y se proyectaban películas para los alumnos. En la planta baja se hallaban situadas dos aulas, el despacho del director y la capilla.

En los entornos del colegio se encontraba el cine-teatro Florida — edificio construido entre 1944 y 1945 realizado con malos materiales y elementos decorativos de inspiración expresionista—, el cine de verano Delicias cuyas proyecciones se podían ver sin obstáculos desde la terraza del colegio, el edificio a medio terminar que iba para mercado de abastos (las obras empezaron en 1929 y se abandonaron en 1931) y que se usó como pescadería, el sótano, y como oficina del Consumo la planta baja con fachada hacia la plaza Joaquín Ibáñez. En el solar de ese edificio se construyó la Escuela de Maestría Industrial y, luego, el Instituto Ventura Morón. En la misma acera en la que se hallaba el colegio se localizaba el extenso chalet de la familia Bandrés y su fábrica de harinas que estuvo en funcionamiento hasta mediados de los años sesenta.

Carlitos Mejías recorría cada jornada cuatro veces el trayecto existente entre la calle Navarra y el Colegio Salesiano, en total unos cinco kilómetros y medio, atravesando el río de la Miel por las peligrosas pasaderas —sobre todo cuando las grandes riadas invernales las arrastraban o cubrían de agua— situadas entre la calle Asturias y el paso a nivel de la calle Velázquez, y caminando por la Avenida Agustín Bálamo.

Al empezar el curso 1959-1960 el equipo directivo del Colegio Salesiano San Ramón de Algeciras estaba formado por el director, don José María Rodríguez, que a su vez era párroco de la iglesia de la Palma; el catequista, don Antonio Rodríguez Jiménez, don José Martí, un anciano sacerdote muy querido por los alumnos del colegio, y varios coadjutores, salesianos que sin haber recibido el orden sacerdotal, seguían las reglas de la Congregación dedicándose a servir a los jóvenes desde el estado laical con la misma devoción y constancia que sus hermanos sacerdotes. Don Evaristo, don Tomás, don Antonio Moreno “El Manco”, don Ernesto y don Ramón eran coadjutores. A don Antonio le faltaba el brazo izquierdo —decían que lo perdió en la pasada Guerra Civil—, pero con la mano que le quedaba sana era capaz de dibujar como un Leonardo redivivo dejando boquiabiertos a sus alumno cuando, con la tiza, trazaba sin titubear una figura humana o un animal rampante en la pizarra. Don Evaristo estaba a cargo de la Clase Segunda, en la que ingresó Carlitos en su primer año en la institución, pues ya traía adquiridos los conocimientos básicos de lectura, escritura y cálculo de las escuelas de don Julio y de la señorita Encarnita. En el curso siguiente, cuando el hijo de Manuel

Mejías pasó a la Clase Tercera de la Enseñanza Primaria, tuvo como profesor y tutor a don Tomás.

El aula en la que don Evaristo impartía las clases se hallaba situada en la planta alta del edificio. Era una sala amplia, bien iluminada, con grandes ventanas que daban a la terraza y al patio. Los pupitres, de madera sin barnizar ni pintar, con un tablero inclinado fijo, estaban diseñados para que se sentaran dos alumnos, aunque en aquella clase lo ocupaban tres. Presentaban un rebaje de media caña para poder colocar el lápiz, la goma de borrar y la pluma con la plumilla. En la parte derecha del tablero había, incrustado en la madera, un tintero de plomo. Carecían de respaldo. La Clase Segunda disponía de quince pupitres, lo que daba una “ratio” profesor/alumnos de cuarenta y cinco educandos. Cerca de la puerta de entrada al aula se hallaba una tarima de unos cuarenta centímetros de altura sobre la que se situaba la mesa del profesor y, detrás, una pizarra grande con un saliente en su parte inferior en el que se colocaban las tizas y los trapos para borrar lo escrito. Por encima de la pizarra se veía un crucifijo algo ajado, a un lado el retrato del Caudillo y, al otro, una imagen de San Juan Bosco. En la pared lateral, cerca de la tarima, colgaban dos mapas de España —que curiosamente incluían a Portugal—: uno con las provincias y las principales ciudades y otro físico con los ríos, los accidentes costeros y los sistemas montañosos.

Don Evaristo era de baja estatura, rechoncho y corto de piernas. Los alumnos —tan proclives a poner ingeniosos moteles a sus maestros— lo llamaban “El Chumbo”, porque siempre portaba una camisa blanca, una corbata oscura y una chaqueta gris que, cuando estaba desabrochada le daba el aspecto de un higo chumbo al que el vendedor había abierto con la navaja para extraer su sabroso contenido. Era un hombre serio y discreto, de voz aflautada y algo gruñón, que se mostraba siempre inflexible y distante con el alumnado para mantener la disciplina, aunque no estaba exento de amabilidad y cierta dulzura de trato hacia los muchachos que lo apreciaban y respetaban.

Aquel año, como Carlitos ya dominaba los rudimentos de la lectura, la escritura y el cálculo —como se ha dicho—, comenzó a estudiar en la Enciclopedia Álvarez, Segundo Grado, y a hacer prácticas de lectoescritura con la ayuda de las cartillas “Rayas” y de caligrafía y cálculo con los cuadernos Rubio. La Enciclopedia Álvarez, que utilizaba el mé-



La cartilla “Rayas” en la que el protagonista de este relato se inició en lecto-escritura y la portada de la Enciclopedia Álvarez, Segundo Grado, en la que estudió durante el Segundo Curso de Enseñanza Primaria en el Colegio Salesiano San Ramón.

todo de estudio que seguía el esquema de la Encyclopedie Française o la española Dalmau Carles, consistía en compendiar en un solo tomo todos los saberes estructurados en lecciones adaptadas al nivel de cada grupo de alumnos y reunidos en las siguientes disciplinas: Religión, Historia Sagrada, Aritmética, Geometría, Ciencias de la Naturaleza, Geografía, Historia, Formación Patriótica y Educación Social.

Este original y, por entonces, novedoso método de presentar los conocimientos estructurado en un solo tomo, fue ideado por Antonio Álvarez Pérez, maestro que impartía la enseñanza en la ciudad de Zamora. Su creador aspiraba a crear un libro en el que estuvieran ordenadas las materias de aprendizaje de una manera didáctica y clara, pero que, al mismo tiempo, se adaptara al Plan de Estudios vigente a principios de los años cincuenta, profundamente ideologizado por el Régimen. Antonio sabía que debía exponer los conocimientos fundamentales de las diversas disciplinas en sus libros, pero sin olvidar que tenían que ser, también, vehículo de propaganda y de proselitismo del Régimen de Franco y de sus fundamentos y de divulgación de los dogmas y de la moral católica si quería que el Ministerio

de Educación Nacional autorizara la edición de su enciclopedia. El Ministerio autorizó la edición de la Enciclopedia Álvarez a través de la editorial zamorana “Elma” y, posteriormente, de la Editorial Miñón de Valladolid. Todos los niños de España, entre 1954 y 1966 —se calcula que unos ocho millones— estudiaron y adquirieron los conocimientos necesarios gracias a aquellos voluminosos y pedagógicos tomos.

Como todos los regímenes totalitarios que han sido y serán, el intento de dirigir a la juventud en un sentido determinado por medio de la educación manipulada siempre ha resultado, y resultará, un fracaso. La muestra palpable la tenemos en el caso español: cuarenta años de intentos de ideologizar a las masas a través de los medios de comunicación pero, sobre todo, de la educación, no evitaron que la sociedad hallara el camino de la libertad y de la democracia haciendo vanos los esfuerzos del Régimen por implantar una determinada ideología desde la escuela.

Cada lección de la Enciclopedia iba acompañada de una serie de ejercicios que el alumno debía contestar para demostrar su nivel de aprendizaje y que el maestro corregía en grupo. La sesión de la mañana comenzaba con las lecciones de matemáticas (aritmética y geometría): nociones de números, órdenes de las unidades, numeración romana, la suma y la resta. Una vez explicada por el profesor la lección se procedía a realizar los ejercicios que aparecían al final de la misma. Cada día se dedicaba un cuarto de hora a recitar las tablas de sumar, restar o multiplicar. Después del recreo se consagraba el tiempo a Lengua Española, a hacer copiados y dictados. Las faltas o errores cometidos había que copiarlos diez veces cada uno para memorizar lo corregido. Antes de dar fin a la sesión de la mañana se procedía a leer un capítulo del libro “Lecturas Graduadas”, Libro Segundo, de la Editorial Luis Vives, S. A. con textos de Cervantes, del mejicano F. García Icazbalceta, de José Rubio y Ors, poesías de Antonio de Trueba en alabanza a la madre y de Conrado Blanco, entre otros autores, y textos de carácter moralista con la vida de los santos y los mártires de la Iglesia. A Carlitos le causó una gran impresión la lectura de uno de los capítulos titulado “El león de Androcles”, en el que se narraba la historia de un joven cristiano, Androcles, que los romanos arrojaron a la arena del circo para que un fiero león lo devorara. Pero para sorpresa del emperador y del público que asistía a tan bárbaro espectáculo, la fiera, en vez de comerse al pobre Androcles, se postró sumiso a sus pies. Era el león que, estando el joven cristiano en África, curó de una grave herida

extrayéndole una espina de su pata infectada. El león recordó a su benefactor y en vez de matarlo se puso a lamerle la mano. La gente enardecida pidió el perdón para Androcles que pudo salvar su vida y salir del circo en compañía del noble animal.

La sesión de la tarde la dedicaba don Evaristo a las ciencias naturales, la religión, la historia y la geografía y, dos veces por semana, al dibujo y a realizar trabajos manuales, disciplina en la que el esforzado maestro no era muy ducho, aunque ponía en ello mucha voluntad. En historia, buena parte de los temas trataban del enaltecimiento de la raza hispana, de los grandes héroes como Viriato, el Cid, los Reyes Católicos o el Duque de Alba, de los personajes más destacados de la Edad de Oro, de los conquistadores de América, así como del Alzamiento Nacional del 18 de Julio, de la figura y la obra del Generalísimo Franco y de la vida de José Antonio Primo de Rivera. Bien es cierto que don Evaristo procuraba pasar por alto las lecciones politizadas relativas al Régimen y centrarse en los personajes relevantes antes citados o en la vida de los santos. Es necesario decir que en toda su vida escolar en el Colegio Salesiano, Carlos Mejías da Silva nunca tuvo que cantar el Cara al Sol en el patio antes de entrar en clase como sucedía en otros colegios de carácter público. En su lugar, cada mañana, los alumnos asistían a los “Buenos Días” antes de entrar en clase, momento que se dedicaba a comentar un hecho relevante de la vida de don Bosco, de santo Domingo Savio o de algunos de los santos cuyos actos eran dignos de ser recordados y al rezo del Padre Nuestro, actividad que tenía una clara finalidad formativa y de exaltación religiosa.

Frecuentemente, Carlitos se abstraía, sobre todo en el transcurso de algunas de las lecturas más tediosas. El niño permanecía un rato con la mirada perdida, ensimismado en sus pensamientos, evidenciando que ya empezaba a manifestar una gran imaginación y capacidad de retrospectión, virtudes que tenían, como pernicioso contrapartida, aparecer como un alumno distraído que no se concentraba, lo que provocaba el enojo del bueno de don Evaristo.

—Carlitos —exclamaba el coadjutor golpeando con energía la palmeta que portaba sobre la mesa—. Deja ya de mirar las musarañas.

Y el hijo de Manuel Mejías volvía en sí y retornaba de nuevo al mundo de los vivos.

—¿Qué estaba yo diciendo, muchacho desobediente?

—No sé, señor maestro —contestaba azorado el niño—. Me había distraído.

—Eso ya lo sé —replicaba don Evaristo—. A partir de mañana te sentarás aquí, junto a mi mesa.

Y Carlitos, que por la letra inicial de su apellido le correspondía un asiento en la zona trasera de la bancada, se vio obligado a aposentarse en el primer banco, cerca de la mesa de don Evaristo.

Aquel curso de 1959 y 1960 transcurrió sin que sucedieran acontecimientos importantes en la vida escolar del alumno recién llegado a la institución educativa salesiana. No es que fuera lerdo ni que le faltara inteligencia, pero el paso por la Clase Segunda no fue muy brillante para el hijo de Manuel Mejías. A las dificultades de adaptación a un colegio muy diferente a las escuelas en las que había estado matriculado hasta ese año y a las exigencias de un sistema reglado y muy competitivo, habría que achacar el escaso relieve que alcanzó Carlitos ese año.

Sin embargo, destacaba en una disciplina a la que, a esa edad, se le daba poca importancia: el dibujo y, también, la caligrafía realizada con plumilla en los cuadernos para aprender a escribir con trazos goticistas y elegantes. El dibujo lo realizaban sobre folios gruesos en un cuaderno especial para dibujar usando como modelo las excelentes láminas de Emilio Freixás que le proporcionaba don Evaristo. Carlitos le sacaba un alto rendimiento a aquellas láminas de guerreros, peces, flores, paisajes o embarcaciones trazadas a lápiz o tinta china por el dibujante catalán. En caligrafía también destacaba, aunque no era raro el día que, por su carácter inquieto y falta de atención, dejara caer un borrón de tinta sobre el cuaderno lo que le valía la reprimenda del maestro y una mala nota por su evidente falta de pericia.

Hizo pronto amistad con un niño que se sentaba a su lado de apellido Ocaña y con otro que se llamaba Ángel Mesa. Con ellos y con una docena más de alumnos de su clase jugaba al fútbol en el patio en la media hora de recreo con una pelota de caucho que les proporcionaba don Antonio Rodríguez. Nunca destacó Carlitos en el deporte del balompié. Cuando veía a los mayores jugar a baloncesto supo que ésa era una modalidad deportiva que le atraía, aunque, por entonces, ni por su edad, ni por su altura, parecía ser el baloncesto un deporte al que se podría dedicar.

Los domingos asistían a la Santa Misa en la estrecha capilla del colegio en la que había, sobre el altar, un crucificado de mala factura, en el lado del Evangelio una imagen de Santo Domingo Savio menor que el natural y, en el de la Epístola, otra de San Juan Bosco de similar tamaño. A Carlitos le llamaba la atención el rostro triste y delicado del joven santo italiano del que decía don Evaristo que prefirió morir antes que pecar. Por la tarde se asistía a la bendición del Santísimo y, a continuación, a la proyección de una película dividida en dos sesiones, pues había que cambiar el carrete a mitad de la proyección. Carlitos y sus compañeros disfrutaban enormemente con las desdichas grotescas y tragicómicas del Gordo y el Flaco, que eran asiduos protagonistas de las sesiones de los domingos en el colegio San Ramón. “Laurel y Hardy en el oeste”, “Estudiantes en Oxford”, “Ojo por ojo”, “La pelea del siglo” y “Robinsones Atómicos” fueron algunas de las películas que deleitaron a la chiquillería en aquellos años.

Un mes antes de finalizar el curso, a mediados de mayo, Carlitos, Ocaña, Mesa y otros dos compañeros de su clase se dirigieron a la Asociación de Antiguos Alumnos que, como se ha dicho, se hallaba situada en el fondo del patio junto a la escalera de acceso al piso superior del edificio escolar. En el interior de lo que parecía una pequeña sala de reuniones, presidida por una mesa colocada sobre una tarima de unos dos metros cuadrados de superficie, detrás de la cual había colgado un gran retrato de don Bosco, se hallaban charlando tres antiguos alumnos salesianos, probablemente miembros de la junta directiva de la asociación. Al ver a los niños asomados a la puerta de la sala, uno de ellos los invitó a entrar. Otro, que parecía de más edad, dijo, señalando la imagen de don Bosco:

—Chavales, ¿sabéis quién es ese señor?

Carlitos respondió sin vacilar:

—San Juan Bosco.

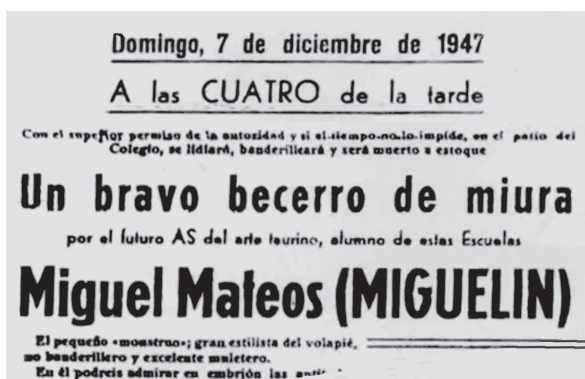
—Y, ¿por qué está su foto colgada de esa pared y en cada una de las aulas del colegio?

Los niños perecieron dudar.

—¿No sabéis que fue el fundador de la Congregación Salesiana al que debéis que hoy os estéis educando en un colegio como éste?

—Algo nos ha dicho don Evaristo —contestó Ocaña.

—Y ése. ¿Sabéis quién es? —apostilló otro de los antiguos alumnos señalando una fotografía de menor tamaño colgada de una de las pare-



Cartel de la becerrada que toreó “Miguelín” en el patio del Colegio Salesiano San Ramón el 7 de diciembre de 1947.

—Ese niño que sale a hombros de sus compañeros de clase es el matador de toros Miguel Mateos “Miguelín” que estuvo, como vosotros, matriculado en este colegio —relató el antiguo alumno—. La fotografía está hecha el domingo 7 de diciembre del año 1947, como aparece al pie de la misma. Ese día se celebró en este patio un festival taurino auspiciado por el salesiano don José María Márquez, entusiasta de la fiesta nacional. “Miguelín” toreó aquella tarde un becerro de la ganadería de Miura. Ahora es un famoso matador que recorre las plazas de toros de España y de América.

Los niños guardaron silencio, pues, aunque habían oído a sus padres mencionar a aquel torero tan famoso que decían que era de Algeciras, poco era lo que conocían de él. Sin embargo, desde ese día, cuando salían al patio a la hora del recreo, podían imaginar la terraza superior atestada de gente y el improvisado redondel compuesto con bancas de las aulas, mesas y tablonés; y el griterío y los aplausos de los jóvenes espectadores para jalear y premiar la faena del niño torero.

En el mes de septiembre del año 1960, Carlos Mejías da Silva, habiendo aprobado sin brillantez el curso del que era responsable don Evaristo, Segunda Clase de la Enseñanza Primaria, promocionó a la Clase 3ª en la que impartía enseñanza otro de los coadjutores del Colegio San Ramón: don Tomás. Este salesiano, de rostro severo, parco en palabras y más seco y distante con sus alumnos que el bueno de don Evaristo, tenía a su favor el estar dotado de una gran constancia y de una innata habilidad para mantener la disciplina del alumnado empleando, si llegaba el caso, algún método coercitivo. No era infrecuente que utilizara la regla, como hacía la mayoría de los maestros de entonces, para corregir una mala conducta.

des laterales en la que se veía el patio del colegio repleto de alumnos que sacaban a hombros a un muchacho de unos nueve o diez años de edad.

—No —respondieron al unísono los niños fijando la mirada en la instantánea que les parecía familiar por el lugar en que estaba realizada.



Don Antonio Rodríguez coloca una banda al alumno Luis María Unciti Esparza en el Colegio Salesiano San Ramón en el año 1959. En primer plano, a la derecha de la imagen, el anciano sacerdote don José Martí.

En la Clase Tercera los alumnos trabajaban con la Enciclopedia Álvarez, Tercer Grado, que, en esencia, era similar a la usada en el curso anterior, aunque con un mayor grado de exigencia en los contenidos y más diversidad temática. Lo que no cambiaba era el programa de adoctrinamiento político a través de los temas dedicados a las figuras del Caudillo y del fundador de la Falange, al conocimiento del ideario del Régimen y al enaltecimiento de los grandes héroes nacionales del pasado.

El libro de lectura obligado era “Lecturas” Libro Tercero de la Editorial Luis Vives cuyos capítulos, como los del curso precedente, hacían hincapié en la formación de la personalidad del niño desde una perspectiva moralista cristiana y en el desarrollo de sus cualidades humanas y de los valores religiosos. Algunas de las lecturas contenidas en el libro despertaron el interés de Carlitos, muy especialmente las fábulas de Samaniego y el poema sobre la brevedad de la vida de Jorge Manrique cuyo significado no comprendía, pero que don Tomás se esforzaba por aclarar con sus explicaciones para que los alumnos extrajeran las enseñanzas morales que encerraban. Carlitos memorizó, no sin esfuerzo, uno de aquellos breves poemas y, al llegar a casa, lo declamó, muy ufano, delante de sus padres:

—Recuerde el alma dormida —recitaba con entusiasmo—, avive

el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando...

Al finalizar la fugaz declamación Manuel Mejías acariciaba la cabeza de su hijo con orgullo y decía:

—Muy bien Carlitos. Ya sabes recitar poesías.

Al terminar el curso 1960-1961, el hijo de Manuel Mejías, superado el año de adaptación del nuevo colegio, había adquirido los conocimientos necesarios para promocionar a la Clase Cuarta, aunque aún se hallaba situado en la zona media de la bancada —a partir de ese año los alumnos se sentaban en los pupitres según la nota media sacada en los exámenes—, aprobando el curso con una nota de seis, lo que no era para echar las campanas al vuelo. Sin embargo, su padre, siempre comprensivo, lo animó diciéndole que ya mejoraría en el año siguiente.

En el mes de septiembre de 1961 aconteció un relevante hecho que tendría una enorme influencia en el devenir de Carlos Mejías da Silva, que hacía menos de cuatro meses que había cumplido los once años: el traslado a un nuevo colegio situado entre las calles que luego se nombraron San Juan Bosco, María Auxiliadora y Santo Domingo Savio, en terrenos de una antigua huerta que pertenecía a una señora conocida por “La Pingana”.

El Colegio Salesiano San Ramón, con sus cinco aulas, carente de un salón de actos y una capilla suficientemente amplias y sin otros servicios básicos necesarios, había quedado pequeño y obsoleto para poder responder a las crecientes peticiones de matriculación recibidas en los años anteriores. Por ese motivo la Congregación venía barajando desde hacía un lustro la posibilidad de construir un nuevo centro educativo en la ciudad con mayor capacidad, más superficie de espacios al aire libre para el recreo y la práctica de deportes y dotado de las dependencias e instalaciones exigidas por un centro educativo moderno: laboratorio, capilla, cine-teatro, campos de deportes, cocina y comedor para los miembros de la congregación y el alumnado mediopensionista, pabellón o “claustro” para residencia de los sacerdotes y local para la Asociación de Antiguos Alumnos.

El día 1 de septiembre de 1961 Carlos Mejías da Silva, con otros treinta compañeros del curso anterior, ingresó en el nuevo Colegio Salesiano María Auxiliadora siendo adscrito a la Clase Cuarta cuyo responsable era un maestro llamado don Manuel.

## IX

### **EL COLEGIO SALESIANO MARÍA AUXILIADORA: CURSO 1961-1962. MONAGUILLO, MIEMBRO DE LA RONDALLA Y PARTICIPACIÓN COMO EXTRA EN LA PELÍCULA “EL PRECIO DE LA MUERTE”**

El nuevo colegio de los Padres Salesianos de Algeciras en nada se parecía al caduco inmueble, antigua instalación para curtir y secar pieles, de la Avenida Agustín Bálamo que unos años más tarde sería demolido para erigir en su solar la nueva parroquia de Nuestra Señora del Carmen. Este templo sustituiría en sus funciones parroquiales a la Capilla de San Antón, que fue iglesia del Hospital de la Caridad de la ciudad y, también, parroquia.

El Colegio Salesiano María Auxiliadora, que ocupaba una extensión de casi siete mil quinientos metros cuadrados incluyendo los patios, campos de deportes y un trozo de huerta con varios nogales americanos que se conservó al sur de la edificación, constaba de cuatro unidades o módulos conectados entre sí: al nordeste, lindando con las calles San Juan Bosco y María Auxiliadora, se localizaba la iglesia, de una sola nave con el testero orientado hacia el sur, respetable altura, presbiterio de planta circular cubierto con tejado cónico, puerta de ingreso hacia el norte con porche sostenido por pilares y columnas y torre-campanario a los pies, en el lado del

Evangelio. La luz le entraba a través de ocho grandes ventanales rectangulares, cuatro en la fachada este y cuatro en la que daba al oeste. El coro se hallaba situado a los pies del templo, accediéndose a él por una escalera de varios tramos ubicada en el lado del Evangelio. La sacristía, un espacio con forma de corona circular, estaba adosada a la parte trasera del presbiterio.

Esta iglesia, quizás por su desmesurada altura o por defectos ocultos de construcción, sufría cada invierno filtraciones y goteras, lo que provocó que, años más tarde, se demoliera y en su lugar se erigiera otro templo más amplio con materiales de mejor calidad, de tres naves orientadas en sentido este-oeste.

En ángulo recto con la iglesia se hallaba el pabellón de dos alturas donde estaba ubicado el despacho del director, una salita de reuniones con un *hall* y, en la planta superior, las habitaciones de los sacerdotes y coadjutores, zona conocida como “el claustro”.

En dirección sur, unido al pabellón residencial, se localizaba una serie de dependencias de uso comunitario como la cocina, el comedor de la comunidad y el de los alumnos mediopensionistas, la sede de la Asociación de Antiguos Alumnos y el salón de actos o cine-teatro que presentaba el suelo inclinado para favorecer la visión de los espectadores y disponía de un amplio anfiteatro o “gallinero”. Tenía la capacidad de acoger a más de cuatrocientas personas y un escenario dotado de bambalinas, diabras, varios telones y sótano con cubículo y concha para el apuntador. La cámara de proyección del cine, de 35 mm, a diferencia de la existente en el colegio viejo, era moderna y de gran calidad, equiparable a las que poseían las mejores salas de la ciudad.

Más al sur, a continuación de esta zona del complejo edificio, se hallaban los dos módulos de planta rectangular y dos alturas que se dedicaban a las labores docentes, con once aulas amplias y bien iluminadas, además de una sala destinada a laboratorio de física y química. Entre estos dos módulos de habilitaba un patio rectangular en el que formaban en fila los alumnos antes de entrar en clase.

Éste era el nuevo colegio en el que Carlos Mejías da Silva, que hacía cuatro meses que había cumplido los once años, cursaría sus estudios hasta que en el año 1967, con otros compañeros que habían logrado superar el examen de Reválida del Bachillerato Elemental, tuvo que trasladar la matrícula al Instituto Nacional de Enseñanza Media situado cerca de la



Dibujo del nuevo Colegio Salesiano María Auxiliadora realizado en el año 1961 para decorar la orla o fotografía colectiva de los diferentes grupos del Centro en el curso 1961-1962.

plaza de toros “La Perseverancia”. En ese centro educativo de titularidad pública y estatal estuvo el hijo de Manuel y de Juana hasta que en 1969 aprobó el examen de Reválida del Bachillerato Superior y marchó a la vecina ciudad de Ceuta para cursar la carrera de Magisterio.

Entre los años 1961 y 1963, el equipo docente del Colegio Salesiano María Auxiliadora estuvo formado por don Ricardo Barrueco Casado, que ejercía el cargo de director del centro. Don Ricardo era un hombre afable, dedicado con entusiasmo a la ardua tarea que la Congregación le había confiado —como era poner en marcha un nuevo colegio en la ciudad— a pesar de su delicado estado de salud, pues padecía una grave enfermedad del corazón que se evidenciaba en su delgadez y la extremada lividez de su rostro. La función de consejero, cuya misión era “aconsejar” a los alumnos, eufemismo para ocultar que su verdadero cometido era mantener la disciplina en el centro y el orden en las aulas, la ejercía don José Domínguez, hombre de rostro severo con marcadas facciones —no se le conocía una expresión risueña o amable—, intransigente y temido por los alumnos por hacer uso del castigo físico de manera aleatoria e indiscriminada con violencia y una crueldad impropia de un sacerdote y un educador. Es probable que faltara a las clases del seminario cuando se estaban impartiendo los fundamentos del sistema preventivo ideado por San Juan Bosco.

El oficio amable de catequista que, como su propio nombre indica, debía atender y ocuparse de la vida religiosa de los alumnos y guiarlos

por el camino de las buenas costumbres y la moral cristiana, al mismo tiempo que atendía la obligada labor de catequesis, estaba a cargo de don Antonio Rodríguez Jiménez que había ocupado cargos en el viejo colegio San Ramón. Este buen sacerdote amaba a los muchachos, los atendía con amabilidad y dedicación siguiendo fielmente las normas emanadas del sistema educativo donbosquiano. Se podría decir que el catequista hacía el papel de policía bueno y el consejero de policía malo.

No se puede dejar de mencionar al bondadoso sacerdote don José Martí. Este salesiano, por su avanzada edad no ejercía ningún cargo de responsabilidad en el colegio. Celebraba misa todas las mañanas a las ocho con gran dificultad a causa de los problemas de movilidad que padecía y atendía, horas más tarde, a los alumnos en el confesionario. Era el más demandado por la chiquillería a la hora de confesarse, quizás porque no tenía contacto directo con los alumnos y porque, cuando imponía una penitencia, era siempre leve y poco fastidiosa.

Además de los sacerdotes salesianos, para el desarrollo de la labor docente contaba la Congregación con los ya mencionados coadjutores — don Ramón, don Evaristo y don Antonio Moreno “El Manco”— y con los maestros nacionales adscritos al Colegio, don Pedro Liñana, encargado de la Clase 3ª, y don Manuel, profesor responsable de la Clase 4ª en la que estaba encuadrado Carlos Mejías da Silva.

El aula de Carlitos estaba situada en el pabellón derecho de los dos que, como se ha dicho, constituían el módulo docente, en la planta baja. Se le asignó una de las mesas individuales ubicada en la fila cercana a las ventanas que daban al patio, teniendo como compañeros más próximos a Ángel Mesa Gil, Juan Yáñez, Domingo Trujillo, Francisco Guerrero, Paco Zarrias y Juan Guillén. El que sería uno de los amigos que perdurarían durante muchos años, su vecino Manolo Lara Delgado, ingresaría en el Colegio Salesiano en el mes de septiembre de 1962 para incorporarse a la Clase 4ª. Hasta ese mes, Manuel Lara estudió en la escuela unitaria privada de la señorita Isabelina, ubicada en la calle Los Arcos, en una de las casas que daban al “cerro” —citado cuando Carlitos y sus amigos del Río Ancho iban a recoger chapas de cerveza y cajetillas de cerillas abandonadas— y a la que se accedía por uno de los callejones con tramos escalonados que comunicaban el campo y la escuela con la mencionada calle Los Arcos.

Don Manuel era un docente de trato sosegado al que, sin dudarlo, Quevedo lo hubiera llamaría “maestro cerbatana” por ser alto y delgado. Tenía la cara estrecha y el cabello muy corto. Sin embargo no compaginaba bien su aspecto de ábate apacible y juicioso con su temperamento enérgico y sus métodos para enseñar —de los que más adelante se tratará— de cierta violencia, aunque de una eficacia indudable de la que da fe el que, pasados cincuenta años, Carlitos y algunos de sus compañeros de clase aún fueran capaces de recordar y recitar sin equivocarse la relación de ríos cantábricos o gallegos o los principales accidentes de la costa mediterránea.

En los primeros meses de aquel curso 1961-1962 Carlos Mejías seguía con los mismos problemas de atención que venía padeciendo desde que ingresó en el Colegio Salesiano San Ramón hacía dos años y que lo mantenían relegado al grupo de alumnos que ocupaban la zona media de la bancada, es decir, aquellos que no eran torpes ni malos estudiantes, pero que por alguna razón no lograban encuadrarse en el pelotón de los mejores. El niño de Manuel y de Juana se hallaba frecuentemente abstraído e inquieto; como decía el bueno de don Evaristo: “Siempre pensando en las musarañas”.

Ese defecto, creía don Manuel, que podría ser el causante del escaso rendimiento intelectual del niño que, por otra parte, parecía un muchacho despierto, tenaz y bien dotado para el estudio. Y así se lo comentó a Manuel Mejías en una de las sesiones de tutoría que el maestro mantenía cada cierto tiempo con los padres de sus alumnos.

—Señor Mejías: su hijo parece estar ausente en clase —le dijo cuando el padre de Carlitos se hubo sentado en la silla que tenía preparada el maestro cerca de su mesa—; se muestra muy nervioso, sobre todo en la sesión de la mañana, e incapaz de concentrarse. Pienso que es ésa la causa de su escaso rendimiento y de su dificultad para asimilar los conocimientos que imparto.

—Puede que tenga razón, don Manuel, pero en casa es un chico normal. Atiende a los requerimientos de su madre y no pone trabas cuando tiene que hacer los deberes del colegio.

El profesor permaneció unos segundos en silencio, pensativo.

—¿Qué desayuna Carlitos, don Manuel? —preguntó al cabo de ese tiempo en tanto que su rostro se iluminaba como si hubiera hallado la solución a un problema complicado.

—Su madre le da, antes de partir para el colegio, un tazón de café negro y una rebanada de pan blanco untado con manteca “colorá”.

—Creo que es ésa la causa del estado de nervios y de la falta de concentración de su hijo —manifestó el profesor al tiempo que se dibujaba una expresión de suficiencia en su rostro—. Dígale a su señora que, desde mañana, le cambie el tazón de café por una ración de leche caliente o de chocolate.

Fue aquel consejo de don Manuel mano de santo. Juana da Silva, a partir de ese día, le servía a Carlitos, para desayunar, una taza de leche con cola-caao diluido. No pasaron muchos días sin que se observaran importante cambios en la actitud del niño: dejó de “pensar en las musarañas”, se concentraba sin dificultad en las labores que realizaba y permanecía largos ratos enfrascado en el estudio de tal manera que, al paso de unos tres meses, las notas mejoraron y el muchacho entró a formar parte, por méritos propios, en el selecto grupo de los mejores de la clase.

En la Clase 4<sup>a</sup> se cambió la editorial del texto que se venía utilizando para impartir los conocimientos. Hasta ese año se habían elegido los tomos, correspondientes a cada nivel, de la Editorial Álvarez como se ha referido con antelación. Pero en la clase que regentaba don Manuel el texto impuesto, que seguía el mismo esquema compositivo de carácter enciclopédico que los famosos libros de Álvarez, fue la Enciclopedia Estudio o “Libro Azul”, de la Editorial Dalmáu Carles Pla, S. A. edición del año 1958. A diferencia de los textos de Álvarez que, por aquellos años, sólo se imprimían en blanco y negro con escuetos dibujos a plumilla, el “Libro Azul” de Dalmáu incluía un atlas con trece mapas a todo color, aunque seguía dando un amplio tratamiento en sus páginas al Glorioso Movimiento Nacional y a las biografías del Generalísimo Franco y de los héroes de la Falange Española, como no podía ser de otra manera.

Iniciado el mes de octubre, don José Domínguez les comunicó que todos los días, de doce a doce y media de la mañana, les iba a preparar para ser buenos monaguillos y que pudieran ayudar a los sacerdotes de la Casa en la celebración de la Santa Misa, la exposición y bendición del Santísimo Sacramento, las novenas y triduos y, cuando fuera necesario, acompañar al párroco de San Isidro en los entierros.

La primera lección consistió en dividir la clase en grupos de cinco alumnos a los que don José entregó un ejemplar de un librito titulado “An-

geles del Altar. Guía de acólitos para el servicio del Señor”, escrito por un tal Gregorio Martínez Antoñana, en el que se exponía, con textos muy minuciosos iluminados con dibujos a plumilla, cuanto un monaguillo debía conocer para ejercer la función de acólito y poder ayudar al sacerdote en los rituales de la liturgia sagrada.

—Habéis de saber —proclamó el consejero elevando el librito sobre su cabeza— que los monaguillos son llamados, también, Ángeles del Altar porque asisten al sacerdote en el altar del mismo modo que los Ángeles asisten en el cielo a Cristo delante del trono de Dios.

En los días sucesivos el sacerdote les enseñó a reconocer y nombrar las diferentes partes de una iglesia: la nave principal y las del Evangelio y la Epístola, el presbiterio y el altar, el atrio, el coro y la sacristía. Otro día los tipos de misa que existían y las partes en que se dividía la sagrada ceremonia, así como el significado de cada una de ellas. Carlitos y sus compañeros debían retener lo expuesto por don José con la ayuda del libro de don Gregorio Martínez. Al día siguiente el sacerdote interpelaba a los aspirantes a monaguillos para comprobar si habían memorizado la lección.

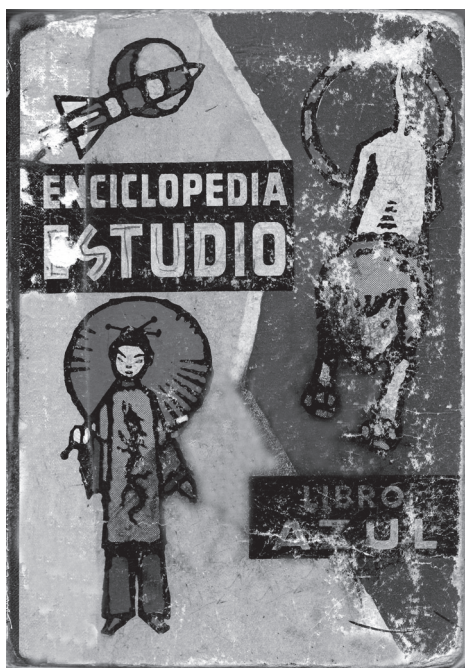
—Carlitos: ¿Cuáles son los ornamentos sagrados?

El niño miraba al techo e intentaba recordar lo que había aprendido.

—Los principales ornamentos sagrados son: el alba, la casulla, la dalmática, el manípulo, el amito, el cíngulo y la estola.

—Muy bien. Y ahora tú, Yáñez. Dime los nombres de los diferentes vasos litúrgicos.

Juanito Yáñez, dudaba. Su semblante palideció porque sabía cuál era la consecuencia de no acertar con la respuesta.



Ejemplar del Libro Azul que utilizó el protagonista de este relato en la Clase Cuarta durante el curso 1961-1962.

—Pues... —el pobre niño titubeó antes de comenzar a hablar— el cáliz..., el copón..., la...

—La... patena —añadió el cura— ¿Y...?

—No me acuerdo don José.

El consejero se acercó a Juanito Yáñez que, temblando, esperaba la violenta reacción del sacerdote.

—Las vinajeras, la campanilla, la bandeja de la comunión, el acetre, el hisopo, la custodia...

Y cada palabra la acompañaba de un fortísimo “coscorrón” o golpe seco dado con los nudillos en la cabeza del infeliz muchacho.

Transcurridos quince días el consejero dio por finalizada la primera parte de la preparación de los futuros monaguillos que, bajo la constante amenaza de recibir los golpes del impulsivo profesor, lograron aprender lo fundamental de los conocimientos necesarios para ser acólito. Para la segunda parte del acelerado curso de monaguillo se eligieron treinta y tres alumnos. Los restantes, por no haber asimilado las lecciones o por otras causas —se comentaba entre la chiquillería que los más “gamberros” eran rechazados por el consejero—, quedaban excluidos de la carrera por acceder al puesto de monaguillo, distinción que llevaba aparejada algunos pequeños privilegios, como beber del excelente vino de la misa a escondidas del oficiante y del sacristán o comer los restos del pan de ángel (las obleas de las que se confeccionaban las hostias) que los monaguillos iban a recoger al colegio de las Adoratrices que eran las que las elaboraban.

La segunda parte del aprendizaje para ejercer de monaguillo no se impartió en el aula, sino en la iglesia. Los veinte alumnos seleccionados ocupaban los primeros bancos del templo y el sacerdote-profesor se colocaba, de pie, delante de las gradas del presbiterio.

Siguiendo la lecciones contenidas en el libro del padre Gregorio Martínez Antoñanza, una vez asimilados los temas relativos a las partes del templo, a los ornamentos del sacerdote, a los objetos litúrgicos y a las posturas respetuosas que el buen monaguillo debía adoptar delante del altar, don José Domínguez les instruyó en las respuestas que el acólito debía dar a las palabras del sacerdote durante la celebración de la Santa Misa conocidas como preces.

Eran los años previos a las decisivas reuniones del Concilio Vaticano II y la Iglesia aún no había acometido las profundas reformas que



PP. Salesianos

# COLEGIO

de

# MARÍA AUXILIADORA



Algeciras  
(Cádiz)  
1961-62



*Clase 4.º*

Orla con las fotografías de los alumnos y profesores que formaron parte de la Clase Cuarta durante el curso académico 1961-1962.

iban a adaptar la liturgia a una nueva realidad, como decir la misa en las lenguas vernáculas —innovación que propusieron varios siglos antes Juan Hus y Martín Lutero— o celebrar los oficios religiosos de cara a los fieles y no de espaldas a ellos. El idioma de la liturgia eclesiástica era el latín. Y en esa lengua muerta tenían los aspirantes a monaguillos que aprender las respuestas a las frases pronunciadas por el oficiante.

—El latín, muchachos —les dijo el consejero— es el idioma de la Iglesia. Hace muchos años, en tiempo de los romanos, se hablaba en toda Europa, pero ahora sólo se utiliza en el seno de la Santa Madre Iglesia. En esa lengua, en la que hablaban y escribían los primeros cristianos —les aseguró el sacerdote—, es en la que vais a tener que recitar los textos de la Santa Misa.

En el mes que siguió, Carlos Mejías, Juan Yáñez, Ángel Mesa, Juan Guillén, José Carlos Unciti y los restantes alumnos seleccionados para

continuar realizando el cursillo de acólito, se empeñaron en la difícil tarea de memorizar las enrevesadas frases en latín que debían decir en respuesta a las palabras del sacerdote en el trascurso de la celebración de la Santa Misa. Mecánicamente respondían en una lengua y con unas frases de las que desconocían su significado e, incluso, la grafía de las mismas, pues el librito del padre claretiano Martínez Antoñana las reproducía tal y como se pronunciaban en castellano: *iusticia* en vez de *justitia*, *Maríe* en vez de *Mariae*, *cuomodo* en vez de *quomodo*.

A principios del mes de enero, después de la vuelta de las vacaciones de Navidad, Carlitos Mejías y Juan Yáñez, ayudaron a misa de ocho de la mañana oficiada por el anciano don José Martí. A las lógicas dificultades que encontraban los dos novicios latinistas para comprender las palabras pronunciadas por el sacerdote, se unía la debilidad y torpeza de don José que, a sus años, más parecía susurrar que articular con sentido las frases de la misa.

—*In nómine Patris, et Filii et Spiritus Sancti. Amen. Introibo ad altare Dei...* —exclamaba el bueno de don José con un hilo de voz después de que hubieran abandonado la sacristía y los monaguillos se hallaran arrodillados a ambos lados del sacerdote que daba la espalda a los escasos fieles que asistían, a esa hora tan temprana, a misa. Carlitos y Juan, con las manos unidas delante del pecho, respondieron al mismo tiempo:

—*Ad Deum qui letificat juventutem meam...*

A Carlitos se le resistía el Padre Nuestro. Siempre que ayudaba a misa, temía el momento en que debía responder al sacerdote diciendo: *Pater Noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra...* Pero en todas las ocasiones conseguía terminar la oración y salir airoso del trance.

Cuando logró aprender la misa completa se presentó muy ufano ante sus padres a la hora de cenar y les dijo:

—Papá y mamá: ya sé hablar en latín.

Y les recitaba de corrido el Padre Nuestro y, a continuación, el *Sanc-tus* y, después, el Credo.

Manuel Mejías no sabía si sonreír ante la evidente exageración de su hijo o asentir con afectación reconociendo los rudimentarios conocimientos de Carlitos en la lengua de Cicerón.

—Enhorabuena, Carlitos —acabó por decir.

Aun no había finalizado el período de aprendizaje de aquellos que esperaban llegar a ser buenos acólitos, cuando don José Domínguez se implicó en un nuevo proyecto con los alumnos de la Clase 4ª. (Fue una verdadera pena que un sacerdote con tantas iniciativas tuviera un final tan desastroso, transcurrido un año, en el Colegio Salesiano María Auxiliadora de Algeciras).

Un día condujo a los alumnos de aquella clase y algunos otros procedentes de la Clase 3ª al teatro. En aquella sala inmensa, que se dedicaba, además de a proyectar películas los domingos por la tarde, a reunir a los muchachos de varios niveles educativos para cantar, asistir a charlas o recibir informaciones de carácter general que incumbían a toda o a gran parte de la comunidad de estudiantes, se congregaron expectantes los alumnos de don Manuel. El sacerdote hizo una prueba de voz, en presencia de un profesor de música, Antonio Aznar, para elegir a los que la tenían más atemperada y desafinaban menos al cantar (pasadas varias décadas a este tipo de pruebas se las denominaría con el término inglés *casting*).

De aquella prueba se derivó que veinte alumnos fueran elegidos para constituir un coro que, una vez preparado, debería intervenir en los actos religiosos del Centro y que, meses más tarde, participaría en el rodaje de una película como “Coro María Auxiliadora”.

Un día a la semana este grupo de muchachos se reunía en el aula que se localizaba en la planta superior del módulo docente situado al este de los dos que conformaban la zona escolar. Allí les esperaba el citado profesor colaborador para iniciarlos en el solfeo y practicar con instrumentos musicales con el fin de formar una estudiantina o rondalla. A los alumnos que mostraron cierta destreza en el manejo de instrumentos de cuerda, se les dotó de guitarras, laúdes y bandurrias: cuatro guitarras, seis laúdes y doce bandurrias. Al resto se le asignaron panderetas, castañuelas y un triángulo. De esta manera quedó constituida la Rondalla del Colegio Salesiano María Auxiliadora.

A Carlos Mejías, que no demostró suficiente habilidad en el manejo de ninguno de los instrumentos de cuerda, se le dio un triángulo que, a decir de Antonio Aznar, “era tan importante su función como la de la guitarra o la bandurria, pues la rondalla estaría coja y tuerta sin la participación de los instrumentos de percusión”. Aunque al niño no le convenció la piadosa explicación del profesor, ya que hubiera preferido tocar la gui-

tarra o el laúd, aceptó con resignación la labor que se le asignó dentro de la naciente estudiantina y se aplicó con entusiasmo al aprendizaje de tan original y estridente instrumento.

Cada miembro de la rondalla iba ataviado con un vistoso traje consistente en un pantalón bombacho de satén de color negro, una blusa del mismo color con gola o solapa blanca con pliegues, capa también negra con cintas de colores y escarapela y, cubriéndoles las piernas, medias blancas ajustadas.

El coro fue requerido en el mes de mayo de 1961 por una productora americana para que participara como extra en una película que se iba a rodar en España, en la Costa del Sol y el Campo de Gibraltar. Carlitos, como los demás niños del grupo coral, recibió la noticia con enorme expectación: ¡Vamos a actuar en una película americana, papá! —proclamó entusiasmado cuando, después de conocer la buena nueva, llegó a su casa en el número 4 de la calle Navarra.

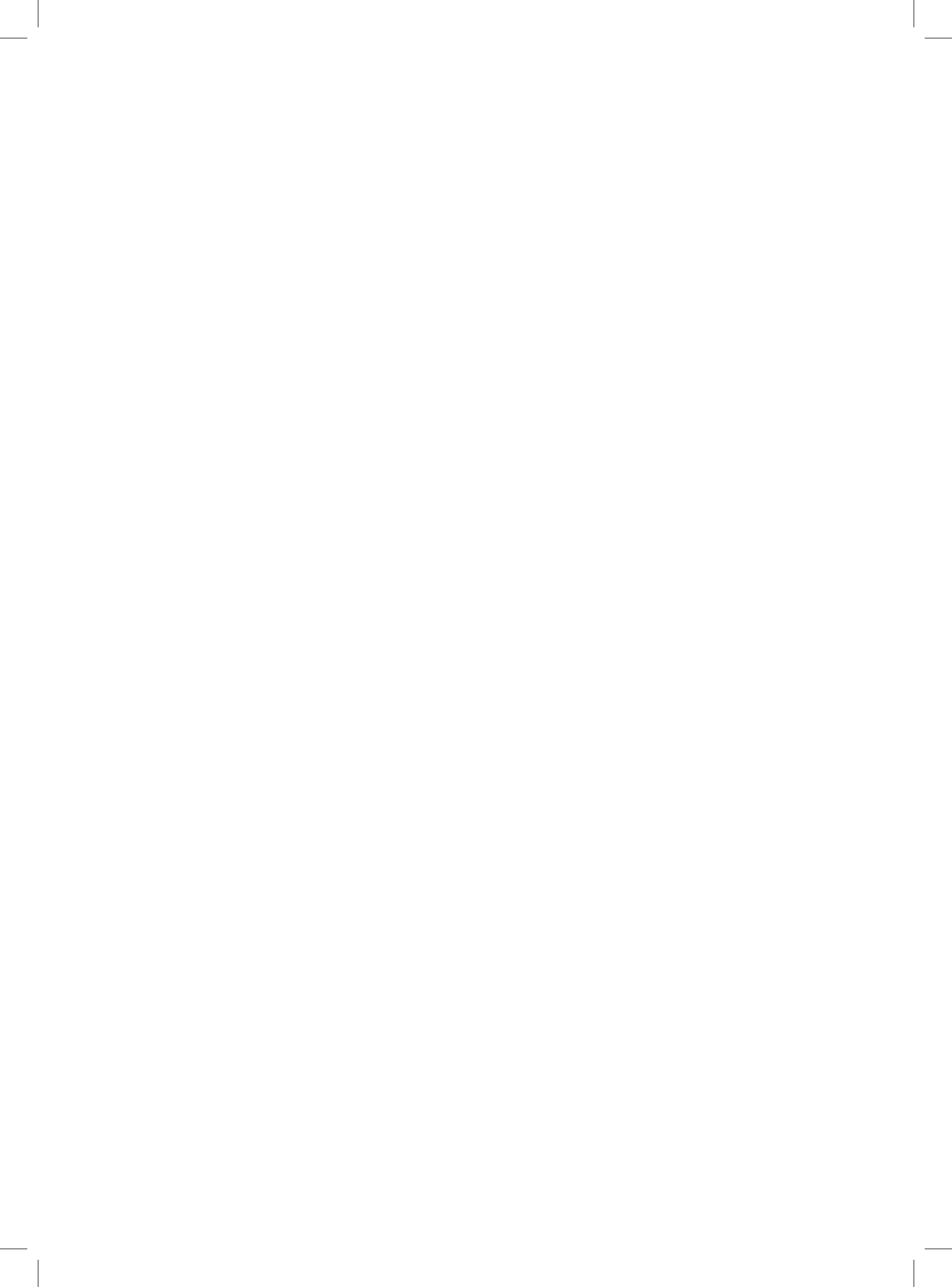
La productora era *Columbia Pictures Corporation* y el film, titulado en inglés *The running man* y en español “El precio de la muerte”, estrenado en 1963, estaba dirigido por Carol Reed, siendo sus principales intérpretes Laurence Harvey y Lee Remick, con la participación de los, por entonces, jóvenes actores españoles Fernando Rey y Juanjo Menéndez. El argumento de la película consistía en la historia de un matrimonio en el que el esposo idea una manera de engañar al seguro simulando su muerte para poder cobrar la póliza. La trama se desarrolla en la Costa del Sol con escenas rodadas en Málaga, Marbella, San Roque, La Línea, Algeciras y el aeropuerto de Gibraltar.

Los alumnos que formaban parte del coro viajaron en autobús hasta la ciudad de Marbella en cuya iglesia parroquial se rodó la escena en la que ellos participaban. Al término de la misma —que se repitió hasta cuatro veces— fueron obsequiados por la productora con una opípara merienda antes de retornar a Algeciras.

La participación del coro del Colegio Salesiano consistió en cantar el himno a la Virgen, “Linda Paloma”, situado junto al altar mayor de la iglesia, en el lado del Evangelio, mientras se estaba celebrando una boda. En primer plano se desenvolvía la escena de la película con un diálogo entre los dos actores principales. Los niños cantaban a capella:

*¡Qué hermosa es la blanca estrella!  
que en las tinieblas fulgura.  
¡Qué hermosa es la imagen pura!  
de fuente límpida azul.  
Pero el ser que más me encanta  
mi bien, mi gloria y vida  
eres Tú, Reina del cielo,  
Madre bendita eres Tú.  
Eres Tú, Reina del cielo.  
Madre bendita eres Tú.  
Linda paloma, graciosa palma,  
néctar del alma que espera en ti.  
Que dulce. ¡Oh Virgen!,  
es tu amor santo,  
bajo tu manto yo soy feliz.*

La música de “Linda Paloma” que cantó el coro durante toda la secuencia de la boda que se desarrollaba en el interior del templo, se repite, hasta el final de la película, como tema central del film, en las escenas más románticas, interpretada por una orquesta.



## X

### **NACIMIENTO DE UNA NUEVA BARRIADA ANEXA AL RÍO ANCHO: LA PIÑERA. IMPORTANCIA DE LA RADIO EN LA VIDA FAMILIAR Y RECOVA Y CONTRABANDO EN EL TREN CORREO DE GRANADA**

La ciudad de Algeciras, hasta los primeros años de la década de 1950 no se había extendido más allá del recinto de las murallas medievales, adaptándose la trama urbana a la poderosa línea constituida por la muralla, el antemuro y el foso que tenía como límite, por el sur, la orilla izquierda del río de la Miel; por el oeste, la calle Cayetano del Toro o Alameda, la plaza Juan de Lima y las calles Benito Pérez Galdós y Ruiz Zorrilla; por el norte, la Avenida Canalejas, luego llamada Avenida Blas Infante y, por el este, el acantilado marítimo.

Fuera de ese espacio acotado por las estructuras defensivas medievales, que perdurarían hasta el siglo XIX, sólo se habían establecido algunos núcleos de casas, a veces inconexos, en la llamada Villa Vieja, en el Paseo de la Conferencia y la Barriada de Pescadores, en el Río Ancho, El Polígono del Tiro, Los Pastores, El Cobre, La Granja–Huerta de las Pilas y El Rinconcillo. Más allá de la Avenida Blas Infante, de la plaza de toros “La Perseverancia” y del Parque María Cristina no había población a excep-

ción del llamado “Barrio sin Ley” y de algunas viviendas aisladas en lo que después sería la calle Pérez Arriete, el Hotel Garrido y la Cuesta del Rayo.

Como se ha referido en otra parte de este libro, grupos de barracas, construidas en cañadas reales sin urbanizar en las que la gente vivía soportando condiciones de pobreza y privaciones impropias de una sociedad avanzada, ocupaban algunos de estos territorios extramuros que, en el futuro, serían populosas y activas barriadas.

Pero, entre 1940 y 1959, a pesar de los intentos de la Organización Nacional de Sindicatos y de los gobiernos de la Nación en los que predominaban los elementos falangistas que propusieron políticas sociales —fracasadas la mayor parte de las veces por el marasmo económico que sufría España en la postguerra, la política autárquica que ellos mismos habían impuesto con el beneplácito del general Franco y el aislamiento internacional— no se logró dotar a las ciudades de un parque de viviendas sociales que acogiera a la enorme masa de población que vivía por debajo del umbral de la pobreza o en condiciones cercanas a ella.

Hubo que esperar a la apertura del Régimen al exterior por medio del Concordato con la Santa Sede y, sobre todo, con los Acuerdos con los Estados Unidos de 1953 y, más decisivamente, con la sustitución de los Gobiernos formados por falangistas y militares por otros con predominio de tecnócratas de *Opus Dei* como Laureano López Rodó, Juan José Espinosa, Manuel Lora Tamayo y Gregorio López Bravo, entre otros, y la inclusión de economistas como Mariano Navarro Rubio y Alberto Ullatres para que la situación comenzara a cambiar.

En 1959 se aprobó el llamado “Plan de Estabilización” por exigencias del Fondo Monetario Internacional que salvó a España de la quiebra, puso las bases del llamado “milagro económico español” —una larga etapa de desarrollo que posibilitó la creación de una amplia clase media, inexistente hasta entonces— y, de paso, permitió dotar a numerosos españoles pobres de unas viviendas dignas en barriadas nuevas y bien urbanizadas.

Al sur del río de la Miel, en las colinas sembradas, hasta esa fecha, de trigo situadas al este y sur del Río Ancho se fueron construyendo promociones de viviendas sociales en varias fases, entre los años 1958 y 1964. Antes de que se acometieran estos importantes proyectos urbanísticos, entre 1952 y 1955, se habían edificado los bloques de la llamada

“Piñera Vieja”, aledaños a la conocida como “Cuesta de Patillitas” (luego calle Andalucía); aunque en esta temprana promoción de viviendas no todas tenían una clara función social, pues muchas de ellas fueron adjudicadas de una manera directa por el alcalde de la ciudad y el general gobernador sin tener en cuenta las verdaderas necesidades de las familias y sin ajustarse a ningún baremo previo como se hizo después con la mayor parte de las viviendas de la denominada “Piñera Nueva”.

Los proyectos de viviendas sociales de “La Piñera” surgieron del Decreto Especial del Campo de Gibraltar aprobado en el año 1955. Los terrenos del “Cortijo de la Piñera” fueron adquiridos por el Estado y cedidos a la Organización Sindical el 21 de enero de 1959, aunque la primera fase, que se entregó ese mismo año previa la aplicación de un baremo en el que se analizaban y puntuaban la situación económica de los solicitantes y el número de hijos, comenzó a construirse un año antes. A pesar de la publicidad realizada y el control por parte del Estado de las adjudicaciones, no se pudo evitar que hubiera algunos casos de “enchufismo” y de malas prácticas de los adjudicatarios que no se ajustaron al baremo exigido.

La segunda fase se llevó a cabo entre 1960 y 1962, ocupando la parte alta del cerro y la ladera que descendía hasta el arroyo del Tiro. La mayor parte de esta promoción era de viviendas unifamiliares de una sola o de dos plantas, entre ellas las llamadas casas de la Estrella por la forma que poseían en planta.

La tercera fase, de 752 viviendas (edificadas entre la Cárcel y la “Piñera Vieja”) se adjudicó en el año 1964, con lo que quedaba completada la nueva barriada con una población aproximada de cinco mil personas.

Cinco años más tarde se entregaron las viviendas sociales que formaron la barriada del “Convoy de la Victoria” —desde la llegada de la democracia “Barriada 25 de junio”—, edificadas en una parcela situada entre el antiguo cine Terraza y la barriada de Pescadores. Eran casas unifamiliares de dos plantas rodeadas de zonas ajardinadas y con un edificio central destinado a locales comerciales.

Pero no sólo se acometió la construcción de viviendas en esa parte de Algeciras. En los terrenos situados al norte de la actual Avenida Blas Infante se edificaron varias promociones de viviendas, éstas destinadas a una población de clase media y a familias de militares.



Terrenos que luego ocuparían la Avenida de las Fuerzas Armadas y los bloques de viviendas que la formaban. Al fondo se pueden apreciar la Avenida Blas Infante y la embocadura de la calle Ancha. Fotografía realizada en torno a 1957.

Junto al ambulatorio de la plaza Menéndez Tolosa se construyeron varios bloques de viviendas, en total 125, por el Ayuntamiento de la ciudad con el patrocinio del Ministerio de Vivienda entre los años 1961 y 1963 y junto a la plaza Concejal Valero Bianchi y al Parque María Cristina, entre 1959 y 1960, se habían edificado otras 250 viviendas del mismo tipo y con la misma finalidad que las de la plaza Menéndez Tolosa. Mediante la erección de estos bloques de viviendas y otros destinados a los militares se fue delimitando lo que sería la futura Avenida Fuerzas Armadas que serviría, además de vía de circulación urbana, de espacio donde se instalaría durante algunos años el paseo de la Feria Real.

Con estas promociones, que se correspondían con una etapa de desarrollo sostenido de la economía nacional y que permitió la paulatina erradicación de la mayor parte de los núcleos chabolistas de la ciudad, Algeciras y sus barriadas de los extrarradios iniciaban un nuevo período de su historia alejado ya de las terribles penurias de la postguerra.

El Río Ancho se benefició también de las mejoras económicas de la Nación y de los Planes de Desarrollo del Campo de Gibraltar que permitieron la instalación de numerosas industrias en la comarca (con lo que

representó para la creación de miles de puestos de trabajo), la mejora de las obsoletas comunicaciones terrestres y marítimas y la construcción de centros escolares y de establecimientos sanitarios.

La barriada, a partir de 1961, comenzó a ser objeto de numerosas mejoras que acabaron definitivamente con la falta de servicios públicos que venía sufriendo el vecindario. Se instaló una red de madronas y alcantarillado para el desalojo desde las viviendas de las aguas residuales (que antes, necesariamente, iban a parar a pozos negros ubicados en los patios o, directamente, al arroyo del Tiro); se procedió a la mejora de la red de tuberías que abastecían de agua potable a las casas; se asfaltaron todas las calles dotándolas de aceras y se renovó la instalación del alumbrado público. Cuando todas estas obras de mejora estuvieron acabadas se les puso a las calles nuevos nombres como Navarra, Andalucía, Galicia, Extremadura y Asturias.

En aquellos primeros años de la década de los sesenta la familia de Manuel Mejías González había mejorado económicamente con los beneficios aportados por la pequeña tienda de venta de productos de recova y de carne de ave y huevos que tenía abierta en una de las dependencias de la vivienda. Manuel había cambiado sus diarios desplazamientos hasta la vecina colonia de Gibraltar por los dos viajes semanales que hacía en tren hasta los pueblos de la serranía de Ronda para abastecerse de las mercancías que exponía y vendía en su tienda, entrando en contacto con un mundo hasta entonces desconocido para él como era el del contrabando por vía ferroviaria con los pueblos de Gaucín, Jimera de Líbar, Cortes de la Frontera, Atajate, Benaoján o Ronda y la manera sutil de defraudar algunos recoveros al fisco local en los viajes de retorno, artificios de los que se tratará más adelante.

El cabeza de familia acudía una vez por semana a una de las feraces huertas que aún permanecían activas en los entornos del río de la Miel, al final de la calle que luego se nombró “La Perlita”. El hortelano, un hombre fuerte como un roble, renegrido y rudo, de manos grandes y plagadas de durezas —por la sufrida labor que desarrollaba—, además de vender hortalizas y frutas recolectadas en su huerta, ubicada en la orilla derecha del río del que estaba separada por una hilera de chopos y algunos arbustos, proporcionaba a los tenderos de la zona huevos frescos a buen precio producidos por las numerosas gallinas ponedoras que tenía recluidas en

un amplio gallinero que había construido con tablazones y tejado de ura-lita a pocos metros de la corriente fluvial.

Una tarde en que Carlos Mejías acompañó a su padre a la huerta del fornido hortelano para comprar varias docenas de huevos, pudo oír como el hombre, muy enfadado, lanzaba varias y sonoras imprecaciones entretanto que contaba los huevos que iba a servir a Manuel Mejías.

—Maldita nutria —exclamaba fuera de sí sin dirigirse a nadie en concreto—. Ese mal bicho ha vuelto esta noche a robarme una gallina. Una de las mejores ponedoras. No sé que voy a tener que hacer para acabar con ella o impedir que salga del río y asalte impunemente mi gallinero.

Con aquellas palabras emitidas por el airado campesino Carlitos supo que el río de la Miel, en su curso medio, en el año 1961, aún vivían nutrias de agua dulce, una de las cuales se había aficionado a salir de noche del agua y alimentarse con las pobres gallinas del hortelano.

Se trataba, sin duda, de los últimos estertores de vida salvaje en un río que, después de miles de años de convivir con el ser humano, estaba condenado a desaparecer.

Al llegar el verano, a eso de las cuatro, entretanto que Carlitos jugaba en un rincón del patio con Mari, la hija de María Lumbreras o con Pili Castro, a construir edificaciones con tacos de madera de vivos colores que le habían regalado en la festividad de los pasados Reyes Magos, Juana da Silva, acompañada de sus hermanas Francisca e Isabel —a veces con la participación de alguna vecina—, sentadas en sillas de aneas cerca de la puerta que daba al pasillo de entrada por donde les llegaba algún soplo de aire fresco, se afanaban en hacer crochet o ganchillo o tejer lana con largas agujas mientras escuchaban muy atentas la radionovela que emitía Radio Algeciras y que estaba en boga por aquellos años.

Sobre una mesita que habían sacado Juana de la cocina se hallaba depositada una vieja radio de cretona que era el centro de atención de las mujeres. Carlitos, aunque se hallaba enfrascado en el juego, no dejaba de escuchar las lacrimógenas desventuras de Rosa Alcázar, la desdichada protagonista de la novela “Ama Rosa”. La joven, ante la perspectiva de lo que parecía su muerte inminente, había entregado a su hijo recién nacido a la acomodada familia de los Riva. Su amor de madre la llevará a colocarse como ama de cría de los Riva para estar cerca de su hijo. La exitosa radionovela, una idea original de Guillermo Sautier Casaseca e interpretada por

las voces de Julio Varela, Juana Ginzo, José Fernando Dicenta y Mantilde Conesa mantenía pegados a la radio a millones de españoles.

—Pobre Rosa —se lamentaba Juana—. Cuánta pena debe sentir como madre al verse obligada a desprenderse de su pequeño.

—Y lo más doloroso, es que lo ve crecer y jugar y reír en casa de los Riva sin poder decirle que ellos no son sus verdaderos padres, sino que ella, una simple criada, es la que lo trajo al mundo —manifestaba, al tiempo que lanzaba un profundo suspiro, Isabel.

Y de esa manera pasaban las mujeres las calurosas tarde de verano con el corazón sobrecogido por las desgracias que la vida deparaba a Rosa Alcázar. Al término de la audición el grupo se dispersaba, volviendo cada una a sus casas. Juana se dirigía a la cocina para preparar la merienda de Carlitos consistente, la mayoría de las veces, en un pico de la telera de pan al que se le había practicado un hoyo y rellanado con aceite y azúcar.

Los miércoles, a partir de las diez y media de la noche, toda la familia volvía a sentarse en torno a la mesa camilla, cerca del aparato de radio, bajo la que crepitaba una “copa” o brasero —si era invierno— para escuchar otro de los programas estrellas de la radiodifusión española: “Ustedes son Formidables”, emitido también por Radio Algeciras de la Cadena SER, dirigido por Ángel Carbajo y presentado por Alberto Oliveras. Los acordes del 4º movimiento de la Sinfonía del Nuevo Mundo de Antonín Dvorak eran la señal que hacía que se abandonaran las labores del hogar y que los miembros adultos de la familia atendieran a la voz firme y directa del presentador. El programa tenía como principal argumento ocuparse de una causa humanitaria, como el recaudar dinero para los damnificados de una riada en Sevilla, llevar en Navidad una paella a unos misioneros residentes en el Congo o reunir fondos para la reconstrucción de un asilo de ancianos incendiado.

No era infrecuente que Manuel Mejías González, dentro de sus posibilidades económicas, colaborara con el programa enviando cierta cantidad de dinero para atender algunas de las causas humanitarias que más le conmovieron. Entretanto que Juana y Manuel permanecían atentos a la voz de Alberto Oliveras, su hijo, en la mesa de la cocina —en aquel tiempo no disponía aún de un cuarto propio ni de una mesa con flexo para poder estudiar— se dedicaba a memorizar los ríos de España, hacer raíces cuadradas o hallar el área de una corona circular. Su hermana Francisca, de tan sólo seis años de edad, se sentaba a su lado leyendo y deletreando

algunas palabras de la cartilla con la que se iniciaba en la lectura con el consiguiente enfado de su hermano que decía que, con sus balbuceos, no le dejaba concentrarse en el estudio.

Desde que se abrió al público su tienda-carnicería en la que el matrimonio Mejías-da Silva comenzó a vender carne de aves y huevos, la actividad comercial del pequeño negocio se había diversificado y, con el paso de los meses, se despachaba —además de la carne y los huevos— frutas, verduras, chacinas, garbanzos y patatas. Para adquirir las mercancías a precios competitivos Manuel se desplazaba, dos veces a la semana —como se ha referido—, a bordo del tren-correo a los pueblos de la serranía de Ronda en los que se aprovisionaba de lo necesario. Partía a las ocho de la mañana retornando a Algeciras bien entrada la noche. La hora oficial de llegada del tren-correo a la estación de Algeciras era las nueve y media, pero no resultaba extraño que el convoy arribara a la estación de la avenida Agustín Bálamo con media, una, dos y, a veces, tres horas de retraso, sobre todo en invierno cuando las lluvias torrenciales provocaban desprendimientos y caída de rocas o tierras sobre las vías en el tramo situado entre Gaucín y Benaoján. En la estación siempre lo esperaban su mujer y su hijo Carlitos para ayudarle a transportar las gallinas, pavos y chacinas que había adquirido en los pueblos de la sierra rondeña hasta su casa de la calle Navarra.

Estos frecuentes viajes como recovero a bordo del tren-correo puso en contacto a Manuel con un grupo de personas que también utilizaba el ferrocarril como medio de transporte para desplazarse hasta Cortes de la Frontera, Banaoján o Arriate, aunque con una finalidad distinta a la suya. Se trataba de las matuteras y los estraperlistas —los últimos de una época dorada que empezó en 1940 y acabó a principios de los años sesenta—. Hacían el viaje de ida cargados con productos sacados de Gibraltar: vestidos de mujer, relojes, mecheros, medicinas, sacarina, perfumes, cafés, margarina, carne “combí”, medias de nailon, cigarrillos, tabaco en pica-dura y otras mercancías que eran muy solicitadas en los pueblos del interior. En el viaje de vuelta, traían, como Manuel Mejías, gallinas, chacinas, aceite, harina, conejos de campo y otros productos serranos que tenían mucha demanda en Algeciras.

Manuel veía como las matuteras, ayudadas por algún familiar, cargaban en el tren grandes fardos, en los que transportaban las mercancías

ilícitas, en presencia de la pareja de la Guardia Civil que viajaba en el convoy sin que los miembros de la Benemérita se inmutaran. El revisor contaba los bultos y cobraba por ellos un recargo sin haber comprobado su contenido.

Una matutera famosa, natural de la estación de Cortes de la Frontera, que era muy querida por la gente del ferrocarril y los viajeros que, como Manuel Mejías, utilizaban asiduamente el tren-correo como medio de transporte, se llamaba Isabel Rodríguez, aunque todo el mundo la conocía con el apodo de “La Cascarita”. Era tan popular y tan apreciada por los revisores y los maquinistas de las locomotoras que en más de una ocasión el tren demoró su salida en más de un cuarto de hora para esperar a “La Cascarita” que, por algún motivo, se había retrasado. Isabel, muy ufana decía:

—El tren, que no espera ni al Generalísimo, ha esperado a “La Cascarita”.

Isabel Rodríguez era una mujer menuda, escasa en carnes, ágil como un gamo, extrovertida y locuaz. Portaba siempre un vestido negro y, con frecuencia, un pañuelo del mismo color atado a la nuca. Todo el mundo hablaba bien de “La Cascarita” y ella se vanagloriaba de su buena prensa y de las amistades que, por medio de su trabajo, había logrado reunir.

Una vez adquiridos los productos en Arriate o Benaoján —generalmente chacinas— y las gallinas y pavos en los cortijos de ese municipio o en las cercanías de Cortes o Atajate, se subían al tren-correo, cuyos vagones de madera más parecían una granja o un mercado que un medio de transporte de personas, a la espera de que el jefe de estación diera la orden de partida. Las matuteras reconvertidas en recoveras y los comerciantes, que como Manuel Mejías viajaban hasta los pueblos de Ronda para conseguir las mercancías a mejor precio, tomaban asiento rodeados de cajas de cartón con chorizos, tocino y huesos curados para el cocido, de ristras de ajos y de las aves, amarradas de dos en dos por las patas y depositadas en el suelo, entre banco y banco, a veces ocupando incluso los pasillos.

Antes de llegar a la estación de Algeciras, Manuel asistía a una extraña maniobra que protagonizaba la mayor parte de las matuteras, movimiento que era consecuencia directa de la obligación que tenían de abonar el impuesto sobre el consumo que grababa a todas las mercancías que entraban en el municipio.

El impuesto sobre el consumo, que estuvo vigente en España hasta principios de los años sesenta, cobrado por la administración local que disponía de oficinas con personal de su hacienda en las principales vías de comunicación que accedían a cada población, tiene su origen en la España musulmana, en la que estaba generalizado con el nombre de alcabala. En Castilla no se estableció con carácter general hasta el reinado de Alfonso XI (1325-1350). Este monarca castellano solicitó a las Cortes en 1341 la aprobación de un impuesto especial que grabara todas las transacciones comerciales que se realizaran en el reino con la vigésima, es decir, con el 5% del valor de la citada transacción. Aunque las Cortes lo aprobaron como una medida temporal, sólo mientras durase el cerco de Algeciras de 1342 a 1344, lo cierto es que los reyes que le siguieron en el trono castellano lo mantuvieron convirtiéndolo en un impuesto regular a beneficio de la Corona. En la España Moderna y Contemporánea se continuó imponiendo, como un recurso más de las arcas municipales, con el 5% sobre el valor de los productos comercializados, hasta su abolición, como se ha dicho, a principios de los años sesenta del siglo XX.

El Ayuntamiento de Algeciras tenía abiertas varias oficinas del Consumo: una en el acceso a la ciudad por la carretera de Tarifa (a la altura de la actual barriada de Santa Águeda), otra en el acceso desde Los Barrios y San Roque, en los entornos de Los Pinos, una tercera en Los Barreros y la principal en la plaza Joaquín Ibáñez, en el edificio que iba para mercado y que luego fue pescadería, más tarde sustituido por la Escuela de Maestría Industrial y, definitivamente, por el Instituto Ventura Morón. Esta oficina, en la que trabajaba el tío político de Carlitos, Antonio Portilla Gómez, controlaba las mercancías que llegaban por tren y eran descargadas en la estación del ferrocarril de la avenida Agustín Bálamo.

Algunas noches de aquel invierno, Juana da Silva y Carlos Mejías se desplazaban hasta la citada estación para esperar la llegada de Manuel Mejías González y ayudarle a transportar las gallinas, pavos y chacinas que traía, adquiridas en algunos de los pueblos de la serranía. Madre e hijo aguardaban pacientemente en la desangelada y gélida sala de espera de la estación, decorada con grandes carteles de “Turismo de España”, hasta que se oía el silbar de la locomotora del tren-correo que acababa de atravesar el paso a nivel de Los Arcos. El funcionario que hacía guardia en la puerta de acceso al andén les permitía, entonces, acercarse a las proximidades del convoy que entraba en la estación por la vía más cercana. Carlitos se queda-

ba extasiado al ver llegar la enorme locomotora Cockerill arrojando grandes nubes de vapor que inundaban el andén con una espesa y pegajosa neblina y resoplando como si de un gigantesco y furioso monstruo prehistórico se tratara. Al paso de unos minutos, descendía del vagón Manuel con los bultos y los hatos de gallinas y, juntos, se desplazaban hasta la oficina del Consumo donde un funcionario municipal contaba los productos, anotaba los diferentes géneros y les decía cuánto tenían que pagar en concepto del impuesto.

A continuación, emprendían, cargados con los bultos y las aves, el camino hasta la casa familiar dejando atrás la avenida Agustín Bálamo, atravesando el río por las inestables y peligrosas pasaderas o por encima del puente construido por el dueño del bar Las Vegas y embocando, entrada ya la noche, a veces bajo una lluvia desapacible y fría, la calle Asturias para acceder, finalmente, a su hogar en la calle Navarra.

Queda por narrar las maniobras que las matuteras realizaban para evitar pagar el impuesto del Consumo. Según le contaba

Manuel Mejías a su mujer, al aproximarse el tren-correo a la estación de Algeciras, a la altura del paso a nivel de “La Perlita”, el convoy aminoraba ostensiblemente la marcha para permitir que las matuteras y otros pasajeros arrojaran a través de las ventanillas de los vagones los bultos con las ristas de chorizos, los sacos de harina o de garbanzos y las gallinas y pavos que salían aleteando y gorjeando como posesos hasta caer en el terrizo camino que circulaba en paralelo a las vías. Allí esperaban la mercancía algunos familiares o amigos de las matuteras que recibían la carga y se perdían, a continuación, en medio de la oscuridad de la noche.

—Es notorio —aseguraba Manuel Mejías— que los revisores y los maquinistas del tren están compinchados con las matuteras y colaboran de buena gana a cambio de algún beneficio económico desacelerando el convoy hasta dejarlo casi en punto muerto.



Medalla otorgada al protagonista de este libro al finalizar la Clase Cuarta de Enseñanza Primaria en el Colegio Salesiano.

Aquel curso de 1961 a 1962, en el que Carlos Mejías da Silva superó con buenas notas los contenidos exigidos en la Clase 4ª, acabó felizmente en el mes de junio, unos días antes de que diera comienzo la Feria Real. En el acto de clausura, reunidos todos los alumnos del colegio en el cine-teatro, los discípulos más aplicados recibieron diplomas y diversas medallas. A Carlitos le correspondieron dos de ellas. Una por destacar en la asignatura de dibujo consistente en una cruz patada y plateada de brazos curvos con un círculo central en el que aparecía una esfera armilar, un tintero con una pluma y un libro abierto. Rodeando el círculo el lema “Premio al Mérito”.

La segunda era una cruz plateada radiante con el escudo de los Salesianos en el centro conteniendo un ancla, el busto de San Francisco de Sales a su derecha, un corazón en llamas a su izquierda y, sobre él, una estrella radiante de seis puntas. En la parte inferior del escudo aparecía un bosque sobre un fondo de los Alpes (el emblema surgió en Turín) y, como orla, dos ramas entrelazadas por sus tallos: una de palmera y la otra de laurel. Una guirnalda de rosas coronaba el escudo que estaba rematado con una cruz latina trifoliada y radiante. Por encima del emblema una inscripción que decía: “Al mérito. Colegio Salesiano”.

Esta segunda condecoración le fue otorgada al hijo de Manuel Mejías por los méritos contraídos aquel curso debido a su buen comportamiento y al aprovechamiento en el estudio.

## XI

### **LA CLASE CUARTA EN EL COLEGIO SALESIANO MARÍA AUXILIADORA: CURSO 1962-1963. EJERCICIOS ESPIRITUALES. LA MUERTE DE DON RICARDO BARRUECO CASADO Y EL EXAMEN DE INGRESO**

El segundo año que Carlos Mejías curso el cuarto nivel de la Enseñanza Primaria fue un período de transición que acabaría, en el curso siguiente, con su ingreso en el primer año del Bachillerato Elemental. El que Carlitos y otros alumnos que habían cursado en el año anterior el nivel de la Clase 4ª con el profesor don Manuel repitieran curso no se debía a su escaso rendimiento y falta de preparación, sino a una cuestión relacionada con la organización interna del colegio, cuyo equipo directivo decidió formar una Clase 4ª con los mejores alumnos procedentes de la clase de don Manuel, de la 3ª de don Pedro Liñana y de la clase de Ingreso regentada por el coadjutor don Ramón, con la intención de prepararlos para que, al acabar el año escolar, todos pudieran hacer el examen de Ingreso de Bachillerato y promocionar al siguiente nivel educativo.

Así fue como Carlos Mejías, Domingo Trujillo, Carlos Pecino, Juan Yáñez, Francisco Zarrías y José Carlos Unciti, entre otros, repitieron el curso aún habiéndolo superado con buenas notas. A los alumnos que procedían de la Clase 3ª (Pepe Michán, Diego Becerra, Pablo López Jiménez

y algunos más) e Ingreso se unieron varios alumnos que venían de otros colegios, como era el caso de Manuel Lara Delgado, vecino de Carlitos y, a partir de ese año, amigo inseparable y compañero de aventuras del hijo de Manuel Mejías.

El responsable de la nueva Clase 4ª era un joven maestro contratado por el Centro que se llamaba don Antonio Trujillo González. Carlos Mejías y el resto de alumnos de los que era responsable no podían sino respirar aliviados cuando comenzaron a conocer el carácter de su nuevo profesor que distaba mucho de la severidad manifestada por don Manuel que, siendo como era un buen maestro, se excedía en ocasiones al aplicar los castigos físicos. Antonio Trujillo era afable, pronto a la sonrisa y a reconvenir con palabras cariñosas, de espíritu sosegado jamás daba muestra de enfado, a pesar de que algunos alumnos —como Carlitos y Manolo Lara— hacían, con sus travesuras y reiteradas desobediencias, todo lo posible para sacarlo de quicio. Aunque era un maestro joven y, todavía inexperto, sabía dominar al alumnado sin tener que emplear ningún método coercitivo. Al paso de varios meses había logrado ganarse el afecto y el cariño de sus alumnos que, quizás por el trato cordial que recibían, le correspondían con ese mismo afecto y con un enorme respeto.

Como profesor era excelente. Sus explicaciones eran siempre claras y precisas. Si un discípulo manifestaba alguna duda o el no haber entendido algún aspecto de su disertación, repetía el tema con otras palabras hasta conseguir que el alumno quedara satisfecho y toda la clase hubiera comprendido su exposición. A mitad del curso ya había sido bautizado, como a todos los profesores del colegio —fueran sacerdotes o laicos— con un mote. A don Antonio Trujillo lo apodaron “El Mirlo” porque en cierta ocasión a un alumno, que con reiteración solicitaba salir de clase para acudir al retrete, le dijo:

—Muchacho, cagas más que un mirlo.

Y, desde aquel día, no pudo evitar que lo llamaran con el nombre del pájaro de negro plumaje. Pero aquel mote nada tenía de peyorativo. Como tantos otros aplicados a los profesores: “El Babas”, “El Boxeador”, “Pluma Callada”, “El Espátulo”, “El Negro”, “El Viejecito”, “El Migueltum”, “El Manco” era una manera de identificar a los maestros en el argot de la chiquillería sin ninguna intención de faltarles al respeto o mostrar desafecto hacia ellos. Cierto es que algunos apodos más lacerantes —que

mejor será no mencionar— respondían al temor y desapego que, por sus métodos de enseñar violentos o su escaso respeto hacia los muchachos, algunos con creces se ganaban.

En la Clase 4<sup>a</sup> de don Antonio Trujillo el libro base de estudio era la “Nueva Enciclopedia Escolar” de la Editorial Hijos de Santiago Rodríguez (H. S. R.), publicada en el año 1962. Se trataba de un texto de carácter enciclopédico que contenía todas las materias de estudio de forma resumida y con acompañamiento de ejercicios de evaluación según el esquema clásico difundido por los libros Álvarez.

El libro de lectura se titulaba “El Libro de España” de la Editorial Luis Vives, S. A. Si hubiera podido despojarse del tufillo de propaganda ideológica que despedía la mayor parte de sus capítulos, pues se trataba del viaje por España de dos hermanos, Antonio y Gonzalo, hijos de un falangista muerto en el Madrid republicano que habían estado exiliados y que volvían al acabar la Guerra Civil, hubiera sido una obra digna de encomio al trasladar al lector, en el transcurso del viaje de los dos niños, a las diversas regiones españolas y al conocimiento de sus monumentos, de sus gentes y de sus costumbres.

El texto exaltaba las figuras históricas de cada provincia, los monumentos más destacados, los principales hechos acontecidos en los lugares por donde pasaban, los ríos y montes, las costumbres de cada sitio, las industrias, los recursos mineros, la producción agraria o la pesca. Cuando las leyes de educación, o sus reformas, aprobadas a partir del advenimiento de la democracia y la creación de las autonomías con la desafortunada cesión de las competencias de educación han desvirtuado el concepto de España y el conocimiento de su realidad histórica y geográfica, una obra de esta naturaleza vendría a reforzar el concepto de Nación y los viejos lazos existentes entre las diferentes regiones. Actualmente los alumnos conocen a la perfección la historia, la orografía, la hidrografía y las costumbres de lo más cercano, pero ignoran todo lo referente a los grandes ríos de España, a la historia general de la Nación, a la diversidad de costumbres y lenguas y, sobre todo, a los fuertes vínculos históricos existentes entre unas regiones y otras. Sería de un valor incalculable volver a disponer de un texto, parecido al “Libro de España” —aunque sin ningún condicionante ideológico—, en todas las escuelas españolas, desde Galicia y Cataluña hasta Andalucía y Canarias.

Lo cierto es que Carlitos y sus compañeros disfrutaban de la media hora dedicada a la lectura leyendo un capítulo del citado libro cada día. Al hijo de Manuel Mejías le impresionó especialmente la lectura del capítulo cuarenta y cinco en el que se describía la obtención de la seda en una fábrica de Murcia y el proceso que se seguía para hervir los capullos y sacar las obreras los finos hilos que luego se transformarían en cotizados pañuelos o corbatas.

Las clases se distribuían, como el año anterior, en dos sesiones, una de mañana y otra de tarde, excepto los sábados que sólo se iba al colegio por la mañana. Don Antonio les había entregado, al comenzar el curso, el plan de trabajo que consistía en una hora de aritmética los lunes, miércoles y viernes; una de gramática los lunes, miércoles y sábado; otra de geometría los martes, jueves y sábado; otra de geografía los martes y jueves; otra de ciencias los martes y viernes; otra hora de historia los miércoles y viernes y una de catecismo los lunes, jueves y sábado.

La estudiantina continuó existiendo y ensayando todos los días, de lunes a viernes, una vez concluidas las clases, en una de las aulas de la planta segunda del ala este del módulo escolar. Sin embargo, Carlos Mejías dejó de asistir a los ensayos y abandonó, al poco, la rondalla en la que ingresó su amigo Manuel Lara al que el profesor Antonio Aznar le hizo responsable del triángulo. La estudiantina continuó su existencia mientras que don José Domínguez estuvo al frente de la misma, desapareciendo cuando acontecieron los desagradables acontecimientos que luego se mencionaran y este sacerdote, antes de finalizar el curso, tuvo que abandonar el colegio salesiano de Algeciras.

Diariamente, de doce y media a una, todos los alumnos debían asistir a la Santa Misa en la iglesia del Colegio. Cuando se acercaba alguna de las fiestas religiosas vinculadas con la Congregación Salesiana: Santo Domingo Savio, San Juan Bosco o María Auxiliadora se celebraban oficios especiales, como triduos o novenas. También en Semana Santa y Navidad. Los domingos por la mañana tenían la obligación de asistir a Misa y por la tarde, a las tres y media, a la Exposición y Bendición del Santísimo Sacramento. Después se proyectaba una película en el cine-teatro del Centro.

La Bendición del Santísimo Sacramento consistía en la exposición en la custodia de plata sobredorada con la sagrada forma y en la realiza-

ción de un ritual por parte del sacerdote vestido con capa pluvial y con la participación de tres acólitos, uno de ellos portador del incensario. Se procedía a la adoración con cánticos —se entonaba como antífona el *Tantum Ergo* que eran las dos últimas estrofas del himno eucarístico escrito por Santo Tomás de Aquino *Pange lingua*—. También podía cantarse el himno completo. A continuación se leían textos sagrados. Luego el oficiante se acercaba al altar y tomando la custodia la elevaba con gran solemnidad sobre su cabeza mostrándola a los fieles, en tanto que un monaguillo balanceaba el incensario enviando el humo aromático hacia la custodia y otro de los acólitos tocaba la campanilla. Carlos Mejías ejerció en numerosas ocasiones de monaguillo portador del incensario. El acto religioso terminaba diciendo el sacerdote las alabanzas de desagravio.

Un acontecimiento que se celebraba anualmente eran los Ejercicios Espirituales, periodo de recogimiento, meditación, oración y reafirmación de la vida espiritual ideado por San Ignacio de Loyola en los que debían participar todos los alumnos del Colegio. Durante tres días se suspendían las clases para dedicarse exclusivamente a actividades religiosas y espirituales: meditación en absoluto silencio, paseos en solitario sin hablar con nadie por el patio, asistir a charlas y predicaciones llevadas a cabo por sacerdotes externos experimentados, generalmente pertenecientes a la orden de predicadores (dominicos) o franciscanos.

Los Ejercicios Espirituales celebrados en el curso 1961-62 estuvieron dirigidos por un sacerdote franciscano que había estado de misionero en China y que disertaba con gran dificultad, hasta el punto de que a Carlitos y a sus compañeros les costaba trabajo entenderlo. Aseguraba el misionero que los comunistas chinos lo habían torturado por negarse a desvelar un secreto de confesión.

—Pero, Dios, en su infinita misericordia —explicó el fraile en el acto de presentación ante los alumnos— me dio fuerza para resistir la tortura y, aunque me amputaron parte de la lengua, con el paso de los años pude recuperar el habla por intercesión de la Santa Madre del Salvador.

Aquel sacerdote basó sus prédicas en el amor a Jesucristo y en la bondad infinita de Dios que, a pesar de la maldad de los pecadores, siempre está presto a perdonar a los que se arrepienten.

Pero en el año siguiente acudió a predicar los Ejercicios al Colegio un fraile dominico que dejó una profunda huella en los alumnos por sus

grandes dotes oratorias, su capacidad de persuasión y el contenido terrible y apocalíptico de sus disertaciones.

Fue al atardecer del último día de Ejercicios, cuando ya los espíritus de los muchachos estaban predispuestos al arrepentimiento y la conversión después de varias jornadas de meditación en absoluto silencio y predicaciones, el dominico reunió a los alumnos de las clases 3ª y 4ª en la iglesia. Eran las seis de la tarde de un día gris y ventoso. El cielo estaba cubierto de negros nubarrones que amenazaban con arrojar el diluvio sobre la ciudad de Algeciras. La luz diurna era mortecina y don José Domínguez ordenó al sacristán que encendiera algunas lámparas del templo cercanas al presbiterio y los cirios que adornaban el altar. Acompañado por el ulular del viento en el exterior del edificio el sacerdote predicador comenzó su disertación:

—Hoy os voy a hablara del Infierno.

El dominico permaneció un rato en silencio esperando que las palabras que acababa de pronunciar produjeran el efecto deseado.

—¿Os imagináis lo que es el Infierno? —recalcó el fraile— Estar condenado por toda la eternidad a las llamas abrasadoras azuzadas por Lucifer y su corte de demonios.

Nuevo paréntesis y silencio expectante en la bancada. Entretanto que el dominico hablaba había acercado uno de los cirios encendidos a la primera fila donde, sobrecogidos, los niños escuchaban al convincente sacerdote. Con gesto teatral acercó la llama de la vela a una de las manos del claval que se hallaba más cercano —uno de los alumnos de la 3ª Clase—. El muchacho, al sentir el calor emitido por el cirio, lanzó un pequeño aullido y separó la extremidad de la llama con un movimiento brusco.

—¡Si no eres capaz de soportar el calor que desprende esta pequeña llamita durante una centésima de segundo! —Proclamó, señalando con el dedo índice al acongojado alumno— ¿Cómo vas a resistir el fuego del Infierno por toda la eternidad? ¿Alcanzáis a comprender lo que representa estar condenado a las llamas del Infierno sin esperanza de redención? —lanzó aquella pregunta retórica a sabiendas de que no iba a recibir ninguna respuesta.

Nadie osaba a emitir el más mínimo sonido. El viento ululaba fuera y zarandeaba las ramas del pino que crecía cerca de la entrada del templo. Un relámpago iluminó por un instante la nave de la iglesia seguido de un trueno lejano.

—Voy a contaros una triste historia —continuó diciendo el dominico con voz ampulosa—. A un colegio salesiano acudía un alumno de vuestra edad que pecaba con frecuencia y que, a pesar de las recomendaciones de su profesor y de algunos de sus compañeros, se negaba a confesarse y arrepentirse de las faltas cometidas. Una noche Dios decidió sacarlo de este mundo y, súbitamente, murió en el transcurso del sueño sin haberse arrepentido de sus pecados. Cuando su alma llegó a las puertas del Paraíso, San Pedro le dijo: “¿Sabes que has muerto en pecado?”. Mira hacia abajo —le ordenó— y el niño vio su cuerpo metido en un blanco ataúd rodeado de sus padres y demás familiares llorando desconsoladamente. “¿Sabes por qué lloran tus padres? No sólo por haber perdido a un hijo, sino porque conocen el terrible destino que aguarda a su alma: las llamas perpetuas en el Infierno”. Entonces San Pedro lo tomó de la mano y le condujo a un lugar situado cerca del inframundo. “Mira” —le dijo cuando hubieron llegado al borde de una profunda sima— y el muchacho pudo contemplar aterrado a miles de almas que aullaban y se retorcían en medio de gigantescas y abrasadoras llamaradas. “Esos desdichados han muerto en pecado, muchacho” —le aseguró—. El niño lloraba y suplicaba que lo perdonara y le diera la oportunidad de arrepentirse y confesar sus pecados. San Pedro se apiadó de él y lo devolvió a la vida. A la mañana siguiente el niño se confesó y comulgó con mucha devoción. A partir de entonces sólo hizo el bien y no pecó nunca más y, cuando murió, muchos años después, fue derecho al Cielo a gozar de la presencia de Dios por toda la eternidad.

Y con aquella prédica se dio fin, aquel año, a los Ejercicio Espirituales.

Al día siguiente todos los alumnos de las clases 3<sup>a</sup> y 4<sup>a</sup> acudieron raudos a confesarse antes de comulgar prometiendo al confesor que desde ese día procurarían no pecar y, si caían en falta, que buscarían un sacerdote para expresarle su sincero arrepentimiento y solicitar su absolución.

A mediados de ese año, don José Domínguez nombró a Juan Yáñez responsable de los monaguillos, ejerciendo el oficio de sacristán, sin serlo, cargo que, años después, desempeñó el alumno Diego Becerra. Se encargaba de preparar los ornamentos del oficiante antes de iniciarse la Santa Misa o la Bendición, llenar las viajeras de vino y agua, colocarlas en orden sobre la bandeja y encender los cirios entre otras labores relacionadas con el mantenimiento del templo y la preparación de los oficios religiosos. En estas tareas le ayudaba, frecuentemente, Carlos Mejías.

—La vinajera del vino, Juanito, a la derecha de la del agua —le advertía don José Martí con un hilo de voz cuando Juan Yáñez se equivocaba al colocar las jarritas sobre la bandeja.

Juan y Carlos debían extraer del armario y de los cajones de la gran cómoda que había en el centro de la sacristía, los diversos ornamentos y la casulla con el color litúrgico que tocaba ese día: el blanco para el tiempo de Pascua y la Navidad, así como en algunas festividades de Jesús, la Virgen y los Santos; el rojo para los días de la Pasión de Cristo, el Domingo de Ramos y el Viernes Santo; el verde después de la Navidad y hasta la Cuaresma y desde Pascua hasta el Adviento y el morado en Adviento, la Cuaresma y la misa de difuntos.

Juan Yáñez y Carlitos Mejías se aficionaron a beber, cuando tenían oportunidad, un trago del vino de misa de la botella que se guardaba en uno de los armarios de la sacristía, pero que no representaba ningún obstáculo para los pícaros monaguillos, pues Juanito sabía donde se hallaba escondida la llave. Pero, fuera porque los muchachos repetían la libación con demasiada frecuencia, fuera porque los curas recelaban al ver como menguaba el nivel de la botella con el sagrado licor, lo cierto es que ambos fueron descubiertos en el pequeño fraude que cometían. ¿Cómo llegó don José Domínguez a saber que tomaban con descaro del vino de la misa? Después se supo que el experimentado y perspicaz sacerdote colocó, sin que los monaguillos reparasen en ello, una señal en la botella indicando el nivel que alcanzaba el vino el día anterior y así sabía si mermaba y cuánto mermaba. El desenlace fue que la falta les costó a Juan Yáñez y a Carlos Mejías sendos violentos y dolorosos “coscorriones” y un prolongado tirón de las orejas.

Había comenzado el tercer trimestre del curso cuando se hizo público un desagradable suceso que conmocionó a toda la comunidad educativa del Colegio Salesiano María Auxiliadora.

Se dice que en toda familia hay un garbanzo negro. Por desgracia, la familia salesiana de Algeciras tuvo también su garbanzo negro en la persona del consejero don José Domínguez, sacerdote sin vocación, temido por todos los alumnos por sus métodos antipedagógicos y los brutales castigos físicos que aplicaba, en muchas ocasiones, de manera indiscriminada y sin motivo alguno, si es que se puede alegar algún motivo para pegar y vejar a un niño. Aquel mal sacerdote que, siguiendo la máxima

evangélica expresada por San Marcos, mejor hubiera sido que se atara una piedra de molino al cuello y se arrojara al mar, cometió actos reprobables que repugnaban a la condición de ministro de la Iglesia y seguidor de la pedagogía donbosquiana que por su cargo debía secundar. El bueno de don Ricardo Barrueco Casado, a la sazón director de la institución, cuyo debilitado corazón es probable que no pudiera superar el disgusto que le provocó la conducta de su consejero, murió pocas semanas después de que don José Domínguez se viera obligado a abandonar el Colegio. En su lugar llegó un sacerdote jerezano formado en el Oratorio Santo Domingo Savio de aquella ciudad llamado don Lucas Sereno Caballero que asumió la función de consejero, quedando como catequista y profesor de canto el catecúmeno don Manuel González. Como director fue designado interinamente don José María Márquez hasta que, en el curso siguiente, se nombró a don Felicísimo como nuevo responsable del Centro. De las bondades y del ejemplar trato con los alumnos que puso en práctica el nuevo equipo directivo del Colegio se tratará en el próximo capítulo.

Carlos Mejías y el resto de compañeros de la Clase 4ª y de las demás aulas del Centro pudieron, por fin, respirar tranquilos habiéndose quitado de encima a aquel “trueno vestido de nazareno” (como lo hubiera denominado el poeta Antonio Machado).

En las clases de canto, dirigidas por don Manuel González, éste utilizaba como solista a un alumno de voz delicada y armoniosa que se llamaba Luis Melgar. Pero, cuando en una de las ocasiones en que hacía pruebas a los muchachos para comprobar sus cualidades canoras, este sacerdote observó que también estaba bien dotado para el canto Manuel Lara Delgado lo nombró segundo solista, pensando que, cuando a Luis Melgar, que estaba entrando en la pubertad, le cambiara la voz, Manolo Lara sería un buen sustituto, como así ocurrió. A partir de 1º de Bachillerato este alumno entonaba y daba la entrada de las canciones que se interpretaban en la Santa Misa para que los demás las continuaran cantando en el tono adecuado.

El curso llegaba a su final y una parte de los alumnos de don Antonio Trujillo se afanaron en prepararse para el duro examen de Ingreso que debía abrirles las puertas de acceso al Bachillerato Elemental. Pero hasta que llegara la fecha del examen, que sería en el mes de septiembre, la vida continuaba dentro y fuera de las aulas. Algunos, como Carlos Mejías y

Manuel Lara, asistieron, durante el verano, a las clases particulares que impartía don Antonio Trujillo en su casa de la calle Libertad, esquina con calle Sevilla.

Carlitos Mejías era un gran aficionado a la lectura de cuentos o tebeos. Poseía una ingente cantidad de ejemplares —algunos de ellos muy ajados por el uso— del Capitán Trueno, el Jabato, Roberto Alcázar y Pedrín, el Guerrero del Antifaz, el Espíritu de la Selva y también de cuentos de Hazañas Bélicas que eran sus preferidos. Dos o tres veces a la semana se acercaba a la librería-papelería de Curra Castro para cambiar los ejemplares ya leídos por otros nuevos. En el mes de febrero de 1963 el hijo de Manuel y de Juana conoció a Eduardo Sacramento, un muchacho de su misma edad que acompañaba a su madre, de origen portugués, a comprar carne y otros productos en la tienda de sus padres. Ambos participaban de la misma afición por la lectura de cuentos y quedaron en que Eduardo lo visitaría todos los viernes para intercambiar tebeos sin tener que abonar las pequeñas cantidades exigidas en la librería de Curra.

En las frías noches de invierno, Carlitos, después haber hecho los deberes que don Antonio Trujillo le había mandado para casa, se metía en la cama, previamente calentada con una bolsa de agua puesta casi a punto de ebullición, para dedicarse a la lectura de los cuentos que había cambiado con el hijo de la portuguesa. En ocasiones estas lecturas las realizaba en la mesa camilla que tenían los Mejías-da Silva en medio de la cocina —que era al mismo tiempo comedor y salita de estar— bajo la que ardía una “copa” o brasero preparado por su madre la tarde anterior en el patio de la casa con leña, picón y carbón vegetal.

En una de aquellas sesiones de intercambio de tebeos, Eduardo Sacramento le permutó a Carlitos un extraño cuento de hazañas bélicas por otro del Capitán Trueno. Su título era “Los Héroes de playa Girón” y narraba, con numerosas viñetas a todo color, la invasión y el desembarco de un ejército mercenario en una playa de Cuba y, cómo los cubanos, lograron rechazarlos después de infligirles numerosas bajas.

—¿De dónde has sacado este cuento, Carlitos? —Le demandó Manuel Mejías cuando vio sobre la mesa camilla el citado tebeo junto a otros del Jabato y del Guerrero del Antifaz.

—Se lo he cambiado al hijo de la portuguesa —respondió el niño sin comprender el súbito interés de su padre por aquel cuento de hazañas

bélicas—. Me ha gustado mucho, papá. Trata de una batalla librada en una playa en la que los que desembarcan son derrotados por un ejército y por la gente del pueblo.

—Ya sé de lo que trata, Carlitos. Pero mejor será que me lo quede y lo guarde en el armario que hay en el dormitorio. Y no le digas a nadie que tienes un tebeo que se titula “Los Héroes de playa Girón”.

Y en acabando de decir aquellas palabras, Manuel tomó el cuento de la mesa camilla y se lo llevó al dormitorio dejando a su hijo confuso y molesto.

—Muy bien, papá — masculló de mala gana el niño sin haber comprendido aún el motivo por el que su padre le había retirado aquel cuento de hazañas bélicas.

Lo cierto era que a Manuel Mejías le inquietó que alguien supiera que en su casa se guardaba una revista que hacía apología de la revolución castrista, pues ése era el verdadero contenido del cuento. “Los Héroes de playa Girón” narraba la fracasada invasión por un ejército formado por mercenarios estadounidenses y exiliados cubanos a la isla de Cuba en el mes de abril del año 1961 y la reacción del pueblo y del ejército revolucionario cubano que, en menos de tres días, lograron derrotar a los invasores y echarlos de Bahía de Cochinos no sin antes haber matado a muchos de ellos y logrado capturar a más de un millar de enemigos.

En el mes de septiembre una gran parte de los alumnos que habían cursado la Clase 4ª con don Antonio Trujillo —una decena de ellos dejaron de estudiar aquel año para incorporarse al mundo laboral en calidad de aprendices— se presentó al examen de Ingreso con el fin de poder promo-



Uno de los ejemplares del tebeo “El Espíritu de la Selva” adquirido en la librería de Curra Castro y que intercambiaba con Eduardo Sacramento.

cionar de curso y comenzar los estudios de Bachillerato Elemental. Los alumnos se sometieron, a primero de mes, al preceptivo examen de ingreso en el que Carlos Mejías obtuvo la calificación de notable y, unos días más tarde, los que habían superado dicho examen, se pudieron presentar a otra prueba en la que una buena parte de los examinandos lograron “Matrícula de Honor”, lo que possibilitaba acceder a una beca y poder estudiar gratuitamente en el Colegio Salesiano en el curso siguiente.

Entre los alumnos que obtuvieron “Matrícula de Honor” ese año habría que citar a Manuel Lara Delgado, Luis María Unciti Esparza y el propio Carlos Mejías. A partir de 2º de Bachillerato, el que aspiraba a obtener una beca debía acabar el curso anterior con una nota media de notable y sin haber suspendido ninguna asignatura.

## XII

### **EL CURSO PRIMERO DE BACHILLERATO: AÑOS 1963 y 1964. UNA SORPRENDENTE HUELGA DE ESTUDIANTES EN EL COLEGIO SALESIANO DE ALGECIRAS. AIRES NUEVOS SOPLAN EN EL CENTRO**

El curso 1963-1964, en el que Carlos Mejías y la mayor parte de los alumnos que fueron sus compañeros en la Clase 4ª habían promocionado a 1º de Bachillerato, que contaba con dos aulas o secciones: 1º A y 1º B, representó un cambio evidente y profundo, no sólo en la organización y el contenido de las materias a estudiar y el número de profesores que las iban a impartir, sino en las relaciones del alumnado con el nuevo equipo directivo salesiano que, una vez dejada atrás la negra etapa de aprendizaje por medio del temor a los castigos físicos instaurada por don José Domínguez, daría paso a otra nueva caracterizada por el respeto, el trato amable y la puesta en práctica del sistema pedagógico preventivo ideado por Don Bosco. Aunque aún quedaba un resquicio de autoritarismo y de castigos físicos en la persona de don Manuel —el que fue responsable de la Clase 4ª—, un buen profesor, como se ha referido, pero que tardaría algunos meses en adaptarse a los nuevos aires que don Lucas Sereno Caballero, el catecúmeno y profesor de canto don Manuel González, el director —don

Felicísimo— y el maestro contratado don Antonio Trujillo estaban imprimiendo en el Colegio Salesiano María Auxiliadora.

El Bachillerato Elemental se impartía en el Colegio Salesiano como centro reconocido elemental adscrito y dependiente del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Algeciras, ubicado en el edificio construido, según proyecto del arquitecto Trinidad Solesio González, entre los años 1934 y 1952, en las inmediaciones de la plaza de toros “La Perseverancia”. Las asignaturas y los profesores encargados de impartirlas eran los siguientes: Matemáticas y Lengua Española, don Antonio Trujillo González; Geografía de España, don Manuel; Religión, don Felicísimo; Dibujo, don José Ramos y Formación del Espíritu Nacional y Educación Física, don José Martín.

Carlos Mejías da Silva fue adscrito a la clase de 1º B, de la que formaban parte treinta y cinco alumnos, entre ellos Rafael Álvarez Ruiz, Félix Antón Lloret, Diego Becerra García, Francisco Blanco González, José Cabalga Griñolo, Valeriano Gálvez González, Norberto Jiménez Guerrero, Manuel Lara Delgado, Vicente Lloret Cano, Miguel Lloret Esquerdo, Juan José Conesa Mateos, Santiago Sánchez de la Corte, Pablo López Jiménez, José Michán Pérez, Federico Flores Hidalgo, José Antonio Ordóñez, Leonardo Pérez Luque, Emilio Roperó Alarcón, Fernando Ruiz Parias, Juan Felipe Simón Sanjuán, Domingo Trujillo Espinosa, Luis María Unciti Esparza y Juan Yáñez Ruiz. A partir de ese año la pandilla formada por Carlos Mejías y sus compañeros más allegados estaría formada por Manuel Lara Delgado, José Cabalga Griñolo, Leonardo Pérez Luque y Paco Zarrías. Este alumno, aunque estaba cursando 3º de Bachiller, hacía buenas migas con el grupo de Carlitos y con ellos se reunía en el patio o en la realización de actividades deportivas. En ocasiones se asociaban a la pandilla Luis María Unciti Esparza y Juan Yáñez Ruiz.

El horario escolar era el siguiente: Las clases se iniciaban a las 8.30 de la mañana y terminaban a las 12.30 para acudir a la iglesia y asistir a la celebración de la Santa Misa. De 10.30 a 11.00 los alumnos salían al patio para disfrutar de media hora de recreo. Por la tarde la hora de entrada era a las 3.00. Se impartían asignaturas hasta las 5.00 seguidas de media hora de recreo. De 5.30 a 6.30 se asistía a la última clase y, a partir de esa hora, había quince minutos de asueto. Luego se volvía al aula para asistir a lo que se llamaba el “Estudio”, que duraba hasta las 8.00 de la tarde. A



El grupo de 1º B (curso 1962-63) en una excursión a las sierras del Cobre. Comenzando por la parte superior de la imagen y de izquierda a derecha aparecen los siguientes alumnos: Pedro Valle, Diego Muñoz, José Cabalga, Leonardo Pérez Luque, Domingo Trujillo, José Michán, Vicente Lloret Cano, José Luis Collantes, Emilio Valdivia, Manuel Lara, Juan José Gómez del Cura, Antonio Vega de la Torre, Norberto Jiménez Guerrero, Juan Felipe Simón San Juan, Pablo López Jiménez, Manuel Ragel Luna, José Martos Orihuela, Miguel Lloret Esquerdo, Santiago Sánchez de la Corte, Ángel Blanquer Fillol, Bernardo Postigo López, Valeriano Gálvez González, Norberto Jiménez, Cristóbal Domínguez, Rafael Álvarez Ruiz, Antonio Cuello, Manuel Blanco y Fernando Ruiz Parias. El que sobresale detrás y por encima de todos sus compañeros es el protagonista de esta historia.

continuación se procedía rezar las oraciones y a dar las “Buenas Tardes”. Décadas después este horario hubiera sido considerado un atentado contra la libertad del niño y su derecho al juego, capaz de provocar en los pobres muchachos terribles e irreparables traumas.

Las clases de Lengua Española y Matemáticas eran tan agradables y productivas como las que había impartido, en esas mismas materias, don Antonio Trujillo en la Clase 4ª. Este profesor sabía utilizar los más acertados recursos didácticos para lograr la mejor comprensión de los temas por los alumnos, esforzándose para que todos, hasta los más retrasados o lentos en el aprendizaje, no se quedaran sin haber aprendido la lección.

Don José Ramos, el profesor de dibujo, era un ser especial, una mente original y excéntrica que, como buen artista, hacía con harta fre-

cuencia gala de alguna acción insólita, como combatir en duelo con alguno de sus discípulos utilizando las reglas de madera de la clase. Dibujaba con gran soltura y perfección. Los alumnos quedaban boquiabiertos cuando don José tomaba la tiza y, con movimientos rápidos y precisos, trazaba el rostro de una mujer o un caballo al galope en la pizarra.

—Comenzad a copiar la lámina —ordenaba mientras colocaba una gran naranja washingtona sobre la mesa—. Aquél que primero la acabe y con mayor exactitud la reproduzca recibirá como premio esta hermosa naranja.

La mayoría de los muchachos acometían el dibujo con apatía, pues eran conscientes de que Dios o la naturaleza no les había dotado con aptitudes artísticas, pero Manuel Lara Delgado y Carlos Mejías, que destacaban en la asignatura de dibujo, se tomaban muy en serio la competición, no tanto por conseguir la naranja, sino por amor propio y para demostrar que uno de ellos era el mejor dibujante de la clase. Al cabo de una hora el profesor, apoyado en el borde de la mesa y después de analizar y evaluar los trabajos presentados, declaraba vencedor a uno de los dos alumnos al que entregaba con gran ceremonia —como el que otorgaba un trofeo deportivo— la naranja. De este modo creía el excéntrico profesor que incentivaba a sus alumnos. Es necesario decir, en honor de la verdad, que procuraba repartir las naranjas entre los dos competidores, un día a uno y el segundo al otro, quizás para que ninguno se vanagloriase en exceso o para ejercer la justicia distributiva como un nuevo Salomón.

La asignatura de Formación del Espíritu Nacional era impartida, por imperativo de la Ley de Educación, por un profesor formado en la “Academia Nacional de Mandos José Antonio” con la misión de transmitir los valores éticos, políticos y morales de la Nueva España de Franco. Don José Martín era un leal representante del Régimen. Hombre de una esmerada educación, circunspecto y escaso en sonrisas, explicaba las bondades de las leyes emanadas de las Cortes con precisión de cirujano y exponía con seriedad y concreción los temas del libro de Ediciones Doncel, del que era autor Eugenio de Bustos, “Vela y Ancla”, que trataba del amor entre los miembros de la familia, la vida en sociedad, los oficios y toda una serie de capítulos dedicados a personajes españoles relevantes y a las características de las diferentes regiones, para terminar con unas glosas de las principales ciudades de la Nación y del concepto de unidad de España. Cada capítulo estaba iluminado con una llamativa ilustración a todo co-



Equipo de fútbol de 1º de Bachillerato (A y B). En la imagen aparecen, de arriba a abajo y de izquierda a derecha: Bernardo Postigo, José Martos, Juan Acedo, Jaime Santiago Lloret, Manuel Lara, Juan José Gómez del Cura, Domingo Trujillo, José Sánchez Miguel, Antonio Guerrero, Francisco Ruiz y José Manuel Vera.

lor. El loable objetivo de este texto, lo mismo que el de lectura del curso anterior: “El Libro de España”, que consistía en estrechar los lazos entre todos los españoles y estimularlos para que trabajasen en un proyecto común respetando la diversidad de las diferentes regiones de España, estaba condenado al fracaso por la profunda ideologización y la visión sectaria y parcial de los temas tratados.

También daba Educación Física, pero no podía ocultar su preferencia por la asignatura de formación política en detrimento del deporte. En eso demostraba una fidelidad sin fisuras con los postulados de la “Academia Nacional de Mandos” de la que procedía.

Don Felicísimo, el director del Centro y profesor de religión en 1º de Bachillerato, era un hombre silencioso y calmo. Delgado, de pelo cano y de elevada estatura, parecía caminar a cámara lenta lo que no compaginaba con su agilidad mental y su capacidad de raciocinio. Hablaba poco y con voz suave, casi imperceptible. Era un sacerdote que podría haberse dedicado a la vida contemplativa como anacoreta o como fraile cartujo, pero que con dificultad se adaptaba a la labor donbosquiana de moverse

entre muchachos proclives por su naturaleza a enredar y zascandilear; lo que no impedía reconocer la buena labor que desarrolló en los pocos meses que estuvo al frente del Colegio.

Un asunto que preocupaba a don Lucas Sereno Caballero —que ese año asumía la doble función de consejero y catequista— y a don Felicísimo, aunque no lo exteriorizaran, era el encaje del profesor de geografía, don Manuel, en el nuevo estilo que se estaba imponiendo en la institución educativa. Este profesor que se había ganado con justicia fama de severo y de emplear el castigo físico como un medio para lograr que sus alumnos aprendieran las lecciones —hay que reconocer que con excelentes resultados— debía adaptarse a las nuevas prácticas basadas en el respeto a los jóvenes y al abandono del viejo axioma “la letra con sangre entra”, aunque él considerase que no debía cambiar ni un ápice sus exitosos métodos de enseñanza.

La temida clase de geografía de España se impartía los lunes, miércoles y viernes de tres a cuatro de la tarde.

Don Manuel colocaba a los alumnos en corro, en torno al aula y, a continuación, preguntaba desde el primero hasta el último la lección que tocaba ese día:

—Carlos Mendoza —exclamaba, señalando al alumno que encabezaba el corro—: ¿Sabrías decirme los ríos gallegos?

Si Carlos sabía la respuesta, nada sucedía. Pero si la ignoraba o la exponía de manera incompleta, le daba un papel con un número —el 1, que significaba que la primera respuesta había sido errónea— y le ordenaba que se pusiera en la cola. Luego hacía otra pregunta al siguiente. Una vez acabada la primera ronda de preguntas, una parte del alumnado se hallaba situado en la cola, detrás del que sostenía en su mano el número 1, lo que indicaba que todos ellos habían fallado una vez. Entonces procedía a realizar la segunda ronda de preguntas. Y así hasta interrogar a los azorados alumnos en tres ocasiones. Una vez cumplimentadas las tres interpelaciones, algunos muchachos permanecían en la cabecera del corro sin haber fallado ninguna de las tres; otro grupo —que seguía al que portaba el número 1— había fallado una vez; a continuación se hallaban los que iban tras el número 1, que se habían equivocado —para su desgracia— dos veces y un tercer grupo se situaba detrás del alumno que poseía el papel con el número 3, lo que significaba que no había acertado ninguna de las tres preguntas.

Acto seguido y en medio de un silencio expectante, el profesor se situaba en el borde de la tarima y llamaba a los desdichados que habían fallado 1, 2 o 3 de las preguntas a su presencia aplicándoles un doloroso castigo consistente en tomarlos por las patillas y, durante varios minutos, sostenerlos con los pies separados del suelo. La duración del castigo dependía del número de preguntas falladas.

A Carlos Mejías, a Luis María Unciti y a Manuel Lara les tocó soportar un prolongado tirón de patillas el primer día de clase, pero se conjuraron para no sufrir más tan humillante suplicio. Al hijo de Manuel y de Juana le daban las dos de la madrugada estudiando la lección de geografía que tocaba al día siguiente y memorizándola acompañado de su buena madre que permanecía junto a la mesa camilla para interrogar al niño hasta que le recitaba de carretilla el tema. De todo aquello se extrajo que Carlitos Mejías no volviera a recibir el castigo del tirón de patillas y que, a lo largo de toda su vida, fuera capaz de exponer, sin error alguno, la relación de ríos cantábricos o gallegos, las cordilleras de España, las comarcas de Castilla la Vieja o la red hidrográfica del país.

Faltaban dos semanas para el inicio de las vacaciones de Semana Santa del año 1964 cuando aconteció un suceso que, por lo extraordinario e inesperado, es necesario relatar, sobre todo para que el lector alcance a comprender la verdadera dimensión y la trascendencia de los cambios que estaban teniendo lugar en el Colegio Salesiano desde la llegada de don Lucas Sereno Caballero y don Felicísimo. Con este episodio acabaron para siempre los severos y dolorosos métodos de enseñanza del profesor de geografía y de cualquier otro que albergara aún la idea de retornar a los castigos físicos como un medio para lograr el aprendizaje de los alumnos.

Una tarde, los muchachos de las dos clases de primero de Bachillerato, las sesiones A y B, se pusieron de acuerdo para plantarse en el patio a la hora de entrar en sus respectivas aulas negándose a asistir a la lección de geografía de España. Don Lucas, que como consejero, era el responsable de mantener la disciplina del alumnado y hacer que se cumplieran las normas del Colegio, preguntó que a qué se debía aquella actitud.

—No entraremos en la clase de don Manuel hasta que nos asegure que a partir de hoy cesarán los castigos físicos por no saberse la lección —declaró el delegado de clase, Pablo López Jiménez.

Don Lucas se quedó sin habla, o al menos esa era la impresión que daba, aunque luego se comentó que el astuto consejero jerezano tenía algo que ver con aquella sorprendente huelga de los alumnos de primero de bachillerato. Don Manuel, que esperaba en el porche la entrada de sus alumnos en clase, palideció.

—No es ésta una manera civilizada de manifestar vuestro descontento —arguyó el consejero—. Medios hay para que vuestras quejas lleguen a la dirección del Centro sin tener que utilizar una acción tan desagradable como ilegal.

Los alumnos rebeldes, como una sola persona, seguían en la fila sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—No entraremos, don Lucas, hasta que don Manuel no nos prometa que se acabaron los tirones de patillas —manifestaron con firmeza varios alumnos sabiendo que, en aquel arriesgado desafío, estaba siendo apoyado por todos sus compañeros.

Temiendo que aquel acto de rebeldía se extendiera a los demás alumnos que esperaban en formación para entrar en sus respectivas aulas, el consejero, situándose en lo más alto de las gradas que separaban el patio del porche, dijo con potente voz:

—Que todos los alumnos, excepto los de 1º A y 1º B, accedan a sus aulas. Ya veremos qué medidas se han de tomar con vosotros —y señaló con su dedo índice a los amotinados.

Don Manuel había abandonado el porche y se había dirigido al despacho de don Lucas, que se encontraba aún junto a la puerta de entrada.

Cuando todos los cursos, menos los dos primeros de bachillerato, hubieron desaparecido por la puerta que daba acceso a las clases acompañados de sus respectivos profesores, el consejero, sin perder la calma que lo caracterizaba, se acercó a la cabecera de las dos filas que formaban los rebeldes. El desagradable asunto había llegado a oídos del director, don Felicísimo, que raudamente acudió al patio donde estaba teniendo lugar la huelga estudiantil. Durante unos cinco minutos don Lucas, intercambiando miradas con el director, permaneció en silencio, quizás valorando el problema y buscando cómo solucionarlo sin tomar medidas drásticas. Al cabo de ese tiempo dijo:

—Entrad en clase, muchachos. Entretanto me reuniré con don Manuel en mi despacho con el fin de hallar una solución y dar respuesta a vuestras demandas.

Los alumnos accedieron a sus aulas, aunque aquel día el profesor cuestionado no se presentó a impartir la asignatura. Al día siguiente don Manuel entró en el aula con los muchachos y con voz pausada y tono de suficiencia ordenó que estudiaran lo que quisieran y que se mantuvieran en silencio: “Puesto que no queréis dar clase conmigo, a partir de hoy no pienso impartir más la asignatura de Geografía”. Al cabo de una semana el profesor debió reflexionar y reconsiderar su postura porque las clases de geografía de España se reanudaron. No se sabe lo que el profesor y don Lucas hablaron en el despacho del consejero, pero, a partir de aquellas tensas jornadas, nunca más don Manuel empleó el castigo físico con los alumnos que no se sabían la lección.

Como se ha dicho, don Manuel era un maestro nacional, con oposición, adscrito al Colegio Salesiano como perteneciente al Consejo Escolar de Enseñanza Primaria del Campo de Gibraltar. No se sabría decir si a causa de aquella insólita huelga de sus alumnos que cuestionó sus métodos o por otros motivos, en el curso siguiente este profesor dejó de impartir enseñanza en el Colegio Salesiano incorporándose como maestro en uno de los centros públicos existentes en la ciudad.

La primera y, probablemente última, huelga de estudiantes acontecida en el Colegio Salesiano María Auxiliadora había acabado con el triunfo de los huelguistas y, posiblemente, con el beneplácito de don Lucas y de don Felicísimo que podían vanagloriarse de que, desde esas fechas, en su Centro educativo no se aplicaban ya los viejos y antipedagógicos —contrarios al pensamiento y a la obra de Don Bosco— castigos físicos.

El curso 1963-1964 transcurrió sin que ningún otro suceso extraordinario perturbara la paz del Centro. Al finalizar el mismo, don Felicísimo fue trasladado a otro Colegio, y su lugar como director fue ocupado por don Gabriel Ramos Chávez, del que más adelante se tratará. Una parte del alumnado de 1º B promocionó al siguiente curso, con cuyos miembros, unidos a los que pasaron de 1º A, a los que repitieron y a otros muchachos que llegaron de otros colegios, se constituyó el curso 2º de Bachillerato.

Carlos Mejías, que en el mes de mayo había cumplido los catorce años, obtuvo unas excelentes calificaciones, con una nota media de notable —lo que le permitió disfrutar un año más de la beca otorgada por el Ministerio de Educación—, destacando los sobresalientes en las asignaturas de Religión y Geografía de España.



## XIII

**2° CURSO DE BACHILLERATO: AÑOS 1964 y 1965.  
DON GABRIEL RAMOS CHÁVEZ, DON LUCAS SERENO  
CABALLERO Y DON ALFONSO FRANCIA:  
OTRA MANERA DE EDUCAR. CARLOS MEJÍAS  
Y JUAN YÁÑEZ SE HACEN CARGO DEL CINE.  
PRIMER CAMPAMENTO DE VERANO  
EN CORTES DE LA FRONTERA**

El curso 1964-1965, en el que Carlos Mejías realizó los estudios de 2° de Bachillerato en compañía de treinta y cinco alumnos procedentes —como se ha dicho— de los dos grupos —A y B— que se habían creado para formar 1° más algunos muchachos venidos de otros colegios, comenzó con algunas novedades organizativas y un nuevo estilo en el modelo educativo más acorde con el sistema pedagógico instaurado por el santo de Turín que debía iluminar y guiar el ideario y las actuaciones de todos los colegios salesianos.

A don Lucas Sereno Caballero, que asumió el cargo de catequista, se unió el nuevo director, don Gabriel Ramos Chávez, y un joven y diligente sacerdote que, con su modo de tratar a los alumnos, sus ideas claramente conciliaristas, su profunda formación religiosa y su don de

gente, revolucionaría la vida del Centro de Algeciras. Su nombre era don Alfonso Francia y se hizo cargo del comprometido puesto de consejero.

Don Lucas era un sacerdote delgado, de rostro huesudo, pero de una actividad corporal casi juvenil. Jugaba al fútbol con una pericia sorprendente. Se remangaba la sotana y driblaba hábilmente a los contrarios conduciendo el balón con una destreza impropia de quien iba lastrado por el hábito talar hasta la portería contraria para batir al alumno que hacía de guardameta. Era un gran aficionado a la fotografía. No se celebraba un evento en el Centro o se realizaba una excursión sin que el catequista jerezano llevara colgada del cuello su cámara fotográfica del tipo *Rolleiflex Standard* alemana.

Don Gabriel Ramos era ancho de cuerpo y algo entrado en carnes, afable y de buen trato. A diferencia de otros directores anteriores que permanecían muchas horas en el despacho, don Gabriel se mezclaba con los alumnos en el patio, conversaba con ellos de sus problemas y de sus intereses y procuraba atenderlos en sus necesidades. Tenía los labios carnosos, la testa grande con pronunciadas entradas y el cabello semicano peinado hacia atrás. Portaba con frecuencia unas gafas oscuras graduadas, probablemente porque la luz del sol le producía alguna molestia.

Don Alfonso Francia tenía la piel oscura, el pelo negro y los dientes blancos como la leche y una habilidad corporal semejante a la de don Lucas. Como el catequista, también jugaba muy bien al fútbol, a veces sin sotana, vistiendo unos pantalones bombachos y una camiseta blanca. Siempre llevaba la cara adornada con unas grandes gafas. Su mirada era inquisitiva, más para aparentar severidad y rigor que por poseer un carácter agrio e inflexible. Su llegada al Colegio fue una bendición por sus ideas modernas —sin duda seguía con atención las novedades aportadas por las sesiones del Concilio Vaticano Segundo— y sus actitudes verdaderamente donbosquianas y porque, aunque aparentaba una gran severidad en razón del cargo que ostentaba —no sonreía nunca cuando estaba ejerciendo de consejero— era todo amabilidad y buenas palabras cuando se hallaba de solaz con sus alumnos, jugando al fútbol en el patio o de excursión. Todos los jóvenes del Centro lo respetaban por su seriedad pero, al mismo tiempo, le tenían en gran consideración. Era querido por la muchachada que sabía apreciar el amor y la dedicación que el buen sacerdote le dispensaba.

Éste era el nuevo equipo directivo salesiano que se encargaría de conducir el Centro en los siguientes decisivos años y que aportaron, con su saber hacer, una visión innovadora de la educación y de la catequesis y una dedicación sin límites a los jóvenes (las puertas del Colegio estaban abiertas para ellos —como más adelante se podrá comprobar— todos los días de la semana, incluyendo los sábados y los domingos). Su llegada trajo al Centro un aire de modernidad, sosiego y prestigio profesional que contrastaba con los métodos y el estilo seguidos en tiempos precedentes.

El curso de 2º de Bachillerato, en el que estaba inscrito Carlos Mejías, se constituyó, como se ha dicho, con los alumnos que promocionaron de 1º A y 1º B y algunos otros que repetían o llegaron trasladados de otros centros. Un buen número de los muchachos que habían cursado 1º abandonaron en ese año los estudios para incorporarse al mundo laboral como aprendices de oficio.

Los compañeros de curso de Carlos Mejías eran los siguientes: Rafael Álvarez Ruiz, Francisco Blanco González, Ángel Blanquer Fillol, José Cabalga Griñolo, Rafael Cañamaque Calvente, Valeriano Gálvez González, José Carlos García Hurtado, Francisco García García, Francisco García Jódar, Juan José Gómez del Cura, Norberto Jiménez Guerrero, Manuel Lara Delgado, Vicente Lloret Cano, Miguel Lloret Esquerdo, Juan José Conesa Mateos, Santiago Sánchez de la Corte, Pablo López Jiménez, Manuel Lucas Blanco, José Antonio Cuello, Federico Flores Hidalgo, José Martos Orihuela, José Michán Pérez, Diego Muñoz Álvarez, José Antonio Ordóñez, Leonardo Pérez Luque, Emilio Roperó Alarcón, Fernando Ruiz Parias, Jaime Santiago Lloret, Juan Felipe Simón Sanjuán, Domingo Trujillo Espinosa, Luis María Unciti Esparza, Emilio Valdivia Reina, Antonio Vega de la Torre y Juan Yáñez Ruiz.

Otra novedad que provocó una auténtica revolución entre el alumnado del Centro fue la incorporación, por primera vez en la historia del Colegio Salesiano de Algeciras, de una mujer en la plantilla de profesores. Su nombre era Josefina Escalante y se hizo cargo de la asignatura de Geografía Universal. Pepita Escalante era una joven de elegante figura, voz de tiple y muy guapa, de la que, pronto, se enamoraron platónicamente, varios alumnos. Acostumbrados a la tosquedad propia del género masculino, la irrupción de aquella mujer de verbo cálido y tono aflautado vino a representar un novedoso soplo de aire fresco.

La asignatura de Lengua Española la impartió aquel año don José Joya Ruiz que, también, ejercía de profesor en el Instituto Nacional de Enseñanza Media. La incorporación de estos dos licenciados se debía a la exigencia del Ministerio de Educación de que, al menos, hubiera dos profesores titulados a cargo de algunas de las asignaturas en los niveles de bachiller.

Al frente de las matemáticas se encontraba don Lucas Sereno Caballero, que no era experto en esa rama del saber. Por ese motivo a mitad de curso se hizo cargo de la asignatura el profesor externo don Antonio González. El idioma —que en el Centro era la lengua francesa— lo impartía con buena voluntad pero, como don Lucas con las matemáticas, con pocos conocimientos, don Gabriel Ramos Chávez y la religión un sacerdote salesiano que era capellán militar y se llamaba don Hermenegildo.

Como en el curso anterior, el Dibujo estuvo a cargo del profesor don José Ramos y la Formación del Espíritu Nacional —la “Política” en el argot de los alumnos— la seguía impartiendo don José Martín, aunque tras su fallecimiento a finales del segundo trimestre se responsabilizó de esta asignatura y de la Educación Física don Francisco Prieto Pozas. Este profesor, pequeño pero fuerte como un toro y buen deportista, también se había formado en la “Academia Nacional de Mandos José Antonio”, aunque la pátina de la ideología franquista había penetrado muy someramente en su persona. Al contrario que su antecesor daba prioridad al deporte en detrimento de la formación política. Hasta tal punto dedicaba escasa atención a las lecciones que debía dictar del libro oficial “Aprendiz de Hombre”, cuyo autor era el prestigioso literato Gonzalo Torrente Ballester, editado por Doncel, que cuando ponía un examen, generalmente al finalizar cada mes, salía de clase y dejaba solos a Carlitos y a sus picaros compañeros que no perdían ni un segundo en sacar el grueso libro del bueno de Torrente y aplicarse con denuedo en copiar las preguntas que don Francisco les había dictado para que las contestaran. Varias décadas después, con ocasión de una conversación mantenida por Carlos Mejías —por entonces profesor de E.G.B.— con “Pacopi”, como le llamaban en los años en que la Formación del Espíritu Nacional había pasado a mejor vida, sus amigos y los lectores de sus artículos en el diario “Area”, le dijo:

—Vamos, hombre, como que yo no sabía que aprovechabais mis ausencias para sacar el libro y copiar las preguntas. Pero ¿no crees que era

una inteligente manera de que, al menos, aprendierais los cinco temas que con tanta tensión copiabais?

Unas semanas antes de que se iniciaran las vacaciones de Navidad, don Gabriel Ramos Chávez convocó en su despacho a Juan Yáñez —con el que había intimado y en quien confiaba, no en vano continuaba ejerciendo la labor de sacristán sin serlo— y a Carlos Mejías. El despacho del director se hallaba situado en el pabellón donde se localizaban las habitaciones de los sacerdotes y coadjutores, en la planta baja, cuyas ventanas daban a los jardines aterrazados que conformaban la entrada. Don Gabriel los recibió sentado en su mesa leyendo unos folios que sostenía en su mano derecha.

—¿Sabéis lo que es esto?

Hizo aquella pregunta retórica a sabiendas de que los dos muchachos no podían conocer el contenido de aquel escrito, como tampoco lo conocían los restantes miembros de la familia salesiana de Algeciras.

—Es una carta del Rector Mayor que acabo de recibir —declaró señalando el breve documento—. En ella me comunica que a través de una instrucción emitida por el cardenal Larraona, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, titulada *Inter Oecumenici* y fechada el 26 de septiembre de este año, hemos de realizar ciertas obras y reformas en la iglesia, entre ellas mover el altar de sitio para que el oficiante no dé la espalda a los fieles sino que celebre de cara a los congregados. Y algo más. Se acabó la Santa Misa en latín. A partir de ahora, Juanito, los monaguillos deberéis decir las preces en castellano. Son los signos de los tiempos...

Los dos jóvenes, que habían tomado asiento en un diván que había delante de la mesa de don Gabriel por indicación de éste, pusieron cara de circunstancia, pues no entendían que tenía que ver con ellos una resolución que sólo a los sacerdotes afectaba. El director, depositando el documento sobre la mesa, continuó haciendo uso de la palabra.

—Pero si os he mandado llamar ha sido por otro motivo —manifestó.

Carlos y Juan Yáñez esperaban intrigados conocer la razón de su presencia ante el director del Colegio.

—No sé si sabéis que, hasta ahora, un alumno de cuarto curso se ha estado haciendo cargo del cine —dijo—; de vender las entradas, de elegir las películas que se han de proyectar y solicitarlas a la distribuidora y de

hacer de tesorero contando el dinero recaudado, anotándolo y guardándolo en la caja fuerte.

—Sabemos que un compañero de 4º curso era el que vendía las entradas y hacía de portero en el cine, don Gabriel —respondió Juan Yáñez al que parecía dirigirse el director.

—Pues bien. Ese compañero ya no puede continuar ejerciendo esa labor porque a su padre, que es militar, lo han destinado a otra ciudad y se va a dar de baja en el Centro —declaró el sacerdote—. He pensado que podéis, tú Juan y tú Carlos, responsabilizaros del cine y de la tarea de contratar las películas, recaudar el dinero de las entradas para pagar a la distribuidora y ejercer de tesoreros. ¿Estáis de acuerdo?

Los dos jóvenes intercambiaron sus miradas con el propósito de conocer el uno lo que pensaba el otro sobre el asunto propuesto por el director. Carlos Mejías creyó que era una buena oportunidad para poder ocupar un puesto de prestigio que muchos hubieran querido tener y, al mismo tiempo, demostrar su buena disposición y ganarse la confianza del sacerdote. Tomando la iniciativa, dijo:

—Puede contar con nosotros, don Gabriel. No le defraudaremos.

—Eso espero —respondió esbozando una leve sonrisa don Gabriel Ramos.

Al hacerse cargo del cine, los dos amigos tenían acceso al despacho del director sin tener que esperar a que los convocara. En uno de los armarios de la dirección se guardaba un fichero de madera que contenía un centenar de fichas con los títulos de las películas, la calificación moral de las mismas dada por la Iglesia, la dirección y el teléfono de la distribuidora que las alquilaba y el precio del alquiler de cada una que dependía de la antigüedad del film y del éxito obtenido en los cines comerciales. También disponían los dos alumnos de una pequeña caja fuerte portátil en la que se guardaba el libro de contabilidad y el dinero producido por la actividad cinematográfica.

Era necesario contar siempre con un remanente o fondo de dinero del que había que disponer para alquilar la película elegida cada domingo y comprar las lámparas de xenón del proyector si se fundían. Lo cierto era que el “negocio” del cine en el Colegio era autosuficiente, generando ganancias que permitían mantener la actividad sin estrecheces y sin tener que recurrir a la financiación propia del Centro.

Una vez elegida la película —generalmente se recibía por carretera el viernes o el sábado por la mañana— se entregaba en la cabina al operador, cuyo nombre era Epifanio. La devolución de los carretes introducidos en cajas circulares de hojalata metidas en sacas de lona se hacía por el mismo medio de transporte.

Cada domingo, a las cuatro y media de la tarde, Juan Yáñez y Carlos Mejías instalaban un improvisado puesto de venta de entradas junto a la única puerta que se habilitaba para poder acceder a la sala de proyección. La entrada costaba cinco pesetas.

A la proyección cinematográfica dominical podían asistir los alumnos del Colegio, sus familiares y amigos y cualquier otra persona que abonara el precio de la entrada y tuviera un buen comportamiento en el transcurso de la proyección. Al margen de los matriculados en el Centro, era frecuente que asistieran numerosas alumnas del vecino Colegio de la Huerta de la Cruz. Las monjas las ubicaban en el anfiteatro y las hacían entrar en absoluto silencio, cuando la película ya estaba empezada, para que los alumnos no percibieran su presencia. Al finalizar la proyección las hacían salir del mismo modo con similar propósito.

El cambio de responsables en el cinematógrafo se reflejó pronto en el tipo de películas que se proyectaban. A los films de “El Gordo y el Flaco” o de temática exclusivamente religiosa los sustituyeron películas, en blanco y negro o en color, de ciencia ficción o los famosos *peplum* basados en la historia antigua de Roma o de Grecia. Entre 1964 y 1966 se pro-



Película estadounidense, en blanco y negro, producida en 1954, que se proyectó en el cine del Colegio Salesiano en el curso 1964-65.

yectaron en el cine del Colegio Salesiano de Algeciras películas como “La Humanidad en peligro”, que presentaba un mundo contaminado por la radiación atómica en el que las hormigas adquirían tamaños gigantescos amenazando la vida del planeta; “Hércules y la reina de Lidia”; “¿Quo Vadis?”; “La túnica sagrada”, “Molokai” o algunas de Alfred Hitchcock como “Extraños en un tren”, “Crimen perfecto” o “La ventana indiscreta”.

Es necesario señalar que para poder presenciar la proyección de la película los domingos a partir de la cinco, los alumnos del Centro debían asistir a la celebración de la Santa Misa, por la mañana, y a la Bendición del Santísimo, por la tarde a las tres y media. Cada muchacho poseía un carnet de asistencia plastificado en el que aparecían tantos dobles casilleros en blanco como domingos tenía el trimestre. Antes de acceder el alumno de 2º de Bachillerato a la iglesia para oír la Santa Misa, José Michán se encargaba de recoger todos los carnets para estamparles un sello que indicaba que dicho alumno había asistido al oficio religioso. Al término del mismo se devolvía el carnet a su propietario. Por la tarde, antes de entrar a la Bendición, se repetía la misma operación. Sólo los alumnos que presentaban el carnet con los dos sellos podían acceder ese domingo al cine para asistir a la proyección de la película.

En el mes de marzo de 1965 el tío de Carlos Mejías, Rafael Matoso Turrillo, que seguía siendo “Eta” para el hijo de Manuel y de Juana, cayó gravemente enfermo, aquejado de una dolencia pulmonar, teniendo que solicitar la baja en el Arsenal gibraltareño donde, por esas fechas, trabajaba. Aunque su curación fue lenta, antes de terminar el año se pudo incorporar a sus labores en la colonia británica totalmente restablecido. Mas no sería por mucho tiempo. Transcurrido un año, debido principalmente al pernicioso grado de humedad que se filtraba a través de las paredes de su casa de la calle Los Arcos y a no haber abandonado la adicción al tabaco, recayó y, en esa ocasión, sería para no restablecerse. No obstante, aún tuvo tiempo, antes de fallecer el 22 de diciembre de 1969, de demostrar una vez más el cariño que sentía por su sobrino político como se podrá comprobar en el relato de los años 1967 y 1968.

Antes de finalizar el curso, en el que Carlos Mejía logró mejores calificaciones que el año escolar precedente, con una “Matrícula de Honor” en Dibujo y una nota más modesta en matemáticas, lo que iba señalando claramente que sería la rama de letras o el arte lo que se im-

pondría en el futuro en la vida académica del muchacho, don Alfonso Francia y don Lucas reunieron a los alumnos del recién terminado 2º de Bachillerato en el aula cuando terminaron las clases.

—Muchachos: ha finalizado un curso que ha transcurrido con total satisfacción por parte del profesorado —manifestó don Lucas—. Espero que hayáis aprovechado el año, tanto para incremento de vuestros conocimientos, como para formaros como personas y buenos cristianos. Don Alfonso y yo mismo hemos solicitado la autorización del señor director y la ayuda económica de algunos amigos empresarios de la ciudad para que podamos organizar un campamento de verano en Cortes de la Frontera. Comunicadlo a vuestros padres y, antes de que os machéis de vacaciones, traed por escrito el permiso paterno para que podamos ultimar la organización de un acontecimiento que, sin duda, será de vuestro agrado.

—La estancia prevista, si no surge algún contratiempo —añadió don Alfonso—, abarcará desde el 1 hasta el 20 de agosto.

A mediados de junio acabaron las clases para los cuatro cursos de bachillerato. Unos días más tarde dio comienzo la Feria Real. La pandilla de Carlos Mejías, formada por Manolo Lara, Pepe Cabalga, Juan Yáñez y Leonardo Pérez Luque, se emplazó en el Hoyo de los Caballos, unos cerros cercanos al solar donde, en esos años, se instalaba la feria de Algeciras y luego se edificó la iglesia parroquial de San Antonio, para conversar, hablar de las chavalas que ya empezaban a interesar a algunos, casi todas ellas alumnas del Colegio Huerta de la Cruz, e iniciarse en el ritual de fumar cigarrillos en grupo sin ser molestados.

Manolo Lara, en algunas ocasiones, y Juan Yáñez, en otras, eran los encargados de comprar el paquete de cigarrillos “Bisonte”, un rubio español sin filtro que por su precio se podían permitir adquirir los miembros de la pandilla. Para ahorrar, encendían un pitillo y lo pasaban de boca en boca dando profundas chupadas —para mejor saborearlo— y provocando en los más inexpertos sonoros golpes de tos, hasta que se acababa el manoseado cigarrillo y se encendía otro.

—¿Sabéis por qué se llama este sitio el Hoyo de los Caballos? —preguntó Carlos Mejías señalando las depresiones que había en torno a los cerros donde se hallaban aposentados.

—Porque aquí se reúnen los caballos y los burros antes de llevarlos al mercado de ganado de la Feria —adujo Leonardo Pérez Luque que, por

su cercanía con los jugadores del Algeciras Club de Fútbol, creía estar más enterado que el resto de sus compañeros de las cosas de la ciudad.

—No es ésa la respuesta, Leonardo —intervino de nuevo Carlos Mejías—. Mi madre me ha contado que mi abuelo Cándido “El Portugués”, que era un gran aficionado a los toros, le dijo que, antes de que los caballos de los picadores estuvieran obligados a llevar petos, en cada corrida morían dos o tres que eran enterrados, al terminar el festejo, en este lugar. De ahí el nombre de “Hoyo de los Caballos”.

Todos quedaron convencidos con la explicación dada por el hijo de Manuel y de Juana, aunque el terco de Leonardo seguía defendiendo con ahínco su versión del asunto.

Desde los cerros del “Hoyo de los Caballos” se podía contemplar la Feria —instalada en los terrenos situados detrás del Parque desde 1957— con sus diversas calles iluminadas con arcadas de luces de colores y estrellas parpadeantes colgando de sus claves, las atracciones funcionando desde media mañana y las casetas instaladas en el Real esperando el anochecer para iniciar el baile —en aquellos años la feria sólo funcionaba durante la tarde y la noche—.

Los miembros de la pandilla, después de haber fumado tres pitillos de manera colectiva disfrutando del placer que proporcionan las cosas prohibidas y degustar varios caramelos Pictolines para disimular el olor del tabaco, quedaron citados a las nueve de la noche junto a la portada de la feria, ubicada en el arranque de la Avenida, para pasear, montarse en las nuevas atracciones instaladas ese año, probar suerte con el tiro al blanco y degustar algodón rosa de azúcar.

Aquel mes de julio de 1965, que fue uno de los más calurosos sufridos por los algecireños desde hacía varias décadas, Manolo Lara y Carlos Mejías, a la espera de que llegara el ansiado día de subir al tren-correo para comenzar a disfrutar del Campamento de Verano en Cortes de la Frontera, se desplazaban a la playa del Rinconcillo para bañarse y hacer prácticas de judo en la arena o a los “pelotes” de la Isla Verde para zambullirse en las cálidas aguas de la dársena. Una tarde se dirigieron a unas extrañas estructuras portuarias que emergían en el flanco norte de la carretera de la Isla. Desde lo alto de una de sus paredes de hormigón se lanzaban al agua sin conocer la triste historia de aquellos muelles abandonados y cubiertos de verdín y escaramujos desde hacía más de un año.

Aquel fracasado e inconcluso muelle de pasajeros y automóviles, conocido popularmente con el despectivo nombre de “la Peseta” por la semejanza —de lo que quedaba de él— con el obsceno signo de enseñar el dedo corazón con los demás plegados, iba a ser destinado al embarque y desembarque de pasajeros y automóviles desde los nuevos barcos del tipo “ferry-boats” —el “Victoria” y el “Virgen de África”— dotados de vías de ferrocarril para posibilitar el transporte de vagones hasta los puertos de Ceuta y Tánger. Para ello se preveía horadar un túnel por debajo de la meseta de la Villa Vieja —obra que se acometería varias década más tarde— para que pudiera acceder a dicho muelle el tren.

El proyecto fue aprobado, con la oposición del Comandante de Marina y del representante de la Cámara de Comercio local, en 1951, comenzando las obras en 1954. Pero los autores de tan ambicioso plan de obras no contaron con los fuertes vientos dominantes y el poco espacio existente para las maniobras de los “ferry-boats” y, al cabo de diez años, en 1964, después de haber invertido la Junta de Obras del Puerto más de 16 millones de pesetas de la época, las obras del muelle de pasajeros y automóviles quedaron abandonadas. Y eran sus ruinosos espigones los que servían de trampolín a Carlos Mejías y a Manolo Lara en aquel cálido verano de 1965.

Por fin llegó el día de la partida hacia la población de Cortes. A las ocho de la mañana del 1 de agosto los veinticinco entusiastas excursionistas acompañados de don Alfonso Francia, vestido para la ocasión con un pantalón bombacho de verano, una sahariana suelta o blusa de color blanco y unas zapatillas de deporte de lona, sin signos externos de su sagrado ministerio; don Lucas Sereno Caballero, con similar indumentaria y su sempiterna cámara de fotos colgada del cuello y un sacerdote —excelente músico de teclado— que venía a pasar el verano al colegio de Algeciras, llamado don Marcial, se hallaban reunidos en el andén de la estación del ferrocarril de la Avenida Agustín Bálamo para subir al tren-correo de Granada que los debía conducir hasta la estación de Cortes de la Frontera.

Una vez subidos todos al convoy y distribuidos en dos vagones, el jefe de estación dio la orden de partida y la locomotora de vapor comenzó a resoplar, lanzando al mismo tiempo varios pitidos, y a moverse con su carga de alegres y bulliciosos muchachotes.

A las diez de la mañana descendieron los jóvenes y sus mentores del tren que, un par de minutos después, continuó su viaje en dirección a la ciudad de la Alhambra. Sobre el estrecho andén de la estación se amontonaban las maletas y bolsos de viaje de los alumnos y de los dos excursionistas que, sin estar matriculados en el Colegio Salesiano, habían sido invitados por los sacerdotes para que participaran en el Campamento. Los afortunados que pudieron gozar, aquel verano, de la estancia en la acogedora población de la serranía rondeña, la mayor parte de ellos alumnos que habían cursado 2º de Bachillerato, pero otros de 1º, 3º y 4º, eran: Manuel Lara Delgado, Carlos Mejías, Luis María Unciti Esparza, Juan Yáñez Ruiz, Pablo López Jiménez, José Michán, Francisco Zarrías, Juan Felipe Simón Sanjuán, Norberto Jiménez Guerrero, José Castillo, Miguel Arana, Diego Becerra, Pedro Rebollar, Daniel Enríquez, Bernardo Postigo, José Luis Collantes, Diego Salas Sierra, Persi Parsarán Aswani, Rafael Fenoy Rico y su hermano Carlos y los invitados Manuel Fernández y un tal Parrado. También viajaba con los expedicionarios la cocinera del colegio, una señora enjuta y callada llamada Antonia junto con sus dos hijos.

Lo habitado de la Estación del Ferrocarril de Cortes de la Frontera se extendía a lo largo de la orilla derecha del río Guadiaro, conformando una serie de ranchos-huertos de feraces tierras, a unos dos kilómetros y medio del núcleo urbano. Cortes, un poblachón de casas blancas y tejados de rojizas tejas árabes, fue un asentamiento de altura que estuvo ocupado por los romanos —como lo atestiguaban las dos monedas de bronce de esa época halladas por Carlos Mejías en el campo de fútbol—, luego por los musulmanes de al-Andalus hasta el siglo XV y, más adelante, por los hacendados moriscos hasta el siglo XVII. La población estaba encaramada sobre la cumbre, en forma de meseta alargada, de una colina situada al pie de una sierra de farallones calizos y grisáceos llamada Blanquilla.

Para trasladarse hasta las instalaciones donde se hallaba ubicado el Campamento, en las afueras de Cortes, utilizaron los recién llegados un destartado y viejo autobús que cubría el trayecto entre la estación y el pueblo varias veces al día en una media hora. Pertenecía a la empresa de transporte “Autobuses Huercano”. Miedo daba subir en él porque, cuando emprendía la marcha, temblaba y se quejaba como si estuviera al borde de exhalar su último suspiro.

El Campamento de Cortes de la Frontera, que funcionaba como un campamento internacional, pues justo antes de la llegada de la gente de Algeciras había estado ocupado con jóvenes de varias naciones, consistía en una serie de habitáculos sin terminar ubicados al sur del pueblo, junto a un terrizo y desangelado campo de fútbol y a una piscina rodeada de un muro alto que también era la piscina municipal. Constaba de tres edificios que, como se ha dicho, estaban a medio acabar: una construcción de una sola planta, ésta mejor terminada, con muros de ladrillos enfoscados y encajados donde se hallaban la cocina, los dormitorios de los responsables del Campamento y las letrinas y duchas. Detrás, en mitad de una ladera cubierta de hierbas secas y algunos arbustos, se localizaba el salón-comedor, una especie de tinglado con tejado constituido por un armazón de troncos sin desbistar y matas de brezos con paredes de ladrillo que no llegaban hasta el techo. En su interior había una decena de mesas largas y de bancos para que tomaran asiento los comensales. En una zona más alejada, ladera abajo, se hallaba el dormitorio de los acampados: una construcción también inacabada, con tejado de uralita, pero abierta a todos los vientos con los vanos para las puertas y las ventanas sin cubrir. En este pabellón se habían instalado unas quince literas dobles para el descanso de los muchachos. Allí dormían los jóvenes acampados y don Lucas Sereno Caballero. Don Alfonso Francia y don Marcial —que sólo estuvo ese verano en el Colegio— descansaban en los dormitorios existentes en el edificio principal, junto a la cocina.

Un aspecto del Campamento que no se puede dejar de mencionar es que estaba todo él rodeado de almendros, a esas alturas del verano en sazón y cargados de frutos a la espera de que aquellos atrevidos excursionistas las tomaran de las ramas. Aunque el dueño de almendral estaba siempre ojo avizor y se daba largos paseos provisto de un grueso bastón por sus propiedades rústicas, los osados y hábiles muchachos se las ingeniaban para burlarlo y agenciarse grandes cantidades de almendras. Carlos Mejías, Luis María Unciti, Paco Zarrias, Juan Yáñez y Manolo Lara Delgado retornaron a Algeciras con sus maletas cargadas con varios kilos del preciado fruto seco, además de las grandes cantidades de ellos que engulleron *in situ*.

La jornada comenzaba a la ochos de la mañana. Después de asearse y hacer las camas se procedía a realizar la oración del día y, a continuación, a degustar el desayuno que consistía, generalmente, en una rebanada



En la piscina municipal de Cortes de la Frontera. Verano de 1965. En la imagen: Manolo Fernández, Luis María Unciti, Pepe Michán, Bernardo Postigo, Persi Parsarán y el protagonista de este relato.

del aromático y crujiente pan del pueblo con manteca y un vaso de leche con chocolate o café. Algunos días don Lucas traía bizcochos de una pastelería de Cortes. Luego se pasaba a colaborar con la cocinera ayudando a pelar patatas, a barrer las diferentes dependencias del campamento, limpiar las letrinas y las duchas o acometer cualquier otra labor de adecentamiento de las instalaciones para acabar la mañana bañándose todos en la piscina municipal. A medio día se tomaba la comida principal, se dormía la siesta y, por la tarde, se asistía a clase informal de canto o a la realización de juegos y competiciones para acabar, al caer la tarde, dirigiéndose al pueblo, pasear por la plaza del

Ayuntamiento o el parque y confraternizar con la gente del lugar. Todos los domingos, después de desayunar, se dirigían a Cortes para asistir la Santa Misa en la iglesia parroquial.

Al margen de estas ocupaciones de carácter ordinario, en el transcurso de los veinte días de campamento, se desarrollaron diversas actividades de mayor relevancia. Un día se realizó una expedición y una visita al campamento de la Organización Juvenil Española (O.J.E.) que se hallaba instalado en una zona boscosa a unos nueve kilómetros de Cortes en la carretera de Ubrique. Los jóvenes salesianos pudieron conocer a sus miembros, todos ellos de la categoría cadetes, vestidos con llamativos uniformes azules —boina, camisa y pantalón corto— y contemplar la ciudad de lona donde residían con los tres mástiles, erigidos en el centro de la plaza formada por las hileras de tiendas de campaña, con las banderas de España —ondeando con el águila imperial negra—, de la Falange, roja y negra con el yugo y las flechas, y de la O.J.E. con la cruz potenziada y el

león rampante en su centro. Los guías, miembros de más edad que eran los responsables de las escuadras, les comentaron a los visitantes cómo, cada día, debían cumplir una consigna y renovar las promesas de la organización. Los alumnos salesianos se congratularon por no estar sometidos, como los acampados de la O.J.E., a unas normas tan rígidas ni a cumplir toda una serie de obligaciones en el transcurso de la jornada.

Otro día hicieron una excursión a una laguna de montaña que se hallaba a unos siete kilómetros del pueblo. Otro ascendieron al Monte de la Cruz, impresionante formación caliza situada al oeste de la población que dominaba el valle del Guadiaro. Una mañana de domingo jugaron un partido de fútbol con una selección de jóvenes de la localidad. Carlos Mejías, que habitualmente ejercía de guardameta, no participó en ese enfrentamiento futbolístico quedando la portería defendida por Pablo López Jiménez.

Todos los sábados se proyectaba una sesión doble en el cine de verano instalado en la plaza de toros del pueblo. Los jóvenes de Algeciras



Equipo de fútbol de los acampados que se enfrentó a una selección de la localidad. De pie y de izquierda a derecha: Don Lucas Sereno Caballero, Pablo López, Juan Yáñez, Paco Zarrías, Manolo Fernández, Pepe Michán y don Alfonso Francia. Agachados: José Castillo, Juan Felipe Simón, Manolo Lara, Bernardo Postigo y José Luis Collantes.



Cantando en los alrededores del Campamento. De izquierda a derecha: José Castillo, Juan Felipe Simón, Juan Yáñez, Diego Becerra, don Alfonso Francia, Pablo López, Parrado, el protagonista de este relato, Pepe Michán, Paco Zarrías, Miguel Arana, Manolo Lara, Luis María Unciti y Manolo Fernández.

asistieron a una de estas largas sesiones para ver la película “Como dos gotas de agua”, interpretada por las actrices Pili y Mili, seguida de otra de indios. La anécdota la protagonizó Emilio Valdivia que a mitad de la proyección lanzó un desgarrador grito de dolor: le había picado un alacrán en la pierna. Según se supo después de haber acontecido el incidente, el albero del coso taurino estaba plagado de escorpiones a causa del poco uso que se hacía del mismo.

En el fin de semana último de estancia de los jóvenes de Algeciras en Cortes de la Frontera se celebraron las fiestas del pueblo en honor de los santos patronos San Roque y San Sebastián. Se corrió una vaquilla por las calles y una banda de música interpretó pasodobles y pasacalles. Por la noche se iluminó el pueblo con luces de colores y banderitas y se celebró un baile popular en la plaza del Ayuntamiento, un noble edificio construido en 1784 por iniciativa del rey Carlos III con doble galería en la fachada realizada con sillares de piedra arenisca —lo que resultaba extraño en una zona donde lo que predominaba era la roca caliza gris—.

Los sótanos del Ayuntamiento, con ventanucos enrejados situados a ras del suelo, se utilizaban como cárcel. Las noches del sábado y del domingo los acampados salesianos no dejaron de acudir a la plaza para bailar o, al menos, intentarlo, con algunas de las mozas del pueblo.

Una actividad que es necesario reseñar la protagonizaron el sacerdote don Marcial y el alumno Manuel Lara Delgado. Este cura que, como se ha referido, tocaba con gran maestría el piano y el órgano, solicitó autorización al párroco del pueblo para poder tocar el órgano de tubos de la iglesia en el transcurso de la misa de los domingos. Don Marcial interpretaba con el beneplácito y el agrado de los asistentes la tocata y fuga de Johann Sebastián Bach o el *Panis Angelicus* de Cesar Frank. A veces acudía a la iglesia con Manolo Lara, a hora en que no se celebraban oficios religiosos, para tocar por placer y ensayar canciones acompañado de la voz del alumno que ejercería de solista en la iglesia del Colegio Salesiano de Algeciras desde mediados del curso anterior. En dos ocasiones tocaron y cantaron en la misa de 10 de los domingos con la asistencia de numerosos fieles del pueblo.

El campamento acabó y los expedicionarios regresaron a Algeciras en tren, cansados pero satisfechos por haber podido convivir durante veinte días con sus compañeros de estudio y profesores en un ambiente saludable y armonioso.



## XIV

### **3º CURSO DE BACHILLERATO: AÑOS 1965 y 1966. JOSÉ HUIDOBRO Y EL DIBUJO DEL PASEO MARÍTIMO. LA FUERZA IMPARABLE DEL SEXO EN LA PUBERTAD. LAS INUNDACIONES PRODUCIDAS POR EL ARROYO DEL TIRO.**

En el mes de septiembre del año 1965 se iniciaron las clases en el Colegio Salesiano María Auxiliadora de 3º de Bachillerato, curso formado por los alumnos que habían promocionado de 2º y algunos repetidores del año anterior. Ocupó la misma aula que habían tenido los alumnos en el año precedente. Al finalizar el curso 1964-65 don Alfonso Francia fue trasladado a otro colegio y don Lucas Sereno caballero asumió las tareas de consejero, pasando un sacerdote recién llegado, de nombre don Manuel Prol, a ejercer el cargo de catequista.

Los alumnos que acompañaron, ese año, a Carlos Mejías fueron los siguientes: Manuel Álvarez Luna, Rafael Álvarez Ruiz, Antonio Astorga Neto, Francisco Blanco González, Ángel Blanquer Fillol, José Cabalga Griñolo, Juan José Conesa Mateos, Santiago Sánchez de la Corte, Rafael Cañamaque Calvente, Antonio Fernández Labrador, Valeriano Gálvez González, Francisco García García, José Carlos García Hurtado, Francisco García Jódar, Juan José Gómez del Cura, Manuel Hidalgo, Norberto

Jiménez Guerrero, Manuel Lara Delgado, Vicente Lloret Cano, Miguel Lloret Esquerdo, Pablo López Jiménez, Manuel Lucas Blanco, Diego Medina Marmolejo, José Michán Pérez, Diego Muñoz Álvarez, Leonardo Pérez Luque, Emilio Roperó Alarcón, Fernando Ruiz Parias, Jaime Santiago Lloret, Juan Felipe Simón Sanjuán, Domingo Trujillo Espinosa, Luis María Unciti Esparza, Emilio Valdivia Reina, Antonio Vega de la Torre y Juan Yáñez Ruiz.

Las asignaturas del curso eran las siguientes: Lengua Latina, Matemáticas, Ciencias Naturales, Francés, Dibujo, Religión, Formación del Espíritu Nacional y Educación Física. Religión la impartía don José María Márquez; Ciencias Naturales don Antonio Hernández, también profesor del Instituto; Francés don Gabriel Ramos; Matemáticas don José Luis; Latín don Penín; Dibujo don José Ramos que, por diversas causas, no acabó el curso, y F.E.N. y Educación Física don Francisco Prieto Pozas.

En el transcurso de ese año, algunos miembros de la pandilla que rodeaba a Carlos Mejías —Manuel Lara, José Cabalga, Juan Yáñez y Paco Zarrías—, se decantaron definitivamente por la práctica del baloncesto, no sólo porque carecía, la mayor parte de ellos, de cualidades balompédicas —a diferencia de su compañero Juan José Gómez del Cura que acabó jugando en el Algeciras Club de Fútbol y, después, en primera división en el Celta de Vigo—, sino porque don Francisco Prieto promocionó ese deporte en el Colegio por el que demostraba tener una especial querencia.

No debió quedar al margen de esa predilección de Carlos y sus amigos por el baloncesto el que los padres salesianos, siguiendo sin duda la estela de San Juan Bosco en el Oratorio de Turín, dejaran abiertas las puertas del Centro fuera del horario escolar para que los alumnos jugaran a baloncesto en la cancha que se había habilitado en uno de los patios y que luego sería utilizada para entrenar y jugar los partidos oficiales por el equipo “Picadero”, con jugadores como Juan Antonio Valle, Juan Arrabal Román, Tomás Díaz Pacheco, Urbano y Sevillano.

A Carlos Mejías y a sus amigos les daban, a veces, las diez de la noche practicando este deporte. Incluso los sábados por la tarde acudían para entrenar a partir de las tres y media. Era don Lucas el que salía de sus aposentos para abrirles la puerta y entregarles el balón que guardaba en su habitación. Hasta cerca del anochecer permanecían ejercitándose con el balón *Super K* que pertenecía a uno de los alumnos de 4º cuya

familia gozaba de un estatus económico que le permitía adquirir tan solicitado esférico.

En el mes de noviembre Carlos Mejías se desplazó a la barriada donde había nacido, a la casa número 6 de la calle Coronel Figueroa, en la que residía su tía abuela Josefa Díaz con su marido José Huidobro y su único hijo Pepe, a los que hacía seis meses que no visitaba. Pepe Huidobro, que por entonces contaba con treinta y cuatro años de edad, era de elevada estatura, delgado, de rostro afilado y ademanes mesurados. Peinaba el cabello hacia atrás y presentaba unas incipientes entradas. Vestía ropas humildes, aunque no exentas de elegancia. Cuando su primo Carlos golpeó con la aldaba —consistente en un puño de hierro pintado de verde— la puerta de la casa, fue Pepe el que acudió a abrir y el primero en besar y abrazar al recién llegado.

—Tú por aquí, primo —exclamó al tiempo que le franqueaba la entrada y lo tomaba del brazo para acompañarlo a la salita de estar donde se hallaba sentada oyendo la radio la tía Josefa—. Pasa, mi madre se llevará una sorpresa.

En el pasillo que conducía a la sala, Carlos Mejías se paró para contemplar dos dibujos que se hallaban enmarcados y colgados de la pared cuya existencia conocía pero que cada vez que los veía despertaba su curiosidad y su admiración. Uno era un pequeño autorretrato de Pepe Huidobro. El otro un dibujo hecho con lápices de colores sobre papel, con unas dimensiones de cincuenta por doce centímetros, que reproducía con gran fidelidad, una vista panorámica de las obras que, entre 1942 y 1952, se llevaron a cabo en el llamado Muro de Ribera, luego Paseo Marítimo, para conectar el muelle de la Galera y la Marina —espacios que comenzaban a estar saturados por el tráfico de camiones— con la carretera de Málaga a la altura de la Granja.

Es necesario decir que Pepe Huidobro, pintor autodidacta, de haber nacido en otra época y en otro lugar, hubiera llegado a ser un artista de reconocido prestigio. Era —y sigue siendo— un dibujante excepcional, de trazo suelto pero seguro, capaz de reproducir, no sólo los rasgos físicos del retratado, sino también su alma, sus características psicológicas. Buen ejemplo de ello era su magnífico autorretrato de joven realizado a lápiz que colgaba de la pared del pasillo y al que él no le daba ninguna importancia.

Pero lo que llamó más la atención de Carlos Mejías, por la minuciosidad de los trazos, los abundantes detalles, el dominio de la perspectiva y el representar una zona de Algeciras que tan notables cambios había experimentado en las últimas décadas, fue el dibujo a lápiz de colores de las obras de construcción del Paseo Marítimo.

—Primo —le dijo Carlos a Pepe Huidobro cuando estuvieron situados frente al dibujo en cuestión—, cuéntame cuándo lo hiciste, desde dónde está tomada la vista y que son las vías, el tren y las máquinas que se aprecian en primer plano.

Carlitos se acercó, antes de que su primo comenzara la explicación de aquel interesante dibujo, a la salita para besar a la tía Josefa y transmitirle los saludos que le enviaba sus padres. A continuación, ambos parientes se sentaron en sendas sillas con asientos tapizados con cretona que había en un recodo del pasillo, desde el que se divisaba el cuadro, para que el dibujante autodidacta iniciara la descripción del mismo.

—Antes de que la Junta de Obras del Puerto acometiera, en 1942, las obras que ves en este dibujo —comenzó diciendo Pepe Huidobro— un acantilado, en el que la gente arrojaba los escombros y basuras, y una playa pedregosa, eran el límite de Algeciras en dirección este. Los trenes, los camiones y los automóviles que entraban o salían del puerto lo hacían necesariamente a través de la Marina y circulando por la calle Segismundo Moret provocando muchos inconvenientes a los peatones y a los negocios instalados en esa zona de la ciudad. Fue ése el motivo por el que en 1941 se aprobó el proyecto de construcción del Muro de Ribera para habilitar una carretera que descongestionara la Marina. El objetivo era ofrecer otra salida para los vehículos desde los muelles de la Galera y Pesquero hasta la Carretera Nacional a través de la playa que discurría por debajo del acantilado.

—¿Y cuándo hiciste el dibujo? —indagó el hijo de Manuel y de Juana.

—Estaba yo haciendo la mili. Corría la primavera del año 1952 y me encontraba en el Cuartel del Regimiento de Artillería de Costa N° 5. Aproveché un rato de asueto para situarme en el borde del acantilado y, en un folio doble que cogí de la oficina del regimiento, comenzar a plasmar con un lápiz la formidable y ruidosa actividad laboral que se estaba desarrollando a mis pies. El boceto, realizado con un lápiz de mina negra, lo completé en casa con lápices de colores.

—¿Qué son esas líneas paralelas que surgen de la Marina y se pierden a mitad del dibujo entre montones de rocas —preguntó intrigado Carlos Mejías señalando lo que parecía una vía como la que recordaba haber visto en su infancia, en compañía de su tío Rafael Matoso, sobre el inestable puente de la Isla Verde.

—Es el tendido de los raíles del tren de vía estrecha que transporta en vagonetas de obras las piedras necesarias desde la Cantera de los Guijos hasta el Muro de Ribera. En un principio, a mediados de los años veinte, el tendido de la vía llegó a la Isla Verde a través del puente construido para proporcionar el material pétreo con el que se elaboraban los bloques del rompeolas; luego, a finales de esa década, se tendió un nuevo tramo de vía hasta alcanzar el muelle pesquero para llevar piedras a las obras de dicho muelle y, en 1942, se volvió a ampliar el tendido de la línea férrea a través de la Marina hasta el Muro de Ribera. En el dibujo represento el tramo final de la vía, las vagonetas de obras y la locomotora de vapor arrojando humo.

—¿Y esos camiones que parecen llevar sacos, probablemente de cemento?

—Son algunos de los grandes y pesados camiones rusos que la empresa concesionaria de don Carlos Loring Martínez habían comprado al Gobierno de la Nación. Antes pertenecieron al ejército republicano, pero fueron requisados por los Nacionales al final de la Guerra Civil. Eran vehículos enormes y ruidosos que consumían muchos litros de combustible.

—En un segundo plano creo divisar varios camiones asfaltando la calzada y farolas colocadas en la margen derecha del Paseo.

—No te equivocas, Carlitos. Cuando hice el dibujo las obras estaban casi finalizadas y sólo restaba el asfaltado de la carretera y la iluminación del paseo, que es lo que están haciendo algunos camiones y varias cuadrillas de trabajadores que se dedican a ir colocando las farolas en la acera, cerca del borde del mar.

Verdaderamente —pensó Carlos Mejías—, aquel minucioso dibujo realizado en 1952 por Pepe Huidobro era un testimonio único para poder conocer en el futuro cómo se llevaron a cabo las obras de construcción del Paseo Marítimo de Algeciras<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Desgraciadamente, cuando a principios del siglo XXI el protagonista de este libro se interesó por aquel magnífico dibujo con el fin de publicarlo, su autor le comunicó que, desde que falleció su madre, Josefa Díaz, el cuadro estaba en paradero desconocido.

Después de asistir a tan instructiva lección sobre aquella reveladora y detallista obra pictórica que plasmaba un acontecimiento fundamental en el desarrollo urbanístico de la ciudad, el sobrino nieto de Josefa Díaz aceptó compartir la merienda con sus parientes antes de retornar a su casa de la calle Navarra.

La querencia de la pandilla de Carlos Mejías por el Colegio y por el encuentro y la convivencia entre sus miembros se evidenciaba en las muchas horas que pasaban en las instalaciones del Centro, pergeñando acciones que se podrían considerar travesuras propias de la edad, aunque a veces subidas de tonos, y al deporte. Como las tardes estaban ocupadas con las lecciones y las largas sesiones de estudio, eran los sábados, a partir de las tres y media, y los domingos, los días dedicados a entrenar a baloncesto o a charlar sentados en la escalinata que accedía al teatro y a la sede de la Asociación de Antiguos Alumnos, entidad que se hallaba, por aquellos años, en franca decadencia.

Uno de los miembros de la pandilla, Paco Zarrias, que se hallaba encuadrado en 4º Curso, era el responsable de custodiar las llaves maestras de todo el Colegio. Esa circunstancia lo convertían en un elemento fundamental en el organigrama del grupo, pues por su mediación podían acceder a cualquiera de las instalaciones y dependencias del Centro a horas no lectivas, incluso a zonas vedadas a los alumnos como la biblioteca privada de la Congregación, a la que acudían a veces para consultar u hojear libros cuya lectura les estaba prohibida.

Una de las actividades clandestinas que acometían con bastante frecuencia, con la colaboración de Paco Zarrias y a espaldas de los confiados salesianos, era visitar a hora intempestiva —para trajinar sin miedo a ser descubiertos— el laboratorio de ciencias para realizar “experimentos”. Era el poseedor de la llave maestra el que dirigía la operación porque, al estar estudiando en 4º, daba la asignatura de Física y Química y estaba informado de lo que debían o no debían hacer con los productos químicos para evitar que el laboratorio estallara o sufrieran los noveles científicos algún grave percance.

Un sábado por la tarde, estaba avanzado el mes de febrero y una fina lluvia y un viento molesto y frío les había obligado a recluirse en el laboratorio abandonando el partido de baloncesto que estaban jugando en la cancha que había delante de la escalinata del teatro, cuando decidieron

fabricar pólvora y construir un cañón que les sirviera de prueba para comprobar sus efectos. Mezclaron, en diversa proporción —según indicación del “científico” Paco Zarrias— carbón molido, clorato potásico y azufre. Hicieron varios ensayos, empleando cantidades distintas de cada uno de los componentes para poder conocer la reacción de la mezcla al ser prendida con una llama. Cuando entendieron que habían logrado fabricar una pólvora lo suficientemente rápida y potente, salieron al exterior, a la linde del huerto. Llenaron con el explosivo un tubo metálico al que previamente se le había aplastado uno de los extremos y realizado un orificio por donde poder introducir el fuego y, después de haberle colocado un tapón de madera en el extremo libre, le acercaron la llama de una cerilla. La explosión fue descomunal. El tubo metálico se quebró a lo largo dejando escapar los ardientes gases, por fortuna sin herir ni quemar a ninguno de los arriesgados artilleros. Alarmados por el tremendo estruendo, los vecinos de la cercana calle Domingo Savio salieron a las puertas de sus casas y, en el interior del Colegio, don Evaristo y don Lucas acudieron atraídos por el ruido del fallido cañón al lugar de la explosión sin poder saber a ciencia cierta qué era lo que había ocurrido porque el grupo de osados e inconscientes alumnos había puesto pies en polvorosa y se hallaba ya lejos de la escena del crimen.

—Ha sido la rueda de un coche que ha estallado —sentenció don Lucas.

Otro día —cuando se hubo olvidado el inoportuno accidente— Manolo Lara, Pepe Cabalga, Carlos Mejías, Leonardo Pérez Luque y el poseedor de la llave maestra, Paco Zarrias, se encerraron otra vez en el laboratorio, en esta ocasión con el propósito de hacer experimentos con ácidos y observar sus efectos. Decidieron mezclar ácido sulfúrico con agua para comprobar cómo la temperatura de la mezcla se incrementaba sin tener que utilizar ningún foco calorífico.

—Recordad: siempre “él” sobre “ella” —avisaba el “experto” Paco Zarrias.

Pero uno de los atrevidos “químicos” o no oyó la advertencia del alumno de 4º o quiso hacer de aprendiz de brujo y ver lo que sucedía si se hacía lo contrario. Lo cierto es que tomó la probeta con el agua y la echó sobre el cuenco que contenía el ácido. Sobrevino una pequeña explosión y multitud de ardientes partículas acuosas de la mezcla salpicaron en todas direcciones. Ninguno de los presentes resultó quemado, pero la camisa

de seda rosa y cuello alto que estrenaba aquel día Carlos Mejías quedó convertida en un colador.

Sin embargo, este segundo accidente no desalentó a los osados miembros de la pandilla que, cuando tenían ocasión y estaba disponible la llave maestra del bueno de Paco Zarrías, volvían a acceder al laboratorio para continuar con sus arriesgados experimentos.

Asegura un dicho popular que la primavera la sangre altera. Ese aserto cobra más fuerza y verosimilitud si la sangre pertenece a un muchacho que está cerca de cumplir los dieciséis años cuyo cuerpo se halla sometido a un auténtico vendaval de sensaciones nuevas y sentimientos desconocidos hasta entonces provocado por la eclosión incontrolada de las hormonas masculinas. Carlos Mejías no estuvo exento de la aparición de este fenómeno que, en la pubertad, afecta a todos los jóvenes y, como un tsunami que distorsiona deseos e intereses, comenzó a sentir una poderosa atracción hacia el sexo opuesto, situación que se dio, como no podía ser de otra manera, en los demás miembros de la pandilla.

Una tarde de mediados del mes de abril, entretanto que ensayaban en el teatro una comedia de los Hermanos Quintero que habían de representar en la fiesta de final de curso, Leonardo Pérez Luque que, por su cercanía y amistad con los jugadores del Algeciras Club de Fútbol —como se ha dicho— a los que, a veces, acompañaba en sus desplazamientos a otras ciudades, era el más experto en temas relacionados con el sexo, trajo unas revistas ilustradas escritas en inglés con numerosas fotografías de mujeres desnudas. Conscientes del peligro que corrían si don Lucas o algunos de los sacerdotes salesianos aparecía por el escenario y los sorprendía contemplando aquellas publicaciones extranjeras tan “pecaminosas”, se recluyeron en el sótano, debajo del escenario, y, arremolinados en torno a las revistas, comenzaron a pasar las hojas para poder saborear aquellos cuerpos desnudos que les lanzaban miradas lascivas ofreciendo, con descaro y sin pudor, sus turgentes pechos y ocultando levemente con sus manos las zonas genitales para incrementar el deseo de los fogosos observadores.

—Madre mía, qué tetas... —decía uno.

—Está para comérsela —añadía otro.

—¡No pases tan rápido las páginas, picha! —Ordenaba un tercero.

En aquella agradable labor estuvieron más de media hora, analizando los diferentes cuerpos para decidir cuál era el más apetecible o cuál

de las lujuriosas muchachas poseía mejor culo o más voluminosas tetas. Al cabo de ese tiempo, Leonardo, que era el propietario de las escabrosas revistas, las guardó en su maleta dando oportunamente fin a la sesión de sexo visual, pues no pasó un minuto sin que hiciera acto de presencia el bondadoso y despistado don Manuel Prol que preguntó qué era lo que hacían todos metidos en el sótano, a lo que Carlos Mejías le respondió que estaban buscando, en el arcón que allí había, ropas apropiadas para la representación de los Hermanos Quintero.

Y así acabó aquel pase secreto de sexo ilustrado que, no cabe dudas, dejó con la miel en los labios a los ardientes e inexpertos zagalones de 3º de Bachillerato.

Pero la incipiente vida sexual de Carlos Mejías tendría continuidad unos días más tarde, en el transcurso de las sesiones del cinematógrafo que tenían lugar los domingos, a partir de las cinco, en el mismo escenario donde habían podido contemplar los cuerpos desnudos y deseables de las mujeres de las revistas.

Desde que comenzó el 2º Curso, a diario acudía a la celebración de la Misa y todos los domingos al cine, una muchacha, conocida de la Casa que se llamaba Marinieves. Tenía la misma edad de Carlos, aunque físicamente estaba más desarrollada, presentando todos los caracteres sexuales secundarios de una mujer. Desde que irrumpió en la vida de Carlos Mejías y Juan Yáñez —que es necesario recordar que eran los encargados de vender las entradas y controlar a los espectadores que accedían a la sala de proyección—, los dos muchachos bebían los vientos por la joven. Pero como era tímida y de pocas palabras no les era fácil entablar conversación con ella y menos intentar un contacto más íntimo que es lo que, al cabo, ambos deseaban. No quedaba al margen de las dificultades para el acercamiento el temor de la muchacha a que don Lucas la sorprendiera en actitud demasiado afectuosa con los dos pícaros alumnos de tercero.

Pero como tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe, así ocurrió con Marinieves y su relación con los dos encargados del cine, pues aquel mes de abril pudieron ver cumplidos sus deseos y gozar de la muchacha que, sin decir palabra, pero mostrándose receptiva, accedió a que Carlos Mejías y Juan Yáñez le acariciaran los muslos amparados en la tentadora oscuridad del cine. Carlos se sentaba a su lado durante la proyección del primer rollo de película y Juan durante el segundo.

Ambos tenían la precaución de separarse de Marinieves cuando estaba próximo el final del rollo y se encendían las luces de la sala, para evitar que algún sacerdote o la llegada de improviso de don Lucas, pudiera verlos en plena faena.

Para Carlos Mejías aquella primera experiencia erótica con una muchacha fue enormemente gratificante, no sólo porque podía sentir la sensación cálida y suave de una piel de mujer en sus manos, sino también por lo de transgresión de la moral y acceso a lo prohibido que representaba estando tan cerca el sacerdote que debía velar para que los actos de los alumnos se desarrollaran dentro de la ética y de la moral cristiana. Pero como Dios, o la Naturaleza, han creado a los seres animados con el irrefrenable impulso del sexo con el fin de favorecer la procreación y posibilitar la perpetuación de las especies, nada iba a apartar a Carlos y a Juan de las agradables sesiones de caricias con Marinieves los domingos por la tarde.

Al cabo de un mes de estar dedicados a aquella labor tan grata — que debía serlo también para la conocida de don Lucas, pues no dejaba de asistir cada domingo a la sesión de cine y sentarse en la butaca que estaba al alcance de los dos jóvenes predadores— los muchachos creyeron que había llegado la hora de avanzar en el flirteo y propusieron a Marinieves quedar después de la proyección de la película, a lo que ella se negó rotundamente no permitiendo que la acompañaran fuera de sala cuando volvía a su casa. Las sesiones eróticas en el cine del Colegio Salesiano continuaron hasta que acabó el curso 1965-66. Con la llegada del verano se dio fin a los encuentros esporádicos con la complaciente muchacha. En el curso siguiente, Marinieves, o no acudía a ver la película las pocas veces que los miembros de la pandilla acudían al cine, o si lo hacía se situaba lejos del alcance de los dos ardientes muchachotes que entendieron que la casi inocente relación con la joven había terminado.

En otro lugar de este libro se ha hecho mención al arroyo del Tiro que discurría, en paralelo a la calle Andalucía, por detrás de las casas situadas en su flanco sureste. Las lluvias torrenciales que, entre los meses de diciembre y marzo, azotaban la zona del Estrecho provocaban frecuentes y devastadoras riadas e inundaciones causadas por el desbordamiento del citado arroyo y del río de la Miel. Cuando esto sucedía, la lengua de agua cenagosa corría calle Andalucía abajo entrando en las viviendas de dicha calle y, sobre todo, de las cercanas Los Arcos, Navarra, Asturias, Extre-

madura y Galicia. Los moradores de estas viviendas, con la intención de impedir la entrada de la avalancha de agua en sus casas, habían colocado tablas de más de medio metro de altura en el umbral de sus puertas, vano intento de luchar contra la poderosa riada, pues no era extraordinario que el nivel de la crecida alcanzara los sesenta o setenta centímetros.

La inundación más grande y destructora sufrida por los algecireños que habitaban las zonas bajas de la ciudad aconteció en el mes de diciembre de 1970, aunque en los años anteriores habían sucedido repetidos episodios de desbordamiento del arroyo del Tiro y anegamiento de viviendas en las calles antes citadas.

En el mes de marzo de 1965 cayeron sobre Algeciras y sus alrededores cien litros de lluvia por metro cuadrado en menos de tres horas. El río de la Miel se desbordó anegando la parte baja de la ciudad, fenómeno que acontecía con mayor gravedad cuando la crecida coincidía con la pleamar. El arroyo del Tiro se salió de madre y el agua se precipitó por la calle Andalucía acumulándose en la calle Navarra en el tramo donde se hallaban las viviendas de Manuel Mejías, Manolo “El sordo”, la familia de los Pizarro y Manuel Lara Arjona. El nivel de la riada alcanzó, en el interior del hogar de los Mejías-da Silva, el metro de altura, inutilizando las mercancías de la tienda y el frigorífico en el que guardaban las carnes preparadas para la venta, teniendo la familia que buscar refugio en el gallinero que Manuel había construido en lo alto de la cocina. Carlos, su hermana Francisca y su madre se vieron obligados a pasar la noche rodeados de las asustadas aves de corral y del fuerte hedor a excremento que desprendían los sorprendidos animales, mientras el marido salía a la calle para buscar una solución a aquella devastación. La situación comenzó a normalizarse a eso de las tres de la madrugada cuando Manuel Mejías y varios vecinos más lograron abrir a golpes el portalón de la “Corchera” y el agua que se acumulaba en la calle encontró una salida en dirección al río de la Miel.

La solución definitiva al grave problema causado por las inundaciones periódicas de la barriada del Río Ancho y de la zona baja de Algeciras no se alcanzó hasta que, entre los años 1972 y 1973, se procedió a encauzar y abovedar el río de la Miel y el arroyo del Tiro y se desvió el caudal de la cuenca alta y media del primero mediante un cauce secundario iniciado en la zona conocida como Pajarete hasta desembocar en la dársena donde estuvo antes la playa de Los Ladrillos.



## XV

### **5º CONCURSO NACIONAL DE REDACCIÓN DE COCA-COLA: DOMINGO TRUJILLO Y CARLOS MEJÍAS PREMIADOS. DE VACACIONES EN EL BUJEO. SEGUNDO CAMPAMENTO DE VERANO EN CORTES DE LA FRONTERA**

Antes de que finalizara aquel ajetreado curso, los alumnos de 3º de Bachillerato del Colegio Salesiano participaron en la 5ª Edición del “Concurso Nacional de Redacción” de la marca Coca-Cola. El tema elegido para aquella edición fue “El mar”. El concurso se celebraba en toda España a tres niveles: uno a escala local, otro provincial y otro nacional. La competición estaba separada por sexos, puesto que todavía buena parte de los colegios de España no eran mixtos.

En la prueba en la que compitieron con alumnos de la ciudad de Algeciras, quedaron primero y segundo, respectivamente, Domingo Trujillo Espinosa y Carlos Mejías da Silva, ambos del Colegio Salesiano; en el nivel provincial del concurso, en el que también competían los ganadores de Ronda, Estepona y Marbella, quedó primero un alumno de un colegio rondeño, segundo Domingo Trujillo —que recibió como premio una bicicleta— y tercero Carlos Mejías que fue galardonado con un Scalextric, juguete que estaba en boga por aquellos años. El ganador del concurso a nivel provincial participaba en la final nacional que se celebraba en Ma-

drid. La entrega de los premios provinciales se llevó a cabo en el Pabellón del Casino Cinema y estuvo amenizada con la actuación un conjunto de música moderna.

Con la llegada del buen tiempo, en el mes de mayo, Manuel Mejías González acometió una profunda remodelación y una ampliación de su vivienda. Con la entrada en la pubertad de Carlos y habiendo cumplido diez años su hija Francisca, creyó oportuno añadir una segunda planta a la casa para poder habilitar, en el piso superior, los tres dormitorios de la familia y un amplio cuarto de baño, quedando en la planta baja la cocina, el patinillo con el viejo retrete, un almacén, la tienda y la trastienda con el frigorífico industrial, dejando el antiguo local donde estuvo instalado el pequeño negocio como garaje y aparcamiento del vehículo que pensaba adquirir, que sería una furgoneta 4L marca Renault. Con este vehículo se desplazaba, en las madrugadas, al mercado de abasto para comprar las verduras y frutas que vendía en la tienda. La obra posibilitó contar con una azotea que servía de desahogo a Juana y un cuarto bien iluminado que sustituyó al antiguo y antihigiénico gallinero y que, dos años más tarde, Carlos usaría como escuela para impartir clases particulares.

El curso de 3° de Bachillerato acabó, como los años anteriores, en el mes de junio, una semana antes de iniciarse la Feria Real.

Carlos Mejías obtuvo unas excelentes calificaciones, con una nota media de nueve y tres dieces, uno en la asignatura de dibujo, otro en Formación del Espíritu Nacional —sin duda gracias a la benevolencia de don Francisco Prieto Pozas— y otro en Educación Física. Con esas notas podría seguir disfrutando de la beca conseguida en Ingreso para el siguiente curso de 4° de Bachillerato.

Antes de abandonar el colegio, don Lucas, como aconteciera en el curso anterior, reunió a los alumnos para comunicarles que se había decidido, dada la buena acogida y el éxito que había tenido el celebrado en el mes de agosto de 1965, volver a organizar en Cortes de la Frontera el Campamento de Verano. En esa ocasión se repetirían las fechas del Primer Campamento, entre los días 1 y 21 de agosto. Pero, entretanto que llegaba el esperado día de la partida, en lo que quedaba del mes de junio y todo julio, la pandilla de Carlos Mejías emprendió varias excursiones a los arrecifes del Faro de Punta Carnero, a las sierras del Cobre y a la playa del Rinconcillo donde ya empezaban a llegar turistas extranjeros que se hospedaban en el Hotel Bahía.

Muchachas holandesas o inglesa que, a pesar de la dificultad del idioma, eran cortejadas —con escaso éxito, todo hay que decirlo— por Manuel Lara, Pepe Cabalga, Carlos Mejías, Leonardo Pérez Luque y Paco Zarrias.

A mediados del mes de julio, Carlos Mejías recibió una invitación que no era nueva, pero que a la edad de dieciséis años le atraía de una manera especial por las posibilidades que le proporcionaba de vivir una semana en contacto con la exuberante naturaleza del Parque Natural de los Alcornocales (aunque por aquellas fechas aún no existía como espacio protegido, que lo fue una vez declarado oficialmente por la Junta de Andalucía en el año 1989). La invitación precedía de Curra González Natera, prima de Manuel Mejías que, con su padre “el tío Fernando”, poseían un rancho-huerto en término de Tarifa, en la zona conocida como el Bujeo, entre este puerto y el cauce del río Guadalmequí y el Mesón de Sancho.

El hogar de “la prima Curra” consistía en dos dependencias rectangulares construidas con gruesos muros de piedra trabadas con tierra y con tejados de aneas a dos aguas. Estaban separadas por un patio, también rectangular, con dos largos poyetes de piedra como asientos y una gran parra a modo de pérgola, en cuyo lado nordeste se localizaba la puerta que comunicaba lo habitado con el huerto: una parcela de aproximadamente una hectárea que a Fernando le permitieron ocupar en tiempos de la República para que pudiera vivir de lo producido en ella con su familia una vez que hubo talado el medio centenar de chaparros que contenía.

Carlos, después de despedirse de sus padres, subió al autobús que comunicaba Algeciras con Tarifa y que hacía una parada a las puertas del Mesón de Sancho, portando una mochila de lona color caqui con un par de pantalones, dos camisas y varias mudas. También llevaba, como regalo para sus parientes, dos paquetes de café y dos cuarterones de picadura para el tío Fernando. Arribó a la casa de la prima Curra a eso de las doce del día 16 de julio. En el Bujeo lo recibió un tiempo atmosférico espléndido con una temperatura más soportable que la que había dejado en Algeciras. En el trayecto, mientras que el renqueante autobús del empresa COMES ascendía por la serpenteante carretera de Pelayo, Carlos recordó la primera vez que, en compañía de sus padres y para curar de una inoportuna tosferina, estuvo en la casa de campo de la prima Curra y el tío Fernando.

En la mañana del 1 de junio de 1953, en un viejo taxi marca Citroën de los que se estacionaban en la parada de la plaza Juan de Lima, delante

del Parador San Antonio, Manuel Mejías, su esposa y su hijo Carlitos que acababa de cumplir tres años, se desplazaron hasta el Bujeo para pasar unos días en el rancho-huerto del tío Fernando y que el aire saludable de la sierra acelerara la curación del niño.

Carlos, en el transcurso del viaje realizado en el verano de 1966, recordó con emoción cómo en la noche del mismo día de su llegada, a eso de las nueve, la prima Curra los llevó hasta lo más elevado del puerto del Bujeo porque ese día había sido coronada la reina de Inglaterra Isabel II y se esperaba que el feliz acontecimiento se festejara en Gibraltar con el lanzamiento de fuegos artificiales. La familia Mejías-da Silva, acompañada de la prima Curra, su hermana Antonia, el marido de ésta, Antonio Rojas, y de otros vecinos que residían en los alrededores del Mesón de Sancho y en el Cuartón y que esperaban con curiosidad presenciar el evento, sentados sobre las rocas del puerto, pudo contemplar el castillo de fuegos artificiales con que los gibraltareños celebraron la coronación de su soberana. Hasta los infantiles oídos de Carlitos llegaba el lejano y apagado sonido de las sirenas de los barcos anclados en el puerto gibraltareño que aclamaban, de ese modo, a la reina recién coronada.

Otro acontecimiento que el muchacho recordaba de su breve y convaleciente estancia en el Bujeo en aquella ocasión, fue el asistir, otra noche, a una fiesta en el ventorrillo de Trinidad, una venta rústica que se localizaba junto a la Carretera Nacional, en el arranque de la cuesta que culminaba en el puerto. Cada espectador debía llevar su propia silla para poder sentarse en torno a una improvisada pista de baile en la que un grupo de jóvenes de Tarifa, algunos cantando y otros tocando instrumentos como la guitarra, una botella de anís frotada con una cuchara, pandereta, castañuelas y unos platillos de bronce de clara reminiscencia musulmana, interpretaron y bailaron canciones, derivadas del fandango, que formaban parte del “Chacarrá”, onomatopeya del sonido que hacían los platillos al chocar entre ellos. Se trataba del baile y el cante típicos de la comarca del Campo de Gibraltar, documentados, al menos, desde el siglo XVIII. Al grupo de intérpretes se fue sumando, entrada la noche, parejas de los asistentes que bailaban aquella danza, que en algunos lances se parecía a los “verdiales” malagueños, con gran soltura y pasos medidos, lo que indicaba que no era a la primera vez que acudían a aquellas nocturnas celebraciones campestres.

Cuando, avisada por el ladridos de los perros, la prima Curra salió a recibir a Carlos al llano que precedía la casa, éste se acercó a ella para saludarla, prevenido porque sabía lo efusivas que eran sus demostraciones de cariño. Saliendo a su encuentro, la enérgica prima del muchacho le zampó un par de sonoros besos al tiempo que se interesaba por la salud de sus padres y de su hermana Francisca.

Curra era una mujer de cara ancha, tez sonrosada y cabellos negros y levemente ondulados. Entrada en carnes, pero nada obesa, sino fornida, con una figura poderosa modelada por el duro trabajo que desarrollaba: bregar con las pjaras de cabras y de ovejas que tenía en un corral que se hallaba situado por encima del huerto, subir todas las tardes a la sierra cercana a buscarlas, preparar la tierra para la siembra porque el tío Fernando —que rondaba los noventa años de edad— ya no podía realizar las faenas hortícolas como lo hacía diez o doce años antes. Además de estas labores Curra regaba todas las tardes el huerto conduciendo el agua por unas pequeñas acequias que iba habilitando de parterre en parterre, daba de comer a los pollos, a los conejos y a los cerdos, y, una vez a la semana, amasaba y elaboraba el pan que cocía en el horno que tenía en el llano que había delante de la vivienda, donde también se hallaba la cocina: un chozo con tejados de aneas y paredes construidas a la piedra seca con un hogar, también pétreo, y la leña de chaparro prepara para usar como combustible.

Curra era dicharachera, buena conversadora y de una inteligencia natural extraordinaria. Sus razonamientos meditados y sus acertadas deducciones superaban —en opinión de Carlos— a personas con estudios que se consideraban a sí mismas ilustradas y cultas. La cultura de Curra no



Juana da Silva, Curra González Natera y el protagonista de este relato fotografiados bajo el puente del río Guadalmesí en el verano de 1953.

era ponderable mediante títulos académicos —que no los poseía—, sino que surgía de su contacto directo y continuo con la naturaleza hostil y de sus habilidades para resolver problemas de la vida diaria en una sociedad tan rústica y falta de servicios básicos. Era, también, una consumada actriz. Cuando narraba algún suceso triste o luctuoso derramaba ríos de lágrimas provocando la condolencia y miseración de su interlocutor que estaba convencido de que Curra expresaba con sus lamentos un sentimiento sincero de pena que, en realidad, no sentía. Era capaz de hacer teatro de manera muy convincente sin haber estudiado arte dramático. Una tarde, en presencia de Carlos y de su cuñado Antonio Rojas, se despidió de ellos diciendo que iba a subir a la sierra para recoger la piara de cabras y conducirla al corral. Pasados unos minutos volvió cojeando ostensiblemente, en medio de un mar de lágrimas y dando grandes lamentos.

—¡Ay, Rojita! —Le decía a su cuñado sentada en el escalón que había en el umbral de la puerta— ¡Que desgracia! ¡Una caída tonta al trasponer un peñascal y me he doblado el tobillo! ¡Creo que lo tengo roto! —(de nuevo quejidos y lloros)— ¿Quién subirá al monte a recoger las cabras antes de que se haga de noche?

—No te apures Curra —se apresuró a decir Antonio Rojas— Yo mismo subiré a la sierra para traerte la piara de cabras.

Y dicho esto, el crédulo y servicial cuñado se dirigió a la cima del cercano monte saltando de roca en roca. Cuando hubo desaparecido el apesadumbrado y caritativo Rojita entre los chaparros, Curra comenzó a reír con desmesura sin que el sorprendido Carlos alcanzara a comprender el por qué de tan súbita alegría y la causa de su rápida y milagrosa curación.

—¡Ay, Carlitos! —Exclamó cuando, al fin, pudo contener la risa—. La verdad es que hoy no tenía ganas de ir a por las cabras.

La jornada de Carlos Mejías en el rancho-huerto de su prima Curra era la siguiente: lo levantaba de la cama a las seis de la mañana —todavía de noche—, le lavaba la cara —quisiera o no— con el agua contenida en una palangana que había estado toda la noche al sereno. Una vez espabilado le decía que la acompañara al corral para sacar las cabras y que pudieran ramonear en el monte. A continuación cogían sendos cántaros y se dirigían a la fuente que manaba al final del murete de piedra que circundaba el huerto, cerca de la parcela de mister Lee, el director del Hotel Reina Cristina que poseía su chalet a unos doscientos metros de la casa de

Curra. Los llenaban de aquel líquido fresco y puro y los transportaban a la vivienda para llenar la tinaja que había en el salón-comedor. Después, a eso de las ocho y media, tomaban el desayuno. Curra le ponía delante a Carlos un tazón con café negro —que el muchacho le hacía cambiar por un vaso de leche de cabra— y una rebanada de pan moreno untado con manteca “colorá”. La mañana transcurría en el huerto, debajo de las higueras, limpiando las mazorcas de maíz de la tusa u hojas secas que la envolvían y desgranándolas en un capacho grande hecho con una cubierta de rueda de camión. Con este maíz Curra alimentaba a las gallinas. Quizás fuera el motivo por el que las yemas de sus huevos tuvieran un saludable color anaranjado y un sabor intenso y único.

Después de la comida, que podía consistir en un cocido, un arroz con pollo o conejo o un potaje de garbanzos acompañado de una priñaca de pimientos, tomates, cebollas y pepinos cogidos del huerto, se dormía la siesta y por la tarde bajaban al Mesón de Sancho, iban a visitar a algún familiar en el Cuartón o a su hermana Antonia para retornar a eso de las ocho a la vivienda, cenar y acostarse antes de que avanzara la noche, porque aún no había llegado la luz eléctrica a la casa y tenían que iluminarse con lámparas de carburo o un candil de aceite.

Una o dos veces por semana, la mañana la pasaban en el río Guadalmesí, a orillas de un remanso que hacía la corriente cerca del puente por el que cruzaba la Carretera Nacional. Curra, en compañía de otras vecinas, lavaba la ropa utilizando una mazorca de maíz a la que se había despojado de las semillas llamada olote y que, por su forma fálica, las mujeres que se reunían en el lugar la llamaban, bromeando, “mi marido”.

—¡Curra, préstame tu marido, por favor! —solicitaba entre risas alguna de las lavanderas.

Después de lavar la ropa, Curra, con la ayuda de Carlos, la tendía sobre las adelfas y otros matorrales que crecían junto al cauce para que se secara antes de retornar a la vivienda.

Aunque pudiera parecer que las jornadas de Carlos en el rancho-huerto de Curra eran agotadoras y que el muchacho se asemejaba más a un criado que un familiar invitado, nada más lejos de la realidad y del pensamiento del joven. A Carlos le encantaba las labores que su prima le encargaba y no sentía ningún deseo de que llegaran a su fin aquellas ajetreadas vacaciones en el campo. Era consciente de que en un rancho-



Juana da Silva, su hermana Isabel y el prometido de ésta, Antonio Portilla Gómez, con la niña Francisca y su hijo de seis años en el Bujeo en el verano de 1956. Detrás del grupo puede verse la vivienda de Curra González Natera.

huerto todos sus habitantes tenían la obligación de colaborar en las labores diarias, tanto dueños como invitados. Toda su vida recordaría con agrado y agradecimiento a Curra su cariño, los desvelos hacia su persona y la posibilidad que le brindó, en varias ocasiones a lo largo de su vida, de vivir en plena naturaleza y haciendo los trabajos que el Hombre venía realizando desde que abandonó la larga y oscura etapa de cazador-recolector y se transformó en agricultor y ganadero.

Todas las familias que vivían en los entornos del Mesón de Sancho, el Bujeo, el Cuartón y el Palancar eran conocidas, más que por sus nombres de pila y sus apellidos, por sus motes o apodos. Así, a Curra y a los suyos se les llamaba los “Chacharela”; la familia de su hermano difunto, María Castro y sus hijas Mariquita y Pepi, que residían en una casa situada a pocos metros de la de Curra, era “Picahigos”; a otros, que vivían en el Palancar, le decían el “Nutro” y la “Nutra”; a otros “Capacho”, “Juriqueño”, “Granizos”, “Calandraca”, el “Cuco” y así a la mayor parte de los vecinos que, de esa original manera, estaban perfectamente identificados merced al gracejo y la sutileza de la gente del campo para ponerles motes.

No se ha referido que, mientras que Carlos se afanaba en desgranar las mazorcas sentado a la sombra de una higuera que estaba alejada de la casa, las trampas o costillas que había colocado en el huerto después del desayuno, cebadas con rosquillas o gusanos sacados de los tallos del maíz, hacían su trabajo y, cuando las recogía al final de la mañana, de ordinario regresaba a la vivienda de Curra con una docena de desdichados pajaritos y algún mirlo o zorzal para que su prima los friera a la hora de comer.

(Cuán grande fue su arrepentimiento, años después, por haber cometido aquel grave atentado contra el medio ambiente y el equilibrio de la naturaleza. Pero por aquellos años era la caza de pájaros insectívoros una práctica comúnmente aceptada en el mundo rural).

El pan que Carlos tenía la suerte de degustar en casa de su prima era de excelente calidad. Estaba elaborado con harina integral de trigo que le daba un color oscuro y un sabor especial que en nada se parecía a los que proporcionaba el pan blanco que su madre compraba en la panadería de Carlos Castro hecho con levadura artificial. Como se ha dicho, una vez a la semana Curra amasaba cuatro teleras de pan moreno con un peso aproximado de dos kilos cada una. Las ponía a cocer en el horno que poseía junto a la choza-cocina previamente calentado con leña de chaparro o raíces de brezo. Una vez elaborado se reservaba una telera para el uso diario de la casa y las otras tres se guardaban en unas oquedades abiertas en la pared del salón-comedor a una altura de unos dos metros sobre el nivel del suelo para evitar que los roedores las pudieran alcanzar. Cuando se acababa de consumir una telera, se tomaba del altílllo la siguiente y así hasta terminar con las cuatro. Lo cierto era que las últimas rebanadas ingeridas a los seis o siete días de haber sido cocidas presentaban las mismas cualidades que cuando se sacaron del horno, sólo que con la masa más apelmazada.

Un suceso que causó una gran desazón en el hijo de Manuel y de Juana tuvo su inicio en el tercer día de estancia en la casa de su pariente en el Bujeo. Acababa de colocar las trampas en la parte más lejana del huerto, delante de los chopos que le servían de cerca y límite por el nordeste, y se preparaba para dirigirse a la higuera y continuar con la labor de deshojar y desgranar las mazorcas de maíz, cuando Curra se le acercó sonriendo acompañada de una muchachita de edad similar a la de Carlos.

—Carlitos, te presento a Manolita —dijo incitando a la joven para que se acercara al muchacho—. Quiere conocerte y entablar amistad contigo. En el Bujeo no tiene muchas oportunidades de hacer amigos.

—Hola, Manolita —fue el escueto saludo de Carlos.

La joven se aproximó y le dio un beso en la mejilla derecha. El azorado Carlos sintió el contacto suave y cálido de los labios de Manolita y aspiró el aroma a limpio que exhalaba el vestido color marfil y la blusa celeste con que se vestía.

—Anda. Llévala contigo y que te ayude a desgranar las mazorcas —ordenó Curra señalando la higuera a cuyo pie se amontaban los frutos del maíz.

Al poco rato ambos muchachos se hallaban sentados a la sombra de la higuera, el uno junto al otro, delante de las mazorcas. Carlos estaba tenso y confuso y no sabía que decir. Fue ella la que rompió el hielo.

—Dice Curra que vives en Algeciras y que estudias en el colegio salesiano.

—Acabo de terminar el curso tercero de bachillerato y he aprovechado las vacaciones de verano para pasar una semana en el Bujeo.

—Yo he abandonado los estudios este año, en segundo —reconoció Manolita—. Mi padre quiere que sea peluquera, pero a mí lo que me gustaría es aprender costura.

—Yo espero poder estudiar Magisterio. Me encanta enseñar.

—Pues, anda. Empieza por enseñarme a pelar las mazorcas.

Y los dos se pusieron a desgranar maíz.

Manolita era una joven de quince años, menuda pero bien constituida, de rostro agraciado y tez sonrosada con sendas manchas rojizas sobre los pómulos que no eran muestras de pudor o vergüenza, sino una prueba —según le dijo la prima Curra más tarde— de su buen salud y de lo bien alimentada que estaba. Sus ojos eran de un verde claro que daba profundidad a su mirada. El cabello, rubio tirando a oro viejo, lo llevaba recogido en una gruesa trenza que le caía sobre la espalda amarrada con un lazo amarfilado que hacía juego con el color del vestido.

Carlos Mejías tenía claro cuál era la intención de su prima al traerle y presentarle a la muchachita “que carecía de amigos”: intentar que intimaran, se conocieran y surgiera entre ellos una amistad que, luego, podría transformarse en algo más serio. Y que mejor lugar para que la naturaleza hiciera su trabajo que aquel idílico, solitario y silencioso vergel, rodeado de higueras, naranjos y parterres sembrados de hortalizas medidas por la brisa y acompañados por el canto de los pájaros.

En los días que siguieron Manolita no faltó a la cita en el huerto. Cuando terminaron de desgranar las mazorcas salían a pasear por los alrededores de la casa, se sentaban en el borde la alberca cuya agua servía para regar el huerto o se dirigían a la fuente para beber del chorro de agua fresca que surgía de la montaña. En más de una ocasión las manos de los

dos muchachos se encontraron accidentalmente y ambos sintieron que les invadía una extraña sensación de ternura. Una tarde, estando sentados sobre una laja de piedra junto a la alberca, Carlos se acercó a Manolita y la besó en los labios. Ella no rechazó la caricia. Muy al contrario; apoyó su cabeza dulcemente sobre el hombro de Carlos Mejías y sonrió.

Fue aquel el primer y único acercamiento entre los dos jóvenes. Carlos observó que la muchacha estaba verdaderamente enamorada o, al menos, que sentía una fuerte atracción hacia él, sentimiento que no era correspondido aunque la joven le atrajera por sus delicados ademanes, su mirada tierna y la dulzura de su conversación. En su interior se debatía entre abrazar y acariciar a aquella inocente niña o dar fin prematuro a una amistad que no sabía en qué podía acabar. No cabe dudas que, en aquel trance, la educación familiar y los valores morales que le habían sido inculcados impidieron que continuara madurando aquella fácil conquista que tanto daño hubiera podido ocasionar a la candorosa y virginal Manolita.

Para evitar que el asunto pudiera tomar derroteros peligrosos, aquella misma noche le comunicó a su prima que al amanecer del día siguiente tomaría el primer autobús que se detuviera en el Mesón de Sancho para retornar a Algeciras. Curra, extrañada por aquella inesperada y precipitada decisión, pero recelando que algo tenían que ver las prisas de Carlos por abandonar el Bujeo con la muchachita que le había presentado hacía menos de una semana, le dijo:

—¿No vas a despedirte de Manolita?

A lo que el hijo de Manuel y de Juana, no queriendo defraudar a su prima, respondió:

—Es una buena chica, prima, cariñosa y dulce. Pero es preferible que ella siga su camino y yo el mío. Dile, de mi parte, que le deseo lo mejor.

Y así fue como acabó aquella incipiente, extraña e inocente relación.

Cuando, pasados dos veranos, Carlos Mejías volvió a la casa de su prima Curra para pasar unos días de asueto, Manolita no hizo acto de presencia ni Curra González Natera la mencionó en sus conversaciones con el hijo de su primo Manuel.

El día 1 de agosto, como el año precedente, Carlos Mejías y los demás alumnos que iban a viajar hasta Cortes de la Frontera para asistir al

Segundo Campamento de Verano, se congregaron en la estación del ferrocarril de la Avenida Agustín Bálamo para subir el tren-correo de Granada con sus maletas, bolsas de viaje y mochilas.

En aquella ocasión, a los muchachos que concurrieron al primer campamento se unieron Remigio García Cueto, José Alberola Rubio, José Antonio Almenara, los dos hijos de la cocinera Antonia y los tres vástagos de su ayudante María. Una novedad a destacar fue que a la profesional que estuvo atendiendo la cocina del Campamento el año anterior, le acompañó en esta segunda temporada —como se ha dicho— la tal María, una señora viuda de unos cuarenta años, de elegante figura, delicadas maneras y amable y servicial con los muchachos que no dejaban de admirarla como mujer, aunque ella se hacía respetar con su trato educado pero distante.

Las actividades que se desarrollaron en Cortes fueron similares a las del año 1965: limpieza y aseo de las dependencias, baños diarios en la piscina municipal, organización de grupos musicales y de canto, asistencia al cine de verano los sábados por la noche y a misa los domingos, competiciones deportivas en las pistas del campo de fútbol. Una mañana se celebró un partido de balompié entre una selección de los acampados formada por Emilio Valdivia, José Alberola, Remigio García, Pepe Michán, don Lucas, Rafael Fenoy, Paco Zarrias, Manolo Lara, un tal Carlos —que era de La Línea aunque pasaba las vacaciones de verano en Cortes—, José Antonio Almenara y Carlos Mejías y otra del pueblo. En ese partido defendió la meta Carlos Mejías, con tan mala fortuna que, antes de acabar el primer tiempo, uno de los impulsivos delanteros locales le dio una patada en la nariz al inexperto portero provocándole una hemorragia y un hematoma que le decoró el rostro hasta el final del campamento. Al acabar el disputado y accidentado partido Carlos dijo, dirigiéndose a sus compañeros:

—Es evidente que el fútbol no es el deporte al que debo dedicarme.

Sin embargo, la actividad más destacada y novedosa de las llevadas a cabo ese año fue la excursión a pie, por las cumbres de las sierras Blanquilla y de Líbar hasta la cueva de la Pileta, en el término municipal de Benaoján, distante unos quince kilómetros de la población de Cortes. No menos arduo y agotador fue el retorno en tren desde la estación de Jimera de Líbar a la de Cortes y, desde allí, la subida a pie hasta el pueblo. En total aquella jornada caminaron los excursionistas aproximadamente cuarenta kilómetros.



Equipo de fútbol de los acampados que se enfrentó a una selección local. De pie y de izquierda a derecha: Emilio Valdivia, José Alberola, Remigio García, Pepe Michán, don Lucas Sereno Caballero y el protagonista de esta historia. Agachados: Rafael Fenoy, Paco Zarrias, Manolo Lara, Carlos y José Antonio Almenara.

La excursión comenzó a las siete de la mañana. Acometieron la larga caminata guiados por un campesino, buen conocedor de los abruptos y peligrosos senderos serranos, bautizado por los miembros de la expedición como el “guía sherpa”. El trayecto entre Cortes y la cueva fue muy accidentado, a veces peligroso, por las dificultades que presentaban las escabrosas veredas y el intenso calor que hacía. La ruta continuó hasta Montejaque, porque el guía se extravió en medio de las montañas. Desde ese pueblo descendieron hasta llegar a Benaoján y, desde allí, caminaron hasta la cueva. A eso de las once y media alcanzaron el farallón de caliza gris en cuya pared casi vertical, a unos cincuenta metros por encima del valle, se abría la estrecha boca de la caverna.

Tuvieron que esperar una media hora hasta que llegó el guía de la Pileta, José Antonio Bullón, nieto de José Bullón Lobato, el campesino que en el año 1905 descubrió la cueva de la Pileta al observar que por una hendidura del roquedal surgía un grupo de murciélagos. Lo primero que hizo el guía fue preparar varias lámparas de carburo para entregarlas a los visitantes y que pudieran iluminar con ellas el camino que iban a emprender por el enrevesado interior de la gruta.

La cueva fue dada a conocer al mundo científico dos años más tarde por el ya citado Willoughby Cole Verner —el coronel inglés que vivía en la casa del Águila, cerca del Hotel Reina Cristina—. Éste la visitó varias veces para explorar sus diversas cavidades hasta que en el año 1912 trajo consigo a los famosos arqueólogos Henri Breuil, Hugo Obermaier y Juan Cabré. Esta visita colectiva sirvió para que, ese mismo año, se publicara una monografía sobre la cueva titulada “La Pileta à Benaolan: (Malaga) Espagne”.

A Carlos Mejías y a sus compañeros les causó una profunda impresión una de las pinturas, realizada dentro de una oquedad bulbosa, que representaba a una yegua con el vientre abultado a la que José Antonio Bullón le dio el nombre de “la yegua preñada”. También contemplaron asombrados un gran pez, de casi un metro de largo, rodeado de signos que el guía dijo que, según los investigadores, habían sido pintados durante el Neolítico, unos diez mil años después de que un hombre del Paleolítico Superior hubiera trazado con singular maestría el pez sobre la pared rocosa de la cueva.



Un improvisado conjunto musical actuando en el comedor del Campamento. Lo forman: Rafael Fenoy Rico, Emilio Valdivia Reina, Luis María Unciti Esparza, Manuel Lara Delgado y el protagonista de este relato.



El famoso pez de la cueva de la Pileta, en Benaoján, que fue pintado por los cazadores-recolectores que habitaron la zona durante el Paleolítico Superior, acompañado de otros signos trazados en el período Neolítico.

Carlos Mejías y algunos pocos afortunados, de entre los mayores y de los que se mostraban más ágiles, pudieron descender, por una escalas de cuerdas, a un nivel inferior de la gruta a través de una estrecha grieta. Al cabo de unos minutos accedieron a una cavidad alargada ocupada en su mitad por un lago subterráneo en cuya orilla contemplaron asombrados un esqueleto humano fosilizado.

—Ese desdichado —aseguró el nieto de José Bullón Lobato— se aventuró a deambular por las estancias bajas de la cueva con tan mala fortuna que le sorprendió un súbito ascenso del nivel del lago quedando atrapado y muriendo de inanición sobre esa roca que veis.

Al final de la cueva había una profunda sima, que era el lugar por donde entró por primera vez su descubridor. Según el guía, en el fondo, situado a casi un centenar de metros, se hallaban varios cadáveres fosilizados, aunque hasta ese lugar sólo podían acceder con escalas de cuerda los especialistas. Para comprobar la profundidad de la sima, José Antonio Bullón dejó caer una piedra que tardó en caer unos diez segundos.

Dos horas más tarde, a las dos del mediodía, salieron de la cueva de la Pileta complacidos con la experiencia vivida y comentando con ad-

miración las maravillas que habían podido contemplar en el transcurso de la visita. Hay que decir que, antes de abandonar la “cocina” —que así llamaba el guía a la cavidad de la cueva situada más cerca de la salida— firmaron todos en el libro de visitas, escribiendo cada uno de los expedicionarios una frase que recogía la impresión que les había causado la singular experiencia.

Comieron en las afueras de la gruta y bebieron el agua fresca y pura que algunos habían tomado en sus cantimploras del interior de la cueva, para continuar la marcha, una vez que hubieron descansado media hora a la sombra del farallón, en dirección a la estación del ferrocarril de Jimera de Líbar donde, al atardecer, subieron en el “Corto de Ronda” que los llevó hasta la estación de Cortes. Desde allí emprendieron a pie el camino que les conduciría hasta el pueblo, llegando al campamento, agotados pero felices por la intensa jornada vivida, bien entrada la noche.

El día 22 de agosto, en el mismo tren-correo de Granada en el que habían realizado el viaje desde Algeciras veinte días antes, emprendieron el regreso a la ciudad donde todos ellos tenían su residencia. El Segundo Campamento de Verano del Colegio Salesiano María Auxiliadora había llegado a su fin.

No les quedaba ya a los esforzados e inquietos alumnos de tercero de Bachillerato sino esperar con ilusión y algunos temores el inicio del cuarto curso del Bachillerato Elemental, el último antes de acceder algunos de ellos al Instituto Nacional de Enseñanza Media y abandonar el Colegio Salesiano donde tantos conocimientos y buenos consejos habían recibido y tantos amigos habían hecho; aunque ese alejamiento no sería definitivo pues, como se podrá comprobar en el próximo capítulo, una parte del alumnado continuaría vinculada a aquella institución religiosa y educativa a la que durante tantos años había estado ligada.

## XVI

### **4º CURSO DE BACHILLERATO: AÑOS 1966 Y 1967. DECADENCIA DE LA PANDILLA DE CARLOS MEJÍAS. NOVIAZGOS Y GUATEQUES. LOS CINES DE VERANO. EXCURSIÓN A BACINETE. BAJOS RENDIMIENTOS ACADÉMICOS Y SUSPENSOS**

A principios de septiembre del año 1966, con los alumnos que habían promocionado de tercero, algunos repetidores y varios trasladados de otros centros de la ciudad, se constituyó el cuarto curso de Bachillerato en el Colegio Salesiano María Auxiliadora. A diferencia de los tres cursos anteriores, en los que el alumnado estaba muy cohesionado, las relaciones entre ellos eran excelentes y las que mantenían con los profesores no podían ser más distendidas y amables —con algunas raras excepciones—, en aquel nuevo curso la convivencia entre los alumnos y entre éstos y sus profesores se volvió más tensa y distante.

La pandilla formada por Carlos Mejías, Manolo Lara, Pepe Cabalga, Paco Zarrias y Leonardo Pérez Luque, a veces con la inclusión de Luis María Unciti y Juan Yáñez, que en los años precedentes —entre 1º y 3º— había sido el eje en torno al cual se producían los vínculos más íntimos y consistentes de la clase y giraba la mayor parte de las actuaciones académicas o extraescolares de los jóvenes, sufrió una importante quiebra en 4º

que se reflejó, incluso, en el rendimiento intelectual de los protagonistas, que había sido excelente o aceptable en los cursos anteriores y que en el último año del Bachillerato Elemental se saldó con un notable descenso, de buena parte de ellos, en las calificaciones obtenidas cuando llegaron los exámenes de junio.

La pérdida de cohesión y de protagonismo de la pandilla, muy querida por los profesores y sacerdotes salesianos a pesar de sus frecuentes travesuras y algunas rebeldías, que así mismo se denominaba “Los Quinquis”, se debió a varias causas concatenadas: una de ellas el traslado de uno de sus miembros —Francisco Zarrías— al Instituto Nacional de Enseñanza Media para cursar 5º de Bachillerato y el que otro de sus componentes, Leonardo Pérez Luque, abandonara el Colegio antes de acabar el primer trimestre para matricularse, también, en el Instituto de Enseñanza Media. La obligada deserción de Paco Zarrías fue un duro golpe para “Los Quinquis”, porque era el miembro que poseía las llaves maestras de todo el Colegio lo que permitía a la pandilla deambular a sus anchas por las dependencias del mismo sin control alguno (laboratorio, teatro, campos de deportes, biblioteca privada de la Congregación para hojear libros que estaban vedados a los alumnos, etc.).

Una segunda causa fue la inclusión en la clase de repetidores, uno o dos años más viejos que los componentes de la pandilla, que carecían de interés por el estudio, eran revoltosos, indisciplinados y “gamberros” en el sentido que por aquellos años se daba a este término, lo que provocó que “Los Quinquis” se vieran relegados al tomar aquellos díscolos alumnos el mando y hacerse con el liderazgo del curso. Un dicho que repetían con frecuencia los padres salesianos era que “una manzana podrida en un cesto, al cabo, contagia y corrompe a las restantes frutas sanas”. Y así parece que sucedió en aquel 4º Curso de Bachillerato del Colegio Salesiano de Algeciras.

Otra de las causas, quizás la más importante y decisiva, fue la irrupción del género femenino en el grupo. A los dieciséis o diecisiete años de edad, nada ni nadie podía impedir que surgiera el natural e ineludible emparejamiento de algunos miembros de la pandilla con muchachas de su misma edad, alumnas del vecino Colegio Huerta de la Cruz o de otros ámbitos de la ciudad. Aquel desaforado interés hacia el género opuesto —provocado, no cabe duda, por la irrefrenable actividad hormonal que

experimentaban sus jóvenes organismos—, hizo que los intereses de los muchachos, centrados hasta entonces exclusivamente en el deporte, las agotadoras excursiones y las bromas y chanzas, pasaran a segundo término para ser sustituidos por el flirteo, los largos y románticos paseos con las chicas y el “tonteo”, actitudes capaces de producir un bloqueo emocional, una pérdida parcial de los lazos de amistad tradicionales en la pandilla y una oclusión de la capacidad volitiva.

Lo cierto era que, desde los primeros días de enero de 1967, Manolo Lara comenzó a salir formalmente con Mari Ángeles Jimeno Bustos, alumna de 4º de Bachillerato en la Huerta de la Cruz —que con el paso de los años sería su esposa—; Emilio Valdivia hizo lo propio con otra alumna del mismo colegio llamada Pepi Gálvez, con la que también terminaría casándose; José Antonio Cabrera se ennovió con Marisa Herrera; José Luis Flores Velasco con Conchi Mellado y Pepe Cabalga Griñolo inició relaciones formales con Mariló Bertomeu, una muchacha que vivía en la Villa Vieja, en la misma calle en la que había nacido Carlos Mejías.

Estas nuevas circunstancias vitales de los diferentes miembros de la pandilla y de otros alumnos de 4º Curso, aunque no destruyeron totalmente los viejos e intensos lazos de amistad existentes entre ellos establecidos y reforzados durante años de relaciones, sí desarticuló el grupo o parte de él, que fue cambiando los partidos de baloncesto o las excusiones a la Garganta del Capitán o las costas del Faro de Punta Carnero, por los paseos solitarios cogidos de la mano de sus novias o amigas, los arrumacos en los cines de verano o invierno y el acudir, todos los domingos, a los “guateques” organizados en las viviendas de algunos de los emparejados.

El término “guateque” procede del área del Caribe —de Cuba, Puerto Rico y Venezuela—. En esas colonias españolas se organizaban, en el siglo XIX, fiestas informales en casas particulares que recibían ese nombre, en las que se incluían el baile y una comida o un refrigerio, y a las que acudían familiares y amigos de los organizadores. Cuando al final de ese siglo retornaron los “indianos” a España, una vez lograda la independencia de las últimas colonias, trajeron consigo algunas costumbres de la región y vocablos usados en aquellos lugares de América. Entre estos vocablos introdujeron en la metrópoli la palabra “guateque”.

A mediados del siglo XX comenzó a utilizarse el término en España para designar a las fiestas privadas —generalmente sólo bailes— organi-

zadas por grupos de jóvenes, amigos y conocidos, en la casa de alguno de ellos. La música la obtenían por medio de un “pik up”, un aparato reproductor de música portátil en el que se ponían los discos de vinilo que aportaban los propietarios del tocadiscos o los invitados. Por regla general uno de los jóvenes, el que había traído el “pik up”, se encargaba de ir cambiando los discos, a veces a petición de los danzantes o por propia iniciativa, pero siempre siguiendo una pauta previamente establecida: primero los discos de música ligera (para el baile suelto) y, cuando se había logrado alcanzar un determinado “climax”, los de música lenta y romántica (para el baile “agarrao”).

Manolo Lara, Emilio Valdivia, Pepe Cabalga, José Antonio Cabrera, José Luis Flores y Pedro Valle con sus parejas y Carlos Mejías, Federico Flores y Pedro Anula, entre otros, se reunían casi todos los domingos en la casa de alguno de ellos, que en ocasiones se hallaba en el barrio de San Isidro —en la vivienda de Pedro Soler Albelda— y en otras en las casas de Pedro Anula o Pedro Valle para bailar y los que no tenían pareja flirtear, cortejar e intentar ligar a jóvenes del sexo opuesto, lo que era una misión casi imposible si no existían unas relaciones previas.

En teoría la moralidad de estos encuentros lúdico-festivos estaba asegurada por la presencia de los padres del anfitrión o la anfitriona en alguna habitación próxima al lugar donde se celebraba el baile, lo que no era óbice para que algunos muchachos más lanzados logaran ciertos tocamientos y roces con chicas que, de ordinario, no ponían excesivos obstáculos cuando el local se quedaba a media luz y comenzaban las canciones lentas de Salvatore Adamo, Los Brincos o los “Moody Blues”. Los temas más solicitados eran “Mis manos en tu cintura”, “Quiero”, “Tu nombre”, “En bandolera”, “La noche” y “Un mechón de tu cabello” interpretados por el artista italo-belga; “Tú me dijiste adiós”, “Un sorbito de champán”, “Sola”, “Borracho” y “Flamenco” cantados por el grupo español de moda “Los Brincos”; “Noches de blanco satén”, versión de los “Moody Blues” o canciones de “The mammas and the papas”, “Raphael” o “Procol Harum”. Los Beatles no tenían demasiados adeptos entre los asistentes a aquellos guateques, quizás porque su música —aunque novedosa y de gran calidad— no era la más apropiada para ser bailada.

Como se ha referido, un aspecto que, no por su escasa incidencia en la vida de Carlos Mejías y de sus amigos y compañeros del Colegio Sale-

siano, tuvo su importancia en el desarrollo futuro de la pandilla, fue el de las amistades surgidas entre estos jóvenes y las “niñas” de la Huerta de la Cruz, relaciones que, como se ha señalado con anterioridad, dieron como fruto noviazgos duraderos —algunos de ellos acabados años después en matrimonio—, pero que la directora del Colegio de Monjas, Sor María Antonia, por exceso de celo y, probablemente, también por intransigencia religiosa e ignorancia de lo que representaba la natural atracción entre los sexos que ha de ser el camino para la perpetuación de la especie, no veía con buenos ojos. Quizás con la intención de proteger la virginidad de sus muchachas y el convencimiento de que si no se evitaban las relaciones con los “niños” de los Salesianos, la integridad de sus alumnas estaba en peligro, se desplazaba, a la hora de la salida de clase, a bordo de un Renault 4L por las zonas aledañas al colegio con una libreta y un lápiz anotando los nombres de las alumnas que caminaban por las calles Fuente Nueva o María Auxiliadora cogidas de la mano de algún varón —muchos de ellos novios formales de las jóvenes—, para tomar las oportunas represalias, según la gravedad de la infracción cometida, una vez incorporadas las transgresoras a clase en la mañana siguiente. Ni que decir tiene que, como en tantas otras ocasiones a lo largo de la historia en que se ha intentado poner freno, por motivos morales o religiosos, a las naturales relaciones entre hombres y mujeres, las arteras maniobras de la Directora acabaron en el más rotundo fracaso.

Superado, durante el invierno, el deseo de los chicos y chicas de asistir al cine del Colegio Salesiano, porque, al estar constituidos en pareja o flirteando con amigas, no era un lugar que colmara sus deseos de intimidad y menos con la presencia cercana de los sacerdotes del Centro, comenzaron a frecuentar, algunos domingos por la tarde, los cines de invierno que, por aquellos años, existían en la ciudad. El cine Fuente Nueva, el Florida, el Almanzor, el Terraza, con sus programas dobles, ofrecían unas horas de relax y de contactos íntimos con la pareja a cubierto de miradas indiscretas. En esas largas sesiones vespertinas las filas de atrás de la sala eran las más solicitadas por el alto grado de intimidad que proporcionaban a los jóvenes enamorados o a las conquistas pasajeras.

Al llegar el verano la oferta de cines al aire libre era muy amplia: el Sevilla, Avenida, Delicias, España, Fuente Nueva, Alegría, Terraza, Mirador daban la oportunidad, en las calurosas noches del estío, de pasar

una velada al fresco en compañía de las novias o amigas, o en pandilla, si factores perniciosos y ajenos a la película de turno no lo impedían, como ocurría en el cine Alegría, al que había que acudir con un manajo de transparentes o siempreverdes en la mano para poder ahuyentar a la miríada de pertinaces mosquitos que la cercanía del río de la Miel arrojaba sobre los sufridos espectadores.

Sin embargo, aquel modo de vida vinculado a la estación veraniega, estaba próximo a extinguirse. Pronto llegaría a todos los hogares la televisión en color, los videoclubs y otras diversiones que jugaban en contra de los cines de verano y, también, de los de invierno, provocando su paulatina decadencia y su cierre definitivo en muchos casos.

En cuanto a los sacerdotes que formaron, durante ese curso, el equipo directivo del Centro, se ha de señalar que el cargo de director continuó ocupado por don Gabriel Ramos Chávez que, con su buen hacer, su demostrada paciencia y tolerancia y su dedicación hacia los jóvenes, se había ganado el respeto y el cariño de todos los alumnos del colegio. Don Lucas Sereno Caballero asumió el puesto de consejero y, como catequista, llegó un nuevo sacerdote, don José Vega, buen profesor de canto que se empeñó en que los muchachos aprendieran los éxitos de los últimos años del festival de Eurovisión (“L’amour est bleu”, “Poupée de cire, poupée de son”, “Merci Cherie”) y temas de zarzuelas, entre ellas la canción de “El Sembrador”, de la zarzuela “La rosa del azafrán” que decía: “Cuando siembro voy cantando, porque pienso que al cantar, con el trigo voy sembrando mis amores al azar...” o el famoso pasodoble de “Las Corsarias”, con música original del maestro Francisco Alonso, “Banderita”.

La asignatura de Latín la impartía don Manuel María Martín, que era párroco de la iglesia de San Isidro, hombre severo, pero buen profesor. A veces lo visitaba, estando en clase, otro sacerdote de su Congregación y ambos se ponían a parlotear en latín con la misma soltura que si aquel idioma eclesial y antiguo fuera su lengua materna. No era infrecuente que obligara a hacer la “Peregrinación a la Meca” —como el erudito sacerdote decía— a los alumnos que no se habían aprendido la lección del día. Consistía en que los muchachos tenían que acudir, una vez terminada la jornada escolar, a la iglesia de San Isidro —distante unos trescientos metros del Centro— para que él les pudiera preguntar el tema, no dejándolos en libertad hasta que no lo recitaban de corrido y sin error alguno.

Física y Química corría a cargo de don Antonio Hernández “El Farmacéutico”, profesor amable, de voz suave y muy respetuoso con los alumnos. Literatura la daba Josefina Escalante. Historia don José María Márquez, que a pesar de su buena voluntad y a causa de escasos conocimientos en la materia —cada día leía la lección y así aburría al mismísimo Catón— hizo que tan atractiva asignatura fuera aborrecida por la mayor parte de los alumnos, aunque no por Carlos Mejías, que la consideraba una de sus preferidas junto con el Dibujo, disciplina que no se impartía en 4º Curso. Francés seguía a cargo de don Gabriel Ramos Chávez y F.E.N. y Educación Física de don Francisco Prieto Pozas.

Como se ha referido, la pandilla de “Los Quinquis”, que tanto protagonismo había tenido en cursos anteriores, entró en franca decadencia en 4º de Bachillerato por los motivos antes expuestos. Sin embargo, todavía se reunía, en ciertas ocasiones para emprender algunas excursiones o realizar determinada actividad de tipo deportivo. Al inicio de la primavera del año 1967 una parte de sus miembros —Carlos Mejía, Manuel Lara, Pepe Cabalga, Paco Zarrias, Leonardo Pérez Luque y Luis Mora que, aunque había abandonado los estudios en el Colegio Salesiano para incorporarse al mundo del trabajo, comenzaba a frecuentar la compañía de “Los Quinquis— se emplazaron un sábado por la mañana para llevar a cabo una excursión a los tajos de Bacinete, en el término municipal de Los Barrios, enclave famoso por las pinturas rupestres esquemáticas que se conservaban en las paredes de algunos de sus abrigos rocosos.

El grupo inició la marcha a las siete de la mañana, cuando el sol asomaba por detrás del peñón de Gibraltar. El día se presentaba espléndido, con un cielo aún cárdeno, pero sin nubes. Caminaron una hora y media hasta las proximidades del monte de la Torre. Y no habían acabado de superar este accidente geográfico cuando negros nubarrones comenzaron a ocupar el firmamento y, diez minutos después, a descargar una tormenta seca con abundantes rayos. Los excursionistas aceleraron el paso, azuzados por uno de ellos que tenía un miedo cerval a aquellos fenómenos eléctricos. Al poco atravesaron el río de las Cañas y alcanzaron la población de Los Barrios hallando refugio en la sala de espera donde la gente hacía tiempo mientras que llegaba el autobús que había de partir para Algeciras. En aquel lugar permanecieron una hora, porque Manolo Lara —que era el que temía a los rayos— se negaba a continuar mientras que el cielo si-

guiera encapotado y amenazara con enviar nuevas remesas de los temidos dardos infernales, uno de los atributos del dios Zeus. En torno a las once de la mañana, el día se aclaró y el cielo volvió a la normalidad, con sólo algunas nubes grisáceas tachonando el firmamento que no representaban ningún peligro.

A eso de las dos de la tarde emprendieron el ascenso al monte cubierto de chaparros en cuya cima debían estar los macizos rocosos en los que Henri Breuil descubrió por primera vez para el mundo científico las pinturas esquemáticas de Bacinete a principios del siglo XX.

No fue fácil hallarlas en medio de aquel inmenso bosque mediterráneo. Por el camino se toparon con varios arroyos, a esas alturas de la primavera, con abundante caudal que descendían desde lo más alto de la sierra. Los expedicionarios aprovecharon la ocasión para llenar sus cantimploras, temerosos de que, más arriba, no encontraran agua potable. Después de varios intentos —en aquel tiempo no se contaba con G.P.S. ni con el *Google Maps*— por fin, a eso de las cuatro de la tarde, después de haber almorzado sentados en el borde de uno de los arroyos a la sombra de un enorme alcornoque, pudieron contemplar un conjunto de rocas de arenisca medio ocultas por la exuberante vegetación arbustiva y los numerosos chaparros que poblaban aquellos montes que, tres mil años antes, habían hollado los grupos tribales del Neolítico y la Edad del Bronce, autores de aquella enigmáticas pinturas.

Guiados por Carlos Mejías, que ya conocía aquellos testimonios pictóricos y que había leído, en la Biblioteca Municipal de Algeciras, un libro escrito por varios prehistoriadores sobre las estaciones de arte rupestre existentes en la provincia de Cádiz, se acercaron a una mole rocosa que presentaba en una de sus caras una gran oquedad, que los arqueólogos denominaban “Gran Abrigo”, en cuya pared cóncava se hallaban pintadas numerosas figuras de diversa tipología. Podían reconocerse, con mucha nitidez, casi un centenar de imágenes, destacando las antropomorfas portando, algunas de ellas, mazos, azadas u otros instrumentos agrícolas, así como figuras, muy esquematizadas, de animales entre los que se reconocían bóvidos y ciervos machos y hembras. También se podían observar símbolos diversos de difícil interpretación. Todas eran monocromas. El color predominante era el rojo en varias tonalidades que iban desde el carmín intenso hasta el ocre rojizo con ten-



Pinturas esquemáticas localizadas en el abrigo principal de los Tajos de Bacinete (Los Barrios), que fueron visitadas en el año 1967 por la pandilla formada por Carlos Mejías, Manuel Lara, Pepe Cabalga, Paco Zarrías, Leonardo Pérez Luque y Luis Mora.

dencia al amarillo. La totalidad de las figuras mostraban un tamaño que no superaba los veinte centímetros. Algunas aparecían aisladas, aunque la mayoría de ellas formaban escenas.

—He visto en televisión que si se arroja agua sobre las pinturas se pueden ver mejor —aseguró uno de los excursionistas.

—Ni lo intentes —replicó Carlos Mejías—. El agua que traemos en nuestras cantimploras contiene sales y eso las perjudicaría. Debemos conformarnos con contemplar las figuras que aún son visibles, aunque es seguro que hay otras que están casi borradas y que el ojo humano no es capaz de percibir. De todas maneras el daño ya está hecho. He leído que cuando Breuil visitó este abrigo hace cincuenta años vio y describió escenas que hoy no son visibles. Además, observad como alguien que ha visitado la cueva antes que nosotros ha dejado un desagradable testimonio de su presencia y dañado las pinturas.

Carlos estaba en lo cierto. En una esquina del abrigo se veían restos de una fogata y, debajo de una de las figuras antropomorfas que represen-

taba a un hombre son una azada o mazo en la mano, algún desaprensivo había escrito la fecha de su desafortunada visita a la cueva<sup>2</sup>.

Descansaron un buen rato delante del “Gran Abrigo” contemplando emocionados aquel testimonio único de las sociedades tribales que una vez, hacía tres o cuatro mil años, habitaron aquellos frondosos bosques y que, sin duda, usaron el roquedal y sus recovecos como santuario o lugar sagrado donde celebraban sus rituales y representaban sobre las paredes rocosas escenas de su vida cotidiana.

Era entrada la noche cuando los excursionistas se hallaban de nuevo en sus hogares. Habían recorrido, en aquella jornada de índole cultural y lúdica, más de cuarenta kilómetros. ¿Podría extrañarse alguien de que, entre “Los Quinquis” no hubiera ningún miembro obeso o con sobrepeso?

Pasaron los meses de aquel aciago año para Carlos Mejías y sus más íntimos compañeros de estudio. En el mes de junio aconteció irremediablemente lo que venía augurándose a lo largo del curso: las calificaciones fueron un fiel reflejo del desarrollo anómalo que tuvo aquel período académico, de triste recuerdo, en el Colegio Salesiano de Algeciras. Carlos Mejías, por primera vez en sus años de estudiante, suspendió dos asignaturas importantes: Matemáticas y Física y Química, lo mismo que le sucedió a su amigo Manolo Lara y a otros de los, hasta ese año, afamados “Quinquis”. Pero no sólo fracasó en las disciplinas de ciencias —a las que siempre tuvo un evidente desapego el hijo de Manuel y de Juana— sino que en el resto de las asignaturas no pasó del aprobado. Únicamente en Formación del Espíritu Nacional y en Educación Física obtuvo un notable y un sobresaliente respectivamente. La esperanza de poder presentarse en junio al examen de Reválida del Bachillerato Elemental, se vio frustrada.

Para otros alumnos de 4º Curso que también habían suspendido, la debacle sufrida no tenía especial relevancia, pues habían decidido previamente, ellos o sus padres, no continuar los estudios y abandonaron ese año el Colegio para dedicarse a aprender un oficio como aprendices o buscar un empleo como dependiente en algún comercio o enchufado en la administración. Pero para el selecto grupo que tenía pensamiento de continuar sus estudios de Bachillerato Superior en el Instituto Nacional de Enseñan-

---

<sup>2</sup> A finales del siglo XX la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía dotó al abrigo de una reja para impedir el acceso de gente irrespetuosa con el patrimonio histórico-artístico.

za Media, aquellos suspensos y aquellas deficientes calificaciones fueron un varapalo que a otros podría haber abatido y desalentado, pero no a Carlos Mejías que tenía muy claro cuál iba a ser su futuro: maestro, después de haber estudiado Magisterio en Ceuta respondiendo al generoso ofrecimiento de su tío político, Antonio Muñoz Salas, de que se fuera a vivir con él a la ciudad norteafricana. Éste señor era, a la sazón, teniente del ejército con residencia en Ceuta donde ya tenía dos hijos profesores ejerciendo en colegios de esa localidad.

—Carlitos, cuando acabes el Bachillerato puedes venir a vivir a casa conmigo y con tu tía Antonia para que estudies en la Normal de Magisterio y seas maestro como lo son tus dos primos Manolo y Antonio —le dijo un día que estuvo de visita en casa de Manuel Mejías.

En los primeros días de septiembre de 1967 —después de un verano sin vacaciones asistiendo a clase particular con don Antonio Trujillo— Carlos Mejías aprobó las dos asignaturas que le quedaban de 4º Curso y se presentó, en el Instituto Nacional de Enseñanza Media, al examen de Reválida superándolo, obteniendo el título de Bachiller Elemental y quedando matriculado para el curso 1967-68 en 5º de Bachillerato en la rama de letras.

La etapa de su vida como alumno del Colegio Salesiano, que se inició en el año 1959 bajo la mano severa y experimentada de don Evaristo, había llegado a su fin.

En los primeros días de octubre del año 1967, en compañía de otros alumnos del Colegio Salesiano que habían logrado obtener el título de Bachiller Elemental, como Luis María Unciti Esparza, Pablo López Jiménez, Domingo Trujillo Espinosa, Antonio Vega de la Torre, Rafael Álvarez Ruiz, Francisco Blanco González, Norberto Jiménez Guerrero, Antonio Siles Pozo, Jaime Santiago Lloret y Manuel Lucas Blanco entró el joven Carlos Mejías, cinco meses después de haber cumplido los diecisiete años, en el noble edificio, situado junto a la plaza de toros “La Perseverancia”, en el que se hallaba instalado el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Algeciras, para comenzar los estudios de 5º de Bachillerato.

Sin embargo, antes de poner fin a este capítulo es necesario decir que don Lucas Sereno Caballero, al acabar el curso 1966-67, fue destinado al Oratorio Salesiano de Jerez de la Frontera. Luego se supo que había colgado los hábitos y contraído matrimonio con María, la ayudante de

la cocinera del Colegio que estuvo en el 2º Campamento de Verano. Es probable que don Lucas, un hombre de bien, pero un hombre al fin y al cabo, un recto y amable sacerdote dedicado en cuerpo y alma —como un auténtico hijo de don Bosco— a la educación, la formación religiosa y la felicidad de sus alumnos, se dejara ganar por las flaquezas que acechan a todo ser humano y rompiera los votos de castidad a los que le obligaba el orden sacerdotal. Pero no es menos cierto que los jóvenes de los colegios salesianos, con su desertión, perdieron un amigo y un profesor que todo lo daba por el bienestar de sus alumnos ¡Cuántos buenos sacerdotes, entregados a la formación de la juventud y seguidores de la pedagogía donbosquiana, se han perdido la Iglesia, la Congregación Salesiana y la sociedad por no haberse permitido el celibato opcional que hubiera posibilitado que personas de enorme valía y relevantes virtudes pedagógicas siguieran dedicadas a la labor educativa! Mas, no parece descabellado pensar que de la misma manera que algunas de las tesis de Lutero han sido admitidas, siglos después, por la Iglesia Católica y reconocidas *de facto* por el Concilio Vaticano Segundo y por las normas y directivas surgidas de él: no a la venta de indulgencias y a la Bula de la Santa Cruzada, predicación en las lenguas vernáculas, participación más directa de los fieles en la celebración de la Santa Misa, libre interpretación de la Biblia, etc., la Iglesia, a no mucho tardar, ceda a las exigencias de la sociedad moderna y la lógica y permita el matrimonio de los sacerdotes de manera opcional.

Meses antes de que lo hiciera don Lucas, don José Vega también había colgado los hábitos y contraído matrimonio.

La pandilla de Carlos Mejías —que ellos y algunos sacerdotes y coadjutores llamaban, por sus travesuras y actitudes rebeldes, pero dentro de un orden, “Los Quinquis”— apreciaba y respetaba a don Lucas Sereno Caballero por su cariño y su entrega hacia sus alumnos, sus iniciativas en pro de la formación de los jóvenes y su trato siempre cordial y cercano.

## XVII

**5° Y 6° CURSOS DE BACHILLERATO: AÑOS 1967, 1968 y 1969. INGRESO DE CARLOS MEJÍAS EN EL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA Y ALEJAMIENTO TEMPORAL DEL COLEGIO SALESIANO. DON JOSÉ JOYA Y LA VENGANZA DE DON MENDO. LA ESCUELA PARTICULAR DE LA CALLE NAVARRA, N° 4. NACE EL CENTRO JUVENIL SANTO DOMINGO SAVIO (DO-SA): REENCUENTRO CON SUS ANTIGUOS COMPAÑEROS**

El paso del Colegio Salesiano María Auxiliadora al Instituto Nacional de Enseñanza Media de Algeciras del selecto grupo de alumnos que habían logrado superar el Bachillerato Elemental y acometer los estudios del Superior, no fue tan traumático como a primera vista pudiera parecer. En primer lugar porque de los setenta muchachos que habían comenzado a estudiar en primero separados en dos aulas (1° A y 1° B) sólo habían alcanzado al curso 5° de Bachillerato e ingresado en el centro educativo oficial diez que constituyeron un grupo en parte cohesionado que algunos profesores llamaban con cierto sarcasmo “los niños

de los Salesianos”. Representaban un porcentaje de casi el catorce por ciento del total y comprendía a los jóvenes más preparados y con mayor capacidad de adaptación de los que iniciaron el bachillerato cuatro años antes, cualidades que se hicieron evidentes con el paso de los meses. No cabe duda de que su buen nivel de preparación se debía, sobre todo, al tipo de educación recibida en el Colegio (disciplinada y fuertemente imbuida por la pedagogía donbosquiana), a la gran exigencia en el estudio y al fomento de otras virtudes como eran el fortalecimiento de la voluntad y del espíritu de sacrificio y el estímulo de la competitividad, factor éste que, décadas más tarde, sería repudiado por la nueva pedagogía de signo progresista empeñada en ofrecer la igualdad de oportunidades a todos los educandos bajando los niveles e impidiendo cualquier atisbo de competitividad intelectual. Los frutos no deseados de este nuevo sistema educativo se han podido constatar en el alto nivel de abandono escolar, la escasa preparación de amplios sectores de las nuevas generaciones de jóvenes y en la enorme cantidad de “ninis” indocumentados (ni trabajan ni estudian) que, en la primera década del siglo XXI, constituían una parte de la sociedad española.

En segundo lugar habría que señalar que el contacto con el Instituto Nacional de Enseñanza Media y con sus profesores no era nuevo para estos alumnos de los salesianos que habían tenido que asistir a los exámenes de Reválida de Bachillerato Elemental en las aulas de este centro oficial y convivido con los jóvenes que, al año siguiente, serían sus compañeros, con los profesores y con el personal de administración. De todas maneras hay que señalar que una vez integrados en el nuevo curso, las diferencias entre el grupo venido del Colegio Salesiano y el existente previamente en la institución oficial se diluyeron muy pronto lográndose establecer unas excelentes relaciones y un compañerismo modélico como se podrá comprobar a través de las iniciativas que todos juntos, bajo la dirección de unos buenos profesores, pudieron llevar a cabo.

Además de los alumnos llegados del centro reconocido elemental regentado por la Congregación Salesiana formaron parte del 5º y 6º curso de Bachillerato del Instituto Nacional de Enseñanza Media Rafael Pérez de Vargas López, Ángel Barbarrusa Viera, Diego Rodríguez Mateos, José Luis Rodríguez Mateos, Francisco Fernández Godino, Rafael Ochoa Ruiz, Emilio Muñoz Madrid, Emilio Rivas Muñoz, Atanasio Domínguez

Bernal, José Antonio Navío Santos, Antonio Siles Pozo, José Martón Povedano, Andrés Sanz Trelles, Manuel Alcaide Castro, Eduardo Ollero Robles, Félix Santamaría Rambaud, Francisco Rodríguez Santander, Jorge Luis Carrasco Mateos, Plácido Navas Lloret, Antonio Montes Jiménez, Silverio Ros Candeira, Carlos Ronda Lloret, Fernando Conde Mateo, Manuel Aldana Silveiro, José Antonio Cabrera Ortega, Eduardo Cepero García, Francisco Recalde González, Juan Rueda Vázquez, Pedro Juan Soler Albelda, Pedro Valle Ordoñez, Juan Barranco España y Luis de la Campa Bandrés (sólo en 6º Curso).

Sin duda alguna, en esos dos años de estancia de Carlos Mejías en el Instituto de Algeciras, el personaje más destacado del grupo por su don de gente, su arrojo en los momentos de emprender acciones, su capacidad de aglutinar en su entorno a otros compañeros y su desvergüenza y osadía a la hora de relacionarse con el profesorado y organizar eventos, era Diego Rodríguez Mateos, pariente de los Hermanos Mateos, citados al principio de este libro, que regentaban un taller de mecánica en el callejón de la Vieja, muy cerca de la casa del hijo de Manuel y de Juana.

La promoción de alumnos que acabaron el Bachillerato Superior en el Instituto de Algeciras en el año 1969 fue una de las mejores de las que cursaron sus estudios en ese Centro en la década de los sesenta, en opinión de algunos de sus profesores que así lo manifestaron pasadas algunas décadas. Hubo quienes llegaron a ser médicos en las especialidades de proctología, patología o análisis clínicos; otros farmacéuticos, doctores en historia o idiomas y profesores de Instituto o de Universidad; otros doctores en ciencias económicas, directores de centros educativos o museos; uno capitán de la marina mercante; varios abogados, periodistas, ingenieros (aeronáutico y de caminos), arquitectos, licenciado en geológicas o escritores.

Carlos Mejías y Domingo Trujillo eligieron la rama de letras que, dejando al margen las asignaturas de ciencias puras como las Matemáticas, la Física y la Química —de infausto recuerdo para el hijo de Manuel y de Juana— eran el eje, junto con la historia, la geografía y la literatura, que sustentaría sus estudios en el futuro. En su lugar, las asignaturas que debían superar en 5º y en 6º eran el Latín y el Griego, además de las disciplinas comunes de Religión, Ciencias Naturales, Historia del Arte, Literatura, Francés, Dibujo, Formación del Espíritu Nacional y Educación Física.

Los profesores encargados de impartir estas disciplinas, en un centro en el que, como tantos otros en aquellos años, se practicaba la separación por sexos: los varones en una parte del edificio y las chicas en otra, eran los siguientes: Latín don Alberto Fernández, a la sazón director del Instituto; Griego doña Pilar Gómez; Ciencias Naturales la terrible doña Conchita Cuesta; Francés don Pablo Mayayo; Literatura don José Joya Ruiz; Historia del Arte don Javier Bravo; Filosofía su hermano don Francisco Bravo; Dibujo don Luis Orihuela; F.E.N. don Jesús Corroto y Educación Física don Francisco Prieto Pozas.

Aunque la trayectoria en los dos cursos de Bachillerato Superior de Carlos Mejías fue bastante modesta, moviéndose en la zona media del alumnado y destacando, como en cursos anteriores, en Dibujo, Educación Física y F.E.N. con sendos sobresalientes al finalizar el curso en estas disciplinas, lo cierto era que no le faltaba interés por el estudio, constancia en el trabajo y capacidad para asimilar los contenidos. Los buenos resultados en las calificaciones no volverían hasta que el joven ingresara en la Escuela Normal de Magisterio en el año 1969.

Pero lo que tendría Carlos siempre presente, a lo largo de su vida, es que debía agradecer a la educación recibida en el Colegio Salesiano de Algeciras y a la labor de sus profesores —sacerdotes, coadjutores y laicos—, la formación intelectual que ellos modelaron durante años en su persona, la capacidad de sacrificio y de sobreponerse a los malos momentos y la visión del mundo que le rodeaba desde una posición inspirada en la moral y la ética cristianas. A pesar de la evolución lógica del pensamiento que todo hombre sufre o experimenta a lo largo de su existencia con cada nueva experiencia vital, nunca Carlos Mejías renunció a los valores, de profunda raíz cristiana, adquiridos en el tiempo que estuvo conviviendo con los sacerdotes y coadjutores de la Congregación Salesiana.

Cuando, a partir del año 1972, comenzó a impartir enseñanza como maestro, primero en el Colegio Salesiano María Auxiliadora, en el que había cursado los estudios entre 1959 y 1967, luego, como Profesor de Enseñanza General Básica en una escuela estatal y, más tarde, como Profesor Agregado de Bachillerato, siempre procuró que su actuación profesional estuviera iluminada por la pedagogía preventiva de don Bosco y la premisa de que había que poner remedio a la probable falta de un alumno antes de que aconteciera, evitando que ésta pudiera llegar a producirse.

Quizás el recuerdo de los injustos y dolorosos castigos físicos recibidos en algunas ocasiones o las humillantes, repetitivas e ineficaces “copias” de las lecciones no aprendidas, fueron también factores que incidieron positivamente para que el joven maestro enseñara con métodos modernos y cordiales y con un trato amable y respetuoso hacia los alumnos.

El edificio del Instituto, diseñado, como se ha dicho por el arquitecto Trinidad Solesio, tenía dos alturas y planta cuadrada con un amplio patio central y las cuatro crujías que lo formaban con anchos pasillos que daban a dicho espacio a cielo abierto. Las aulas estaban situadas mirando hacia el exterior, bien iluminadas por grandes ventanas y con fácil acceso. En la crujía opuesta a la puerta de entrada se hallaba el paraninfo que hacía, también, función de teatro, aunque el escenario no era más que un pequeño semicírculo, a modo de ábside. El aula donde se impartían las asignaturas comunes de 5º se hallaba ubicada cerca de la entrada y de las oficinas del Centro. Los alumnos de letras —Carlos Mejías y Domingo Trujillo entre ellos— abandonaban el aula cuando don Juan Narvárez comenzaba a explicar Matemáticas o Química para recluirse en una pequeña salita en la que recibían las clases de Latín y Griego.

Don Alberto era un hombre de baja estatura y delgado de cuerpo, pero de una acusada personalidad y de trato adusto pero correcto. Se mostraba, generalmente, parco en palabras, mas, cuando se expresaba, lo hacía en perfecto castellano y con probados conocimientos. Vestía siempre con un elegante traje gris y una corbata a juego sobre la camisa blanca. Como profesor de Latín era recto y algo distante con los alumnos, a los que infundía respeto, quizás por su parquedad en las palabras, su seriedad y por el cargo que ostentaba en el Centro.

Doña Pilar Gómez, la profesora que impartía la asignatura de Griego, era una mujer en extremo callada, de rostro inexpresivo y, como don Alberto, parca en palabras. Iba siempre vestida con un modelo clásico de color oscuro. Los hombros se los cubría con una rebeca de similar color. El pelo, negro y muy repeinado, se asemejaba a una peluca, sin serlo. Su personalidad era un arcano en el que sus alumnos no llegaban a penetrar. Transcurrieron los dos cursos del Bachillerato Superior sin que los escasos educandos de letras lograran ganarse la confianza de aquella circunspecta profesora que, por otra parte, hay que decir que era muy respetuosa con los muchachos que tenía a su cargo y justa a la hora de calificarlos. Exponía la

lección del día con voz muy suave y sin precipitación, con una paciencia y una parsimonia propias de una Cariátide. Carlos Mejías estaba encantado con la signatura, a pesar de la dificultad que presentaba una disciplina con un sistema complicado de verbos: los verbos puros contractos, defectivos, polirrizos, incoativos; casos como en Latín y una grafía que en nada se parecía a la de las lenguas romances. Lo que más valoró el hijo de Manuel y de Juana era el vocabulario etimológico que le dictaba doña Pilar para que lo memorizaran y que le permitió conocer la raíz y el significado de numerosos términos del castellano como morfología, patología, podólogo, oftalmólogo, telescopio, democracia, filosofía, cosmonauta, atmósfera, pirotecnia, teléfono... Carlos los escribía —acompañados del significado de las palabras griegas que lo componían— en un cuaderno cuyas páginas había organizado por orden alfabético (término también de origen griego, formado con los nombres de las dos primera letras de su alfabeto: “alfa” y beta”). Aquel cuaderno, que conservó durante toda su vida, le fue muy útil cuando estudió historia del arte, historia general, literatura o geografía en la carrera de Magisterio. ¡Qué pena que esa magnífica y enriquecedora disciplina —madre con el Latín de la cultura occidental— haya desaparecido de los planes de estudio sustituida por asignaturas, dicen que más prácticas y modernas, pero, al mismo tiempo, carentes de la capacidad de modelar los espíritus que tienen el Latín y el Griego!

Don Pablo Mayayo, responsable de la asignatura de Francés, era un buen profesor, aunque poco comunicativo con los alumnos. Es probable que ese rasgo de su personalidad estuviera relacionado con los años que permaneció confinado en el campo de prisioneros de la Era de las Torres, situado en las afueras de Algeciras, represaliado por el franquismo por sus ideas de izquierdas. Desde 1942 se le permitía salir del Campo para que impartiera clases en el Colegio Salesiano, antes de que pasara a ser profesor de matemáticas y de francés en el Instituto Nacional de Enseñanza Media.

Ciencias Naturales de 5º la impartía la profesora doña Conchita Cuesta, que aunque era una buena profesional, gran conocedora de la materia que debía enseñar, utilizaba unos métodos no acordes con los tiempos ni con el trato humano que sus alumnos se merecían. No sonreía casi nunca en clase ni emitía palabras amables para incentivar a los muchachos menos capacitados. Su mal genio lo volcaba con el desdichado alumno que sacaba a la tarima para preguntarle la lección: un gesto que no le agrada-

dara (a Domingo Trujillo —muy inteligente pero, al mismo tiempo, un gran provocador—, lo echó en más de una ocasión de clase por su actitud aparentemente altanera o por meterse las manos en el bolsillo mientras respondía a sus preguntas), una palabras que creyera ofensiva —sin serlo— o un reconocimiento explícito de no saberse la lección, eran motivos suficientes para que estallara su ira y lo mandara sentar con malos modos anunciándole que lo calificaba con un cero. Los diferentes ejes de los cristales, las partes del aparato digestivo de los rumiantes, la biología molecular y los elementos que componían una célula, las complicadas cadenas de hidrocarburos saturados, las clases de fallas, pliegues y volcanes, eran temas que traían por la calle de la amargura a los sufridos alumnos de 5° que, en tensión y sentados en absoluto silencio en sus sillas individuales, esperaban la llamada fatídica de la profesora para salir, como corderos destinados al matadero, a la tarima y someterse al terrible interrogatorio. En el haber de doña Conchita Cuesta hay que poner que era una profesora que actuaba con justicia a la hora de calificar a los muchachos al finalizar el curso. En ese decisivo momento no se dejaba llevar por sus frecuentes accesos de ira ni por sus bruscos cambios emocionales, sino que juzgaba y calificaba con equidad a todos sus alumnos.

Filosofía la impartía don Francisco Bravo, un hombre refinado y culto, de trato fácil y muy respetuoso con alumnos y compañeros profesores. Cuando disertaba sobre algún elevado concepto de la filosofía griega o moderna parecía entrar en éxtasis, emoción que transmitía a sus alumnos que lo escuchaban con atención a pesar de que, frecuentemente, eran temas complejos que exigían una gran atención y un intenso esfuerzo intelectual a los que aquellos estudiantes no estaban acostumbrados. Pero fuera por las virtudes de orador de don Francisco, fuera porque sabía hacer agradable e inteligible aquella complicada asignatura, la muchachada atendía sin rechistar no dando nunca muestras de cansancio o rebeldía como aconteció con algunos otros profesores.

Epistemología, antropología, lógica, ética, metafísica, estética, el concepto del espacio-tiempo como realidades objetivas según Enmanuel Kant pronto dejaron de ser términos extraños y misteriosos para convertirse en nociones entendibles que, bromeando, a veces utilizaban los alumnos de don Francisco en sus conversaciones para alardear de un dominio de la asignatura del que, en realidad, carecían.

De la asignatura de Historia del Arte se responsabilizó, en 6º Curso, don Javier Bravo, hermano del profesor de Filosofía. A diferencia de su pariente, era más corpulento y elevado de estatura. Presentaba un bigote espeso y bien recortado sobre el labio superior y el cabello, ondulado y con mechones grisáceos, peinado hacia atrás. Otra diferencia notable con respecto a don Francisco, era su habla más potente, aunque estaba peor dotado para la oratoria. Es necesario decir que aunque él ponía toda su voluntad en atraer la atención de los alumnos, no siempre lo lograba, pues, como se ha dicho, no tenía la virtud de la oratoria muy desarrollada en una época en que, para dar arte, no se disponía de los medios audiovisuales que, años más tarde, favorecerían enormemente la enseñanza de esa disciplina. Sin embargo, era un profesor apreciado por los alumnos por el trato respetuoso y cercano que siempre tuvo hacia ellos.

Se ha dejado para el final al profesor de literatura, don José Joya, no sólo por su fuerte personalidad y porque era muy apreciado por los estudiantes que tenía a su cargo debido a sus grandes conocimientos en la materia que impartía y sus acertado métodos de enseñanza, sino porque en el transcurso del curso 1968-1969, preparó una representación teatral con los alumnos de su asignatura, en la que participaron Carlos Mejías y la mayor parte de los muchachos que habían llegado de los Salesianos con otros que habían cursado el Bachillerato Elemental en el propio Instituto.

La obra que se ensayó durante varios meses, todas las tardes al finalizar las clases, era la “La venganza de don Mendo”, una astracana del dramaturgo Pedro Muñoz Seca. Este escritor, muy crítico con la República, fue acusado de monárquico recalcitrante por los dirigentes del Frente Popular, siendo encarcelado en Madrid y fusilado en 1936 en Paracuellos del Jarama. Lo curioso era que la acusación de monárquico no cuadraba con la obra que don José Joya dirigió en el Instituto de Algeciras que era una sátira descarnada del teatro histórico, de las comedias de honor calderonianas y, de alguna manera, una burla sarcástica de la sociedad del Antiguo Régimen.

El papel del desdichado y enamorado don Mendo lo representó Diego Rodríguez Mateos —muy apropiado a la personalidad inquieta y el carácter mordaz de este alumno—; el personaje del engañado don Pero Collado, duque de Toro y privado del Rey, Carlos Mejías; el rey don Alfonso, Emilio Muñoz Madrid; el de don Nuño Manso del Jarama, el padre



Los actores que intervinieron en la representación de “La venganza de don Mendo” saludando al público. En primer plano: el protagonista de este relato como don Pero, Emilio Muñoz Madrid como el rey don Alfonso, Diego Rodríguez Mateos como don Mendo, Alejandra Ventosa como Azofaifa y Tere Mescua como Magdalena.



Elenco de actores de 6º de Bachillerato que intervino en la puesta en escena de “La venganza de don Mendo” con su director don José Joya Ruiz.

de la casquivana y voluble Magdalena, Rafael Álvarez Ruiz. Magdalena estuvo encarnada por Tere Mescua y la mora Azofaifa por Alejandra Ventosa. Otros personajes fueron interpretados por Luis María Unciti, Rafael Ochando, Emilio Rivas, José Antonio Navío, Francisco Godino, Pablo López Jiménez, Ángel Barbarrusa, Rafael Pérez de Vargas, José Martón Povedano y Atanasio Domínguez Bernal.

La representación de la obra, cuyos decorados fueron diseñados y pintados por Rafael Ochando y Carlos Mejías, se llevó a cabo en el Paraninfo del Instituto, obteniendo los actores un rotundo éxito y su director, don José Joya, el reconocimiento de todos por su excelente trabajo.

A principios del mes de septiembre de 1967, el padre de Carlos acondicionó la habitación que había sustituido al gallinero que hubo encima de la cocina para transformarla en una salita bien iluminada con el propósito de que su hijo —que como se ha señalado aún se hallaba estudiando el 5º Curso del Bachillerato Superior— pudiera impartir clases particulares por las tardes, una vez acabada la jornada lectiva en el Instituto. El mobiliario consistió en una mesa rectangular de unos dos metros y medio de longitud de madera de pino de Flandes y sendos bancos corridos de la misma madera, uno a cada lado de la mesa-pupitre, que fueron elaborados por Rafael Matoso “Eta”, aunque se hallaba ya muy enfermo. En el mes siguiente ya tenía Carlos Mejías que impartir clases a una decena de niños de los entornos y, antes de que llegara enero, debió separar al alumnado en dos turnos, uno dedicado a los chavales que estudiaban la Enseñanza Primaria y otro para los que cursaban 1º, 2º, 3º o 4º de Bachillerato. Llegó a dar clases, de ocho a nueve de la mañana, a una muchacha, cuñada de Juan Arrabal, que necesitaba mejorar sus conocimientos de griego.

En el mes de enero de 1968 Carlos Mejías da Silva, después de un breve período de amistad, comenzó a salir formalmente con la que, tras una ruptura y tres años de separación, sería su mujer: Encarnación Cabello Ocaña, una bella joven nacida en la población de Camas, pero establecida desde su infancia en la ciudad de Algeciras.

Las calificaciones obtenidas por Carlos Mejías al acabar 5º y, luego, 6º —aunque sin haber tenido ningún suspenso—, fueron bastante mediocres, exceptuando, como en años anteriores, Dibujo y Educación Física, asignaturas en las que alcanzó la nota de sobresaliente y notable alto respectivamente. Este descenso en el rendimiento intelectual del alumno que,

como se ha referido en otro lugar de ese libro, no se recuperaría hasta que acometiera los estudios de Magisterio, habría que atribuirlo al esfuerzo extra y al tiempo empleado en atender las clases particulares o a la mayor dedicación a actividades lúdicas en el nuevo Centro educativo. Lo cierto es que, con el selecto grupo de alumnos que habían llegado del Colegio Salesiano dos años antes, el 2 de junio de 1969 recibió el placet para poder presentarse al examen de Reválida del Bachillerato Superior, prueba que superaron todos a mediados del citado mes, obteniendo Carlos Mejías, el 2 de julio, la calificación de apto en los tres grupos de asignaturas en que se dividía el examen: I Religión, Idioma, F.E.N. y Educación Física; II Filosofía, Literatura, Historia del Arte y Ciencias Naturales y III Latín y Griego. El acceso a la Escuela Normal de Magisterio de Ceuta estaba expedito para el hijo de Manuel Mejías y Juana da Silva.

Sólo queda por relatar, para dar fin a este libro de recuerdos que acabará cuando el protagonista de la historia embarque en el transbordador “Virgen de África” a finales del mes de septiembre de 1969 para iniciar los estudios de Magisterio, lo acontecido entre 1967 y 1969 con la pandilla de “Los Quinquis” o, con aquellos de sus miembros que permanecieron unidos por los viejos lazos de amistad en los años siguientes.

La posibilidad de volver a reunir a la pandilla se debió a una acertada iniciativa que surgió en el Colegio en el que tantos años habían estado inscritos y que sirvió para reverdecer los fuertes y antiguos vínculos existentes entre ellos. Es muy probable que estas relaciones de amistad se hubieran diluido con el paso del tiempo y por imperativo de las nuevas obligaciones asumidas en sus vidas de adultos de no haber sido por la creación, en el verano de 1967 en el Colegio Salesiano, del Club Juvenil Santo Domingo Savio (DO-SA).

Una de las consecuencias que tuvo la celebración del Concilio Vaticano II, al margen de la auténtica revolución que provocó en diversos ámbitos de la Iglesia, en la liturgia, en las relaciones con otras iglesias, en la participación de los seglares y de los fieles en la vida de la comunidad y en la renovación y modernización de los ritos litúrgicos y de la formación de los futuros sacerdotes, fue la especial atención que se dedicó a la juventud. En unos años en que la búsqueda de la libertad perdida y de nuevas emociones y experiencias estaba atrayendo a los jóvenes hacia un mundo y unas formas de vida desacralizadas y alejadas de los tradicionales valo-

res humanistas y cristianos, al mismo tiempo que los estaba separando de la Iglesia, surgieron en las parroquias —como el escalón del ministerio sacerdotal más cercano a la sociedad— los denominados “clubes parroquiales” con el sano propósito de atraer a la juventud de cada barrio, ofrecerle espacios de convivencia, de reunión y de celebración de actos culturales (lectura, teatro, conferencias, cine-forum, edición de revistas juveniles) y deportivos, sin olvidar el transmitirle el mensaje cristiano mediante un nuevo modelo de relación y en un formato más adecuado a sus intereses y a las nuevas costumbres y modas que se estaban imponiendo.

En Algeciras, el Obispo de Cádiz nombró al sacerdote Sebastián Llanes Blanco, coadjutor de la Parroquia Nuestra Señora de la Palma, Delegado del Episcopado para la Juventud en el Campo de Gibraltar. Entre 1967 y 1969 se crearon clubes juveniles en la mayoría de las parroquias algecireñas. En la Piñera surgió el “Club Spica”, en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen el “Club Stella Maris”, en la parroquia del barrio de Pescadores el “Club Sky Blue”, en la barriada de la Granja el “Club San Miguel”, en la parroquia del Corpus Christi el “Club Espíritu Santo” y en el Colegio Salesiano el “Club DO-SA”. También existieron clubs parroquiales en la barriada de la Bajadilla, en la parroquia de la Palma y en un centro educativo como la Escuela de Maestría Industrial, que se denominó “Club EMI”.

Aunque cada club, a cuyo cargo estaba un sacerdote o un seglar, gozaba de plena autonomía de organización interna y de preparación y celebración de actividades, en ocasiones, coordinados por el padre Llanes o por los dirigentes del DO-SA, se celebraban algunos actos conjuntos —generalmente de carácter religioso o lúdico— en los que participaban todos los clubes que quisieran sumarse a la iniciativa.

En el Colegio Salesiano la Asociación de Antiguos Alumnos estaba en decadencia en los años centrales de la década de los sesenta. La sede de la Asociación —un salón situado en el *hall* que precedía al cine-teatro— era utilizada sólo en contadas ocasiones por algunos antiguos alumnos salesianos pero sin constituir una organización estable. En el verano el año 1967, Manuel Heredia y Miguel Redondo Espada, a la sazón secretario administrativo del Colegio, decidieron reunir a un grupo de jóvenes que habían cursado parte de sus estudios en el Centro y crear un club juvenil que se denominaría Domingo Savio (DO-SA).

Este club, que se regía con unos estatutos parecidos a los de los restantes “clubes parroquiales” —sin serlo— pronto se convertiría en uno de los más importantes y con mayor número de socios de la ciudad, pues gozaba de una serie de ventajas de las que carecían los otros clubes, como era el contar con unas buenas instalaciones socio-culturales (sede social, teatro y biblioteca) y deportivas (cancha de baloncesto y campo de fútbol). Sin embargo, una vez iniciado el curso 1967-68 la Congregación Salesiana nombró como consiliario o director del Club DO-SA a un coadjutor de la Orden que había sido destinado ese año a la institución educativa algecireña con el fin expreso de hacerse cargo del club juvenil recién creado. Rafael Serrano, durante más de un lustro, estuvo a cargo del club hasta su decadencia y definitiva desaparición a mediados de la década siguiente. Después del nombramiento de Rafael Serrano como responsable de la institución, por considerar que el nombre de “club” no respondía a los estatutos, a los fines y al tipo de actividades que se desarrollaban en el establecido en el Colegio Salesiano, éste pasó a denominarse “Centro Juvenil DO-SA”.

El Club utilizaba la sede social que había sido de los Antiguos Alumnos en la que existía una barra de un bar, una mesa de billar, mesas y sillas para juegos como el ajedrez y las damas, un televisor en blanco y negro y una pequeña biblioteca. Además contaba con otra dependencia, que había sido antes aula, ubicada en el pasillo que comunicaba la zona privada de los sacerdotes con el doble edificio donde se impartían las clases. En esta sala se instaló una mesa de ping-pong y, definitivamente, la biblioteca que estaba a cargo de Bernabé Troya, un joven de pocas palabras pero muy ilustrado y gran amante de los libros. Se quejaba el bueno de Bernabé de que uno de los libros más demandados era el que narraba la historia de Vasco Núñez de Balboa y sus relaciones con la hermosa princesa india Anayansi, su amante, en uno de cuyos capítulos se relataba una escena de amor entre ambos con la minuciosa descripción de las exóticas bellezas de la muchacha.

—Si dejáis caer el libro —afirmaba Bernabé—, os aseguro que se abrirá siempre por las mismas páginas: por aquellas en las que se narra la escena amorosa entre Balboa y Anayansi.

Todas las tardes de los domingos se organizaba una “Velada”, cuyas actuaciones se preparaban y ensayaban durante la semana previa. Se



Miembros del Club que participaron en el Retiro Espiritual en la Casa de Retiro de San Roque en el año 1969. Entre ellos: Juan González, Rafael Macías, José Cabalga, Francisco Delgado, Sebastián Caballero, Juan Rider, Manuel Lara, el padre Sebastián Llanes, Luis Mora, Juan Jesús Melgar, Rafael Fenoy, Pedro Vázquez Pino, Leonardo Pérez Luque, Antonio Caravaca, Miguel Ángel Romero, Juan Luis Delgado, Diego Salas y Juan José González Pecino.

representaban entremeses de los Álvarez Quintero; *sketch* cómicos — muchas veces de carácter satírico— sacados de actuaciones de la televisión, pero la mayor parte de las veces ideados por los propios jóvenes que los ponían en escena; concursos de chistes y actuaciones musicales de los grupos de “música moderna” que empezaban a formarse en la ciudad. También se organizaban concursos de canciones denominados “Escala en Hi-Fi” en los que los participantes cantaban en *playback* temas de solistas y grupos que estaban de moda en la época como Camilo Sesto, Raphael, Karina, Tom Jones, Juan Manuel Serrat, Simon and Garfunkel, Los Brincos o Adamo. Igualmente se extendieron por estos clubs parroquiales las proyecciones de películas de arte y ensayo en Cine-Clubs. También se publicaba mensualmente una revista juvenil —impresa en

folios mediante una multicopista— en la que participaban los socios escribiendo artículo o poemas, realizando entrevistas y comentando acontecimientos relevantes.

En la Feria Real del año 1968 los “clubes parroquiales”, coordinados por el padre Llanes, con gran protagonismo del club DO-SA, que era el mejor organizado, montaron la caseta “Juventud 68”, con la actuación de tres grupos musicales de renombre en la zona como “Los Teka”, “Los Simuns” y “Los Solos”.

En la Navidad de ese año se llevaron a cabo diversas obras de caridad —de justicia social las denominaban Rafael Serrano y los dirigentes del Club— como construir una casa para una familia sin recursos en la zona alta del Polígono del Tiro o llevar juguetes a los niños que habitaban en el barrio de chabolas del “Llano de la Junquera”.

En otras ocasiones, miembros del Club acudían al asilo de ancianos de la ciudad para ayudar a las Hermanitas de los Desamparados que lo regentaban o al Hospital Civil para atender a los enfermos.

Una actividad de carácter religioso, realizada con la participación de socios de ambos sexos de todos los clubes de la ciudad, pero organizada por Rafael Serrano, aunque fue invitado a intervenir el padre Llanes, consistió en un retiro de tres días que se llevó a cabo en la Casa de Retiro de San Roque. Una de las novedades en la celebración de la liturgia de la Santa Misa, fue que los fieles participantes pudieron comulgar bajo las dos especies, con el pan y el vino, y que se cantaba durante el oficio religioso acompañados de instrumentos musicales diferentes a los clásicos órgano o armonio, como la guitarra.

El día 3 de octubre del año 1969, Carlos Mejías, portando una maleta de cartón recubierta de lona listada y con refuerzos metálicos en las esquinas, embarcó en el puerto de Algeciras en el transbordador “Virgen de África” para trasladarse a vivir al hogar de su tío político Antonio Muñoz Salas, militar destinado en Ceuta, e iniciar los estudios de la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de aquella ciudad norteafricana. Dos meses y medio más tarde, el 22 de diciembre, su tío, con el que estaba tan unido desde su tierna infancia y a quien tanto apreciaba, Rafael Matoso Turrillo “Eta”, falleció en su casa de la calle Los Arcos después haber recaído en la grave y larga enfermedad que le aquejaba.

Con el obligado cambio de residencia y su alejamiento temporal de Algeciras, acabó una etapa de la vida del hijo de Manuel Mejías González y Juana da Silva y comenzaba otra nueva que, quizás, sea oportuno relatar y pasar al imperecedero papel en un próximo futuro.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abd Allah ben Rida: 76  
Abu Yusuf Yaqub: 30  
Acedo, Juan: 161  
Al-Ayasi: 76  
Alberola Rubio, José: 208-209  
Alcaide Castro, Manuel: 227  
Alcaraz, Andrés: 101  
Alcázar, Rosa: 138-139  
Aldana Silveiro, Manuel: 227  
Almenara Montoya, José Antonio: 208-209  
Álvarez Luna, Manuel: 185  
Álvarez Ruiz, Rafael: 158-159-169-185-223-232  
Anayansi: 237  
Antón Lloret, Félix: 158  
Antonia (la cocinera): 178-208  
Anula, Pedro: 215  
Arana, Miguel: 178-182  
Armengol, Josefa: 68  
Arrabal Román, Juan: 186-234  
Astorga Neto, Antonio: 185  
Aznar, Antonio: 129-148  
Bandrés (familia): 109  
Barbarrusa Viera, Ángel: 226-234  
Barranco España, Juan: 227  
Barrueco Casado, Ricardo (don): 121-153  
Bartolo: 100  
Becerra García, Diego: 145-151-158-178-182  
Ben Jalifa: 76

Berlanga, Esteban: 61  
Bertomeu, Mariló: 215  
Betegón, Javier: 44-46  
Blanco González, Francisco: 158-169-185-223  
Blanco, Manuel: 159  
Blanquer Fillol, Ángel: 159-169-185  
Bravo, Francisco (don): 228-230  
Bravo, Javier (don): 228-230  
Breuil, Henri: 35-210-220-221  
Borghese, Junio Valerio: 73  
Bullón, José Antonio: 209-210-211  
Bullón Lobato, José: 209-211  
Cabalga Griñolo, José: 158-159-169-175-185-186-191-199-213-215-219-238  
Caballero, Sebastián: 238  
Cabello Ocaña, Encarnación: 234  
Cabezón, Fernando: 83  
Cabré, Juan: 35-210  
Cabrera Ortega, José Antonio: 215-216-227  
Campa Bandrés, Luis de la: 227  
Cañamaque Calvente, Rafael: 169-185  
Caravaca, Antonio: 238  
Carbajo, Ángel: 139  
Carrasco Mateos, Jorge Luis: 227  
Carrasco, Salvador: 63  
Casaus, Pablo: 99  
Castillo, José: 178-181-182  
Castro, Carlos: 64-65-101-205  
Castro, Curra: 67-154  
Castro Puerto, Carlos: 64  
Castro Puerto, Francisca: 64  
Castro Puerto, José: 64-65-93-100  
Castro Puerto, Mariano: 64  
Castro Puerto, Pilar: 64-138  
Cervera Abreu, Pascual: 32-108  
Collante García, José Luis: 159-178-181  
Conde, Fernando: 227  
Conesa Mateos, Juan José: 158-169-185

Conesa, Matilde: 139  
Corroto, Jesús (don): 228  
Croisée d'Ancourt, Jorge: 34  
Cuello, José Antonio: 159-169  
Cuesta, Conchita (doña): 228-230-231  
Currito Veneno: 64  
Del Can Ruiz, Diego: 101  
Del Can Ruiz, Manuel: 83  
Delgado, Encarna: 65  
Delgado, Francisco: 238  
Delgado, Juan Luis: 238  
Díaz Bacerra, Pablo: 99  
Díaz de los Santos, Esteban: 6-12  
Díaz Herrera, Francisca: 7-8-12  
Díaz Herrera, Josefa: 8-71-75-79-187-188-189-190  
Dicenta, José Fernando: 179  
Díaz Pacheco, Tomás: 186  
Domínguez Bernal, Atanasio: 226-234  
Domínguez, Cristóbal: 159  
Domínguez, José (don): 121-124-126-129-150-151-152-153-157  
Durán Manso, Juan: 68  
Durán Armengol, Ángel: 68  
Durán Armengol, Juan: 68  
Durán Armengol, Lale: 68  
Durán Armengol, Luli: 68  
Durán Armengol, Pepi: 68  
Durán Armengol, Salvador: 68  
Enríquez, Daniel: 178  
Epifanio: 173  
Ernesto (don): 109  
Escalante, Josefina (doña): 169-219  
Escalona (familia): 76  
Espinosa, Juan José: 134  
Evaristo (don): 109-113-114-115-116-122-123-191  
Felicísimo (don): 153-158-161-163-165  
Fenoy Rico, Carlos: 178  
Fenoy Rico, Rafael: 178-208-209-210-238

Fernández, Alberto (don): 227-229  
Fernández de la Rosa, Ana Mari: 63  
Fernández de la Rosa, Fernando: 63  
Fernández de la Rosa, Francisco: 63  
Fernández de la Rosa, Tomás: 63  
Fernández Godino, Francisco: 226-232  
Fernández de Villavicencio, María Josefa: 71  
Fernández Labrador, Antonio: 185  
Fernández, Manuel: 178-180-181-182  
Flores Fernández, Manuel: 86  
Flores Hidalgo, Federico: 158-169-215  
Flores Velasco, José Luis: 215-216  
Francia, Alfonso (don): 168-175-177-179-181-182-185  
Gálvez González, Valeriano: 158-159-169-185  
Gálvez, Pepi: 215  
García, Anita: 65-66-67  
García Cueto, Remigio: 208-209  
García, Francisco “El Cristalero”: 101  
García García, Francisco: 169-185  
García Hurtado, José Carlos: 169-185  
García Jiménez, Conchita: 85-86-109  
García Jiménez, Encarnita: 85-86-109  
García Jódar, Francisco: 169-185  
García, Ramón “Romi”: 83  
García Ruiz, Francisco: 7  
Gil Manso, José Luis: 7  
Gil Manso, Miguel: 7  
Gil Manso, Rosa: 7  
Gil, Miguel: 7  
Ginzo, Juana: 139  
Gómez del Cura, Juan José: 159-161-169-185-186  
Gómez, Pilar (doña): 227-229-230  
González Antonio (don): 170  
González, Antoñita: 102  
González, Fernando (tío): 199-200  
González Castro, María: 204  
González Castro, Pepi: 204

González García, Antonia: 65  
González García, Mario: 65  
González, Juan: 238  
González, Manuel (don): 153-157  
González Natera, Antonia: 200-203  
González Natera, Curra: 199-200-201-202-203-204-205-206-207  
González Pecino, Juan José: 238  
Guerrero, Antonio: 65-93-161  
Guerrero, Francisco: 65-93-122  
Guerrero, Isabel: 65  
Guillén (policía local): 101  
Guillén, Juan: 122-127  
Guisado Lumbreras, Alfonso: 64  
Guisado Lumbreras, María: 64-138  
Gutiérrez Hinojosa, José: 58  
Harvey, Laurence: 130  
Heredia, Manuel (don): 236  
Hermenegildo (don): 170  
Hernández, Antonio (don): 186-219  
Herrera Armenta, Anita: 68  
Herrera Armenta, José: 68  
Herrera Armenta, Juan Antonio: 68  
Herrera Gutiérrez, Juana: 6-7-10  
Herrera, Marisa: 215  
Hidalgo, Manuel: 185  
Hidalgo (mecánico-herrero): 51  
Huidobro Blanco, José: 75-77-78-79-187  
Huidobro Díaz, José: 75-77-78-79-187  
Hus, Juan: 127  
Isabelina: 122  
Jiménez Guerrero, Norberto: 158-159-169-178-186-223  
Jimeno Bustos, María Ángeles: 215  
Joya Ruiz, José (don): 170-228-230-232-233-234  
Juan Luis “El Pájaro”: 94  
Julio (don): 82-83-85-93-102  
Jürgens, Oskar: 45-46

Lara Arjona, Manuel: 65-195  
Lara Delgado, Adela: 65  
Lara Delgado, Manuel: 65-66-67-93-95-100-102-122-146-148-153-154-156-158-159-161-163-169-175-176-177-178-179-181-182-183-186-191-199-208-209-210-213-215-216-219-222-238  
Larios, Pablo: 72  
Liñana, Pedro (maestro): 122-145  
Liñana Domínguez, Pedro: 8  
López Bravo, Gregorio: 134  
López Jiménez, Pablo: 145-158-159-163-169-178-181-186-223-234  
López Rodó, Laureano: 134  
Lora Tamayo, Manuel: 134  
Loring Martínez, Carlos: 189  
Lucas Blanco, Manuel: 169-186-223  
Lumbreras, María: 64-102  
Lutero, Martín: 127  
Luz (vecina de la fuente): 102  
Llanes Blanco, Sebastián: 236-238-239  
Llaves, María: 68  
Llaves, Maruja: 68  
Lloret Cano, Vicente: 158-159-169-186  
Lloret Esquerdo, Miguel: 158-159-169-186  
Macías, Rafael: 238  
Manolita: 205-206-207  
Manolo “el de las Pasaderas”: 69  
Manolo “El Sordo”: 195  
Manolo “el Zapatero”: 63  
Manso, Milagros: 7  
Manuel “el de las Tortas”: 62  
Marcial (don): 177-179-183  
María (ayudante de la cocinera): 208-223  
María “la Huérfana”: 64  
Marinievas: 193-194  
Márquez, José María (don): 106-153-186-219  
Martí, José (don): 109-122-128-160  
Martín, José (don): 158-170  
Martín, Manuel María (don): 218

Martínez Antoñanza, Gregorio: 125-126  
Martínez de Serdio, Justo: 19  
Martínez, Gregorio: 63  
Martínez, Francisco: 63  
Martínez, Joaquín: 63  
Martón Povedano, José: 226-234  
Martos Orihuela, José: 159-161-169  
Mateos, Miguel “Miguelín”: 116  
Matoso Silva, Antonio: 68  
Matoso Silva, Francisca: 68  
Matoso Turrillo, Rafael: 8-25-33-47-48-49-50-51-53-68-71-72-75-76-77-78-79-82-95-99-100-174-189-234-239  
Mayayo, Pablo (don): 228-230  
Medina Marmolejo, Diego: 186  
Melgar, Juan Jesús: 238  
Melgar, Luis: 153  
Mellado, Conchi: 215  
Mendoza, Carlos: 162  
Menéndez, Juanjo: 130  
Mesa Gil, Ángel: 114-115-122-127  
Mescua, Tere: 232-233  
Micaela “la Sorda”: 64  
Michán Pérez, José: 145-158-159-169-174-178-180-181-186-208-209  
Mister Lee: 202  
Mister Piccone: 9-13  
Montes Jiménez, Antonio: 227  
Mora Martín, Luis: 219-238  
Moreno, Antonio “El Manco” (don): 109-122  
Moya, Carmen: 68  
Muñoz Álvarez, Diego: 159-169-186  
Muñoz, Antonio: 223  
Muñoz Madrid, Emilio: 226-232-233  
Muñoz, Manuel: 223  
Muñoz Salas, Antonio: 223  
Muñoz Seca, Pedro: 232  
Narváez, Juan: 229  
Navarro Rubio, Mariano: 134

Navas Lloret, Plácido: 227  
Navío Santos, José Antonio: 226-232  
Núñez de Balboa, Vasco: 237  
Obermaier, Hugo: 35-210  
Ochando Ruiz, Rafael: 226-232-234  
Oliveras, Alberto: 139  
Ollero Robles, Eduardo: 227  
Ordóñez, José Antonio: 158-169  
Orihuela, Luis (don): 228  
Ortiz Calvente, Teresa: 63-87  
Ortiz, Luisa: 63  
Palacios, Juan: 63  
Palacios Ortiz, Andrés: 63-93-102  
Palacios Ortiz, Herminia: 63  
Palacios Ortiz, Jacinta: 63  
Palacios Ortiz, Joaquín: 63-83-93-102  
Palacios Ortiz, José Luis: 63  
Palacios Ortiz, Nati: 63  
Parsarán Aswani, Persi: 178-180  
Parrado: 178  
Pecino, Carlos: 145  
Pelayo: 63  
Pepa “la Mijita”: 63-68  
Pepe “el de las Gambas”: 68  
Pepe “el Gordo”: 94  
Pepito “el de Curra”: 93-94  
Pérez Castro, Manuela: 67  
Pérez Castro, Ana: 67  
Pérez Castro, Cristóbal: 67  
Pérez Castro, Josefa: 67  
Pérez Castro, Francisco: 67  
Pérez de Vargas López, Rafael: 226-234  
Pérez Luque, Leonardo: 158-159-169-175-176-186-191-192-193-199-213-  
214-219-238  
Pizarro (familia): 65-195  
Pizarro, Luis: 93-102  
Portilla Gómez, Antonio: 8-25-142-204

Postigo López, Bernardo: 159-161-178-180-181  
Prieto Pozas, Francisco (don): 170-186-198-219-228  
Prol, Manuel (don): 185-193  
Puerto, Pepita: 64  
Ragel Luna, Manuel: 159  
Ramírez, Antonio: 101  
Ramón (don): 109-122-145  
Ramos Chávez, Gabriel (don): 165-167-168-170-171-172-186-218-219  
Ramos, José: 158-159-170-186  
Rebollar, Pedro: 178  
Recalde González, Francisco: 227  
Reed, Carol: 130  
Redondo Espada, Miguel: 236  
Remick, Lee: 130  
Rey, Fernando: 130  
Rider, Juan: 238  
Rivas Muñoz, Emilio: 226-232  
Rodríguez, Isabel “La Cascarita”: 141  
Rodríguez Jiménez, Antonio (don): 109-114-122  
Rodríguez, José María (don): 109  
Rodríguez Mateos, Diego: 226-227-232-233  
Rodríguez Mateos, José Luis: 226  
Rodríguez Santander: 227  
Rojas, Antonio: 200-202  
Romero, Miguel Ángel: 238  
Ronda, Carlos: 227  
Ropero Alarcón, Emilio: 158-169-186  
Ros Candeira, Silverio: 227  
Rosario: 62  
Rosendo: 69  
Rueda Vázquez, Juan: 227  
Ruiz Florindo, Antonio: 99  
Ruiz, Francisco: 161  
Ruiz Parias, Fernando: 158-159-169-186  
Sacramento, Eduardo: 154  
Salas Sierra, Diego: 178-238  
Salvadores Martínez, Cayo: 82

Sánchez de la Corte, Santiago: 158-159-169-185  
Sánchez Miguel, José: 161  
Sánchez Ricardony, Jerónimo: 67  
Santamaría Rambaud, Félix: 227  
Santiago Lloret, Jaime: 161-169-186  
Sanz Trelles, Andrés: 227  
Sautier Casaseca, Guillermo: 138  
Serenó Caballero, Lucas (don): 153-157-162-163-164-165-167-168-  
170-175-177-179-180-181-185-186-191-193-194-198-208-209-218-  
223-224  
Serranito: 63  
Serrano, Rafael: 237-238  
Sevilla, Francisca: 6  
Sevilla, Juan: 5  
Sevillano: 186  
Siles Pozo, Antonio: 223-226  
Silva Díaz, Francisca (da): 8-12-25-26-27-29-32-33-36-47-51-54-68-74-  
75-82-95-138  
Silva Díaz, Isabel (da): 8-12-25-26-27-29-32-54-74-138-139-204  
Silva Díaz, Juana (da): 6-7-8-10-12-15-16-23-25-26-27-32-36-37-54-60-  
71-72-74-75-94-101-106-124-138-139-142-198-201-204-239  
Silva Martins, Cándido (da): 6-7-8-10-12  
Silva Vázquez, Ricardo: 52-54  
Simón Sanjuán, Luis Felipe: 158-159-169-178-181-182-186  
Soler Albelda, Pedro Juan: 215  
Solesio González, Trinidad: 158-229  
Sor María Antonia: 216  
Thompson, Guillermo: 35  
Tomás (don): 109-110-116-117  
Torrente Ballester, Gonzalo: 170  
Trigo, Luis: 83  
Troya, Bernabé: 237  
Trujillo Espinosa, Domingo: 122-145-158-159-161-169-186-197-223-227-  
229-230  
Trujillo González, Antonio (don): 146-147-148-153-154-155-158-159-223  
Ullastres, Alberto: 134  
Unciti Esparza, José Carlos: 127-145

Unciti Esparza, Luis María: 117-156-158-163-169-178-179-180-182-186-210-213-223-232  
Urbano: 186  
Valdivia Reina, Emilio: 159-169-182-186-208-209-210-215-216  
Valle Ordóñez, Pedro: 159-216  
Valle Viana, Juan Antonio: 186  
Varela, Julio: 139  
Vargas (familia): 68  
Vázquez, Isabel: 52  
Vázquez Pino, Pedro: 238  
Vega de la Torre, Antonio: 159-169-186-223  
Vega, José (don): 218-224  
Ventosa, Alejandra: 232-233  
Vera, José Manuel: 161  
Viento, María: 64  
William Willoughby Cole Verne: 35-36-210  
Yáñez Ruiz, Juan: 62-122-125-126-127-128-145-151-152-158-169-171-172-173-175-178-179-181-182-186-191-193-194-199-213  
Zarrias Aguilera, Francisco: 122-158-178-179-181-186-190-191-192-199-208-209-213-214-219



## AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud a los viejos compañeros y amigos que, con sus aportaciones, han permitido reunir los nombres de los personajes y los datos que configuran este libro. En especial a:

Álvarez Ruiz, Rafael  
Durán Armengol, Luli  
García Jiménez, Cochita  
García Jiménez, Encarnita  
Huidobro Díaz, José  
Lara Delgado, Adela  
Lara Delgado, Manuel  
Martínez Selva, Manuel Jesús  
Matoso Silva, Antonio  
Mesa Gil, Ángel  
Mora Martín, Luis  
Muñoz Madrid, Emilio  
Pérez Luque, Leonardo  
Rivas Muñoz, Emilio  
Unciti Esparza José Carlos  
Unciti Esparza, Luis María  
Valle Viana, Juan Antonio



## ÍNDICE

<b>I.-</b> La calle Carteya, la tahona y el abuelo Cándido “El Portugués” .....	5
<b>II.-</b> Manuel Mejías González, Gibraltar y el “contrabando de hormigas” .....	15
<b>III.-</b> La playa de “El Chorruelo” y la feria de 1954.....	29
<b>IV.-</b> La Algeciras perdida. Los trabajos de “Eta” en el río de la Miel. De pesca en el Rompeolas de la Isla Verde.....	43
<b>V.-</b> La casa de la calle 33 del Río Ancho y las “giras” a Punta Carnero, “La Chorrera” y la Fuente de la Negra.....	55
<b>VI.-</b> Las escuelas de don Julio y la señorita Encarni. Un funeral con coche de caballos.....	81
<b>VII.-</b> La belicosa pandilla del Río Ancho. Juegos infantiles de los años cincuenta. La primera velada de la barriada.....	93
<b>VIII.-</b> Ingreso de Carlitos en el Colegio Salesiano San Ramón. Las primeras lecciones con la Enciclopedia Álvarez y los trabajos con los cuadernos Rubio.....	105
<b>IX.-</b> El Colegio Salesiano María Auxiliadora: Curso 1961-1962. Monaguillo, miembro de la Rondalla y participación como extra en la película “El precio de la muerte”.....	119
<b>X.-</b> Nacimiento de una nueva barriada anexa al Río Ancho: La Piñera. Importancia de la radio en la vida familiar y recova y contrabando en el tren correo de Granada.....	133
<b>XI.-</b> La clase cuarta en el Colegio Salesiano María Auxiliadora: Curso 1962-1963. Ejercicios Espirituales. La muerte de don Ricardo Barrueco Casado y el examen de Ingreso.....	145

<b>XII.-</b> El curso primero de Bachillerato: Años 1963 y 1964. Una sorprendente huelga de estudiantes en el Colegio Salesiano de Algeciras. Aires nuevos soplan en el centro educativo.....	157
<b>XIII.-</b> 2º Curso de Bachillerato: Años 1964 y 1965. Don Gabriel Ramos Chávez, don Lucas Sereno Caballero y don Alfonso Francia: otra manera de educar. Carlos Mejías y Juan Yáñez se hacen cargo del cine. Primer Campamento de Verano en Cortes de la Frontera.....	167
<b>XIV.-</b> 3º Curso de Bachillerato: Años 1965 y 1966. José Huidobro y el dibujo del Paseo Marítimo. La fuerza imparable del sexo en la pubertad.Las inundaciones producidas por el Arroyo del Tiro.....	185
<b>XV.-</b> 5º Concurso Nacional de Redacción de Coca-Cola: Domingo Trujillo y Carlos Mejías premiados. De vacaciones en el Bujeo. Segundo Campamento de Verano en Cortes de la Frontera.....	197
<b>XVI.-</b> 4º Curso de Bachillerato: Años 1966 y 1967. Decadencia de la pandilla de Carlos Mejías. Noviazgos y guateques. Los cines de verano. Excursión a los Tajos de Bacinete. Bajos rendimientos académicos y suspensos.....	213
<b>XVII.-</b> 5º y 6º Cursos de Bachillerato: Años 1967, 1968 y 1969. Ingreso de Calos Mejías en el instituto Nacional de Enseñanza Media y alejamiento temporal del Colegio Salesiano. Don José Joya y “La venganza de don Mendo”. La escuela particular de la calle Navarra nº 4. Nace el Centro Juvenil Santo Domingo Savio (DO-SA): reencuentro con los antiguos compañeros.....	225



